INDISCRECIÓN
CANDANCE CAMP



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

Año de 1812

Se habían perdido.

Camilla llevaba algún tiempo sospechándolo, pero ahora, mientras apartaba la cortinilla y contemplaba la noche, no le cabía duda. La silla de postas estaba amortajada en niebla, Camilla tenía, la sensación de encontrarse sentada en el interior de una nube y sin, la menor idea de dónde estaban. El carruaje igual podía hallarse a diez metros de la casa de su padre que al borde de un precipicio.

-¿Qué hago, señorita? -preguntó el cochero desde el pescante.

-Quédese ahí un momento. Deje que piense.

Era una temeridad continuar camino en aquella sopa de guisantes, no había forma humana de saber dónde podían acabar. Con un suspiro, soltó la cortinilla y apoyó la espalda en el asiento almohadillado. Era culpa suya. Si no hubiera estado tan sumida en sus pensamientos, tan concentrada en sus problemas, se habría fijado en que la niebla caía sobre ellos o en que el cochero, desconocedor del camino, había tomado un desvío equivocado. La verdad era que hubiera debido detenerse en el pueblo y pagarle a un mozo para que guiara al chofer. Pero estaba demasiado ocupada devanándose los sesos para encontrar una salida a su aprieto, demasiado absorta con la celada que ella misma se había tendido como para prestar atención a la ruta .«¿Por qué había tenido el abuelo que contárselo a tía Beryl?» Ahora tocaba pagar por su falta de atención.

Abrió la portezuela y se asomó, ni siquiera alcanzaba a distinguir claramente las cabezas del tiro. Escudriñó el camino. Apenas era una huella en el baldío, en absoluto el camino de Chevington Park. Sólo Dios sabía dónde la había metida aquel chofer londinense.

Se envolvió en la capa y ató el cuello. Saltó con agilidad al suelo. El chofer se giró.

-Pero, señorita, ¿qué hace? Ni siquiera le he bajado el estribo.

Camilla le hizo señas de que no se moviera.

-Está bien, no se moleste Ya estoy abajo. Voy a echar un vistazo por aquí.

El chofer se mostró preocupado.

-No, no vaya, señorita. No se ve uno ni la punta de la nariz con este tiempo. ¡El páramo de Dorset, apañados estamos! -añadió amargamente.

Camilla sonrió, pero se abstuvo de preguntarle si en Londres ya no había niebla.

-¿Tiene un farol? Eso podría ayudar.

-Sí, señorita.

Se inclinó y le alcanzó el farol. Aún no las tenía todas consigo. Era evidente que, para él, las señoritas de la alta sociedad no se aventuraban por el descampado, con o sin farol.

Camilla no le hizo caso y se acercó a los caballos levantando el farol para ver un poco más a su alrededor. La luz no conseguía penetrar la niebla que la en volvía, pero servía para ver dónde ponía los pies. El caballo de la derecha la miró asustado, pero ella lo tranquilizó con palabras suaves y caricias en el cuello, con lo que el animal no tardó en calmarse.

-Creo que lo que debemos hacer es guiar el tiro a pie -le dijo al cochero-. Así estaremos seguros de no salirnos del camino y caer en algún hoyo. Puedo ver a casi un metro por delante de mí.

El cochero la miró horrorizado, como si se hubiera desnudado y echara a correr gritando por el brezal.

- ¡Oiga señorita! ¡No puede usted hacer eso!

-¿Por qué no? Es lo más razonable.

-No sería decente. Yo los guiaré.

El cochero empezó a dejar las riendas pero la voz de Camilla lo detuvo.

-¡Pamplinas! Entonces, ¿quién iba a refrenarlos si les da por asustarse? Soy perfectamente capaz de caminar y vigilar el camino. Además, he vivido por aquí cerca toda mi vida, no es lógico que usted los guíe.

-Pero, señorita.., es que no sería decen...

- ¡Al cuerno con la decencia! Tanta decencia no nos va a sacar de este aprieto, ¿verdad?

Camilla puso fin a la discusión dándole la espalda. Pasó la mano bajo la quijera de uno de los caballos y echó a andar sujetando el farol en alto con la mano libre. Los caballos la siguieron dócilmente.

Aquella tarde había llovido y el camino estaba embarrado. Camilla avanzó sobre la hierba que lo bordeaba para no enlodarse los zapatos. Sin embargo, la hierba mojada no tardó en empapárselos. La niebla comenzaba a aclararse, dejando ver una mata de zarzas o de aulagas aquí y allí, pero al mismo tiempo empezó a lloviznar. Camilla se echó la capucha por encima para protegerse de las gotas heladas.

No tardó en darse cuenta de que la llovizna se convertía en un verdadero chaparrón. Resbalaba sobre la hierba mojada, pero el barro del camino no era mejor. Para colmo, la lluvia empezaba a calar su capa. Pensó en recoger el paraguas del coche, pero no se le ocurría de qué manera iba a sujetar paraguas, farol y bridas al mismo tiempo. Sólo podía confiar en que la lluvia cesara. Desde luego, no iba a quedarse atascada allí más tiempo del imprescindible. De modo que siguió adelante, agradeciendo que la niebla desapareciera disuelta en flecos y jirones.

Entonces, captó un movimiento hacia su derecha y se sobresaltó, dejando escapar una exclamación de sorpresa. Alzó el farol para escudriñar la oscuridad. Había un hombre de pie junto a un árbol pequeño, casi oculto entre sus ramas.

-¡Caballero! -exclamó, soltando el caballo y yendo directamente hacia él-. Caballero, ¿puede ayudarme? Me temo que nos hemos perdido y...

El hombre se volvió hacia ella. Tenía la cara pálida en la oscuridad y un gesto feroz y ceñudo. Llevaba una pistola de cañón largo en la mano.

- ¡Calle! - susurré-. ¿Quiere que nos maten?

En aquel momento, el farol le estalló en la mano, y el estallido estuvo acompañado de un taponazo fuerte. Los caballos relincharon, nerviosos. El farol cayó al suelo y se apagó, dejándola en la más absoluta negrura. Camilla gritó y echó a correr hacia el coche.

Antes de que llegara muy lejos, el desconocido se lanzó hacia ella y la arrastró al suelo con todo su peso. Camilla se quedó sin aire en los pulmones. El desconocido estaba despatarrado encima de ella apretándola contra el camino. Ella luchó por quitárselo de encima, por respirar.

-¡Deja de moverte, maldita sea!- gruñó él, inmovilizándola-. Nos están disparando. Debe, ¿pretendes que nos maten a todos?

Entonces se dio cuenta de lo que significaba el taponazo y por qué el farol había saltado hecho añicos. ¡Le habían disparado! Camilla también se dio cuenta de que sonaban más detonaciones cuando aquel extraño la había arrastrado al suelo. El susto la dejó sin fuerzas.

Oía gritos a lo lejos, pero los tiros habían cesado. Los caballos, asustados, piafaban, pateaban el suelo y sacudían las testuces. Entre maldiciones, el cochero luchaba por dominarlos.

El desconocido levantó la cabeza y miró hacia atrás. Camilla aprovechó para observarlo. Tenía un gesto sombrío y feroz, un rostro que era todo ángulos y pómulos salientes, con unos ojos negros y oblicuos. Pensó que tenía pinta de ser peligroso y supo que era él el blanco de las balas.

- ¡Por todos los diablos! -masculló- Vienen hacia aquí.

-¿Qué? -croó ella-. ¿Qué está pasando?

El extraño se puso en cuclillas y antes de que Camilla se diera cuenta de lo que se proponía, unas manos de acero la agarraron por los brazos y la pusieron de pie.

-¡Corre! - ordenó, mientras tiraba de ella.

-¡ Suélteme!

Camilla intentó soltarse, pero aquel hombre era demasiado fuerte.

Sonaron dos disparos más a sus espaldas. Camilla oyó que algo se estrellaba contra el lateral del carruaje. Su acompañante abrió la portezuela y la subió sin miramientos. Camilla gritó al dar contra el suelo. El carruaje se lanzó hacia delante con una sacudida, el cochero no podía refrenar los caballos. El desconocido se sujetaba a la puerta. Camilla pensó que trataría de entrar. Sin embargo, para su sorpresa, se agarró a algún saliente del techo y utilizó la portezuela cono apoyo para encaramarse.

- ¡ Cuidado! - le gritó Camilla al mayoral.

Oyó un grito de sorpresa y ruido de lucha seguido por un cuerpo que caía sobre el asiento, sin duda el pobre cochero.

El carruaje ganaba velocidad, los caballos, presa del pánico, mordían el bocado. El vehículo se inclinaba y daba tumbos por el barro. Camilla se sujetó al asiento, temerosa de salir despedida por la puerta cuando la carlinga se inclinara hacia allí. Hubo más disparos. Se dio cuenta de que se abalanzaban directamente sobre los hombres que hacían fuego. Alcanzó a distinguir unas siluetas oscuras que se convirtieron en hombres montados en ponis. De repente, un hombre grande salió de la oscuridad, se aferró a la puerta y metió los pies en el coche. Camilla lanzó un chillido y se arrastró como pudo lejos de él. Mientras andaba a gatas, su mano tropezó con el paraguas que estaba en el suelo. Sin pensárselo, lo levantó y golpeó a aquel individuo en las espinillas. El hombre soltó un alarido, pero Camilla le lanzó una estocada en el estómago con la punta. Con otro grito de dolor, perdió apoyo y cayó de espaldas en la oscuridad.

Camilla subió al asiento, se agarró de la correa con una mano y mantuvo el paraguas enarbolado con la otra, alerta por si llegaban más intrusos. Avanzaban a una velocidad suicida, el coche saltaba enloquecido sobre los surcos del camino y la portezuela golpeaba sin cesar. Camilla estaba segura de que iban a volcar en cualquier instante. Llovía a mares y la lluvia se colaba por la portezuela.

Se dio cuenta de que comenzaban a frenar y, al cabo de un momento, pudo deslizarse sobre el asiento y cerrar la puerta. Contempló disgustada el charco del suelo, pero no había nada que ella pudiera hacer. Con todo, lo que sí podía era quitarse el manto empapado. Descubrió que la espalda estaba completamente cubierta de barro, consecuencia de la caída.

«El desconocido». Entornó los ojos al pensar en él. «¿Quién era y qué hacía en los despoblados de la costa de Dorset? Seguro que no andaba en nada bueno. Aquellos hombres le disparaban y, ahora que lo pensaba, resultaba obvio que se estaba ocultando tras aquel árbol, sin duda emboscado, esperando a alguien. Por eso la había mirado con tanta furia cuando ella lo llamó. Había anunciado su presencia a los otros, ofreciéndoles la oportunidad de ponerse a salvo. Se preguntó si era un bandolero o un simple rufián que atacaba a una banda enemiga

Por supuesto, dado el paraje en que se encontraba, quizá sólo tuviera que ver con «los caballeros de los caminos», un nombre que sólo se pronunciaba en voz baja y que se le daba a los hombres dedicados a la antiquísima tradición del contrabando. Todo el mundo estaba en el ajo y, la verdad, muchos ciudadanos destacados, aun entre los magistrados y jueces, eran famosos por hacer la vista gorda al comercio ilegal. La realidad era que muchos de ellos recibían un suministro regular de brandy francés que les esperaba en la puerta trasera al despuntar el día tras una noche sin luna. También había quienes, detestando los impuestos, consideraban que «los caballeros» estaban en su derecho de burlar las leyes. A menudo, las poblaciones de las costas más alejadas se resisten a que el gobierno central meta las narices en sus asuntos. Durante el siglo anterior, los contrabandistas eran tan fuertes que incluso se habían producido batallas

entre la banda de Hawkridge y los soldados. Aunque aquellos tiempos sin ley habían pasado, el negoció continuaba, sobre todo ahora que la guerra impedía la llegada de las codiciadas mercaderías francesas.

Camilla volvió a ver la cara de aquel hombre mientras se alzaba sobre ella en la oscuridad, el contorno agresivo de los pómulos y la boca severa, los ojos negros bajo unas cejas picudas, las ropas oscuras y bastas. Sí, decidió, definitivamente tenía todo el aspecto de ser un contrabandista que solventaba diferencias con sus compinches, de un salteador de caminos dispuesto a robar al primer viajero que pasara, o de un canalla que quería vengarse de alguien. Fuera lo que fuere, ella no se encontraba en una posición segura. Lo había visto en un lugar en el que no quería que lo vieran y, además, había provocado que los otros le dispararan y persiguieran. Se había puesto furioso con ella y no creía que se le hubiera pasado. Aquella carrera loca podía no ser nada comparada con lo que ocurriría cuando el coche se detuviera.

Que era exactamente lo que sucedía en aquel instante. En unos segundos, se detendría y lo tendría en la portezuela. Entonces, la sacaría a la fuerza y... Bueno, no estaba segura de lo que podía hacer, pero no le resultaba difícil imaginárselo haciendo cualquier cosa, desde pegarle a estrangularla, incluyendo la deshonra de la que siempre advertían entre cuchicheos las viejas a las jóvenes imprudentes que se aventuraban a viajar sin compañía.

Camilla apretó el paraguas. Le había servido bien un momento antes. Quizá, si le pillaba por sorpresa, podía aturdirlo lo suficiente para escapar.

Cuando la silla de postas se detuvo, se agazapó tras la portezuela y esperó. La sangre le latía en los oídos, pero estaba atenta a cualquier sonido con los nervios en tensión, Oyó el golpe sordo cuando al saltó al suelo, el crujir de la grava bajo sus botas. La manivela bajó y la puerta se abrió hacia fuera.

-¿Estas…

Camilla se incorporó gritando a pleno pulmón. Descargó el paraguas contra la cara del individuo con todas sus fuerzas, el mango crujió agradablemente contra la mejilla. El paraguas se partió, el desconocido se tambaleó hacia atrás rugiendo una maldición, llevándose la mano a la herida.

Camilla saltó al suelo sin dejar de gritar. Sabía que estaban demasiado aislados para que nadie la oyera, pero tenía que intentarlo como tenía que correr. Se levantó la falda y avanzó por el camino embarrado, sin darse cuenta de la lluvia ni del barro que entorpecía sus pies.

Pero, aunque corría a toda velocidad y el corazón estaba a punto de estallarle, no tardó en oír al desconocido a su espalda. Una mano se cerró en torno a su brazo como un grillete de hierro, obligándola a detenerse.

-¡Deja de berrear! -masculló él-. ¡Maldición! ¿Se puede saber qué te pasa? Vas a poner a todo el condado sobre nuestra pista.

Camilla dejó de chillar, pero sólo porque le faltaba el aire. Tomó aliento y se volvió para golpear con el puño cerrado. Sólo le alcanzó en el pecho, pero el dolor se trasmitió por su brazo como un relámpago. El individuo soltó una retahíla de maldiciones mientras ella luchaba y se retorcía, defendiéndose con pies y puños.

- ¡Condenación, mujer! ¿Estás loca? ¿Quieres estarte quieta?

Ambos se encontraban empapados, pero ninguno se dio cuenta mientras forcejeaban en la oscuridad. El era mucho más grande que Camilla y el resultado era indudable, pero ella peleaba por su vida y lo hacía como una gata salvaje, defendiéndose mientras el bandido intentaba inmovilizarla. Consiguió rodearla con un brazo y levantarla del suelo, pero ella se retorció y le arañó la cara. Poco faltó para que le acertara en el ojo. Sin embargo, al intentar esquivarla, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

El barro amortiguó el golpe. El rufián, que se llevó la peor parte, la soltó involuntariamente. Camilla aprovechó la oportunidad, pero antes de que consiguiera ponerse de pie, la sujetó del brazo y tiró de ella. Camilla cayó de bruces al barrizal, del

que se levantó escupiendo y ciega de ira, tratando en serio de sacarle los ojos. El hombre quiso sujetarle los brazos, pero el barro era resbaladizo, con lo que rodaron de nuevo por el camino.

En la refriega, Camilla sintió que una mano resbalaba sobre sus senos. Se quedó sin aliento con aquel contacto íntimo. La sorprendió y alarmó casi tanto por la desfachatez como el repentino y extraño calor que se apoderó de su cuerpo.

También él pareció sorprenderse y, por momento, se quedó inmóvil. Camilla aprovechó la oportunidad para huir, él quiso detenerla con el resultado de que la costura cedió y se quedó con la manga en la mano. Ella echó a correr, él se lanzó de nuevo y volvieron a rebozarse en el lodo hasta que el desconocido se sentó sobre ella y le sujetó las manos por encima do la cabeza.

Aquel hombre la contempló jadeante. Estaba empapado, calado hasta los huesos, la camisa basta abierta, Camilla le había arrancado los botones en la lucha. El pecho asomaba por la abertura, un pecho suave, bronceado, húmedo. Tenía el pelo pegado a la cabeza y un corte en la mejilla, donde ella le había golpeado con el paraguas. Sus ojos brillaban feroces.

A Camilla se le secó la boca. Aquel hombre tenía un aspecto primitivo, salvaje, muy masculino y muy enojado. Ella era más que consciente de la naturaleza sugerente de su postura, con su peso encima, sintiendo la presión de sus muslos contra los costados. También era consciente de una extraña sensación en el centro de su cuerpo, una mezcla rara de furia, excitación y otra emoción elusiva que no podía identificar. Los ojos del bandolero la devoraban, y recorrían el corpiño mojado que se amoldaba a sus senos. Camilla notó cómo su masculinidad respondía.

- ¡Suélteme!

- ¡ No hasta que no me contestes! ¿Quién demonios eres y qué haces aquí?

-¿Que qué hago aquí? -repitió ella, indignada-. Tengo derecho a pasar por este camino. Es usted quien obviamente no trama nada bueno emboscándose en plena noche, con gente que le persigue a tiros. Suélteme de inmediato o se encontrará con más problemas de los que ya tiene.

-No creo que estés en posición de dar órdenes-le recordó con una débil sonrisa en los labios.

Tenía una boca amplia, con un labio inferior generoso, la sonrisa debería haber sido agradable, pero la expresión de su cara seguía siendo cínica y fría, lo que arruinaba cualquier encanto. Que se divirtiera a su costa enfureció a Camilla y se lanzó hacia arriba con todas sus fuerzas. Por supuesto, aquel salteador era, con mucho, demasiado pesado y fuerte para ella. Sus esfuerzos no sirvieron sino para que el brillo de aquellos ojos oscuros se tornara más peligroso, haciendo que Camilla recordara su indefensión y lo íntimo de su postura. Para disimular su miedo, compuso un gesto de desprecio.

-Es obvio que no eres más que un villano -dijo con frialdad-. Te aconsejo que, además, no te conviertas en un criminal.

Las cejas negras elevaron los vértices de sus uves invertidas, dándole a su expresión sombría un aspecto aún más demoníaco.

-Así se habla, madame. Pero dudo que deba recordarte que, sin testigos, es difícil acusar a un hombre de haber cometido un crimen.

El desconocido hizo una pausa para que ella comprendiera la amenaza y luego volvió a sonreír fríamente.

-Con todo, no sé de ningún crimen que se haya cometido esta noche. No creo que pueda considerarse como tal que un caballero tome las riendas de un carruaje para salvar a una dama de los asaltantes que la atacaban.

-Sabe tan bien como yo que esos hombres no iban a por mí. Era a usted a quien disparaban.

Sus labios se torcieron sombríos.

-Quizá, pero sólo porque llegaste gritando y con un farol, ¡ nada menos!

-¿Cómo iba a saber que estaba implicado en asuntos clandestinos? Iba a pedirle ayuda, una petición inútil obviamente. Pero en ese momento, no conocía como ahora de qué calaña es usted. No sabía que me las viese con un ladrón.

-No soy un ladrón -dijo él, masticando las palabras.

- Entonces, ¿qué hace emboscado por los caminos en una noche de niebla?

-Eso no te importa. Si no fueras tan metomentodo, no nos veríamos en dificultades.

-Tendría que haber imaginado que era de los que siempre se las arreglan para echar la culpa a los demás. Como si yo fuera responsable de sus compinches, o sus enemigos, o lo que sean.

- ¡ Señor, menuda lengua de arpía! - dijo, levantándose de repente y poniéndola en pie-. Pero no tengo ganas de quedarme aquí lanzándome puyas contigo. Esos hombres pueden caer sobre nosotros en cualquier momento.

El desconocido la agarró con firmeza del brazo y echó a andar hacia el coche. Camilla clavó los tacones en el barro.

- ¡ Alto ahí! No pienso ir a ninguna parte con usted.

-Creo que estarías mucho mejor de vuelta en Edgecombe que en pleno descampado, en plena no che y con una partida de hombres armados rondándote.

- ¡No he dicho que pensara quedarme! Lo que quiero decir es que usted no va a ninguna parte en mi coche.

Aquel hombre se la quedó mirando fijamente. Entonces, la soltó y dio un paso atrás.

-Por supuesto, tiene usted razón. Se trata de su carruaje y yo no tengo derecho a viajar en él. Quede usted con Dios, madame.

Con aquellas palabras, le dio la espalda y se alejó en dirección contraria. Camilla estaba estupefacta. Entonces recordó que el cochero seguía inconsciente. «¡Oh, Dios! ¿Será capaz de haber matado al pobre hombre?» Camilla se sabía con fuerzas para manejar un cabriolé, un tiro de cuatro bestias quedaba muy lejos de sus posibilidades. Y lo que era peor, había una banda de hombres armados que podían perseguirla.

- ¡Espere!

Cuando el desconocido no se detuvo, Camilla echó a correr tras él.

- ¡Deténgase! Un momento... ¿por favor?

El rufián se volvió y la miró con las cejas arquea das.

-¿Sí?

-No se vaya. No puedo llevar el coche hasta Edgecombe.

- ¡Hum! En ese caso, yo diría que tiene ciertas dificultades con «su» carruaje. Buenas noches.

- ¡Oh, no sea tan desesperante! Le estoy diciendo que puede venir conmigo al pueblo.

-¿Se refiere a que me concede el privilegio de trabajar para usted? ¡Cuánta amabilidad! Pero me temo que debo declinar semejante honor. Verá usted, creo que me vendrá mejor caminar. Un hombre solo en la niebla es mucho menos visible que una silla de postas.

- Los caballos son más veloces.

El extraño se encogió de hombros y siguió andando.

- ¡Pare! No puede dejarme aquí. Ningún caballero dejaría a una dama en esta situación.

-Bueno, como sin duda se habrá dado cuenta, no soy ningún caballero. Además, con toda sinceridad, tú tampoco tienes los modales de una dama.

Camilla se indignó.

-Muy bien, de acuerdo. ¿Ha satisfecho ya su necesidad de insultarme? Pues entonces, vámonos. Los dos sabemos que sería absurdo que fuera a pie habiendo un coche. No nos apreciamos, pero eso no nos impide negociar.

El desconocido no dijo nada, pero volvió sobre sus pasos y se encaramó al pescante. Camilla se apresuró a subir a la cabina. Esta vez, echaron a andar a una velocidad más

apropiada para un camino embarrado, aunque lo suficientemente deprisa como para que ella se viera zarandeada en el asiento. Con una oleada de rencor, supo que aquel individuo lo estaba haciendo a propósito para fastidiarla.

Para más incomodidad, el estado de su pelo y sus ropas era desastroso. Aquella mañana se había arreglado esmeradamente con un vestido de muselina y unos botines verdes, y se había recogido el pelo en un moño alto del que caían una cascada de tirabuzones. Ahora los botines eran una pella de barro, por dentro y por fuera, y tanto el pelo como el vestido no les andaban muy a la zaga. Se había empapado hasta la ropa interior y, para colmo, notaba cómo el barro empezaba a secarse sobre su piel. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

¿Cómo iba a explicar su estado cuando llegara a la mansión? Como si no tuviera suficientes problemas con el abuelo y las terribles mentiras en que ella misma se había enredado...

Presentarse allí hecha un guiñapo parecía más que excesivo. Parpadeó para aclararse la vista, se negaba a llorar, aunque sólo fuera porque las lágrimas iban a dejar sus huellas delatoras sobre las mejillas sucias. Y claro, él se sentiría muy satisfecho creyendo que le había hecho llorar. Hizo una mueca de despreció al pensar en el horrible individuo que prácticamente la había secuestrado.

Era grosero, vil y completamente enloquecedor. La había tratado sin el menor respeto. Ningún hombre bien nacido la hubiera sujetado de aquella manera y mucho menos la habría tirado al suelo. Recordó el modo en que se había quedado mirando sus senos, cuya forma era evidente al mojarse la muselina. Incluso sentada en el interior del coche se sonrojaba al pensar en el modo en que la había sujetado entre sus piernas, el descaro con que se había apretado contra ella, la alarmante reacción de su cuerpo cuando la miraba. Había sido muy extraño, casi excitante, y al mismo tiempo indecente, enervante. Cambiaba de postura, tratando de despegarse la ropa mojada, más incómoda a cada minuto que pasaba. El barro seguía secándose y lo peor era que el frío le hacía tiritar. Deseaba abrigarse con la capa, pero se resistía a embarrar el interior. Sin embargo, de continuar así pillaría una pulmonía. Contemplaba con añoranza la capa cuando se dio cuenta de que el coche rodaba sobre adoquines. Ahogó una exclamación y al apartar la cortinilla, vio efectivamente que entraban en el pueblo.

No tardaron en llegar al Verraco Azul. Camilla suspiró aliviada. Aunque se negaba a pensarlo, había temido que aquel sujeto no la llevara a Edgecombe, sino que, al darse cuenta de que ella podía reconocerlo, la abandonara en algún camino oscuro y solitario... o algo peor. Camilla bajó del coche aun antes de que se detuviera.

-Mozo, cuida de los caballos -le ordenó al palafrenero que se acercaba.-Y échale un vistazo a mi cochero. Mucho me temo que tendrá que verlo un doctor.

El mozo se paró en seco, mirándola pasmado, pero Camilla ni se dio cuenta. En lo único que pensaba era en llegar a la seguridad de la posada antes de que el desconocido pudiera atraparla de nuevo. En cuanto entró en la sala común, cesaron las conversaciones y todo el mundo se giró a observarla. Camilla se sofocó al sentirse el centro de todas las miradas, había olvidado su aspecto, pero las expresiones de asombro hicieron que lo recordara. Se llevó una mano a los tirabuzones embarrados, contempló el desastre de su vestido, que se pegaba a su cuerpo de una manera harto indecorosa y con una manga de menos. Se sonrojó hasta la misma coronilla.

El posadero, un hombre grande y fanfarrón, dejó su puesto junto al barril.

-¡Saltings! -exclamó.- ¡Cómo me alegro de verte!

-Oiga, señorita. ¿Qué se cree viniendo aquí de esa manera? Esto es una posada decente y no acostumbramos a...

- ¡Saltings! -repitió ella, estupefacta- ¿No me reconoces?

Lágrimas de humillación afloraron a sus ojos. Era la última gota, el horrible fin de un día horroroso, que Saltings, un hombre que la conocía de toda la vida, la confundiera

con una vulgar furcia. ¿De verdad iba a echarla? El posadero se detuvo y la miró con recelo evidente.

-¿Nos conocemos?

- ¡Pues claro! Soy Camilla Ferrand -dijo sin poder contener el llanto.

-¡Señorita Ferrand! -repitió Saltings, que no salía de su asombro-. ¡Dios del cielo! ¿Qué ha pasado? ¿Qué hace así?

Se acercó a ella, la tomó caballerosamente del brazo y la llevó a una habitación privada.

- ¡Oh, no! -dijo, deteniéndose en la puerta-. Hay un caballero ahí.

Saltings se volvió. Camilla se esforzaba por contener las lágrimas bajo las miradas ávidas de la concurrencia. El posadero suspiró.

- Bueno, lo que está claro es que no puede que darse aquí fuera.

Llamó perentoriamente a la puerta y la abrió cuando le respondió una voz masculina. Saltings la hizo pasar.

-Le pido mil perdones, señor. Siento molestarle, pero tenemos un pequeño problema. Hay una dama aquí y bueno, no estaría bien que, en su estado, se quedara con la gente común, señor.

Camilla levantó los ojos y trató de ver entre lágrimas. El caballero que estaba junto al fuego, porque se le notaba que era un caballero igual que el desconocido era un rufián, se puso en pie y arqueó las cejas. Su vestimenta era impecable, desde el doblado de su pañoleta, blanca, sencilla y elegante, a la punta de sus relucientes botas altas. Llevaba el pelo cortado en un estilo discreto, pero igualmente moderno, conocido como «Brutus». El caballero la miró de arriba abajo.

-Desde luego, tienes razón, Saltings. La dama debe quedarse en el comedor privado. El problema es que espero una visita... ¡Ah, aquí está! Y debo decir que tiene todo el aspecto de haber corrido la misma aventura que esta dama.

Camilla se dio la vuelta al oírle.

- ¡Usted! -exclamó llena de odio.

Porque allí, junto a la puerta, estaba su torturador.

2

El rufián le lanzó una mirada en la que evidentemente expresaba los mismos sentimientos hacia ella. Camilla encontró consuelo en aquella muestra de irritación, viendo que se encontraba en su mismo lamentable estado.

-¿Qué demonios haces aquí? - preguntó el rufián, sin el menor asomo de modales-. ¿Es que no puedo librarme de ti?

-Yo puedo decir exactamente lo mismo de usted.

-Deduzco que ya se conocen -dijo el caballero.

Su voz era suave y educada, como si se encontraran en un salón londinense. El rufián masculló y entró en el comedor.

-Me temo que no nos presentaron como Dios manda -dijo ella fríamente.

-¡Ah, Benedict! - dijo el caballero en un suspiro-. Me temo que nunca aprenderás buenos modales - añadió, acercándose a Camilla-. Permítame que corrija su negligencia. Querida señorita, soy Jermyn Sedgewick. Y éste es, bueno, Benedict...

-¿Cómo está usted, señor Sedgewick? Encantada de conocerlo.

Camilla recurrió a su mejor educación para no pensar en el absurdo que era intercambiar cortesías con aquella pinta. Con todo, lanzó a Benedict una mirada asesina.

-Lamento no poder decir lo mismo del señor Benedict.

El señor Sedgewick abrió la boca y volvió a cerrarla. Miró a Benedict y le sonrió.

-Ya veo que ha causado una impresión encantadora, como de costumbre.

La respuesta de Benediet fue algo muy parecido a un gruñido. Se apartó de ellos, se acercó a la chimenea y extendió las manos ante el fuego. El señor Sedgewick no le prestó atención, sino que se dirigió al posadero.

- Saltings, creo que lo que nos hace falta aquí es un ponche de ron caliente. ¿Quieres traer un puchero? Yo mismo haré la mezcla.

-Por supuesto, señor.

Saltings hizo una reverencia y salió de mala gana. Camilla sabía que estaba deseando oír los pormenores de la aventura.

- Y ahora, señorita....

- Discúlpeme. Ha sido usted muy amable y yo ni siquiera me he presentado, soy Camilla Ferrand.

- Señorita Ferrand, es un placer conocerla, aun en unas circunstancias tan deplorables. Por favor, acérquese al fuego y caliéntese. Seguro que debe estar helada.

Sedgewick la condujo a una silla junto al hogar. Camilla aceptó agradecida el calorcillo sobre la ropa mojada. Benedict la miró y torció la boca en una mueca, apartándose al otro lado de la chimenea y apoyando un codo en la repisa. Sedgewick contemplaba la escena, pero no hizo comentarios. El silencio se prolongó hasta hacerse incómodo.

Llamaron a la puerta y volvió Saltings, seguido por el mozo que llevaba la mejor ponchera de plata de la posada y una bandeja con los ingredientes. Saltings estuvo remoloneando, hasta que Benedict les abrió la puerta en una invitación silenciosa y contundente a que los dejaran solos. Sedgewick se acercó a la ponchera.

-Bueno, esto la reanimará, señorita Ferrand. En circunstancias normales, ni que decir tiene que no es una bebida que yo considere apropiada para una jovencita como usted, pero teniendo en cuenta el frío y el apuro que ha debido pasar, creo que le sentará bien.

Sedgewick mezcló el ron, el azúcar y el limón con manos expertas y le ofreció una taza de plata humeante. Camilla nunca había probado algo tan fuerte, pero tampoco era una esclava de las tradiciones y aprovechó la oportunidad para probar una bebida de hombres. Tenía un gusto desagradable bajo el sabor de la fruta, pero no tanto como ella esperaba y, al fin y al cabo, estaba benditamente caliente. Cuando la sensación le ardió como un fuego en el estómago, decidió que se sentía mucho mejor.

-Excelente, señor Sedgewick. Muchas gracias.

Con ademanes corteses, él volvió a llenarle la taza.

-Ahora, señorita Ferrand, debe usted contarme cómo ha conocido a... el señor Benedict.

-Me ha secuestrado -dijo ella, con una mirada furibunda.

- ¡Otra vez no! -exclamó Benedict, volviendo el trasero hacia el fuego.

-En mi vida me he encontrado más cerca de la muerte -añadió ella y cruzó los brazos sobre el pecho.

- ¡Benedict! -dijo Sedgewick, mirando al otro con incredulidad-. ¿Qué diantres ha pasado?

-Exagera. No fue nada. Sólo nos dispararon.

-¿Que os dispararon? ¿Y dices que no fue nada?

Benedict hizo un gesto indiferente.

-Nadie resultó herido. Estaban bastante lejos y no creo que ninguno de ellos pudiera acertarle a un granero ni de cerca.

-¡Cómo que nadie resultó herido! ¿Y mi cochero? ¡Pero si lo ha matado!

Benedict elevó los ojos al techo.

-Lo dejé inconsciente. El motivo de que haya estado durmiéndola tanto tiempo es que se ha pasado la tarde dándole a la botella. Estaba como una cuba, no me extraña que se perdiera.

-¿Además se habían perdido? Criatura, ha debido tener usted un día terrible.

Las lágrimas volvieron a aparecer en cuanto pensó en el día que llevaba aun antes de que el señor Benedict la tomara con ella.

-No se puede hacer una idea, señor -dijo con voz ahogada, tratando de no llorar- Creo que... ¡es el peor día de mi vida!

Y de repente, sorprendiendo a los hombres y a sí misma, rompió a llorar. Sedgewick se la quedó mirando. En su rostro se dibujaba todo el horror que siente un caballero al enfrentarse a una fémina des haciéndose en lágrimas.

-Querida -dijo débilmente-. Se lo suplico, no... Seguro que no puede ser tan malo.

- ¡Ya lo creo que lo es! -gimió ella mientras se cubría la cara con las manos-. No lo sabe bien. ¡Es demasiado horrible!

-Tampoco será una tragedia -dijo Benedict-. Estoy seguro de que se habrá perdido antes y que volverá a extraviarse en el futuro. Nunca corrimos verdadero peligro, se lo aseguro.

- ¡ Oh!

A Camilla le hubiera gustado gritarle que no era lo bastante gazmoña para llorar porque su coche se hubiera perdido, pero no podía parar el torrente de lágrimas. En cualquier otro momento, habría desea do que la tierra se la tragara con la humillación que suponía derrumbarse delante de dos desconocidos, sobre todo cuando uno de ellos era tan grosero y vil como el tal Benedict. Sin embargo, aquella noche, se sentía demasiado acongojada y exhausta para contenerse.

-No deberías haberle ofrecido ron -dijo Benedict-. Se le ha subido a la cabeza.

Sedgewick lo miró con impaciencia.

-No digas tonterías.

-Mira, está trompa.

-¡Yo no estoy trompa!

Camilla bajó las manos y le lanzó una mirada rabiosa, la irritación que le producía su descortesía era más fuerte que cualquier estallido emocional. Con gestos furiosos, se secó las mejillas.

-Simplemente estoy cansada y... trastornada. ¡Todo se ha arruinado!

Benedict arqueó una ceja desdeñosamente.

-¿Una fiesta cancelada, quizá? ¿Un prometido que se casa con otra?

Camilla se puso en pie de un salto, los puños apretados en los costados y lanzando un grito inarticulado.

-¡ Cómo te atreves! ¿Cómo te atreves a trivializar mi... mi...? ¡Oh, te odio! ¡Mi abuelo se está muriendo!

Volvió a echarse a llorar y se dejó caer en la silla. Sedgewick le lanzó al otro una mirada de advertencia e incluso Benedict tuvo la decencia de parecer azorado.

-Lo siento. No tenía idea...

-Pequeña -la consoló Sedgewick, dándole palmaditas en la mano-. Lo lamento. Si hay algo que pueda hacer...

-No hay nada que hacer -dijo Camilla, secándose de nuevo las lágrimas y embarrándose aún más la cara-. Es mayor y el cuerpo le falla. Hace algunos meses que sufrió un ataque de apoplejía y desde entonces no ha podido salir de su habitación. Su médico dijo que no le quedaba mucho tiempo, pero él se ha aferrado a la vida. Siempre ha sido un hombre de lo más testarudo.

- Estoy seguro de que habrá tenido una vida larga y plena -dijo Sedgewick.

-Es cierto. Y yo casi me había resignado, sólo que.... ¡Oh, lo he estropeado todo! -dijo mientras se tragaba las lágrimas y levantaba unos ojos suplicantes hacia Sedgewick-. No era mi intención, yo sólo quería hacer lo mejor. Ahora tendré que decirle la verdad, a él y a todos, y tengo miedo de que eso lo mate.

- No puede ser tan tremendo - dijo Sedgewick frunciendo el ceño.

-Sí que lo es. Verá... le he mentido.

Benedict resopló disgustado.

-Es lo natural -dijo con cinismo.

- ¡Lo hice por su bien! -replicó ella, indignada.

-Siempre dicen lo mismo -apostilló Benedict-. Te engañan y luego pretenden que creas que ha sido por tu bien.

-Calla. No le haga caso, señorita Ferrand. Nuestro Benedict tiene una idea perversa de la condición humana.

Benedict hizo una mueca, Camilla se volvió hacia el caballero, ignorando por completo a aquel canalla.

-Lo hice por su bien - insistió-. Mi intención era ofrecerle consuelo, hacer que sus últimos días fueran mejores. ¡Jamás se me ocurrió que se lo contaría a tía Beryl!

-No, claro que no -dijo Sedgewick, confuso pero compasivo.

-No he ido a ver al abuelo desde el primer ataque y todo porque no me atrevo a mirar a mi tía a la cara. Usted verá, me hará toda clase de preguntas incisivas y querrá saber dónde está «él». Algo evidentemente imposible. Para colmo, Lydia está en la mansión y no puede cargar con el peso de la mentira. No quiero decir que no sea capaz de mentirle a tía Beryl, no. Lydia es capaz de poner carita de no haber roto un plato mientras mete unas trolas como catedrales.

Su tono indicaba una envidia mal disimulada por la susodicha habilidad de Lydia.

-El problema es que no sabe cuando parar y dice tantas cosas que acaba liándose. Por eso he venido, porque he de decirles la verdad.

-Me extraña, no ha dicho una sola palabra que tenga sentido -señaló Benedict.

-Benedict...

-No, si tiene razón. Es muy confuso.

Camilla se llevó la mano a la frente y suspiró Miró a Sedgewick y pareció tomar una decisión.

- En usted sí puedo confiar, ¿verdad? Me refiero, nunca se lo contaría a nadie, ¿me equivoco?

-¡Por supuesto que no! -exclamó Sedgewick, ofendido de que su integridad fuera puesta en duda-. Pero, si va a sentirse tan inquieta, no debe contármelo.

- No. Tengo que contárselo a alguien o explotaré. Lo he estado pensando durante el viaje. La verdad es que hace semanas que no pienso en otra cosa que cómo hacer para salir del lío en que me he metido yo sola.

-Tiene mi palabra de honor de que cualquier cosa que diga no saldrá de esta habitación -prometió solemnemente Sedgewick -. Puede hablar con entera libertad.

Camilla lanzó una mirada recelosa hacia Benedict, que hizo una mueca y gruñó entre dientes.

-Créame, señorita. No pienso ir contando sus secretos infantiles por todo Londres.

- Yo respondo por Benedict - se apresuró a intervenir Sedgewick-. No dirá nada. Pero cuénteme el problema que la atormenta.

-¿Cree usted que... podría tomar un poco más de ponche? -preguntó ella-. Hace que entre en calor.

- No faltaba más.

Sedgewick procedió a llenar de nuevo las tazas, aunque Benedict volvió a advertirle de que iba a emborracharla.

-¡No diga simplezas! Jamás en mi vida... ¡hip!, me he emborrachado.

-Cierra la boca, Benedict. Por favor, señorita Ferrand...

-Bien, pues como le estaba diciendo, el abuelo sufrió un ataque de apoplejía. El médico lo metió en la cama y dijo que no le quedaba mucho de vida. Por descontado, en cuanto supe la noticia, alquilé un coche para venir a Chevington Park.

-¿Chevington Park? - repitió Sedgewick, sorprendido-. ¿Quiere decir que su abuelo es...?

-El Conde de Chevington.

Camilla lo dijo sin levantar la mirada de la taza que tenía entre las manos por lo que no pudo ver la mirada que su benefactor lanzaba a Benedict.

-Sí. Mi madre era su hija. Mis padres murieron siendo yo niña, de modo que me criaron entre mis abuelos y la tía Lydia, lady Marbridge. Estaba casada con mi tío, el heredero del título, pero murió cuando su hijo Anthony era muy niño. Lydia fue muy considerada al hacerse cargo de mí. Vivíamos todos en la mansión con mis abuelos. Hace unos pocos años que falleció la condesa. Ahora, el médico dice que debemos llevar mucho cuidado para no contrariar al abuelo, que incluso podría ser fatal. Sin embargo, no puedo evitar que se preocupe por mí, le inquieta que no me haya casado. No deja de repetir que necesito un marido que me cuide, algo verdaderamente absurdo, porque soy muy capaz de cuidarme sola

Benedict resopló y ella se lo quedó mirando. Benedict le respondió con una sonrisa falsa y un gesto de que continuara.

- Pues bien, su estado de ansiedad ha llegado a ser tremendo. Verá, el abuelo está muy chapado a la antigua y, para él, hace años que debería haber contraído matrimonio.

Sedgewick se aclaró la garganta.

-Bueno, es lo natural para una dama tan joven.

-Sí, pero es que yo no soy una dama joven corriente. No deseo casarme.

-Me hago cargo.

- Sí - añadió ella, vigorosamente-. Me explicaré. El matrimonio es una institución instituida en beneficio de los hombres y no veo qué ventajas obtienen las mujeres en ella.

-¿Cómo dice?

-Pues que los hombres, después de casarse, siguen siendo libres para hacer lo que les venga en gana, son los reyes del hogar, mientras que las mujeres carecen de toda libertad. Se espera de ellas que obedezcan sumisamente a sus maridos, que les den herederos, que los críen y mantengan la casa en orden. Y nada más. Ni tienen derechos ni libertades.

- Vamos, señorita - dijo Sedgewick, esbozando una sonrisa-, estoy seguro de que exagera.

-¿Ah, sí? Con el matrimonio, las propiedades de una mujer pasan automáticamente a ser del marido. En realidad, la mujer misma es considerada una pro piedad, un bien inmueble. El marido tiene todo el derecho a disciplinarla, a restringir sus movimientos, incluso a pegarle silo desea. Una mujer ni siquiera puede votar.

- ¡Buen Dios! ¿Acaso usted desea votar?

-¿Por qué no? Pero la cuestión es que, lo desee o no, no se me permite. He recibido una educación excelente y nada desdeñable. Aun así, el más estúpido de los hombres puede votar por el simple hecho de que es varón y tiene derecho a detentar la propiedad, mientras que yo no.

-¡Que Dios nos ayude! ¡Una marisabidilla! - exclamó Benedict.

Camilla le lanzó una mirada que hubiera levantado ampollas en alguien menos curtido.

-No acierto a ver qué hay de reprensible en una mujer de intelecto y educación. Claro, usted debe ser de los que creen que las mujeres deben hacer punto y no hablar hasta que se les dirija la palabra o de los que nos considera incapaces de pensar en nada que no sea peinados y vestidos.

-No, señorita. En realidad, estoy harto de mujeres con la cabeza hueca.

Benedict hizo una leve reverencia y le sonrió intencionadamente. Camilla tuvo la clara impresión de que la incluía dentro de esa categoría. Sedgewick volvió a encauzar la conversación.

-De modo que por eso no se ha casado, ¿no es cierto, señorita?

-Exacto, no veo razón para dejar que un hombre me controle a mí y a mis propiedades. Soy una persona por derecho propio y así permaneceré mientras no cometa

la torpeza de casarme. Por lo tanto, tengo veinticinco años y soy una solterona pero, mientras que a mí eso me hace feliz, lleva años amargando a mi abuelo. Después de que cayera enfermo, la preocupación ha empeorado. No soporta la idea de morir dejándome desprotegida, por mucho que le aseguro que me encuentro perfectamente. Poseo la renta que me legaron mis padres y por lo tanto soy capaz de llevar una vida independiente. Me dijo que yo llevaba un estilo de vida antinatural al vivir sola, por mucha dama de compañía que tuviera y por muy decentes que fueran mis intenciones. El abuelo quería que tuviera hijos, un hombre que me cuidara, las cosas que eran apropiadas y naturales para una mujer. Por eso le dije que me había prometido.

Benedict soltó una carcajada.

- ¡ Esta sí que es buena! ¡ La defensora de los derechos femeninos fingiendo que le ha echado el guante a un marido!

-¡Intentaba que no siguiera preocupándose! ¡Claro que a usted jamás se le pasaría por la mollera hacer algo por aliviar el sufrimiento de los demás!

-Diga lo que diga, siempre será una mentira - dijo él en tono almibarado.

-¡Bonitas palabras para un ladrón! ¡O un contrabandista, o lo que puñetas sea! No duda en robar carruajes y secuestrar a la gente, o en dejar sin sentido a un pobre hombre, ni en arrastrar a una persona inocente a un tiroteo. Pero, claro, el límite para usted es contar una mentirijilla para tranquilizar a un moribundo. ¡ Ah no! ¡ Eso sí que es imperdonable!

-Benedict... -dijo Sedgewick con un gesto admonitorio-. Le ruego que no le haga caso, señorita. A Benedict, los pobres mortales con nuestros nimios problemas, no le merecemos consideración. Es perfectamente comprensible que le haya contado a su abuelo esa historia para que pudiera morir en paz.

- Muchas gracias.

Camilla le sonrió agradecida y tomó otro sorbo de ponche. Ya no era como un fuego que incendiara su estómago, sino un agradable calorcillo que se extendía por todo su cuerpo. Se sentía mucho mejor. La confesión era una medicina para el alma.

-Es usted un caballero muy comprensivo y me alegro de haberme sincerado con usted. No quería mentirle al abuelo, pero me pareció una menudencia comparado con hacerle feliz. Se encontraba muy enfermo y no hizo demasiadas preguntas sobre mi supuesto prometido. Ni siquiera me echó un sermón por el poco decoro que suponía haberme prometido sin que el pretendiente hubiera ido a pedirle mi mano. Se sintió tan feliz que, a partir de entonces, descansó mejor. Incluso empezó a mejorar hasta el punto de que, al poco, se sentía casi restablecido. Antes de que nos diéramos cuenta, ya maldecía a su mayordomo y quería levantarse y bajar al salón. ¡Lo que tuvo que aguantar el pobre doctor cuando no le dio permiso! Cuanto mejor se encontraba, más me preguntaba por mi prometido. Por supuesto, tuve que inventármelo todo.

-Sólo ha de decirle que el pobre hombre se rajó en el último momento -dijo Benedict-. Sería perfectamente creíble. A juzgar por la aventura de esta noche, cualquier hombre cuerdo rompería el compromiso.

-¿Aún tiene agallas para culparme por lo que ha pasado esta noche? De todas maneras, mi prometido no es de los que «se rajan», como usted tan groseramente lo expresa.

Benedict volvió a reír.

- ¡ Colosal! Claro, como tal prometido sólo existe en su imaginación, puede hacer todo lo que a usted le venga en gana.

- Me refiero a que el hombre de quien he hablado a mi abuelo, jamás cometería semejante desaire. Usted no puede entenderlo, me hago cargo, pero la mayoría de los caballeros tienen un código de honor.

- ¡Rediez! Eso nunca se me ha pasado por las mientes, señorita -replicó él, adoptando la actitud y el acento de un gañán-. Uno no está hecho a tanto noble.

-Haz el favor de callarte, Benedict -dijo Sedgewick- Es obvio que no puede decirle a su abuelo que el compromiso se ha roto puesto que no ha de molestarle.

-Exactamente -corroboró ella, complacida al ver que Sedgewick sí la comprendía.-Su salud aún es delicada y el doctor dice que no hay que contrariarle, que es un milagro que siga con vida. Por eso no he hecho sino darle largas sobre la fecha en que mi prometido, el señor Lassiter, y yo vendríamos a Chevington

-Ya, claro -masculló Benedict

-¿Quieres hacer el favor de dejar que continúe con su historia? -preguntó Sedgewick-. Aún no sé nada de la tía Beryl y es lo que estoy esperando.

- ¡Ah, ella! - exclamó Camilla con un gesto evidente de disgusto-. Decidió que, para ponerse bien, el abuelo necesitaba de sus cuidados, por lo que se mudó a Chevington Park con niñas y todo. Tía Lydia dice que sólo se aprovecha de que el abuelo está demasiado enfermo como para echarla a patadas. Claro, tampoco puede decirle que se vaya cuando ha venido en un acto de piedad, pero estoy segura de que ha estado calentándole la cabeza. Además, está volviendo loca a la gobernanta, como si no pudiera llevar la casa sin que alguien de la familia la vigile continuamente. El caso es que el abuelo le dijo a tía Beryl que yo estaba prometida. Nunca se me ocurrió que pudiera hacerlo. Dije esa mentira pensando que le quedaban unos pocos días de vida.

-Comprendo. Y que tía Beryl lo sepa hace que todo el asunto tome un cariz bien distinto, si no me equivoco.

-Efectivamente.

Camilla meneó la cabeza tristemente y tomo otro trago de ponche. A pesar de lo desagradable de la situación, empezaba a sentirse comunicativa.

- La tía Beryl es la peor de mis parientes. Tiene dos hijas de lo más insulso y siempre está intentando endosárselas a alguien, para tía Beryl supone un verdadero placer que no me haya casado antes que ellas. Con todo, tiene miedo de que contraiga matrimonio antes de que ella consiga echarle el lazo a algún pobre incauto.

-¿¿No le ha hablado de su postura filosófica en contra del matrimonio? -preguntó Benedict, sin ocultar su sarcasmo.

-Por supuesto que sí, pero ella no se lo cree. Piensa que sólo busco excusas para ser una solterona y que aprovecharía la menor oportunidad para casarme. Es lo que sus hijas harían.

-Un malentendido comprensible, dado que usted finge estar prometida.

Camilla ignoró la interrupción de Benedict gélidamente y se dirigió sólo a Sedgewick.

-Pero es que tampoco se lo cree, que esté pro metida me refiero. Al parecer, el abuelo y ella tuvieron una discusión tremenda. Cuando tía Lydia llegó a la mansión, el médico estaba enfadadísimo y le ordenó a tía Beryl que no volviera a mencionar el tema delante del abuelo. Pero Lydia me ha contado por carta que los dos siguen lanzándose indirectas y pullas sobre el asunto. Tía Beryl no deja de hacer comentarios sobre lo extraño que resulta que no haya invitado a mi prometido a casa y mi abuelo me defiende.

Al pensar en la lealtad de su abuelo, las lágrimas volvieron a brotar.

- ¡Me siento malvada! Le he mentido y no me atrevo a pensar en qué pasará cuando sepa la verdad. En su carta, Lydia me decía que mi obligación era estar ahí, que el abuelo no deja de preguntar por mí. Tiene razón. Mi obligación es estar a su lado porque me temo que no pasará mucho antes de que...

Camilla rompió a llorar. Un nudo le cerraba la garganta. De nuevo, Sedgewick la tomó de la mano y le dio unas palmaditas.

-Vamos, vamos, querida.

-Es usted muy amable. No es asunto suyo, pero ha sido todo un caballero al escucharme.

- ¿Qué piensa hacer?

-He de decirle la verdad. Lydia cree que podemos evitar las preguntas y las pullas do tía Beryl, aunque no veo cómo. Estoy segura do que hará toda clase de preguntas sobre mi prometido y yo no sabré qué responder. Querrá saber cuál es su familia y si conoce a tal o cual persona. No tardará mucho en pillarme en una mentira, lo que será peor que confesar la verdad delante de todo el mundo. Además, ¿qué excusa puedo dar para que el señor Lassiter no me haya acompañado? Me refiero a que es un asunto familiar grave y ningún prometido me hubiera dejado viajar sola. Lo malo es que no tengo fuerzas para confesarlo todo y ver cómo tía Beryl me mira con esa expresión de lástima y superioridad. Y luego está el abuelo... ¿Y si se enfada tanto que muere? Es demasiado horrible siquiera para pensarlo.

De repente, Camilla se puso en pie, dejó su taza en la mesa y empezó a caminar nerviosa por la habitación.

-¡Si pudiera encontrar una solución! Llevo días devanándome los sesos, pero no se me ocurre nada... ¡Nada!

-¿Y si yo le propusiera una solución? -aventuró Sedgewick tras un largo silencio.

Tanto Camilla como Benedict lo miraron pasma dos de asombro.

-¿Qué demonios...? -empezó Benedict.

-¿Cuál? ¿Lo dice en serio? -preguntó esperanzada-. ¿Se le ha ocurrido la manera de salir de este embrollo?

-Pudiera ser -dijo él asintiendo-. Siempre que esté usted dispuesta a arriesgarse, querida.

- ¡ Haría cualquier cosa!

-Lo que usted necesita esta noche es llegar con un prometido a Chevington Park.

- ¿Qué? -dijo ella, confusa, pensando que no la había entendido en absoluto-. Pero cómo voy a...

Sedgewick sonrió e hizo un gesto hacia el otro hombre que había en la habitación.

-Nuestro Benedict será su prometido.

3

Camilla no acertaba a cerrar la boca. Al otro lado de la habitación, Benedict expresó sus temores con más vehemencia.

-Por el amor de Dios, Jermyn. ¿Es que te has vuelto loco?

-En absoluto. Y, si lo pensaras un poco, te darías cuenta de que es la solución perfecta.

-Una perfecta locura, eso es. Si piensas que voy a prometerme con esa... esa...

Camilla se volvió hacia él con un brillo peligroso en los ojos.

-¿A esa qué, señor Benedict?

-Vamos, Benedict. Por lo general, no eres tan obtuso -le animó Sedgewick de buen humor-. Naturalmente, no me refiero a un compromiso de verdad, sólo a que lo finjas. Esta noche, acompañarás a la señorita a Chevington Park y mañana te presentará a su familia, conversarás con el abuelo y demás. Te quedas unos cuantos días, después dices que tienes asuntos pendientes en Londres y te vas. El conde se sentirá más feliz y tranquilo, habrás puesto en fuga a ese dragón de tía Beryl y tú... Bueno, tengo entendido que Chevington Park es una elegante residencia campestre.

Benedict entornó los ojos y abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Les dio la espalda mientras rezongaba.

-Eres tan necio como ella. Es un dislate.

Los ojos grises de Sedgewick chisporroteaban.

-¿Por qué? Eres muy capaz de hacer el papel de caballero, ¿no? Un tanto rudo, quizá, pero algunos nobles lo son.

- ¡ Oh, no hace falta que sea lord! - intervino Camilla-. Con un simple caballero bastará.

- ¡ No me diga ahora que usted está dispuesta a tamaña estupidez!

Camilla no tenía intención de aceptar el plan del señor Sedgewick. Sin embargo, el tono desdeñoso del rufián hizo que se lo pensara mejor. Levantó la barbilla y devolvió a Benedict una mirada desafiante.

-¿Por qué no? Me vendría de perlas. Y, aunque sus modales dejan mucho que desear, es cierto que habla usted como un caballero. Quizá podamos mantener la charada unos pocos días, siempre que se 1imite a hablar lo estrictamente necesario. Le pagaré, por supuesto. ¿No le parece una manera más cómoda de hacer dinero que robar por los caminos? Sería la solución a mi problema, el abuelo sería feliz. Luego, puedo decir que me he dado cuenta de que no congeniábamos. ¡Mejor aún! -exclamó mientras se le iluminaba la cara-. ¡Puedo decir que ha muerto! Sería perfecto.

- Para usted.

-Bueno, sólo en lo que a mi familia se refiere, naturalmente.

-¿No le parece que sería un poco raro si, por alguna casualidad, me tropiezo con alguno de ellos dentro de unos meses?

-No sea absurdo. ¿Por qué tendrían que volver a encontrarse?

-Aun no siendo noble, soy libre de pasear por Londres. Podríamos tropezamos en cualquier esquina.

- ¡Oh! Bueno, en tal caso deberé continuar con la historia de que hemos roto. Es una pena -dijo con un suspiro-. La historia de la muerte habría sido mucho más dramática.

-Tiene razón -dijo Sedgewick con una expresión desencantada, pero con un chispazo de humor en los ojos-. Con todo, lo mejor es que nos atengamos a la historia más sencilla.

-¿Quiere todo el mundo hacerme el favor de olvidarse de este disparate? No voy a fingir que soy su prometido, ni siquiera puedo creer que la idea se le haya pasado por la cabeza. Es obvio que se ha agarrado una buena melopea.

-¡No es cierto!

Pero, en el fondo, Camilla sabía que era verdad. Sin embargo, que estuviera un poco achispada no le impedía pensar.

-Soy lo bastante inteligente como para darme cuenta del valor que tiene la idea del señor Sedgewick. Sería un arreglo perfecto para ambos, lo que ocurre es que usted es demasiado obstinado como para estar de acuerdo con nada de lo que dicen los demás.

-Cuánto me alegro de que al menos alguien agradezca mis esfuerzos -dijo Sedgewick, abriendo su caja de tabaco con gesto experto-. ¿Un pellizquito, Benedict?

-Evidente, soy el único en esta habitación con un poco de sentido común.

Con un gruñido, fue a la puerta y la abrió. Entonces se volvió hacia ellos.

- No os molestéis en maquinar más insensateces. No pienso haceros caso.

Tras el portazo, Sedgewick y Camilla se quedaron mirando la puerta y luego sus ojos se encontraron.

- ¿Está dispuesta a arriesgarse? -insistió Sedgewick.

Era un plan osado, capaz de dejar espeluznada a una mujer convencional como su tía. Pero Camilla siempre se había considerado una mujer poco convencional. Claro, que también resultaba extraño que un perfecto desconocido como el señor Sedgewick se mostrara tan dispuesto a ayudarla, aunque eso no quería decir que ella rechazara su colaboración. Lo peor era soportar al insufrible Benedict durante varios días, pero estaba segura de poder manejar tanto la situación como al rufián.

El destino le había brindado aquella oportunidad en bandeja y sería una estúpida de no aprovecharla.

- Sí -respondió con firmeza-. Estoy dispuesta.

-En tal caso, iré a hablar con Benedict -dijo Sedgewick sonriendo-. Entretanto, puede utilizar este salón para... ¡Hum! ... arreglarse.

Camilla estuvo a punto de echarse a reír. Eran palabras excesivamente corteses para la tarea imposible que le esperaba. Tan cubierta de barro se encontraba, que no imaginaba otro modo de quitárselo que tomando un baño.

-Le diré a la doncella que traiga agua caliente y una palangana. Seguro que tendrá más ropa en la silla de postas -dijo él-. Haré que mi criado le traiga sus cosas para que pueda cambiarse.

-Gracias.

- No las merece. Además, quizá quiera reconfortarse con otra taza de ponche.

Benedict se sentó en el banco que había a la entrada de la posada y encendió un cigarro. Sabía que Sedgewick se presentaría en cualquier momento. A pesar de sus modales exquisitos, Jermyn era como un perro con su hueso cuando se le metía algo entre ceja y ceja. Al instante, Sedgewick salió y se lo quedó mirando. Benedict soltó una voluta de humo mientras lo ignoraba estudiadamente.

- ¿Y bien? ¿Te importaría explicarme por qué rechazas una oportunidad de oro como ésta?

-Conque una oportunidad de oro, ¿eh? ¿Para qué? ¿Para hacer un estropicio aún mayor? ¿Para malgastar el poco tiempo que nos queda? Por Dios, Jer, ni que te hubieras vuelto loco.

-Por lo menos no estoy ciego. ¿O debería decir desesperado? ¿Acaso te has rendido?

El comentario hizo que Benedict se pusiera de pie.

- Ningún hombre, ni siquiera tú, puede acusarme de haberme rendido alguna vez.

-Vamos, Rawdon. Sé mejor que nadie que te es imposible abandonar. Cuando todo el mundo te daba por perdido allá en la Península, yo era el único que estaba seguro de que encontrarías la manera de regresar a nuestras líneas, aunque tuvieras dos balas en la pierna. A fin de cuentas, fui yo quien tuvo que sufrir hasta el final todas tus condenadas locuras de juventud. Sin embargo, no acierto a entender por qué eres tan categórico al rechazar esto.

-Cualquiera podría ver que es imposible, Jer. Fingir que estoy prometido con esa... ¿esa marimacho? Por favor, no aguantaríamos ni un día, nos estrangularíamos antes de media hora. Nadie puede tragarse que queramos casarnos

-¿Por qué no? Es una mujer atractiva..., debajo de ese barro, me refiero.

-¿Cómo puedes saberlo? ¡Demonios, no se trata de lo atractiva que sea! Ya he visto que tiene una cara agradable.

-¿Agradable? ¿Es que no has visto esos ojos? Azules y chispeantes...

- Y una figura pasable...

-Venga, estoy seguro de que no has cambiado tanto. Por muy mal que Annabeth te tratara, todavía eres capaz de apreciar una figura condenadamente espléndida.

- ¡Está bien! Sí, tiene un cuerpo delicioso.

La voz se le enronqueció al recordar lo que había experimentado al sentir aquel cuerpo resbalar bajo sus manos, el breve instante en que había tocado aquellos pechos mientras luchaban.

-Y no pongo en duda que tenga la piel de un ángel, pero eso no hace al caso. El problema no estriba en su físico, sino en su personalidad. Hemos sido como el perro y el gato desde el primer momento.

-¿Crees que no hay matrimonios así? Has debido llevar una vida monástica en el ejército.

-Claro que he visto parejas que discuten, pero no creo que fueran así desde el principio, cuando se enamoraron.

-Pamplinas. Hay gente a la que sencillamente le encanta discutir. ¿Te acuerdas de Capston? La baronesa y él no podían pasar un solo día sin tener una trifulca, pero estaba loco por ella.

-De acuerdo en que Capston estaba loco. Punto.

-Bueno, ¿y qué? Esa familia no te conoce. ¿Cómo van a saber que tú no lo estás? Además de la compatibilidad, la gente se casa por otras razones, linaje, dinero, los títulos...

Sedgewick se calló de repente y miró arrepentido a Benedict.

-Lo siento. No pretendía...

-Ya. Sé perfectamente que hay quien se casa por la riqueza y los títulos. Y es precisamente por mi experiencia que no quiero mezclarme en esto, Jermyn. ¿Cómo puedes pensar que voy a confiar mi seguridad y la de todos nuestros agentes a una mujer?

-No todas son como Annabeth. No todas las mujeres están dispuestas a vender su cuerpo y su alma por un título nobiliario.

- ¡ Oh! Annabeth no rompió el compromiso sólo porque yo hubiera perdido el título. También importaba el dinero -dijo con una sonrisa amarga-. También sé que no todas las mujeres son como ella, las hay que se venden por menos. Jamás volveré a depositar mi confianza en una de ellas. Mucho menos pondré en sus manos mi vida y mis secretos. ¡Tú me pides que lo haga con una arpía como ésa!

-Pero, si eso es lo bueno, que no será necesario. No tiene por qué enterarse de nada. Necesita un prometido, está demasiado preocupada con sus propios problemas para preguntarse en qué andas tú y por qué le haces el favor.

-Te equivocas. Piensa que soy capaz de todo por dinero.

-Tampoco podernos decir que te hayas desvivido para causarle una buena impresión. Pero eso es otra ventaja a nuestro favor. Si te cree un sinvergüenza, no dudará de que te compra para que seas su prometido. No es menester que confíes en ella, la tendrás tan engañada como al resto de su familia.

Benedict contempló a su amigo de toda la vida. El porte melifluo e impecable de Jermyn siempre había escondido una mente activa y maquinadora. Cuando eran unos chiquillos, solía ser Jermyn a quien se le ocurrían las travesuras. El resultado era que Benedict, con su aspecto moreno y decidido, siempre se llevaba las culpas y el angélico y rubio Jermyn era perdonado. Pensaba que, si la guerra contra Napoleón no hubiera estallado, dando a Jermyn la oportunidad de utilizar su mente maquiavélica para derrotar al enemigo, habría acabado con sus huesos en Newgate, después de haberlo arrastrado a él a la misma celda.

-¿Y no te parece mal engañar a una inocente de esta manera? ¿Crees que es justo meter un espía en su casa y arrastrarla a esta conspiración de traiciones y asesinatos?

Jermyn se echó hacia atrás con una mano en el pecho en un gesto teatral.

-Benedict... ¿Crees que sería capaz de hacerle daño a esa pobre mujer? Me preguntó por qué te consideras amigo mío.

-Hay ocasiones en que no me lo considero y no te hagas el inocente conmigo. Sé perfectamente que harás lo que sea preciso para averiguar qué les ha pasado a nuestros agentes y salvar nuestro «pequeño proyecto».

-¿No es lo que tú harías? -preguntó Jermyn, arqueando una ceja-. Mi querido amigo, he trabajado duro y mucho tiempo para establecer a esos hombres en Francia. Sus servicios son de un valor inestimable para nuestro gobierno. El conocimiento no tiene precio, es la clave para ganar la guerra. En estos momentos, nos encontramos completamente a ciegas.

Durante los últimos cuatro años, mientras Benedict se hallaba en la Península Ibérica combatiendo cara a cara con los ejércitos napoleónicos, Jermyn trabajaba en el Home Office, haciendo la guerra secreta contra los franceses. Había establecido una red de espías en territorio francés, el proyecto Gideon, compuesta por ingleses y exiliados galos que pasaban información sobre el enemigo. En su despacho eran canalizados rumores, documentos robados, informes sobre el ánimo de los personajes públicos, condiciones políticas y económicas, noticias sobre movimientos y moral de las tropas, de sus suministros y sus problemas. Hacía unos pocos meses que Benedict, obligado a licenciarse del ejército debido a sus heridas, se había unido a su amigo en aquella batalla oscura y desesperada.

Sabía perfectamente lo valioso que era su trabajo y, aunque refunfuñaba porque lo hubieran relegado a la pasividad de los despachos gubernamentales, se entregaba a su tarea con la devoción de siempre. Igual que Jermyn, sabía lo desastrosa que podía ser la amenaza que acechaba a la red de espionaje y, por extensión, a Inglaterra entera. La destrucción de Gideon en Francia crearía un inmenso agujero en el esfuerzo bélico. El ejército, el gobierno mismo, se quedarían una vez más sin la información que tan desesperadamente precisaban. Peor aún, cabía la posibilidad de que los franceses estuvieran enviando sus propios espías y saboteadores por los mismos canales que Jermyn había establecido, o sea, la red Gideon.

-Tienes razón -prosiguió Jermyn implacablemente-. Haría cualquier cosa por mantener la red intacta y oculta, por evitar que cacen y maten a mis agentes como si fueran conejos. Son mis hombres y mi obligación es garantizar su seguridad Es lo mismo, tú no permitiste que tus heridas te impidieran guiar a tus hombres a nuestras filas. Mucho me temo que no puedo permitirme el lujo de dejar que la seguridad de una mujer inocente se anteponga a la de mis hombres -dijo y suspiró antes de continuar-. Sé que parece despiadado, pero ¿qué quieres que hagamos? ¿Que dejemos pasar esta

ocasión? Benedict, es una oportunidad de oro. Entrarás en Chevington Park y serás aceptado como uno de los suyos, como uno más de la familia. Contigo sí hablarán.

- Sí, pero es muy improbable que la familia del conde tenga algo que ver con el contrabando.

Nada más comenzar su tarea encubierta, Jermyn se dio cuenta de que la manera más natural de pasar gente y mensajes dentro y fuera de la isla era por medio de los contrabandistas. Con el comercio prohibido por las leyes de guerra, la única oportunidad de entrar y salir de Francia era el contrabando de brandy y tabaco procedente de los Estados Unidos. Los contrabandistas eran gente que llevaba siglos operando con éxito y tan sólo hacía falta pagarles para que pasaran mensajes o personas. Richard Winslow, amigo y colaborador de Jermyn, era su intermediario con las sociedades del contrabando que funcionaban en la zona de Edgecombe. Por motivos de seguridad, sólo Winslow conocía a ese contacto.

Pero Winslow había muerto unas pocas semanas antes en lo que aparentaba ser un suicidio, llevándose el secreto a la tumba. Tanto a Jermyn como a Benedict les extrañó que un hombre tan dedicado a la causa se quitara la vida, pero no empezaron a sospechar hasta que, algunos días después, el mensajero que debía llegar de Francia no apareció. Sin contacto con los contrabandistas, no pudieron hacer otra cosa que preocuparse y dejar pasar el tiempo.

Las sospechas crecientes les llevaron a repasar la investigación sobre el suicidio y a descubrir que la nota que había dejado no coincidía exactamente con su letra. Eso y ciertas inconsistencias a las que al principio nadie había prestado atención acabó de convencerlos de que Winslow había sido asesinado.

Lo más probable era que los mensajeros franceses hubieran corrido igual suerte. Había un traidor en la red. Sus temores se vieron confirmados cuando un reconocido espía francés fue interceptado de camino al Continente. Una línea en el mensaje intervenido rezaba, *Hemos introducido un hombre en Edgecombe, caerán uno a uno*. Estaba claro, Gideon corría peligro.

Por desgracia no sabían nada más. El espía francés logró huir y desconocían quién podía ser su hombre en Edgecombe, ni siquiera eran capaces de prevenir a su amigo entre los contrabandistas. Por eso hacía una semana que estaban allí, para reunir información sobre los «caballeros» con la esperanza de, no sólo descubrir a su contacto, sino también la identidad del agente infiltrado y el destino que habían corrido sus propios hombres.

Sin embargo, los lugareños se negaban a hablar. Por muy ilegal que fuera aquel comercio, los contrabandistas eran gente del pueblo y nadie estaba dispuesto a delatarlos, sobre todo ante Jermyn, con su porte señorial. Benedict, en cambio, había pasado más desapercibido pero, tras días de esperar apostado el paso de los contrabandistas, no había conseguido más que su amigo.

-Eso es verdad -concedió Sedgewick-. No obstante, estamos de acuerdo en la posibilidad de que el asesino de Winslow sea alguien que él conociera, quizá otro «caballero».

Basaban sus sospechas en que el asesinato de Winslow había ocurrido en su estudio y a una hora intempestiva de la noche. Las ventanas y las puertas de la casa estaban cerradas y sin signos de que las hubieran forzado. Tampoco había señales de lucha. Lo único que los sirvientes habían escuchado era el disparo y tampoco habían recibido a nadie aquella noche. En realidad, lord Winslow, había llegado tarde y nadie estaba seguro de cuando, puesto que les había dicho a los criados que no lo esperaran. Sedgewick y Benedict suponían que el asesino había llegado con Winslow o que él mismo le había abierto la puerta. Por lo tanto, era posible que se tratara de una persona conocida, al menos alguien con las suficientes trazas de ser un «caballero» para que el noble no recelara de él. Desde su muerte, habían hablado innumerables veces de aquello. Benedict suspiró.

-Sí, lo sé. Pero así y todo, ¿el conde de Chevington?

-Quizá sea alguien allegado a la familia o que pueda ponerse en contacto con ellos. La vida social de Edgecombe debe girar entorno al conde. Cualquiera con aspiraciones debe ir a visitarlos. Esa es otra, como prometido de su nieta, te presentaran a todo el mundo, podrás hablar con la servidumbre y los aldeanos. Te encontrarás en situación inmejorable para averiguar algo sobre los contrabandistas.

-Eso no lo puedes saber. Son la gente más parca que he visto en mi vida.

-Lo dices porque ni una sola vez has conseguido que te tomen por uno de los suyos. Por lo poco que he averiguado, la gente de los alrededores siente cariño y respeto hacia el conde y una tremenda lealtad hacia los Chevington. Te apuesto lo que quieras a que esa mujer de ahí dentro es capaz de averiguar en dos minutos lo que tú y yo llevamos intentando infructuosamente durante días. No, no te preocupes. No sugiero que la enroles para que haga las preguntas. Lo único que digo es que, en cuanto sepan que eres su prometido, tú también podrás hacerlas. Quizá no te contesten con la misma franqueza que a ella, pero será más fácil y rápido que hasta ahora.

-Lo cual no es mucho, puesto que no hemos llegado a ninguna parte. De lo contrario, no me habría apostado esta noche en ese condenado brezal. ¡Maldita mujer! -estalló Benedict de nuevo-. De no ser por ella los habría encontrado. Estaban ahí, me dispararon.

-Confía en mí. Cuando lo pienses fríamente, estarás de acuerdo conmigo en que la señorita Ferrand es un regalo caído del cielo.

- ¡Simplezas! Esta vez no te dará resultado.

-¿Por qué no? En este momento, el único obstáculo eres tú.

-Para empezar, ¿qué pasará si uno de ellos me reconoce? Nos movemos en los mismos círculos, puede que nos hayamos visto en más de una fiesta. Y si uno de ellos viene y dice «Hola, Rawdon», cuando se supone que me llamo señor Emerson, o lo que fuere.

-Creo que es Lassiter y lo que dices no es muy probable. Has estado cuatro años fuera del país, no eras lord Rawdon cuando te marchaste, sino Benedict Wincross, se interponía un heredero entre el título y tú. Hace unos cuantos meses que has vuelto y sabes tan bien como yo que nunca asistes a las fiestas. Piensa además que esta gente lleva los últimos meses sin ir a la ciudad, la señorita lo ha dicho No han podido verte en Londres y en el caso de que alguno te reconociera, estarás a tiempo de inventarte una historia sobre que se trata de un compromiso secreto. Siempre funciona y convierte en cómplices a los demás.

-Puesto que no te preocupa que todo reviente si alguien me reconoce, ¿qué me dices de que estemos depositando nuestra confianza en esa mentecata que apenas conocemos? ¡Hasta en el infierno saben que no tardará en dejarnos en evidencia!

-La primera a la que no le conviene es ella misma. Necesita, tanto o más que nosotros, que su familia crea que eres su prometido. Hará todo lo que esté en su mano para mantener la comedia.

-Incluso con la mejor de las voluntades puede cometer un error.

- A mí me parece una joven bastante inteligente. Y tampoco le falta coraje. No me la imagino echándolo todo a rodar por miedo o timidez.

Incluso Benedict tuvo que sonreír a su pesar.

-No, yo tampoco lo creo. Con todo, dudo que esté acostumbrada a este tipo de estratagemas.

-¿Qué oigo? -exclamó Sedgewick, mirando a su amigo con fingido asombro-. ¿Es Benedict Wincross quien habla? ¿El mismo que me juraba hace cuatro años que todas las mujeres son unas consumadas farsantes?

Benedict tuvo la honradez de sonrojarse.

-Les enseñan a engañar desde la cuna, lo sabes perfectamente. Te garantizo que incluso Bettina, la mejor de todas, te ha tomado el pelo de vez en cuando.

Sedgewick se rió. No parecía molestarle aquella descripción de su esposa.

-Por descontado. Lo que ocurre es que me encanta seguirle el juego a tu hermana.

- Lo que digo es que no confío en ella para un engaño a gran escala. Sonrisas falsas y unas cuantas mentirijillas no capacitan para mantener una farsa durante días y delante de su propia familia. Y, lo que es peor, ésta parece más... ¿directa? Digámoslo así, que la mayoría.

-Quizá, pero sigo pensando que es lista y salvarse de las garras de una tía bruja es motivación más que suficiente.

- Puede que sea capaz de representar un papel, pero ¿cómo quieres que mire con ojitos de cordero a una mujer que cada vez que abre la boca me pone los pelos de punta? No he estado con ella dos minutos seguidos sin tener ganas de retorcerle el pescuezo.

-Sólo tienes que mirarla como mirabas a Annabeth -replicó Jermyn despiadadamente-. ¡Por el amor de Dios, Benedict! Es vital para el mantenimiento de nuestra red. No puedes dejar que nuestros esfuerzos se pierdan, que nuestros hombres mueran, sólo porque no te cae simpática una mujer.

-¡Maldita sea, no es ningún capricho! ¡Esto no puede funcionar, es demasiado truculento!

- No tenemos nada que perder. Estamos a punto de hundirnos, nos enfrentamos a un enemigo muy astuto que puede estar introduciendo a sus compinches a través de nuestra propia red. ¿Qué más da si descubren que eres un impostor? En el peor de los casos, seguiremos como ahora, sin saber nada y con nuestros hombres y nuestro país corriendo un peligro mortal.

- No quiero perder el tiempo cuando podría estar buscando a los contrabandistas -se resistió Benedict una vez más.

-Los dos sabemos que así será más fácil y rápido. ¿O acaso me equivoco? Quizá no te resistas con uñas y dientes porque te disgusta esa joven, sino por que te gusta demasiado. ¿Es por eso que te provoca tanto? ¿Por eso has decidido mantenerte lo más lejos posible de ella? ¿Porque te hace sentir cosas que ya creías muertas?

-No seas idiota -dijo Benedict, aplastando con saña el cigarro contra la grava-. ¡Condenación! ¡De acuerdo, lo haré! Espero por lo más sagrado que no te equivoques, Jer. De lo contrario, perderemos Gideon irremisiblemente.

Sin más palabras, le dio la espalda a su amigo y entró en la posada.

Todavía reconfortada por el ponche y la amabilidad de Sedgewick, Camilla se enfrentó a la titánica tarea de adecentarse. No quería ni pensar lo que dirían sus tías si la veían así. Ya se había lavado con agua caliente y una toalla y, mientras se vestía, pensó en los cotilleos inevitables de las mozas de la posada. Al día siguiente todos los pueblos de los alrededores sabrían que lady Camilla se había presentado allí como una marimacho, cubierta de barro hasta las orejas y acompañada de un desconocido.

Todo sería más sencillo si aquel despreciable Benedict accediera a hacerse pasar por su prometido. Por lo menos podrían explicar su presencia en el coche. La historia verdadera únicamente serviría para que a Lydia le diera un ataque de histeria al pensar en el peligro que había corrido su sobrina. A Beryl no, para ella sería una mina de oro, una excusa para sermonearla hasta matarla de aburrimiento con charlas y reproches sobre sus modales. Prefería confiar en los poderes de persuasión del señor Sedgewick.

Por descontado, supondría un sacrificio fingir que estaba enamorada de aquel rufián. Benedict era el hombre más irritante que había conocido en toda su vida. Por suerte, nadie esperaría que se hicieran arrumacos, no era la clase de conducta que se alentaba en su clase social. Todos los prometidos iban acompañados de una carabina y sólo se encontraban a una distancia tan decente como casta. No habría aquellos besos apasionados que Camilla había visto darse a Lizzy, la doncella, con su prometido, el hijo del carnicero. No, el buen tono exigía que aquellas cosas se hicieran en secreto.

Con todo, tendrían que pasar mucho tiempo juntos y a todos les parecería extraño que no salieran a pasear solos. Recordó las miradas abrasadoras que intercambiaban su amiga Henrietta con Malcom, su prometido. Había algo en los ojos de aquel muchacho cuando miraba a su amiga que hacía a Camilla sonrojarse de sólo pensarlo. No era nada grosero, pero no había duda al verlo de cuáles eran sus sentimientos por Henrietta. Incluso ella, la oponente feroz al matrimonio, había suspirado con nostalgia al recordar aquellas miradas.

Eran como señales, las miradas, los susurros con las cabezas muy juntas, los suspiros, por ellas sabía la gente que una pareja estaba enamorada. Sin embargo, mientras ellos mantuvieran que lo estaban, ¿quién iba a rebatírselo si no caían en esa clase de comportamiento? No, era un plan tan audaz que incluso la malpensada de Beryl tendría que tragarse sus recelos.

A Sedgewick no le costaría mucho trabajo convencer a aquel sinvergüenza, sobre todo con el argumento de un dinero fácil. Con aquellas reflexiones, llamó a la posadera para que la ayudara a lavarse el pelo. Necesitaron cuatro jarras de agua y mucho salir a vaciar la palangana antes de quitarse el barro encostrado. Camilla no se molestó en enjabonarse el cabello, ya tomaría un buen baño cuando llegara a casa. Al menos, ahora se veía que tenía el pelo negro. Mientras que la posadera salía por última vez, Camilla se sentó frente al fuego para secarlo y desenredárselo.

Al principio, cuando la puerta se abrió de nuevo, creyó que era la moza. Pero oyó los pasos de unas botas recias y ahogó un grito. Era Benedict. Por un instante, se quedaron mirando como paralizados. Camilla sólo llevaba la camisa y las enaguas, el pelo negro le caía como una nube oscura sobre los hombros y la espalda, sus ojos eran dos lagunas sombrías. La piel se le había encendido bañada por la luz dorada del fuego. Los pechos se erguían por el borde del corpiño, aprisionados en su plenitud por encajes y lazos. Era un cuadro incitante, allí, con el cuerpo voluptuoso cubierto de ropas blancas y castas, el pelo alborotado como el de una niña, espeso y lujurioso, invitándolo a que lo acariciara. Parecía al mismo tiempo inocente y sensual, una mujer muy capaz de encender su deseo.

Un rubor ascendió por el cuello hasta enseñorearse del rostro. Camilla se llevó las manos al pecho, cubriendo sus apetitosos senos.

- ¡Caballero!

Benedict retrocedió como si saliera de un trance.

-Mil perdones, señorita Ferrand -dijo con una reverencia irónica-. Es una suerte que estemos prometidos, de lo contrario hubiera arruinado su reputación.

-Entonces... ¿Está de acuerdo?

-Sí, he accedido a hacer el papel, que Dios me perdone -dijo mientras se situaba de manera que le diera la espalda-. Ahora voy a la habitación de Sedgewick, confía en que podrá disfrazarme de caballero. Será mejor que cierre esta puerta si no desea más visitas inesperadas.

En cuanto salió, Camilla se lanzó a la puerta y dio vuelta a la llave. Después, se puso las manos en las mejillas para calmar el ardor. No podía quitarse de la cabeza el modo en que la habían recorrido aquellos ojos negros. Aún temblaba, un extraño revoloteo se había apoderado de su abdomen. Estuvo a punto de echarse atrás pensando que había algo muy peligroso en aquel hombre.

Pero enderezó los hombros y se puso el vestido. No iba a permitir que aquel rufián le hiciera desistir de sus propósitos por miedo. Iba a fingir que era su prometido e iba a representar tan bien su papel, que nadie podría sospechar la verdad. Confiaba en que llegaran tarde y la tía Beryl no estuviera levantada.

Decidida y compuesta, abrió la puerta al salón. Estaba vacío, excepto por el señor Sedgewick, que le sonrió.

-¡Ah, espléndido! -dijo acercándose hasta tomarla de la mano y besársela-. Es aún más encantadora de lo que yo creía. Excepto para la arpía de su tía, está claro para cualquiera que tenga ojos en la cara que si no se casa usted es porque no quiere.

- ¡Gracias por el cumplido! -dijo ella, con una leve reverencia.

-No es sino la verdad. Aquí viene su prometido, con otro porte, debo decir.

Camilla se volvió hacia las escaleras. La compostura apenas le alcanzó para no quedarse con la boca abierta. El bandolero rudo de ropa basta y embarrada había desaparecido, en su lugar había un hombre que era un caballero de los pies a la cabeza. Evidentemente, se había bañado y afeitado. Los rizos negros habían sido puestos en orden despiadadamente, el pañuelo blanco y almidonado caía desde un nudo sencillo y elegante. Aunque la levita y los pantalones eran negros, al igual que el chaleco, saltaba a la vista que estaban bien cortados y eran ropa cara. Las botas relumbraban como un espejo.

-Señor Sedgewick, ¿qué ha hecho usted? Bueno, no querrá perder esas prendas.

Sedgewick miró a Benedict con ojos chisporroteantes antes de contestar.

-Ni siquiera se moleste en pensarlo, mi querida señorita. Ha sido un placer.

La voz agria de Benedict acabó con la ilusión de que podía haber cambiado con aquella ropa.

-Desde luego, teniendo en cuenta que...

-Sí, sí, ya sé. Te las has ganado, ya me lo has dicho. ¿Cree que servirá, señorita Ferrand?

- Sí. Aunque no previne a nadie de que mi prometido tenía el mal genio de un oso.

-¡Ah, bueno! Eso es algo que cualquiera se olvidaría de comentar.

-Vámonos -gruñó Benedict-. El criado ya ha bajado mi equipaje. Tu equipaje, debería decir, ¿no, Sedgewick? -dijo Benedict y se volvió a Camilla con la mano extendida-. ¿Y el dinero?

-¿Qué?

-¿No teníamos un acuerdo?

-¡Oh!-dijo ella, mirando a Sedgewick en busca de apoyo-.¿Qué debería pagarle?

-No estoy seguro -dijo Sedgewick, contemplando ceñudo a Benedict-. ¿Qué te suelen pagar por estas cosas?

-Nunca he hecho nada parecido. Aunque, con cien me conformaría.

- ¡Cien libras! - exclamó Camilla.

- ¡ Benedict!

-Uno tiene que buscarse la vida, ¿no? -respondió Benedict arqueando una ceja.

- ¡ Pero eso es más de lo que un criado ganaría en... años! -dijo Camilla.

-¡Ah! Pero no puede presentarle un criado a su familia, ¿me equivoco?

-Sólo es un trabajo de unos pocos días.

-No es por el tiempo, comprenda. Sino para que me acuerde de guardar nuestro pequeño secreto. Se lo dejo en cincuenta y ni un penique menos.

- ¡Está bien! Llevo dinero en mi bolso, pero no hay demasiado. El resto está en el baúl...

A Camilla se le apagó la voz al darse cuenta de que se iba a encontrar viajando sola de noche en compañía de aquel hombre. ¿Qué le impedía dejarla inconsciente y robarle el dinero? No sería el cochero, a quien ya había dejado fuera de combate una vez. Su rostro debió reflejar lo que pensaba porque Benedict sonrió diabólicamente. El señor Sedgewick se apresuró a intervenir.

-No se preocupe, no se atreverá a robarle y huir. Recuerde que yo soy testigo y si algo le ocurre a usted, puede darse por preso.

-Claro, muchas gracias.

Camilla y Sedgewick intercambiaron una sonrisa amable, pero luego Jermyn se volvió hacia Benedict con un gesto poco benevolente. El posadero también salió a despedirlos.

-No se preocupe, milady. He sustituido a ese inútil de cochero que traía y he mandado al mozo que vaya delante de los caballos con un farol. Usted y su caballero pueden estar tranquilos -dijo sonriendo antes de bajar la voz-. A su abuelo va a hacerle muy feliz, milady. No me cabe duda. Y debo decir que es un caballero muy fino. Nos preguntábamos qué buscaban por aquí él y su acompañante, pero ahora está claro que la esperaban a usted.

-Muchas gracias, Saltings.

Camilla se sentía culpable. Detestaba mentir, pero también se daba cuenta de que aquello era sólo un eslabón más de la larga cadena que había comenzado con la primera mentira que le había dicho a su abuelo.

Sedgewick la ayudó a subir al carruaje. Benedict lo hizo a continuación, sentándose enfrente de ella. Sedgewick cerró la puerta, el cochero lanzó un grito e hizo restallar el látigo.

Camilla miró al desconocido que tenía delante y se preguntó en qué embrollo se habría metido ahora.

4

Camilla buscó en su bolso y sacó un fajo de billetes que llevaba. Contó cuidadosamente veinticinco de una libra y se los tendió a Benedict.

-¡Rediez! Gracias, Su Alteza -dijo él, con un fuerte acento de clase baja y tirando de su pañuelo como un campesino.

-Es la mitad -dijo ella tensa, negándose a dejarse llevar por la irritación-. El resto cuando acabe de interpretar su papel.

- ¿Tiene miedo de que ponga pies en polvorosa en cuanto lleguemos? -preguntó con su acento normal, pero sin renunciar a la sonrisa sardónica-. Supongo que sería bastante bochornoso.

-¿Qué es usted cuando trabaja en sus tugurios?-preguntó ella, ignorando sus palabras-. ¿El gancho, el jugador?

-Me sorprende. ¿La nieta de un conde tan familiarizada con la jerga de la canalla?

-He oído muchas historias sobre los inocentes que se dejan arrastrar a esos antros de juego. Hablan como los caballeros para engañar a los primos, ¿no es cierto?

-Eso dicen.

-¿Usted no es uno de ellos?

- Creía que estábamos de acuerdo en que soy un ladrón vulgar.

-No creo haber llegado a ese acuerdo con usted, de lo único que estoy segura es de que no es de fiar.

-Una mujer lista, no cabe duda -dijo él, sin perder el aplomo ni el humor-. Pero, ¿no le parece que un hombre verdaderamente digno de confianza no serviría para sus propósitos?

Tenía razón. Un hombre recto y honrado jamás se prestaría a aquella bufonada. Algo que no decía nada bueno sobre ella, pues estaba metida en el mismo asunto. En realidad, de los dos, Camilla era la peor, pues trataba de engañar a su propia familia.

Camilla dudó por primera vez y no pudo sostenerle la mirada. Los efectos del ponche se habían desvanecido dejándola con un incipiente dolor de cabeza. ¿De verdad se había emborrachado, tal como aquel hombre decía? ¿Había tomado una decisión alocada de la que tendría que arrepentirse al día siguiente? Las dudas y los remordimientos la asaltaban.

-¿Qué le ocurre, milady? ¿Nos estamos arrepintiendo? ¿Nos preguntamos si nuestras acciones son poco honorables? ¿O tal vez duda de permitirle a un ratero el acceso a Chevington Park? Quizá debería haberlo pensado antes de invitar a la víbora a su regazo, por así decirlo.

- ¡No sea ridículo! -respondió ella, orgullosa mente-. Ni siquiera usted sería tan estúpido como para robar cuando es tan evidente. Siempre podría denunciarlo.

-¿Con qué nombre? ¿Con el de Lassiter?

Camilla lo miró alarmada.

-Exacto -siguió él-. Porque ni siquiera sabe mi nombre, ¿verdad?

-¿No es Benedict?

-Sí, mi nombre de pila.

-Pero yo creía... El señor Sedgewick lo empleaba como si fuera su apellido... ¿entonces?

-¿Qué? Me llamo Lassiter.

Camilla se lo quedó mirando con los ojos desmesuradamente abiertos. Entonces, Benedict la sujetó y se la sentó sobre el regazo. Con uno le rodeaba los hombros y con el otro la cintura, inmovilizándola.

- ¡Basta! ¡Suélteme inmediatamente!

-Con las prisas por engañar a la familia, parece que ha olvidado otra cosa. Un prometido alberga ciertas esperanzas, posee ciertas prerrogativas.

Benedict se inclinó y buscó su boca con unos labios duros, casi lacerantes, que presionaban insistentemente. Camilla ahogó una exclamación, oportunidad que Benedict aprovechó para introducir la lengua, pasmándola más aún. A Camilla sólo la habían besado una o dos veces y únicamente galanes caballerosos arrastrados por el ímpetu en un momento de ardor. Pero nunca había sentido algo parecido a esto. La boca de Benedict parecía alimentarse de la suya, ávida e imperiosa, exigiendo que ella se rindiera.

Con la misma brusquedad que había empezado, Benedict se detuvo y se la quedó mirando. Tenía el rostro congestionado, su respiración era agitada y había un destello feroz en sus ojos oscuros. Camilla estaba hipnotizada y, por una vez en la vida, ni siquiera podía hablar. Pensó que volvería a besarla, pero lo que hizo fue dejarla de nuevo en su asiento.

-Recuerda eso la próxima vez que decidas fingir que un hombre esta a punto de convertirse en tu marido. Y recuerda también que debemos tuteamos.

La rabia disipó la estupefacción. Camilla ni si quiera recordaba el miedo que había sentido un momento antes.

-¿Cómo se atreve?

-Recuerda, el tuteo. Además, ¿crees que me importa que seas una dama o pertenezcas a una familia respetable? No sabes nada de mí y menos aún de mi carácter. Has sido una incauta al maquinar esta comedia.

-Entonces, quizá deba ponerle fin en este mismo instante. ¿Por qué no paramos y vuelves andando a la posada?

-Oh, no, milady. Tenemos un trato y voy a ocuparme de que lo cumpla por muy amargo que sea el final. ¿Acaso piensas desdecirte?

-Nunca rompo mi palabra -dijo ella, orgullosa-. Pero no te confundas y te hagas ilusiones de hacer valer tus derechos de prometido. Te pago un buen dinero y si eso no es bastante para ti, te sugiero que bajes del coche ahora mismo, porque no vas a conseguir nada más.

Camilla lo miraba con unos ojos capaces de derretir el hierro. Sin embargo, aquellas palabras pare cían divertir a Benedict que sonrió levemente.

-No te asustas con facilidad, ¿eh?

-¿Eso pretendías, asustarme? -preguntó ella, perpleja-. ¿Con qué propósito?

-Es mejor conocer el terreno que uno pisa.

-¿Me estabas poniendo a prueba? -preguntó con un gesto de exasperación-. Bien, puedo prometerte, señor como te llames, que si hay un eslabón débil en este plan no soy yo. Sería mejor que, en vez de dejar nos llevar por discusiones y pruebas infantiles, elaboráramos un poco nuestra historia. Ya sabes que te llamas Lassiter, pero no veo inconveniente en que sigas utilizando el nombre de pila. De ese modo, si cometo un desliz, no parecerá raro. En las cartas que he enviado a mi familia, sólo me he referido a ti como señor Lassiter, de modo que no conocen tu nombre.

-¿Dónde vivo? -preguntó él, asintiendo-. ¿En qué ocupo mi tiempo?

-Tus padres tienen un pequeño terreno en los Croswolds y tú vives en Bath. No trabajas, pero escribes.

-Espero que no te refieras a escribir poesía-dijo él, con expresión ofendida.

-¡Oh, no! Eres un caballero erudito, interesado en historia antigua, Roma sobre todo. Has escrito varios artículos y ahora preparas un libro.

-¡Dios todopoderoso! ¿Insinúas que tendré que hablar sobre eso?

-No, no. Al abuelo le repugnan los temas eruditos. Pero me parece que es algo admirable por lo que interesarse.

-De acuerdo. ¿Qué más he de saber sobre este dechado de virtudes?

-Eres el más considerado y afable de los hombres, ahí es donde deberás trabajar tu papel. Al señor Lassiter jamás se le pasaría por la cabeza dejar inconsciente a un cochero ni luchar por el suelo con una dama indefensa.

-Lo que describes es un soso aburrido, como un perro de compañía.

- ¡En absoluto! Es un caballero muy por encima de los demás.

-Por lo que dices, me pregunto qué mujer querría casarse con él.

-Eso sólo demuestra lo poco que conoces a las mujeres.

- Tampoco es la primera vez que me lo dicen.

-El señor Lassiter las respeta, está convencido de que son tan capaces e inteligentes como el sexo masculino.

Benedict le lanzó una mirada irónica.

-¿No estás dorando demasiado la píldora? ¿No te parece que es demasiado perfecto para ser creíble? Inteligente, caballeroso, un hombre al que le gustan las mujeres sabihondas.

- No, porque de lo contrario no habría accedido a casarme con él. Mientras actúes como te digo, resultará perfectamente creíble.

-Exageras mi capacidad interpretativa.

-Y tú mi capacidad de ser paciente. ¿Quieres hacer el favor de prestar atención?

-Lo intentaré con toda humildad. Os lo ruego, milady, continuad.

Hicieron la última parte del trayecto tratando de recordar lo que ella había escrito en sus cartas a propósito del señor Lassiter. Benedict hizo su última pregunta justo cuando atravesaban las puertas de Chevington Park.

-¿Estás segura de que me parezco a él? Porque habrás tenido que describirlo, ¿o no?

-Bueno, no me lo imaginaba así. No era tan grande... tan musculoso... Pero creo que al abuelo sólo le dije que su estatura era normal.

Los seis pies de Benedict no podían considerarse normales, pero Camilla no había entrado en detalles sobre su constitución. Además de que no había pensado mucho en su supuesto prometido, cada vez que lo intentaba, el hombre que tenía delante invadía su imaginación con su presencia imponente. Empezaba a sospechar que Benedict tenía la irritante costumbre de dominar cualquier situación en la que se encontrara.

-Dije que era moreno, aunque creo haber comentado que tenía los ojos grises. Esperemos que nadie lo recuerde.

-Esperemos.

En cuanto el coche se detuvo, Camilla abrió la puerta antes de que el mozo tuviera tiempo de acercarse. Al bajar, contempló aquella casa venerable con una oleada de afecto. Benedict siguió la dirección de su mirada era una mansión elegante, construida en forma de letra E y con piedras blancas. Una luz cálida se derramaba al exterior a través de las ventanas y las puertas enormes.

- ¡Oh, no! -exclamó ella al darse cuenta de que la esperaban levantados.

Como para confirmar sus temores, dos criados con librea aparecieron en la puerta principal, seguidos por un individuo orondo, completamente de negro, que se acercó con una sonrisa.

- ¡Ay, señorita Camilla! -exclamó-. ¡Es maravilloso volver a verla!

- ¡Purdle! -dijo ella, abrazándolo-. No deberías estar levantado a estas horas.

-Como si pudiera dormir sin saber dónde estaba. ¿Qué quería? ¿Que dejara que la recibieran los lacayos? -dijo, al parecer ofendido con sólo pensarlo.

-No, ya sé que no puedes. ¿Querido? - añadió para Benedict-. Te presento a Purdle. Es el mayordomo y ha estado cuidando de nosotros desde siempre. Purdle, éste es el señor Lassiter...

-¡Sí sí, lo sé! -contestó el mayordomo sin perder la sonrisa-. La vizcondesa nos lo ha contado todo sobre él. Mi felicitaciones, sir. Le deseo toda la felicidad del mundo, señorita. Es maravilloso y debo decir que Su Gracia está encantado, la noticia le ha levantado el ánimo. También está deseando verla, aunque seguro de que eso no será ninguna sorpresa para usted, señorita. Se empeñó en esperarla levantado, pero el medicamento que le administró el doctor lo dejó durmiendo después de cenar. El doctor dijo que era demasiada excitación para él. Mañana tendrá un humor de mil demonios, cuando se levante y comprenda que no la ha visto llegar.

Fascinado, Benedict miraba al mayordomo, que les guiaba por la escalinata sin dejar de parlotear. Nunca había visto uno como él sonriendo de oreja a oreja y cotorreando como una urraca. Entonces se recordó a sí mismo que tendría que haber supuesto que nada ni nadie que estuviera conectado con aquella mujer podía ser normal. Camilla comentó de pasada que todo el mundo parecía estar levantado.

- ¡Oh, sí! La familia al completo -dijo Purdle, sin darse cuenta de la expresión de milady-. Bueno, excepto el señorito, claro.

- ¿Anthony?

Con dieciocho años su primo era el heredero del conde y el miembro de la familia con quien se sentía más unida. Su tía Lydia los había criado como si fueran hermanos.

- Sí. Se ha retirado pronto hoy.

-¿Está enfermo? -preguntó ella, como si no lo pudiera creer.

-¡No señorita! Lleva unos meses retirándose temprano, desde que la ¡hum!, señora Elliot vino de visita.

-¡Ah!

Anthony aborrecía a tía Beryl, quizá más que la propia Camilla. Beryl no dejaba pasar la menor oportunidad para sermonearle sobre sus deberes como futuro conde y para recordarle que el auténtico heredero había sido su marido, lo que significaba que sus hijos eran, con mucho, más merecedores del honor y el título que él.

-Exactamente No se preocupe, lo verá muy pronto.

Estaba segura de que Anthony no dormía. Tomó la decisión de escabullirse de los demás e ir a su habitación en cuanto fuera posible. Mientras tanto, Purdle los condujo a un salón que raramente era utilizado por su abuelo. Camilla vio en aquello la mano de lady Elliot. Aunque Lydia era superior en rango, siendo la viuda del Vizconde y la madre del heredero, no le cabía la menor duda de que había permitido a Beryl hacerse con las riendas de la casa. Siempre se había sentido intimidada con la legua venenosa de aquella arpía, además de que nunca le había gustado estar al mando de nada. La tía Beryl, sin embargo, vivía para mandar.

-Milady -anunció Purdle a Lydia-. La señorita Camilla ha llegado.

Mientras el mayordomo les dejaba paso, Camilla respiró hondo. Miró a Benedict y se quedó paralizada. Una sonrisa había transformado sus rasgos duros en el rostro hermoso de un verdadero enamorado. Ella intentó hacer lo mismo mientras deslizaba la mano en su brazo.

El salón parecía lleno de gente, todos con los ojos puestos en ellos. Cuando aquella multitud de caras empezó a concretarse en rostros conocidos, Camilla comenzó a salir de su estupor. Las dos jóvenes eran las hijas de Beryl, Amanda y Kitty. Se habían hecho complicados tirabuzones en su pelo rubio y sus ojos, de un color indefinido, parecían a punto de salírseles de las órbitas. Kitty era rolliza, Amanda delgada como un palo, pero las dos cuchicheaban incesantemente entre risillas y Camilla se sentía morir de aburrimiento si pasaba más de cinco minutos en su compañía. La tía Beryl, con el mismo cabello rubio y ojos saltones, aunque ya empezaba a encanecer, ocupaba uno de los grandes sillones frente al fuego, con un chal sobre los hombros para protegerse del frío que debía darle su tremendo escote. La otra mujer mayor, aunque hacía falta fijarse para darse cuenta de que no pertenecía a la misma generación que sus sobrinas, era tía Lydia, una dama de cutis níveo, mimado a base de cremas y ungüentos, con una figura esbelta, como si nunca hubiera tenido hijos. Con el cabello pelirrojo y sus vívidos ojos azules, seguía siendo una de las bellezas reinantes de Londres, aunque nadie imaginaba que tenía un hijo de dieciocho años. Lydia los miraba como si nunca antes hubiera visto a Camilla.

Eran las cuatro mujeres que esperaba encontrar en la mansión. Lo que no había previsto era la presencia de tres hombres, su primo Bertram, el mayor de los hijos de Beryl y uno de los dandys más famosos de la capital. A los otros dos no los había visto en la vida.

-Tía Lydia -dijo con una sonrisa y abriendo los brazos.

-Mi pequeña.

Lydia se levantó a abrazarla, aunque no dejó de mirar a Benedict con una expresión peculiar. Beryl se levantó con ademanes pomposos, pero no abrió los brazos.

-Camilla -saludó.

La recién llegada intercambió saludos corteses con sus primos sin dejar de vigilar a los dos desconocidos, a los que nadie le presentó. Al final, se acercó a Benedict, lo tomó del brazo y se adelantó.

Aún no salía de su asombro con el cambio que se había operado en él. Sin embargo, antes de que pudiera presentarlo. Lydia se adelantó con una sonrisa deslumbrante.

-No, Camilla. No tienes que decirnos quien es el caballero. «Todos sabemos que debe ser tu marido».

Aquella frase produjo un profundo silencio en la habitación. Camilla miró a Lydia, atónita. Entonces reparó en la mirada astuta con que Beryl observaba la escena.

-¿Cómo está usted, señor Lassiter? -prosiguió Lydia, como si allí no ocurriera nada fuera de lo corriente -. Soy la Vizcondesa de Marbridge, tía de Camilla.

Benedict se recobró perfectamente. Le sonrió a la vizcondesa y le hizo una reverencia magistral.

-¿Cómo está usted, milady? Es para mí un placer conocerla.

En un instante, volvió hacia Camilla una mirada de pura furia, seguro de que lo había engañado y de que aquella situación era obra suya.

- ¡Ay, pequeña! -exclamó Lydia, con un puchero encantador-. Espero no haberte echado a perder la sorpresa que nos preparabas.

-No, no. Claro que no -respondió Camilla en un hilo de voz.

Benedict, le sonrió a su esposa con una expresión arrobada, mientras le apretaba la muñeca con una fuerza muy poco cariñosa. Entonces, se inclinó hacia ella para susurrarle al oído.

-¿Qué demonios estás haciendo? Si intentas tenderme una trampa, te juro que no funcionará.

Camilla se vio incapaz de controlar la irritación que asomó a su rostro.

- ¡No tengo la menor idea de qué está pasando aquí! -dijo ella entre dientes, mientras procuraba sonreír-. ¡Ni idea!

Benedict no pudo seguir, Lydia ya estaba junto a ellos. Tomó la mano de su sobrina entre las suyas y la apretó intencionadamente.

- Sé que querías que mantuviera el secreto, pero es que me sentí tan dichosa cuando recibí tu carta que simplemente no pude resistir y se lo conté a todo el mundo. Por favor, dime que me perdonas.

-Claro. No faltaba más.

Camilla recobró el aplomo y la compostura. No había más remedio que seguirle la corriente a Lydia.

- Una noticia de lo más inesperada - apostilló Beryl.

Camilla podía sentir la mirada de su otra tía taladrándola. Se obligó a mirarla confiando en aparentar calma y confianza.

-Sí, ¿verdad?

-Seguro que os encontráis muy cansados después del viaje - intervino en su rescate Lydia. Y entonces, añadió en un susurro-. Pequeña, ¿qué es ese barro que llevas en el cuello?

-Sí, nos encontramos exhaustos -dijo Camilla, llevándose la mano a la mancha delatora-. Mi... nuestro cochero, se perdió por el camino.

- ¡ Qué cosa más horrible! Debes subir a tu habitación y descansar.

Sin embargo, cuando Lydia la tomaba del brazo para llevársela, la voz maliciosa de Beryl les detuvo.

-Vamos, vamos, Lydia -dijo en un tono falsamente jovial-. No consentiremos que nos arrebates a Camilla tan pronto, ¿verdad que no, niñas? Estamos impacientes por conocer 10s detalles de la boda, una cosa tan inesperada... Bueno, no sucede todos los días. Además, debes conocer los señores Oglesby y Thorne.

- ¿Qué? -balbuceó Lydia, completamente despistada-. ¡Ah, ya! Sí, por supuesto.

Entonces, llevó a la pareja hacia la chimenea, donde se encontraba Bertram en compañía de los dos desconocidos. Camilla no tenía el menor deseo de entablar una charla educada con aquellos extraños, sólo quería quedarse a solas con su atolondrada tía y averiguar a qué venía todo aquello. Pero Lydia ya estaba hablando.

-Camilla, señor Lassiter, éste es Edmund Thorne, eh... un amigo mío de Londres. Ha sido tan amable como para venir de visita hace algunas semanas.

Thorne era un joven de chorrera almidonada tan alta que daba la impresión de que podía ahogarlo en cualquier momento. El aparente descuido de sus rizos hizo que Camilla calculara las horas que había tardado en conseguir arreglarlos. Se inclinó profundamente ante ella.

- ¡Oh bella Diana! Afrodita no puede ser otra que milady.

-¿Cómo dice?

- ¡Oh, no! -exclamó adelantando una mano, como si quisiera detener algo. La otra fue a su frente-. ¡Ah, sí! ¡Ya lo veo! Sin duda, la hermosa Perséfone. Siento que la musa se apodera de mí. Lady Marbridge es Deméter, pletórica de alegría al ver de nuevo a su

hija... aunque, por supuesto, nadie diría que Su Señoría tenga edad para ser la madre de milady. Parece más tal que una hermana.

Junto a ella, Benedict empezó a toser. Bertram levantó su monóculo y estudió a Thorne.

-Vamos, señor Thorne. Entonces no podrían ser Deméter y Perséfone, ¿no le parece?

-Pero es un detalle muy amable, señor Thorne-dijo Lydia-. Como habéis podido comprobar, el señor Thorne es poeta - añadió para la pareja.

-Ya -exclamó Benedict-. Sin duda eso lo explica todo.

- Permitidme que os presente al señor Terence Oglesby -dijo Bertram, sin disimular el hastío que le inspiraba Thorne.

El primo Bertram era un dandy, saltaba a la vista. Llevaba el pelo al estilo conocido como «Windswept», las botas borladas, lustrosas a base de champán y betún, era, de arriba abajo, la viva imagen de la moda elegante. Aunque no se dejaba llevar por los adornos y entallados excesivos, su silueta se asemejaba más a la de una avispa que a un hombre, y era evidente que consideraba su indumentaria como una obra de arte. Por la mañana, necesitaba dos horas para vestirse, porque utilizaba más de diez pañuelos recién planchados antes de conformar un nudo a su gusto. Sus prendas eran tan ajustadas que precisaba el auxilio del ayuda de cámara y del mayordomo para embutirse en ellas. Se rumoreaba que el ayuda de cámara debía descoserlas para que se las pusiera y volver a hilvanarlas con Bertram dentro.

Su amigo lucía un porte similar. Con todo, Oglesby no necesitaba de adornos para hacerse notar, era con mucho el hombre más guapo que Camilla había visto jamás. Todo en el era dorado, el pelo, la tez, incluso los ojos. Cuando le sonrió y se inclino ante ella, Camilla no tuvo la menor duda de que era bienvenido en las mejores mansiones de Londres.

-¿Lleva mucho en Chevington Park?

Oglesby sonrió y se volvió hacia su primo para que éste contestara.

- Apenas unas semanas. Londres se ha puesto terriblemente aburrido con tropeles de mamás a la caza de un marido para sus niñitas. De modo que Terence y yo decidimos venirnos al campo por una temporada.

Sabiendo que Bertram vivía para ser visto y que se marchitaba lejos de la vida social de la capital, Camilla dudaba de que su explicación respondiera a la verdad. Lo más probable era que la proverbial tacañería de su padre lo hubiera dejado sin recursos para hacer frente a las deudas de juego. Sus suposiciones fueron corroboradas por un guiño cómplice que le hizo Bertram al ver su expresión.

-Venga, deja de acaparar a tu primo -dijo Beryl con la mueca que utilizaba a modo de sonrisa-. Ven aquí y tráete al señor Lassiter. Queremos que nos contéis hasta el último detalle de la boda, ¿no es cierto, niñas?

Camilla sintió que el corazón se le caía a los pies. Había un brillo en los ojos de su tía que la delataba, estaba claro que no creía una sola palabra de la historia. No le extrañaba, cuando Lydia había hablado de «su marido» fue como si le diera una bofetada. ¿En qué estaba pensando Lydia? Sin embargo, sorprendiéndola de nuevo, Benedict alzó una mano imperiosa para detenerla.

-No, querida. Me temo que debo ejercer mis derechos de marido y no permitirte que te abandones al cotilleo exhaustivo con tus primas. Estás demasiado cansada.

Camilla hizo esfuerzos por no quedarse con la boca abierta. Benedict había hablado con el tono de alguien acostumbrado a mandar y en su rostro había una expresión que no admitía réplica. Parecía el último descendiente de innumerables generaciones de condes, aún más que ella. Se volvió hacia Beryl con el gesto de superioridad y condescendencia justo para que ella guardara silencio, por mucho que rabiara en su interior.

-Señora Elliot, aguardo impaciente el momento de que podamos hablar mañana. No obstante, debo insistir en que nos retiremos. La pobre Camilla ha te nido un día

agotador, ya conoce las exigencias de los viajes, y me temo que su constitución es mucho más delicada de lo que a todos nos gustaría. Si se lo permitiera, no dudo que se consumiría tratando de satisfacer su curiosidad y sus deseos. Por suerte, ahora tiene un marido que la cuide y debo reiterar que lo primero es su salud.

Sonrió a Camilla con benevolencia. Ella le respondió con una mirada asesina que sólo acertó a arrancar un destello de humor en sus ojos negros. A Camilla le hubiera gustado indicarle dónde podía guardarse sus «derechos de marido».

-Naturalmente -dijo Beryl-. Es de lo más comprensible. Camilla, os he puesto a ti y a tu marido en tu antigua habitación. Estoy segura de que recuerdas el camino.

-¿En la misma habitación? - dijo ella.

Camilla, aun a sabiendas de lo estúpidas que parecían sus palabras, buscó ayuda en Lydia, pero su tía sólo acertaba a mirarla con una expresión horrorizada.

-Es que... daba por supuesto que contaríamos con dos habitaciones. Comunicadas, eso sí - dijo ruborizándose.

-¿Recién casados?

Beryl ocultó la risilla con una mano, pero su mirada hervía de curiosidad.

-¿Cómo no nos has avisado, querida? -insistió Beryl.

-Bueno... no es tan raro. Nosotros...

-Lo que mi esposa trata de explicar es que se han producido ciertas circunstancias especiales, poco habituales, que nos llevan a preferir habitaciones separadas. En resumen, mucho me temo que Camilla ronca como un marinero, lo que me impide conciliar el sueño.

Camilla ahogó una exclamación ultrajada mientras Benedict se volvía hacia ella con una expresión tierna.

-¿No es cierto, querida?

Bertram sufría un repentino ataque de tos. Las primas sofocaban sus risillas, Camilla sólo podía pensar en el inmenso placer que supondría cortarle las orejas a aquel mentecato porque no había ninguna salida airosa de aquella situación.

- ¡Qué horror! -exclamó Beryl, con una mirada triunfal-. Pero, querida, en estos momentos, es imposible. Fíjate en todos los invitados que tenemos. Para daros habitaciones comunicadas, incluso contiguas, tendríamos que abrir el ala oeste y ya sabes cómo la detesta tu abuelo. En todo caso, no podemos hacerlo esta noche. Todos los criados se han ido a la cama.

Camilla apretó los dientes, era obvio que Beryl no se tragaba el cuento. Y todo por una mentira que había precipitado las demás hasta que la situación había terminado por escapársele de las manos. Con todo, en la balanza estaba la felicidad de su abuelo o un disgusto que podía llevarlo a la tumba. La decisión estaba tomada y Camilla se esforzó por sonreír.

-Por supuesto, tampoco tiene tanta importancia. Benedict exagera a veces, ¿verdad, querido?

Tras desear a los demás buenas noches, Camilla puso la mano en el brazo de su marido y juntos dejaron el salón.

5

- ¿Qué demonios está pasando aquí? - gruñó Benedict en cuanto se encontraron a una distancia segura del salón.

-Yo tampoco lo sé. Lydia debe haberles contado que me había casado con el señor Lassiter, pero no sé por qué. ¿Qué voy a hacer ahora?

-Nada, excepto comportarse con naturalidad. Tu tía Beryl ya sospecha y tu insistencia en tener habitaciones separadas no ha servido sino para corroborar sus suspicacias.

-¿Y qué querías que hiciera? -estalló ella-. ¡No podemos dormir en la misma habitación!

-¿Ah, no? ¿Quieres que vuelva y le diga a la señora Elliot que todo es una invención tuya? ¿Que tú y tu otra tía le habéis mentido a todo el mundo? ¿Quieres que esa arpía aproveche para correr a contárselo a tu abuelo?

- ¡En qué embrollo horrendo me he metido!

- No te queda más remedio que seguir adelante- dijo él, sin el menor asomo de piedad en la voz-. Por ahora, eres mi pequeña y enamorada esposa. Ya decidiremos cómo nos las vamos a arreglar. ¿Dónde está tu habitación?

Camilla hizo un gesto hacia las escaleras, aquellos modales despóticos eran insufribles.

-¡Alto ahí! ¿Quien te crees que eres? Tú no mandas aquí.

-Es obvio que tú tampoco -dijo él, subiendo los peldaños-. Ahora mismo sólo quiero meternos en nuestra habitación, cerrar la puerta y ajustarte las cuentas donde nadie nos oiga.

Camilla hizo una mueca. No podía discutir sus argumentos, pero el modo en que capitaneaba la situación hacía que temblara de rabia.

- ¡Psst! ¡Camilla!

Los dos se dieron la vuelta. Lydia les seguía escaleras arriba.

-¡Ay, pequeña! -se quejó en voz baja, extendiendo las manos hacia ella-. Criaturita, ¿podrás perdonarme? No sabes cuánto lo lamento.

Aquellos grandes ojos azules estaban anegados en lágrimas, y el rubor de su cara delataba la agitación de la que era presa. Camilla le apretó las manos.

-Por supuesto que puedo perdonarte. Cualquier cosa, deberías saberlo.

Los demás, sobre todo Beryl, acusaban a Lydia de ser débil. Más de una vez, Camilla había lamentado el atolondramiento de su tía, pero no había mujer en el mundo con un corazón mayor que el suyo. Camilla la quería tiernamente.

-Gracias, no te imaginas lo que me alivia. Creía que ibas a odiarme.

-Venga, tía. Sabes que eso es imposible. Pero no comprendo lo que sucede -dijo mientras la tomaba del brazo y la llevaba a su habitación-. ¿Por qué has tenido que decir que era mi marido?

En la estancia, el fuego y una lámpara de aceite estaban encendidos, dándole a la atmósfera una pátina dorada. Lydia se mordía los labios con un gesto desolado y absurdamente juvenil.

-Fue un error colosal. Si lo hubiera pensado, me habría dado cuenta de los problemas que iba a traer. Pero es que no podía más, ya sabes cómo es Beryl.

-Pero yo no -intervino Benedict-. Mi buena señora, ¿de qué está hablando?

-De por qué dije que usted era el marido de mi sobrina. Fue por culpa de Beryl. Me estaba volviendo loca con sus pullas y sus insinuaciones maliciosas. Desde el primer

momento estuvo segura de que todo era una fábula, aunque no sé cómo pudo saberlo. Tus cartas parecían tan convincentes que incluso yo llegué a pensar que te habías prometido. Sin embargo, ella no dejaba de chinchar, no hay quien la aguante. Tu tío Varian siempre decía que, cuando se ponía así, le entraban ganas de coserle los labios.

-¿Pero qué ha pasado, tía Lydia?

-No dejaba de preguntar por qué eras tan poco concreta con los planes para la boda, que no era natural que una novia no hablara del ajuar y del vestido. Bueno, es verdad, pero a mí no me pareció tan raro que no dieras detalles de esas cosas puesto que nunca te ha interesado el matrimonio. Yo era todo lo contrario cuando me casé con Varian, siempre hablando de los encajes, de las flores, de...

-De la señora Elliot -la interrumpió Benedict.

- Bien, un buen día dijo con ese tono jovial suyo que no tiene nada de alegre y lo soltó delante del conde, estoy segura de que buscó la ocasión a propósito, pues dijo que no debías tener la menor intención de casarte puesto que no habías elegido ninguna fecha. No llegó al extremo de afirmar que todo era una invención tuya, aunque estoy segura de que era exactamente lo que pretendía, pero sabe que el conde no le hace ni caso cuando mete cizaña contigo. Por eso siempre adorna sus puñaladas en ese tono pseudorrisueño. Entones, con esa risilla falsa tan suya, dijo que debías haber cambiado de idea, y se dedicó a recordarle lo mucho que siempre has detestado el matrimonio. «Es algo antinatural en una chica de su edad» -añadió, imitando el tono afectado de Beryl a la perfección.

Camilla tuvo que echarse a reír.

-Y claro, tú decidiste que ya nos habíamos casado.

-No quería, pero se puso a mirarme como ella te mira, ya sabes, y no sé cómo se me escapó. Le dije que había tenido carta tuya y que hacía dos semanas que os habíais casado.

Camilla gimió.

-Lo siento, criatura, pero ya estaba hecho y qué podía hacer. Nunca pensé que te presentarías con un hombre y, ya que sólo íbamos a hablar de él, ¿qué más daba que fuera tu marido o tu prometido? La verdad es que siempre confié en que aparecieras con una buena excusa.

-Sí, claro -dijo Benedict-. Una mera fruslería.

Lydia le sonrió, complacida con aquella muestra de comprensión.

-Exactamente lo que pensé yo. A propósito, ¿dónde lo has encontrado? Todavía no comprendo cómo te las has arreglado para aparecer con él.

-Le he pagado -dijo Camilla sin tapujos.

-¿Quieres decir que ahora se compran los maridos?

-En realidad, lo único que compró su sobrina fue un prometido - dijo él-. Ahora que me he convertido en esposo, quizá debiera incrementar mis honorarios. ¿Qué te parece, querida?

-Que no es la mejor ocasión para humoradas. No quería decir que comprara un marido, tía Lydia, sólo que le pagué para que fingiera ser mi prometido.

- ¡Qué extraño!

-Pero eso no viene al caso, lo importante es que tía Beryl se lo cree y nos ha puesto en la misma habitación.

Esta vez, el gemido fue de Lydia.

- ¡Es terrible! ¡Tu reputación por los suelos! ¿Qué vamos a hacer? ¡Canastos con mi condenada lengua!

-No te preocupes, tía Lydia. Ya nos las arreglaremos.

-Pero, no podéis hacer nada. ¿Y si alguien se entera de que...?

-No, por favor. No se sulfure. Camilla, estás llevando la broma demasiado lejos -dijo mientras miraba a los ojos de Lydia, encandilándola con un encanto que Camilla no

había imaginado-. Lady Marbridge, debe perdonar a su sobrina. Se encuentra un tanto molesta porque le ha chafado su gran sorpresa.

Lydia arrugó la nariz, completamente confusa.

-¿Qué estás diciendo? -dijo Camilla

-Vamos, ya está bien, querida. Verá, milady, Camilla deseaba sorprenderles a todos. Le pareció que sería una buena chanza, después de haber fingido lo del prometido, presentarse en casa con su verdadero esposo. Creo que debe poseer usted un sexto sentido para haberlo intuido. La pura verdad es que Camilla y yo sí estamos casados.

En esta ocasión, Camilla no pudo evitar que se le abriera la boca. Por el contrario, tras un primer instante de confusión, la cara de Lydia se iluminó.

- ¡ Ay, criaturita! ¡Pero si es perfecto! Ahora no tendré que preocuparme más. ¡ Uf, qué alivio! Y tu reputación queda a salvo. Es la mejor noticia que podías darme.

Ante la expresión extasiada de su tía, Camilla descubrió que no podía hacer otra cosa que sonreir débilmente.

-Sí, ¿eh? Fíjate.

-¿Puedes creerte que de verdad lo presentía? No recuerdo que me haya sucedido antes, aunque ahora que lo pienso, hubo una vez en que Anthony había pescado un resfriado y, a pesar de que me encontraba en Londres, estaba segura de que algo malo le sucedía. Entonces, la señora Blakely me escribió que había estado enfermo exactamente en las mismas fechas que yo me preocupaba por él.

-Sí, yo también me acuerdo, pero no creo...

-¿Pero cómo has podido tenerme «in albis»?

-Vamos, vamos, tía Lydia -dijo Benedict, poniendo paz-. Porque espero que me permitas llamarte así. Camilla me ha hablado tanto de ti que es como si te conociera de toda la vida. ¿No podríamos dejar las preguntas para mañana? A Camilla y a mí nos encantaría sentarnos a contarte toda la aventura.

- ¡Ah, ha tenido que ser terriblemente romántica!

-Sí, verdaderamente romántica. Sin embargo, es cierto que Camilla se encuentra fatigada, ha sido un viaje largo y agotador.

- Sí, claro. No diré una sola palabra más -dijo Lydia con una sonrisa intencionada hacia su sobrina-. Pero tampoco podré pegar ojo, picaruela - añadió besándola-. Hasta mañana, criaturita. Aunque... Entonces, usted no es el señor Lassiter, ¿verdad?

-En efecto, pero creo más conveniente dejar las cosas como están por el momento.

-Sí, claro. Qué bobada. Buenas noches, queridos.

Lydia salió de la habitación con una sonrisa radiante. Camilla no tardó en explotar.

-¿Qué demonios estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?

-Justo lo contrario, trato de poner un poco de cordura en esta situación demencial. Tendrás que inventarte una historia para tu tía, una que sea bastante romántica para su gusto. Y luego tendrás que declararme muerto. No es tan fácil librarse de un matrimonio.

-¿Cómo te atreves a decirme lo que he de hacer? ¿Cómo osas cambiar mis planes, mi historia? Señor Benedict... está olvidando que es usted mi empleado.

-El tuteo... ¿Cómo podría olvidarlo? No dejas de recordármelo.

-Pues, desde luego, no actúas como silo fueras. Yo soy la que toma las decisiones aquí. Es mi plan.

-No. En realidad, fue idea de Sedgewick. Por lo que yo recuerdo, tú y yo nos limitamos a escuchar y a beber ponche.

Camilla se sonrojó mientras trataba de recordar cuántas tazas habían sido. ¿Tres? ¿Cuatro? Beber siquiera una no podía considerarse propio de una dama. No le extrañaba que lo llamaran «ron del demonio».

-Aun así, sigue siendo mi historia y soy yo la que te paga. Eso significa que has de seguir mis órdenes, no decirme lo que debo hacer.

-Si te has creído que voy a consentir que una niña respondona me gobierne estás muy equivocada- contestó Benedict.

El tono bromista se había esfumado de su voz. La sujetó de la barbilla con dos dedos y la miró directamente a los ojos.

- Quizá me pagues y quizá sea tu estúpida historia, pero yo también estoy metido en esto, te guste o no, y voy a cerciorarme de que sale lo mejor posible. Entre tu tía y tú habéis levantado un muro de mentiras que es evidente para todo el mundo, incluso para la señora Elliot. Seguro que al único que podrás convencer será a tu pobre y convaleciente abuelo, y eso porque preferirá ser engañado a reconocer la verdad.

Camilla abrió la boca pero él le puso el dedo sobre los labios.

-No, escúchame bien. Si te queda algo de sentido común, algo que dudo en el caso de tu tía Lydia, te habrás dado cuenta de que la señora Elliot no se ha tragado tu cuento. Las chicas parecen un par de memas, con lo que es posible que sí. Con el dandy y los otros dos, no sabría decir aún, aunque me niego a creer que nadie pueda ser tan estúpido como ese poeta aparenta. Lo principal es que tu otra tía no te cree. O mucho me equivoco, o nada le gustaría más que demostrarle a tu abuelo que mientes. De modo que asegurémonos de que no tiene esa oportunidad.

-Claro, para eso te pago. Pero no tiene nada que ver con que asumas el mando.

- No formaré parte de una operación destinada al fracaso -dijo él con irritación evidente-. Si vamos a hacerlo, hagámoslo bien.

- ¿Insinúas que yo no soy capaz de hacerlo bien?

-No es que no puedas, sino que hasta ahora no lo has hecho. Confío en que seas capaz, de lo contrario, estamos perdidos.

Camilla estaba tan ciega de furia que no acertaba a hablar. Benedict prosiguió como si no pasara nada.

- Es insostenible que tu tía y tú sigáis diciendo lo primero que se os pasa por la cabeza. Debemos elaborar una historia y atenernos a ella. Esa es la prioridad número uno -dijo mientras contaba con los de dos.

-De acuerdo, pero no significa que tengas que ser tú quien elabore la historia. ¿Por qué le has tenido que decir a Lydia que estábamos casados? No era necesario mentirle, sabía la verdad. Con eso no hemos conseguido sino añadir otra mentira a la lista.

-No, con eso hemos eliminado una oportunidad de que nos pillen. Si Lydia supiera la verdad, podría cometer un desliz y decir algo delante de la señora Elliot que nos comprometiera o incluso nos descubriera. Si cree que estamos casados, no podrá cometer ese error. Así de sencillo. Acuérdate de prohibirle que siga mintiendo por su cuenta. Dile que, si lo hace, lo negarás todo y la dejarás en ridículo.

-¡No puedo decirle eso! ¡Es como una madre para mí! Me crió cuando mis padres murieron, aun que apenas era una recién casada con un hijo propio.

-Estoy seguro de que es una mujer maravillosa, pero también una cabeza de chorlito. Solamente a un alma de cántaro se le hubiera ocurrido decirle a la señora Elliot que nos habíamos casado.

-Ha sido muy inteligente al avisarnos nada más poner el pie en el salón -insistió Camilla.

-Hubiera sido más inteligente esperarte aparte antes de que entraras. Al menos, no hubieras puesto esa cara de pasmo cuando dijo que era tu marido.

-Eres el hombre más desconsiderado y zafio que he conocido.

-No lo pongo en duda. Pero eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

-¡Ya lo creó que sí! No quiero que Lydia piense que me he casado con alguien tan grosero como tú.

-Dile entonces que tengo mucho dinero, eso siempre compensa cualquier defecto. Además, piensa en lo agradable que será el momento en que puedas anunciar a todo el mundo que he muerto.

-Quizá podríamos preparar un accidente para mañana.

Una sonrisa cruzó como un relámpago por el rostro de Bencdict, sorprendiendo nuevamente a Camilla.

-Por lo menos tienes sentido del humor, eso siempre ayuda. Bueno, ¿estás de acuerdo en hacer todo eso?

-Pero, ¿qué voy a decirle a Lydia? ¿Por qué no le he hablado antes de nosotros? ¿Qué motivo tenía para montar todo el embrollo de mi supuesto prometido si pensaba casarme contigo?

-No sé, tú eres la mente creativa. Quizá fuera un impulso repentino, o quizá tuvieras que mantener tu amor en secreto por alguna razón de peso. Puede que pensáramos que no había esperanza para nosotros. Dile que estaba prometido con otra.

-Mantuve en secreto mis sentimientos... ¡Hum! Puede que funcione. Podría decir que por eso no quería casarme nunca, que si no te tenía a ti, no quería a ningún otro. Pero tu prometida murió súbitamente y te viste libre.

- ¡Qué mórbida fascinación con cargarse a la gente! ¿No bastaría con decir que la pobre chica se dio cuenta de que soy un patán?

-Ya te lo he dicho, es imposible que yo me case con un hombre como tú -dijo ella, muy seria-. Procura ser agradable. De todas maneras, se me ocurre algo mejor. Puedo decir que perdiste tu fortuna y tu anterior prometida te dejó al no poder ofrecerle la vida de lujos que ella esperaba, que... ¿Por qué me miras así?

-Así, ¿cómo? -dijo él con una voz que rezumaba recelo.

-No sé, de esa manera tan rara.

-Me has dejado extasiado con tu capacidad de hacer de un cuento un melodrama.

-Bueno, eso lo convierte en algo mucho más interesante. Me refiero a que la idea de que ella ya no te considerara a su altura es mucho más... corriente.

- Sí, y lo corriente siempre es lo más creíble. Por no mencionar que lo más fácil. Cuéntale eso a Lydia, pero no lo compliques ni lo adornes más. Cuando esta chica rompió el compromiso que me ataba, decidimos casarnos sin demora sabiendo lo mucho que le agradaría a tu abuelo.

-Muy bien.

Camilla suspiró y se dio la vuelta. Por primera vez desde que habían entrado se dio verdadera cuenta de que se encontraban en el dormitorio, que la luz dorada lo suavizaba todo, que la cama doselada ocupaba el centro. Iba a pasar la noche a solas con un desconocido. Y no sólo eso, sino que toda la gente de la casa, incluida tía Lydia, pensaba que era su marido. Camilla lo miró nerviosa.

-No te preocupes -dijo él, entendiendo su ex presión-. Tu reputación quedará intacta mientras convenzamos a todo el mundo de que somos un matrimonio. No hay nada reprochable en dormir con tu marido y, una vez que te hayas deshecho de mí, te convertirás en viuda. Nadie lo sabrá nunca.

-Excepto tú. Y yo.

-¿Estás sugiriendo que temes que me aproveche de las circunstancias?

-Se me ha pasado por la cabeza, sí.

- No te preocupes. Jamás he poseído mujer alguna en contra de su voluntad y no pienso empezar ahora. Y contigo menos.

Camilla se quedó sin aliento ante la facilidad y desfachatez con que la insultaba. Benedict soltó una risilla y arqueó las cejas.

-¿Qué? ¿Preferirías pensar que me muero por tu cuerpo de lirio? Siento desilusionarte, pero no. Prefiero las mujeres con más experiencia, las vírgenes tímidas no son de mi gusto.

-Comprendo, prefieres a las mujeres que venden su cuerpo.

-Todas las mujeres se venden, sólo es el precio lo que varía. Personalmente, prefiero una puta honesta a ese tipo de mujer prístina que seduce y tienta a su víctima mientras cierra bien las piernas. Eso hasta que él accede a poner un anilo en su dedo y deja sus bienes en sus manos.

-Detesto imaginar cómo has llegado a esa opinión sobre las mujeres -dijo ella, sin salir de su asombro.

Benedict dejó escapar una risa seca y amarga.

-De la vida misma.

Camilla fue al ventanal, apartó el cortinado y contempló el jardín bañado en luz de luna.

- ¿Cómo puedes hacer esto, fingir que estamos casados, cuando tienes una opinión tan baja de las mujeres?

Benedict guardó silencio antes de contestar.

-Por dinero. ¿Ya no te acuerdas?

-No pregunto a cambio de qué, sino cómo es posible que te comportes como un hombre casado con los sentimientos que albergas.

Benedict la miró a los ojos y se hizo de nuevo un silencio incómodo y tenso. Cuando habló, tuvo que aclararse la garganta.

-Aún me acuerdo de lo estúpido que era antes.

Algo en aquel tono de voz disparó una oleada de compasión en el corazón de Camilla.

-Debes haberla amado mucho.

-No había nada que amar -dijo Benedict con un rostro y una voz fríos como el hielo-. Pero estamos cambiando de tema. Nuestro problema es convencer a Beryl de que estamos casados, para eso tenemos que dormir en esta habitación. Ella no te creerá capaz de arriesgarte a un escándalo de estas proporciones si no formáramos matrimonio. Te doy mi palabra de que no voy a seducirte ni a forzarte.

Camilla se sonrojó de inmediato.

-Pero, ¿dónde...? Quiero decir, ¿dónde piensas dormir?

-¿Qué hay en esa puerta?

-Es el vestidor. ¡Oh! -exclamó, más animada-. Es muy grande. Cuando caía enferma, la niñera se instalaba ahí en un catre para oírme si la llamaba. Pero el catre ya no está. Puedo hacer que traigan uno del desván.

-No. Demasiado evidente. No debemos darle a Beryl el menor motivo de sospecha. Quizá dentro de unos días, podamos tener una de esas «desavenencias de enamorados» y puedas echarme al catre. Por el momento, creo que este sofá es el mejor sitio.

- Es demasiado corto para ti. No estarías cómodo.

-¿Prefieres ocuparlo tú? -preguntó él levantan do una ceja-. ¿No? Ya me parecía a mí. Unicamente necesito una manta y una almohada. Créeme, he dormido en sitios peores.

Camilla empezó a andar para buscarle la ropa de cama, pero él la sujetó de la muñeca.

-Alto ahí. Aún no hemos acabado.

-¿Cómo que no?

- Que durmamos juntos en la habitación no bastará para convencer a todo el mundo de que estamos casados. Hace un momento, mientras hablábamos, casi no me has mirado a los ojos. No has sonreído ni una sola vez. Me tratas como si fuera un extraño, no tu marido.

Camilla abrió mucho los ojos.

-No pensaba...

- Lo sé, pero eso es precisamente lo que te delata. Pienses lo que pienses de mí, por muy despreciable que te parezca, debes mirarme como mirarías al hombre que amas.

Camilla sentía que su sonrojo iba en aumento.

-No estoy muy segura de cómo es eso.

- ¿Pretendes decirme que nunca te has enamorado? -preguntó él, incrédulo-. ¿Ni siquiera has creído estarlo?

-Por lo que has dicho antes, me inclino a pensar que no crees que las mujeres seamos capaces de enamorarnos -contestó ella, cortante.

- Sin duda he hablado precipitadamente - dijo él, con una leve sonrisa-. Sí, conozco mujeres capaces de amar.

Benedict pensaba en su hermana Bettina, en cómo miraba a Jermyn. Lo extraño era que se acordaba de ella con una punzada de envidia.

-Tengo una hermana. Cada vez que su marido entra en la habitación, su cara se ilumina como si el mismo sol hubiera regresado a su vida. No sé... Es como si se quedaran solos en medio de la gente. En las fiestas, siempre acaban juntos, como si no soportaran estar separados.

Sus palabras despertaron en Camilla la nostalgia de un amor así, de querer a un hombre con cada fibra de su ser.

- ¿Qué expresión pone él?

-Como si fuera a devorarla.

-¿Y quieres que te mire de ese modo?

Camilla lo miró, su rostro se había suavizado y le confería un atractivo sombrío. Se preguntó cómo sería mirarlo si lo amara, cómo sería que él le devolviera aquella clase especial de mirada. Sólo de pensarlo, empezó a sentirse extraña y desasosegada.

Benedict no respondió. La pregunta también había vuelto a la vida un anhelo, raro y lacerante, en lo más hondo de sí, un deseo tan abrasador como si le hubiera acariciado. En la tenue luz dorada, sus ojos azules eran grandes y profundos. Recordó la suavidad de su piel cuando habían rodado entrelazados por el barro, la excitación sexual que experimentó al sentarse sobre ella, al inmovilizarla bajo su cuerpo. Entonces supo lo que significaba dormir en el sofá, a menos de tres metros de su cama. Tragó saliva, retrocedió un paso y refunfuñó.

-Sí, todo lo que seamos capaces. Se supone que nos conocemos íntimamente, que albergamos unos sentimientos profundos el uno por el otro. La falsedad será patente si nunca nos miramos a los ojos o si procuramos apartarnos lo más posible.

- Sí. Tienes razón. Me esforzaré por... mirarte de esa manera tan...

Camilla balbuceaba, miraba a todas partes excepto a Benedict. Pero él no se dio cuenta porque se había puesto a pasear por la habitación, concentrado en sus pensamientos.

-También debemos pasar el mayor tiempo posible juntos. Es lo normal en los recién casados.

Benedict sabía que eso limitaba sus movimientos, algo en lo que no había reparado cuando accedió a hacer el trato. Sin embargo, lo más importante seguía siendo la verosimilitud de la historia. A Camilla tampoco le hacía gracia la idea, pero la lógica era aplastante.

- Una cosa que podemos hacer es pasear. Enséñame la playa.

-De acuerdo -dijo ella-. También podemos recorrer a caballo la heredad.

-¿Y qué más? ¡Ah, no! ¡El anillo!

-¿El anillo? ¡Dios mío, no se me había ocurrido!

-A mí sí, pero pensaba que la falta de un anillo de compromiso no sería tan evidente. Ahora es necesario que lleves anillo de casada.

- Por supuesto. Tengo algunos, pero es probable que Beryl los conozca todos. Además, ninguno de ellos puede pasar por un anillo de bodas.

Benedict suspiró. Sacó la cadena de su reloj y soltó un pequeño anillo que llevaba en ella. Camilla lo miró con ojos desmesuradamente abiertos cuando se lo dio. Era una hermosa filigrana de oro con un rubí, rojo como la sangre, engastado.

-Pero... ¡Si es una preciosidad!

-Espero que no hayas pensado que soy un ladrón sin buen gusto -masculló él, enarcando una ceja.

- ¡ Oh! Lo has robado - musitó ella, perdiendo toda ilusión.

- Pero puedes contar la historia romántica que se te ocurra. Di que pertenecía a mi querida abuela y que por eso te lo entregué como anillo de bodas.

Camilla asintió. Se le humedecieron los ojos al ponérselo.

- Por el amor de Dios - gruñó él-. No inventes nada demasiado complicado. Y, sea lo que sea, no te atrevas a perderlo.

- No lo perderé, te lo prometo.

Era una obra de arte. Sería fácil inventar una historia romántica para aquella pequeña joya. Camilla se arrepintió de saber cómo había sido obtenido.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron. Tras intercambiar una mirada con Benedict, Camilla dijo que pasaran. La puerta se abrió, dejando ver a una muchacha con el uniforme gris y el delantal almidonado de las criadas.

-Me llamo Millie, señorita. Quiero decir, señora. Soy una de las doncellas de arriba.

-Sí, Millie. ¿No eres hermana de Rose?

La muchacha se sonrojó de placer al verse reconocida. La señora Elliot ni siquiera sabía su nombre a pesar de que llevaba meses en la mansión.

- Sí, seño... señora. La señora Blakely me ha dicho que venga a presentarme y a decirle que soy su doncella.

Camilla le dio las gracias mientras procuraba controlar los escalofríos. Millie había ido para ayudarla a desvestirse y a ponerse el camisón. Era una ayuda necesaria, ya que los corpiños estaban llenos de botones y lazos. A Millie no le parecería raro que se desnudara con su marido en la habitación, ¡pero no podía ponerse el camisón delante de un hombre! Por nada del mundo iba a consentir que la viera en ropa interior.

El chispazo de humor que veía en sus ojos le dijo que estaba muy al tanto de su apuro. Estaba claro que le divertía mucho verla humillada.

-¿Por qué no nos ocupamos antes del pelo? -sugirió Camilla, acercándose al tocador.

Se sentó frente al espejo y Millie, obediente, comenzó a deshacerle el peinado. La mente de Camilla funcionaba a toda máquina, tratando de encontrar una vía de escape. Con el rabillo del ojo, vio que Benedict no perdía detalle del proceso. ¿Por qué la miraba de aquel modo? ¿Qué significaba? ¡Ah! Habían acordado que se mirarían continuamente, eso debía ser. Con todo, era algo que la ponía nerviosa.

-Querida, si me excusas, creo que saldré a fumar un poco antes de irnos a la cama -dijo él con una sonrisa benevolente -. Ya sé lo mucho que detestas el olor del tabaco.

-Muchas gracias -dijo ella, mirándolo asombrada.

Las sorpresas no terminaron ahí. Benedict se inclinó, le tomó la mano y se la llevó a los labios. El beso que le dio hizo que los escalofríos la recorrieran de arriba abajo.

-Haría cualquier cosa por ti, mi vida.

Tan grande fue su alivio que, cuando volvió a tomar conciencia de la situación, miró alarmada a la doncella por si había visto su reacción. Pero Millie no le prestaba atención, había dejado caer las manos y contemplaba con expresión arrobada la puerta que se había cerrado tras Benedict.

- ¡ Ay, señora! ¡ Qué guapo y buen mozo es! Tan cortés...

- Sí. Gracias, Millie.

La doncella empezó a quitarle la ropa, pero era incapaz de refrenar la lengua.

-Todos los sirvientes nos alegramos mucho por milady, señorita Camilla. Abajo no se habla de otra cosa desde que lady Marbridge se lo dijo a la señora Elliot. Esta noche, cuando han llegado... Bueno, ya se puede imaginar el jolgorio... Es todo un caballero.

Camilla deseaba que su supuesto matrimonio no hubiera levantado tanto revuelo. Se sentía perversa y culpable. Y las cosas iban a empeorar cuando su querido esposo tuviera que morir, las manifestaciones de condolencia serían inaguantables. Apresuró el proceso y, prácticamente, echó a la doncella de la habitación. Millie se despidió con una sonrisa cómplice y Camilla cayó en la cuenta de que la doncella creía que ella estaba ansiosa de que Benedict volviera.

Bajó la lámpara al mínimo. Pensaba meterse en la cama y hacerse la dormida para cuando él regresara. Resultó que la espera se prolongó inusitadamente. Camilla tuvo tiempo para dar vueltas hasta aburrirse y para preguntarse dónde podría haberse metido.

Empezaba a pensar que había huido cuando oyó que se abría la puerta. Cerró los ojos, aunque no del todo, lo suficiente para ver que Benedict la miraba y cruzaba la habitación con sigilo.

Quizá hubiera tardado tanto a propósito. Benedict llevaba una vela que dejó sobre la mesilla que había junto al sofá. Camilla sintió una opresión en el pecho al ver que se disponía a desnudarse.

Aunque cerró los ojos del todo, no pudo resistir la tentación de volver a abrir una rendija. Era una violación de su intimidad, pero no creía que fuera a desnudarse por completo.

Benedict se quitó los gemelos y se subió las mangas de la camisa, dejando ver unos brazos musculosos y bronceados. Entonces se sentó para quitarse las botas, con un gesto tan íntimo y masculino que Camilla se vio invadida por una extraña sensación en el abdomen. Aquel hombre tenía las manos grandes y las movía con gestos ágiles y precisos. Camilla recordó la fuerza con que la había sujetado al luchar en el barro, tocándola en lugares donde nadie había osado poner su mano y no por mero accidente.

Tenía la boca seca. Benedict se sacó las calzas y movió los dedos de los pies, aliviado. Con un suspiro, se dejó caer contra el respaldo mientras se deshacía el nudo del pañuelo que no tardó en caer sobre la alfombra. Puso más cuidado para quitarse el chaleco.

Cuando empezó a desabotonar la camisa, Camilla supo que no debía seguir mirando, pero era incapaz de cerrar los ojos. Estaba hipnotizada por aquel trozo de piel que aparecía ante su vista botón a botón. Camilla nunca había visto un pecho masculino al desnudo y todo era nuevo para ella, desde el círculo oscuro de sus diminutos pezones a la uve de vello rizado que se estrechaba hacia el vientre. Tenía una cicatriz, una línea oscura que cruzaba el tórax por el lado derecho.

Benedict se acercó al fuego y ella aprovechó para contemplar su espalda. Los músculos sobresalían en los hombros y a lo largo de la espina dorsal. Camilla experimentó el curioso deseo de tocar aquella espalda, de sentir bajo sus dedos el contraste entre los músculos y los huesos. Benedict se agachó y atizó las cenizas, Camilla podía ver cómo las llamas y las chispas iluminaban su perfil con una luz áurea y tuvo que apretar las piernas con fuerza cuando una calidez extraña surgió en su vértice.

Cuando hubo arreglado el fuego a su gusto, Benedict se dio la vuelta y se acercó pausadamente a su cama. Camilla apenas pudo reprimir una exclamación, pero cerró los ojos y siguió el roce de sus pies sobre la alfombra. Con el corazón en la garganta se preguntaba qué hacía tanto tiempo junto a la cama y, lo que era peor, qué se proponía hacer. Cuando sintió que se inclinaba sobre ella, Camilla apenas pudo contener un grito.

Entonces, se tumbó sobre ella, obligándola a sentir el calor de su cuerpo, la dureza de su masculinidad. Camilla sintió cómo se le cerraba la garganta, impidiéndole respirar.

Pero Benedict tomó la almohada que estaba al otro lado y se levantó. Los músculos tensos de Camilla se quedaron laxos de repente. Benedict se giró hacia ella y habló en un susurro burlón.

-¿Y bien, señorita Camilla? ¿Ha visto lo suficiente como para quedarse satisfecha?

¡Sabía desde el principio que estaba espiándole!

Camilla abrió los ojos. El estaba a un metro de la cama, mirándola con sorna. Ella se ruborizó de humillación, pero dio gracias al cielo por la penumbra. En aquel momento, le odió con toda su alma. Con un grito ahogado, le lanzó la almohada que tenía más a mano. Benedict esquivó el proyectil con facilidad, riéndose. Entonces, apagó de un soplido la lámpara y fue al sofá sin disimular su detestable risilla de satisfacción.

Cuando apagó la vela y Camilla quedó sumida en la oscuridad y en la más absoluta humillación, pudo concentrarse a sus anchas en odiarlo. Pero fue peor al cabo de unos minutos, cuando le oyó respirar completamente tranquilo mientras que ella no podía pegar ojo. Por mucho que lo intentara, no pudo conciliar el sueño y seguía despierta mucho después, cuando la puerta se abrió y un hombre entró sigilosamente en la habitación.

6

El miedo la dejó paralizada. Entonces el intruso se volvió hacia la cama y alzó la vela que llevaba en la mano. Camilla le reconoció pero, en aquel mismo instante, Benedict saltó del sofá empuñando una pistola.

- ¡Quieto ahí donde estás!

El intruso dio un respingo del susto.

- ¡Condenación! -dijo antes de soltar una retahíla de maldiciones-. Me has dado un susto de muerte y me he quemado con la cera. ¿Quién demonios eres y qué haces aquí?

-Lo mismo que yo te pregunto -replicó Benedict-. ¿Quién eres y qué diablos haces en la habitación de mi esposa?

-¡Tu esposa!

- ¡Oh, callaros los dos! - exclamó ella, saliendo de la cama-. Hola, Anthony.

- ¡Milla!

El intruso sonrió y abrió los brazos, cerrándolos cuando Camilla se arrojó a su pecho. La levantó en peso mientras la abrazaba como un oso. Benedict los contemplaba con expresión hosca, pero bajó el arma y esperó.

-Camilla, lleva cuidado con esa vela o te prenderás fuego al pelo-dijo, depositándola en el suelo -.¡Por Dios bendito! ¿Qué clase de juego te traes entre manos?

Con una risilla, ella le dijo que cerrara la puerta.

-¡Oh, Benedict! Guarda esa pistola. Sólo es mi primo Anthony.

La pistola desapareció de la vista, pero Benedict no varió su expresión.

-¿Qué hace entrando a hurtadillas en tu habitación a estas horas?

-¿Pero quién es este hombre, Camilla? ¿Y qué haces con él en tu habitación?

-Bueno, verás... La verdad es que es mi marido.

- ¡ Qué!

Camilla no pudo evitar una carcajada al ver la cara de su pariente. Prometió que se lo contaría todo después y encendió la lámpara. La luz reveló a un joven desgarbado, con

la estatura de un hombre, pero con la delgadez de la adolescencia. Era rubio y de ojos azules y habría tenido un porte angelical de no ser por el brillo pícaro de sus ojos y por los abultados músculos de sus brazos y hombros.

-Me he llevado una decepción cuando, al llegar, Purdle me ha dicho que ya te habías retirado. No me creía que no estuvieras enfermo.

-No soporto quedarme a escuchar las bobadas de Beryl después de la cena y tampoco quiero ser testigo de cómo sus hijas asesinan a Mozart. Y, desde que mamá llegó con ese estúpido de Thorne farfullando insensateces, es aún peor. Incluso le compuso una oda a su frente el otro día. ¡Es repugnante! Y luego está el primo Bertram dándose aires y ese tipo mudo que le acompaña como una sombra. Te lo juro, no sé cómo no me he vuelto loco... ¡Un momento! No creas que me vas a hacer cambiar de tema. Estábamos hablando de ése.

-Ya te lo ha dicho -rezongó Benedict-. Soy su marido.

- ¡Imposible!

-¿Por qué no?

- Porque nunca ha dicho una palabra de ti.

-¿Eso significa que lady Marbridge no te ha dicho que Camilla y yo nos habíamos casado?

-Pero eso es un camelo -protestó Anthony-. No es verdad.

-Déjale en paz, Benedict -dijo ella-. Claro que no es verdad, Benedict sólo finge que es mi marido.

Anthony se la quedó mirando pasmado. Benedict gruñó.

-Creía que habíamos acordado...

-Pero eso era sólo en lo que a tía Lydia se refiere -dijo Camilla-. Anthony es diferente. Te doy mi palabra de que se le puede confiar un secreto. Siempre ha sabido los míos y miente mejor que nadie.

- ¡Menuda recomendación! -refunfuñó Benedict.

-Pero lo es. Siempre ha podido soltar trolas como catedrales sin pestañear.

-Eso es verdad, siempre nos pillaban por tu culpa -dijo el joven.

- ¡Eso no es cierto! -protestó ella.

-¿Conque no, eh? Y la vez que subimos el cerdo a la habitación de...

- ¿Cómo te atreves a echármelo en cara? Fuiste tú quien te empeñaste en que lo hiciéramos, yo sabía que no podríamos bajarlo.

-Niños, por favor -les interrumpió Benedict-. Quisiera saber si este señor...

-¡Oh, perdón! Anthony, te presento al señor... Lassiter. Benedict, éste es mi primo, el vizconde Marbridge, el hijo de Lydia.

-Comprendo -dijo Benedict, mientras realizaba una sutil reverencia hacia el vizconde-. Lord Marbridge. Encantado de conocerlo.

Anthony le devolvió el gesto, aunque su rostro aún reflejaba desconfianza.

-Bueno. Todo eso está muy bien, excepto que sé que no te llamas Lassiter. Ese es el individuo que Camilla se inventó.

-Es cierto, y yo soy él. Un producto de la imaginación de tu prima.

- Sólo hace el papel de mi marido -explicó ella.

-¿Y va a quedarse en la casa? -preguntó Anthony, ofendido-. ¿Un hombre que no es tu marido y que duerme en tu habitación? ¡Por Dios, Camilla! ¿Qué tienes en la cabeza? Arruinarás tu reputación.

-Te lo advertí -dijo Benedict-. Tendremos serios problemas como sigas empeñada en decirle a todo el mundo lo que estamos haciendo.

Camilla también estaba sorprendida con la consternación de su primo. Por lo general, Anthony era el más aventurero y osado de los dos.

- No me imaginaba que, precisamente tú, criticaras mi estratagema. Después de todas las trastadas que has hecho.

-Esto es distinto.

-Claro, porque soy yo la que corre la aventura en lugar de ti.

Camilla cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la barbilla. Anthony protestó.

-¡Sabes que no es verdad! Además, yo nunca he metido a una chica en mi habitación.

-No hemos hecho nada malo y nadie tiene por qué saberlo si tú cierras tu bocaza.

-Deberías saber que yo nunca te delataría, pero... ¡Maldición! Camilla, esto es muy raro. Creo que vas a tener problemas y de los gordos.

-Me temo que la señorita Ferrand ya los tiene- señaló Benedict-. Desde el momento en que dijo la primera mentira. Permitidme que os recuerde, lord Marbridge, que toda la casa sabe que Camilla y yo hemos entrado en esta habitación como marido y mujer. La única manera de salvar su reputación es convencer a todo el mundo de que estamos casados Y hablando de su reputación, ¿tenéis la costumbre de visitarla en su dormitorio a media noche?

- Os atrevéis a sugerir que.. Por Dios, eso no significa nada. Camilla y yo nos conocemos de toda la vida, nadie podría pensar mal de eso.

- Sospecho que hay bastantes damas de la buena sociedad que no lo considerarían excusa para tales confianzas.

La cara de Anthony se puso roja de ira. Cerró los puños y dio un paso hacia Benedict. Camilla le sujetó la mano mientras le echaba una mirada admonitoria a Benedict.

-¿Es que tienes que discutir con todo el mundo? Ven conmigo, Anthony. Vamos a hablar a otra parte, pero hacerme el favor de no andaros con cumplidos entre vosotros.

- ¿Vais a hablar en el pasillo para que se entere toda la casa de vuestros comadreos?

- No hay nadie levantado a estas horas, sólo nosotros -dijo Camilla-. Además, vamos a las habitaciones de los niños. Ahí es donde siempre preparamos nuestras aventuras, ¿verdad, Anthony?

Anthony no contestó, pero se dejó llevar. Ya en la puerta, lanzó una mirada amenazante hacia Benedict, pero éste estaba ocupado rehaciendo su cama y no lo vio.

Las habitaciones de los niños estaban en el segundo piso, Anthony seguía teniendo su dormitorio allí. Todo el mundo sabía lo mucho que le fastidiaba a Beryl subir escaleras y sus hijas jamás se aventurarían en el reino de una infancia que se preciaban de haber superado. Anthony prefería la austeridad y sus ventajas a la accesibilidad, y había arreglado el aula y las demás habitaciones a sus gustos y necesidades. Sin embargo, aquel piso estaba lleno de recuerdos. Allí seguían sus libros preferidos y los de su primo, el baúl de los juguetes, los soldados de plomo dispuestos en orden de batalla.

- ¿Cómo está el abuelo?

-Mejor, o eso creo. Ha pasado el día muy excitado esperando que llegaras.

- Siento haber llegado tan tarde. Mi cochero se perdió. Tuvimos que regresar a la posada a cambiar de cochero y a que un mozo nos iluminara el camino.

Camilla le confesó la verdad de lo sucedido, no tenía sentido ocultarle que había conocido a Benedict aquella misma noche.

-¡Camilla! -exclamó él al oírlo-. ¿Y eres tú la que me reprocha que sea impulsivo? ¿Qué locura es ésa de fingir que es tu marido?

Camilla le explicó que, al principio sólo iba a ser su prometido, pero que la situación se había complicado al llegar. Anthony estuvo de acuerdo en que no podía dejar a su madre en evidencia delante de todos en general y, particularmente, delante de la tía Beryl. Camilla le hizo un relato completo de las vicisitudes del camino, de su pelea con Benedict y de su encuentro con el caballero del «Verraco Azul», aunque sólo consiguió inflamar los instintos de protección de su primo.

Cuando llegó al final de la historia, Anthony dejó escapar un gemido y ocultó la cara entre los brazos que apoyaba en la mesa.

- ¿Cómo has podido hacer una cosa así? ¡Es la peor estupidez que he oído en mi vida! ¿Cómo esperas salir de ésta?

-Esta noche nos las hemos arreg1ado Mañana estaremos mejor preparados Mira, ya lo hemos discutido entre nosotros. Nos pondremos fuera del alcance de tía Beryl y sus garras paseando por la finca y dejando claro que preferimos pasar el tiempo nosotros dos a solas. Así podremos pulir los detalles de nuestra historia ¿Dónde está tu célebre ansia de aventuras? Lo conseguiremos, siempre que nos ayudes.

-Pues claro que os ayudaré, pero no me fío de ese individuo, Milla. No sabes nada de ese mal... ¡ Perdón! De ese hombre. Me sigue pareciendo una locura. Esos dos, a uno te lo encuentras en la niebla y el otro os espera en la posada. ¿Cómo sabes que no lo habían planeado?

-Pero si mi coche se había extraviado. ¿Cómo iban a saber dónde esperarme? ¿Y cómo iban a saber de antemano que yo les contaría el aprieto en que me encontraba?

-Bueno, quizá no lo tuvieran planeado. Aun así, quiero saber qué estaban haciendo allí. ¿Qué hace un caballero refinado en la posada de Edgecombe? ¿En qué beneficia a ese Sedgewick que tú finjas estar casada con su compinche?

-Le movía la caballerosidad, no el interés.

-Sí, pero nadie viaja por el campo buscando a personas en apuros a las que ayudar noblemente.

-No, claro.

-Mira, si yo me hubiera tropezado con una mujer como tú, me habría apiadado de ella, pero jamás me presentaría voluntario para hacerme pasar por su prometido. Debes haberte achispado con tanto ponche -dijo con un suspiro-. Y te lo ofrecieron para obnubilar tu entendimiento y lograr que accedieras a sus planes.

- ¡No estaba bebida! -estalló ella, olvidándose por completo de sus dudas-. No puedo creer que tú, que me has arrastrado de osadía en osadía, me sermonees diciendo que he sido impulsiva.

-¿Es que no lo sabes? -dijo él con una sonrisa irresistible-. Ahora me he reformado, sólo me dedico a los libros y a los estudios.

Camilla empezó a sospechar antes de que él terminara la frase.

-¿Qué te traes entre manos, mente retorcida?

- Nada. ¿Qué te hace pensar lo contrario?

-Que te conozco.

Anthony se consumía bajo las restricciones a las que se veía sometido en Chevington Park. El abuelo le había prohibido asistir a una escuela con la excusa de que en casa aprendería mucho más con un tutor. Pero Camilla y él sabían que la verdad era mucho más sencilla, el abuelo no podía soportar vivir separado de su nieto. Anthony aceptaba la situación como mejor podía, por amor a su abuelo y en deferencia a su estado de salud. Con todo, Camilla sabía lo mucho que le hastiaban los continuos cotilleos de la casa, los mimos incesantes, que le impulsaban a correr aventuras temerarias. Hacía mucho tiempo que no se metía en ningún lío, lo que para Camilla significaba que faltaba poco para su próxima calaverada.

-No hace falta que te preocupes por mí -dijo él-. Además, sólo tratas de cambiar de tema otra vez. Estamos discutiendo tus trastadas, no las mías.

-No es ninguna travesura, Authony.

- ¡Ja! ¿Sabes lo que creo? Pues que tanto tu fingido marido como su amigo son un par de salteadores de caminos. Por eso estaba tan dispuesto a aceptar el papel, para poder entrar en la mansión y hacer un inventario del botín más substancioso.

- ¡ Eso son tonterías! Si conocieras al señor Sedgewick te darías cuenta. Salta a la vista que es un caballero.

-O por lo menos, lo bastante hábil como para hacerte creer que lo era. Tú misma me has dicho que, al principio, pensaste eso de Benedict. ¿Qué hacia en el páramo sino asaltar carruajes?

-No lo sé. Desde luego, a mí no intentó robarme.

- No llevas joyas, pero es evidente que eras una joven que se encontraba de viaje y que pertenece a una buena familia. Era poco probable que llevaras encima algo de valor.

-Llevaba dinero en el bolso.

-Eso no podían saberlo. Lo que está claro con sólo mirarte es que eres una mujer de pensamiento independiente y con sus propias rentas.

-No, te equivocas -dijo ella, empezando a impacientarse-. Benedict vigilaba a otra gente.

-¿A quién?

-¿Cómo quieres que lo sepa? Pero nos dispararon. Se enfadó conmigo porque llevaba un farol, debía estar espiándoles.

- A esas horas de la noche y en plena niebla no podía tramar nada bueno. Quizá pretendía robar el brandy de los contrabandistas, o quizá sea de la oficina de impuestos.

- Te refieres a que quería pillar a los contrabandistas con las manos en la masa, ¿no? -preguntó ella.

-¿Por qué no? Siempre van detrás de ellos, intentando infiltrar a sus hombres, pillarlos pasando el contrabando.

-Pero entonces, ¿por qué iba a aceptar hacerse pasar por mi prometido? Supondría una pérdida de tiempo.

- No necesariamente.

-¡Pero los contrabandistas no viven en esta casa!

-Claro que no, pero nos encontramos cerca de la playa. Eso le daría un lugar donde alojarse y una razón para estar aquí, donde puede hacer guardia cómodamente.

-No sé, quizá tengas razón.

Camilla encontraba más fácil creer que Benedict era un ladrón que un recaudador de impuestos. Los de la oficina de recaudación eran burócratas, funcionarios que se ganaban la vida atados a un despacho haciendo sumas, no hombres de acción, todo músculos y capaces de conducir un carruaje o dejar sin sentido al cochero de un solo golpe. Tampoco se imaginaba a Benedict aceptando órdenes, sino todo lo contrario.

-Tendrás que admitir, que ha sido bastante peculiar que me apuntara con la pistola. Me refiero a que dormía cuando entré y tampoco es que hiciera ruido. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba de pie con el arma en la mano. Un hombre corriente no se comporta así.

Camilla asintió. Ella también se había dado cuenta.

-Tienes razón, Benedict es cualquier cosa menos un hombre corriente. Sin embargo, por mucho que lo deplores, está en esto conmigo. No puedo confesarle la verdad a tía Beryl.

-¡Ni lo menciones! -exclamó él, aterrorizado-. Le faltaría tiempo para contárselo al conde y hasta le vendría muy bien que sufriera otra apoplejía. Está convencida de que, si consigue que se enfade de verdad contigo, le dejará tu parte de la herencia a sus hijos.

-¿Por eso está tan segura de que no me he casado?

-Pues claro. Para ella, sólo es una comedia que te has inventado con la intención de que el abuelo te deje más dinero - dijo él, con un gesto asqueado-. Es una idea retorcida y vil, como todo lo que se le ocurre. Si el abuelo pensara que te has casado y tienes la vida asegurada, te dejaría «menos» dinero que si te hubieras quedado soltera y sola en el mundo.

-De todas maneras, casi todo lo heredarás tú. Todos lo sabemos.

-Y no creas que la tía Beryl no se consume a fuego lento con eso. Sin embargo, incluso ella se da cuenta de que no puede hacer nada para cambiar el orden sucesorio, aunque eso no quiere decir que no le gustaría poner sus manos sobre un dinero que no le pertenece.

- El abuelo no se cansa nunca de decir que el dinero se quedará unido a la tierra, que te hará falta para mantener la propiedad en orden.

-Ya. Dejará a todos una cierta suma, pero el grueso de la fortuna irá unido indisolublemente a la finca. Pero no hay modo de razonar con Beryl cuando se le mete algo entre ceja y ceja. Tienes razón, debemos evitar que sepa la verdad sobre tu Benedict. Con todo, no me gusta verte con él. Sobre todo en el mismo dormitorio. ¡Es una locura!

- Me ha dado su palabra de no aprovecharse.

- ¡Y un cuerno! Ese hombre tiene mucho rostro. Me gustaría propinarle una buena tunda.

Camilla dudaba que su primo tuviera la menor oportunidad frente a Benedict. Sin embargo, tuvo el tacto suficiente de no señalárselo.

-No creo que eso ayude a mantener nuestra mascarada. Benedict está en lo cierto, si queremos convencer a Beryl, tememos que quedarnos en la misma habitación. No podemos permitirnos el lujo de despertar sospechas y en eso va incluido el que le ataques o el que intentes cualquier otra cosa que no harías si verdaderamente fuera mi esposo. De lo contrario, no sólo se enterará el conde, sino que mi reputación quedaría por los suelos.

- Lo sé -reconoció Anthony a regañadientes -. Pero pienso vigilarlo de cerca. Como se propase lo más mínimo...

-No lo hará.

Por suerte, Anthony había crecido aceptando la autoridad de Camilla y no siguió protestando. Continuaron hablando de las novedades de la casa que, según él, seguía tan aburrida como siempre. Sin embargo, Camilla comenzó a sentirse inquieta. No era natural que su primo aceptara aquella atmósfera mortecina de buen grado. O bien no le contaba toda la verdad, o había terminado por adaptarse. Más de una vez le había advertido a su abuelo que coqueteaba con el desastre al retenerlo allí, tan sólo entretenido con unos estudios insípidos. Un tutor residente no era la mejor compañía para un muchacho de dieciocho años, rebosante de salud y fuerza.

Cuando regresó a la habitación, Benedict no saltó sobre ella pistola en mano. No, dormía plácidamente. Camilla se metió en la cama y durmió hasta la mañana siguiente, cuando se lo encontró bajo las mantas a su lado.

7

Apenas la rozó, pero Camilla se despertó al instante.

-¿Qué?

No pudo continuar. Benedict la estrechó entre sus brazos y ahogó sus protestas aplastándola contra su pecho.

-¡Ssst! -le susurró al oído-. ¡La doncella!

En aquel momento, Camilla se dio cuenta de que llamaban suavemente a la puerta. Cerró los ojos y se quedó muy quieta mientras Millie entraba de puntillas y dejaba la bandeja del desayuno en la mesita. Camilla luchaba por tranquilizarse, pero sentía el vello de Benedict haciéndole cosquillas en la cara. Sus brazos eran como hierros en torno a ella, inmovilizándola para que no hiciera un movimiento que les delatara. El olor masculino la invadía, el calor de su cuerpo la inundaba.

- Señorita Camilla... Señor Lassiter - susurró la doncella-. Señora, despierte -repitió cuando ninguno de los dos se movió.

Benedict abrió los ojos y la soltó. Camilla le secundó en la comedia de despertarse.

-¿Qué demonios quieres? -dijo él, como un hombre que se despertaba gruñendo.

-Lo siento mucho, señor -dijo Millie con una expresión tan sincera como servil-. De verdad que lo siento. Es que el conde está levantado, y ha pedido verlo. Está muy ansioso por saludarle... Bueno, a usted y a la señora.

Camilla comprendió por qué la doncella había tenido la audacia de despertarles. Las órdenes de su abuelo no admitían discusión. La infeliz Millie se encontraba entre la espada y la pared.

-No te preocupes, Millie. No estamos enfadados contigo -dijo Camilla.

-¿Ah, no? -preguntó Benedict.

-No cariño -dijo ella en tono meloso, cuando en realidad le hubiera gustado estrangularlo-. Ya te he contado cómo es el abuelo. Millie no tiene la culpa. Estoy segura de que la ha mandado él.

Para su sorpresa, Benedict le devolvió la sonrisa almibarada con unos ojos rebosantes de afecto. Entonces se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

-Por supuesto, amor mío. Tu sonrisa es capaz de endulzar incluso mi mal carácter. Perdóname.

-No faltaba más.

Camilla intentaba actuar como si estuviera acostumbrada a aquella mirada amorosa, al roce de sus labios firmes. Tuvo que respirar hondo. Con todo, se recuperó y le pidió a la doncella que le planchara un traje. Millie obedeció y salió volando de la habitación.

- ¡Uf, por qué poco! -exclamó Camilla-. ¿Cómo sabías que estaba a punto de entrar?

-Tengo el sueño ligero. He oído el traqueteo de la bandeja por el pasillo. La ha tenido que dejar en el suelo para llamar. Siento haberte asustado.

Cuando se levantó, Camilla se dio cuenta de que no se había metido bajo las sábanas, sino que se había traído la manta del sofá y la había extendido sobre los dos. «Un hombre muy eficiente, incluso en una emergencia».

-¿Tan ogro es tu abuelo que todo el mundo corre cuando mueve un dedo?

- Puede ser eso y más. Está acostumbrado a que se haga su voluntad. Heredó el título cuando sólo contaba veintidós años. Hace casi sesenta de eso. Además, pertenece a una época mucho más autocrática y está muy chapado a la antigua.

-Comprendo. Entonces, lo mejor será que no le hagamos esperar, ¿no?

Benedict se puso una camisa limpia. Cuando Camilla se dio cuenta de que pensaba hacer lo mismo con los pantalones, salió disparada hacia el vestidor. Allí la encontró Millie cuando regresó con el vestido impecable. Al salir, Benedict la esperaba con un

porte aristocrático que no dejaba de desconcertarla. Camilla no pudo evitar una sonrisa. Tenía el aspecto refinado y ligeramente desdeñoso que tantos jóvenes de buen tono se esforzaban por conseguir.

-Estás deslumbrante, querida. Como siempre - dijo él, poniéndose en pie.

Aunque ella sabía que el cumplido sólo formaba parte de la imagen que trataban de dar, no pudo evitar una oleada de placer. Se apresuró a decirse que únicamente se debía a que siempre era agradable recibir halagos. «No tiene nada que ver con que sea Benedict el autor».

Camilla se sentó frente al espejo del tocador y Millie se aplicó a la tarea de cepillarle el pelo y recogérselo en un moño trenzado, dejando unos cuantos bucles sueltos en torno a su rostro. Cuando estuvo lista, se colgó del brazo de Benedict y fueron a la habitación del conde.

-¿Nerviosa? -preguntó él cuando se detuvieron ante la puerta.

Camilla asintió. Para su sorpresa, Benedict puso la mano encima de la suya. Era un gesto reconfortante, lo último que hubiera esperado de aquel hombre.

-Sosiégate. Estoy aquí para ayudarte. Recuerda, no te extiendas con las explicaciones. La vida real está llena de contradicciones y misterios. Sólo las mentiras son perfectas.

Camilla volvió a asentir e intentó sonreírle. Benedict llamó a la puerta.

Un momento después, la puerta se abrió apenas, dejando ver a un hombre encorvado con aspecto de ser más viejo que el propio tiempo. Era calvo, excepto por una franja de pelo que le rodeaba la cabeza a la altura de los oídos. Su piel era una maraña de arrugas. Pero en sus ojos ardía la inteligencia y sonrió al ver a Camilla.

-¡Señorita Camilla! Señora Lassiter, debiera decir. Pasen, pasen -dijo, acabando de abrir la puerta-. Es usted un bálsamo para los ojos. Su Gracia será muy feliz de verla.

-Hola, Jenkins -dijo ella, devolviéndole la sonrisa-. Me alegro de verte. Tienes muy buen aspecto.

-Muchas gracias, señora. Es muy amable de su parte. La artritis me da un poco la lata, pero no puedo quejarme.

Acto seguido, procedió a quejarse de la artritis mientras cruzaban la enorme estancia hasta una cama doselada que había junto al ventanal. Puesto que sus pasos eran inseguros y vacilantes, gozaron del privilegio de enterarse del estado de casi todas sus articulaciones.

Un anciano ocupaba aquella cama descomunal y una colcha de terciopelo verde lo cubría hasta el regazo. A pesar de hallarse en el lecho, vestía una camisa inmaculada y almidonada, con un pañuelo blanco y un pesado batín de satén verde con dragones chinos bordados. Tenía el cabello blanco y abundante y unos ojos de un azul más claro que los de su nieta y que seguían siendo penetrantes a despecho de la edad. La apoplejía había dejado sus huellas en la parálisis de un lado de su rostro.

-Milord -anunció Jenkins con voz estentórea-. La señorita Camilla ha venido a visitarle.

-Ya lo veo, viejo idiota -refunfuñó el conde-. Y deja de chillar, que no estoy sordo.

-Muy bien, milord.

Al mayordomo no parecía importarle el duro trato del conde. En realidad, Benedict dudaba de que le hubiera oído. El noble lo despidió con un gesto de la mano y Jenkins reemprendió la aventura de arrastrar los pies hasta la silla que ocupaba al otro extremo de la habitación.

El conde extendió sus manos hacia Camilla, que no vaciló en acercarse e inclinarse sobre él para darle un beso en las mejillas.

-¿Cómo te encuentras, abuelo? Ya veo que sigues gruñéndole a todo el mundo.

El anciano siguió refunfuñando y resoplando, pero no soltó las manos de su nieta hasta que se sentó a su lado.

-Créeme, tengo que hacerlo por esos idiotas. Claro que les gruño, si no, estarían convencidos de que ya tengo un pie en la sepultura.

-¿Quién, tú? Eso nunca.

Los ojos del anciano brillaron de placer y levantó una mano para darle un pellizco en la cara.

-Siempre la misma descarada. Me gusta que seas así. Nunca he podido soportar a las mujeres frágiles y gazmoñas. Tu madre era de ésas. Casi no podía creer que fuera mi hija, fue una suerte que Ferrand la encontrara. Era tan timorata que pensé que nadie se podía fijar en ella.

- ¡ Abuelo! ¡ Estás hablando de mi madre!

-Lo sé, también era mi hija, lo que significa que puedo decir la verdad. Por lo menos sonreía. Es más de lo que puede decirse de la condenada Beryl. ¡No sé qué demonios anda haciendo aquí! Nunca he podido tragarla.

-Vino porque tú estabas enfermo -dijo ella.

- Precisamente por eso no debería haber venido. Si no tragas a alguien cuando estás bien, ¿cómo vas a soportarlo cuando te encuentras mal? ¿Eh, dime? A mí me parece abominable. Seguro que pensó que me encontraría demasiado enfermo como para echarla a patadas. Aunque, por lo poco que me da de comer, cualquiera diría que trata de acelerar mi muerte

- ¡Abuelo, cómo puedes decir eso!

-Hace que la cocinera sólo me dé papillas. Dice que no debo comer tanta carne roja. Es como si me tuviera a pan y agua. Le ha ordenado a Purdie y a Jenkins que no me traigan más licores, sólo un poquito de vino en la cena. Bueno, dime tú qué trata de hacer conmigo. Condenada mujer.

- No puedo creer que los sirvientes la obedezcan a ella en contra de tus deseos.

-Porque les ha convencido de que van a matarme si me dejan comer lo que quiero o si tomo una copa de brandy tras la cena -dijo, rojo de ira-. El condenado doctor les ha dicho que cumplan sus órdenes. Le dije a ese individuo la opinión que me merecía. Lo eché advirtiéndole que no volviera. Pero sigue viniendo, maldita sanguijuela.

-Es el único médico de Edgecombe -dijo ella con una risa afectuosa-. No te queda más remedio que verlo.

-Eso es lo que dicen todos. Te aseguro que es él quien me mantiene postrado en cama. Ni siquiera me permite bajar, a no ser que los lacayos me lleven a cuestas y me dejen sentado en un sillón. Me siento como un maldito inútil.

Olvidándose del asunto con un gesto de fastidio, el anciano volvió hacia Benedict unos ojos duros bajo unas pobladas cejas.

-¿Éste es? Acércate, muchacho. Acércate donde pueda verte.

Benedict se acercó obedientemente y realizó una reverencia. No era un gesto cortesano y elegante. A Dios gracias, porque Camilla sabía lo que opinaba su abuelo sobre las florituras galantes.

-Abuelo, te presento a Benediet Lassiter. Benedict, mi abuelo, el conde de Chevington.

-Buenos días, sir. Me alegro de encontrarle con buena salud.

-¿Y bien? ¿Qué tienes que decir de ti mismo, jovencito? -gruñó el Conde-. ¿Qué pretendes raptando a mi nieta sin tener la consideración de pedirme su mano?

- Ya sabes que no hago caso de esas costumbres anticuadas.

Los dos hombres ignoraron su comentario y siguieron mirándose a los ojos.

-Fue imperdonable por mi parte, sir. Debo apelar a su benevolencia -dijo Benedict con una sonrisa que cambió los rasgos adustos de su cara-. Compréndalo, no podía esperar, no con una mujer como Camilla. Estoy convencido de que me entiende. A pesar de mi impaciencia, confiaba en que usted no me juzgara mal y en que me dejara demostrarle mi valía tras nuestro matrimonio.

- ¡Grunf! Bonito discurso, a fe mía.

Camilla miraba estupefacta a Benedict. Habían sido unas palabras directas, aunque respetuosas para con el conde y que dejaban traslucir su amor por ella. Por mucho que refunfuñara, sabía que a su abuelo le habían agradado, quizá porque aquellos dos hombres eran iguales.

No. Imposible. Su abuelo no podía parecerse al hombre al que pagaba para que se hiciera pasar por su marido. El conde era un hombre de principios inamovibles, observante de su deber, un noble en el verdadero sentido de la palabra. Cómo se le ocurría compararlo con un vulgar ladrón? «¡Es absurdo! »

Con todo, no podía dejar de fijarse en que había algo común en la expresión de sus caras. Benedict era una presencia autoritaria e imponente, como el conde, tan arrogante como un miembro de la nobleza, a quienes educaban para eso desde la infancia. Se preguntó de dónde habría sacado Benedict aquel porte aristocrático. ¿Era tan buen actor?

Recordó las sospechas de Anthony. Quizá hubiera sido soldado. A fin de cuentas, siempre era el ejército quien trataba de acabar con los contrabandistas. Decidió mantenerse alerta y averiguar si su primo tenía razón al recelar de que había motivos ocultos para que Benedict se prestara a protagonizar aquella comedia.

-¿Crees que puedes engatusarme con unas cuantas palabras bonitas para que te dé mi bendición?

-Sin duda -respondió Benedict, sin dejarse amilanar por el tono beligerante del conde-. Sinceramente, señor, me trae sin cuidado que nos otorgue su bendición. Sin embargo, por el bien de Camilla, espero fervientemente que lo haga. Ella será mucho más feliz.

-Deja de portarte como un ogro, abuelo. Tú y yo sabemos que estás encantado con mi matrimonio. No tiene sentido que intentes asustar a Benedict.

- ¡Hum! - exclamó - Entonces, supongo que debo darte la bienvenida a nuestra familia.

-Muchas gracias, sir.

-¿Juegas al ajedrez? -preguntó el conde cándidamente.

- ¡Oh, no! Abuelo, no pretenderás hacerle jugar contigo, ¿verdad?

-No sería ninguna molestia -se apresuró a decir Benedict -. Es más, si usted quiere, me encantaría echar una partida.

Chevington dejó escapar una risotada de pura alegría.

- ¡Jenkins, saca el tablero de ajedrez! Lassiter, acércate una silla - ordenó mientras se frotaba las manos- ¡Magnífico! Ni siquiera sé el tiempo que hace que no juego. Nadie quiere enfrentarse a mí. Bueno, menos Anthony, pero es un manojo de nervios. Me vuelve loco, siempre andando arriba y abajo mientras yo trato de pensar. Los demás creen que me dará otro patatús si juego, y eso que son todos unos flojos. Prefiero jugar con un niño antes que con Lydia. Beryl es peor todavía, siempre despellejando a unos y a otros.

- Abuelo, ¿estás seguro de que puedes jugar?

Camilla no temía por su salud, pero no le gustaba la idea de que pasara demasiado tiempo en compañía de Benedict. Aquello era incrementar las posibilidades de cometer un desliz.

- ¡Por el amor de Dios, criatura! No te conviertas en una mentecata como todas las demás. No me van a reventar las arterias por una partida de ajedrez. ¿Por qué no aprovechas y vas a ver a tu tía? Lydia estaba deseando verte.

- Bueno... Prefiero quedarme a mirar.

La idea de que Benedict se quedara atrapado a solas con su abuelo le gustaba aún menos. El conde era un hombre astuto e inteligente, por muchos años y achaques que tuviera encima. Ella le había visto desenmascarar a más de un engreído que pensaba aprovecharse de su supuesta incapacidad.

-No des la tabarra -ordenó el anciano perentoriamente -. Te prometo que no interrogaré a tu marido. Bueno, no demasiado - se corrigió mientras le guiñaba un ojo.

-No te preocupes por mí, querida -dijo Benedict, sonriéndole-. Sólo conseguirás aburrirte si te quedas. Estoy seguro de que la vizcondesa tiene mucho que contarte.

Camilla recordó que le había prometido a Lydia ponerla al tanto de los detalles de su supuesta boda, lo cual le quitó las pocas ganas que le quedaban de ir a verla. Pero los hombres la estaban echando y se resignó a su destino con un suspiro.

Benedict esperó a que la puerta se cerrara tras ella para hablar.

-Bien, supongo que ahora es cuando debo hablarle de mi estado financiero y de la clase de renta que voy a concederle a su nieta.

El conde dejó el asunto a un lado con un gesto de la mano.

-¿Puedes mantenerla?

- Sí.

-¿Tienes intención de dilapidar su dinero?

- Su dinero seguirá siendo suyo, que haga con él lo que desee. Ni siquiera sé lo que tiene.

El anciano parecía sorprendido, pero se limitó a menear la cabeza.

- ¡Ah, estas ideas modernas! Bueno, es una chica muy independiente, siempre lo ha sido. Naturalmente, el viejo Marlin la atará bien corto. Ha sido mi administrador durante años, y antes que él lo fue su padre. ¿Apuestas, bebes, persigues a otras mujeres?

-No. No cometo excesos en el juego ni con la bebida y tampoco soy ningún libertino.

Benedict trataba de contener su indignación. Al fin y al cabo, el anciano tenía derecho a inmiscuirse en la vida del hombre que se casara con su nieta. El conde soltó una risa cascada.

-No te gusta ser interrogado, ¿eh? Bueno, a mí tampoco me gustaría. Pero no estoy en tu camisa y sólo me preocupa el bienestar de Camilla. No preguntaré si la amas, es una estupidez. En mis tiempos, la gente no parloteaba de amor y esas zarandajas, te casabas por la familia y la propiedad. Si tenías suerte, te tocaba una esposa agradable. No importa que la quieras o no. Si conozco a mi chica, pronto la querrás.

Benedict no supo qué responder. El conde le instó a jugar con impaciencia, como si fuera Benedict quien estuviera demorando la partida. Al poco de comenzar, descubrió que se divertía más de lo que había supuesto. El anciano no tenía un pelo de tonto y le ganó la primera partida. Benedict se tomó la revancha en la segunda.

Al final, con un suspiro de satisfacción, el conde se arrellanó contra las almohadas.

-Tenemos que volver a jugar. Eres la única persona de la casa que presenta una oposición decente.

Benedict inclinó la cabeza en reconocimiento al cumplido e hizo ademán de levantarse. Chevington le hizo señas de que no se moviera. Antes de proseguir, llamó al viejo mayordomo y le mandó a que buscara algo que hacer en otra parte, a lo que Jenkins obedeció, no sin resistencia.

-Tendré que soportarlo durante una semana, seguro -dijo cuando Jenkins hubo salido-. Es peor que una esposa. En fin, no tiene remedio. Tengo que hablar contigo. Sin embargo, antes de nada, ¿sabes guardar un secreto?

-Por supuesto, sir.

-¿Aunqu suponga ocultárselo a Camilla?

-Bueno, sí. Si es necesario.

-Bien. Abre esa ventana.

Benedict se alegró de que se lo pidiera, hacía un calor excesivo en la habitación.

-Ahora, abre el segundo cajón del armario. Busca en el fondo, detrás de la ropa.

Benedict hizo lo que le decía y encontró una caja pequeña que le llevó a la cama. Chevington la abrió sonriendo, contenía varios cigarros puros. Con un suspiro de placer, el conde se pasó uno por la nariz, aspirando vehementemente su aroma.

- ¡Ah! Nada como un buen cigarro para ayudar a que un hombre piense, o hable... de cualquier cosa. ¿Te apetece uno?

Benedict aceptó y le dio las gracias. El conde sacó unas tijeras diminutas de su mesilla.

-¿De modo que no vas a sermonearme por fumar? -preguntó Chevington.

-No, sir. Creo que es una decisión exclusivamente suya.

-Bien hecho. No te imaginas lo histéricos que se ponen cada vez que hablo de fumar o de tomarme una copa de brandy. Y es lo que yo digo, ¿qué tiene de bueno vivir así?

-Estoy con usted.

Benedict hablaba en serio. Sólo de pensar que podía acabar sus días encerrado en una habitación con un único vicio por toda compañía, sentía escalofríos. Fumaron en un silencio amistoso que Chevington rompió.

-Militar, ¿verdad?

Benedict lo miró un tanto sorprendido.

-En realidad, lo fui. Caballería ligera. Servía en la Península hasta hace unos meses.

-Sí, tienes toda la pinta. ¿Por que lo dejaste?

-Una bala en el muslo -dijo, pasando por alto otras heridas menos graves-. Lo peor fue la infección, no pude regresar a nuestras líneas de inmediato. Estuve semanas convaleciente y me licencié. Tenía... asuntos personales a los que atender.

-¿Así fue cómo te conoció Camilla? ¿Convaleciente en Bath?

Benedict asintió. Estaba hablando de su pasado reciente, pero se dio cuenta de que encajaba a la perfección con la historia de Camilla.

-Es difícil seguir postrado cuando ella está cerca.

- Me parece que eres justo el hombre que necesito.

-¿En serio, sir?

-Sí, en serio. En circunstancias normales, ni que decir tiene que me ocuparía yo en persona. Pero me tienen tan encerrado que aún no he podido solucionarlo y estoy perdiendo las riendas.

-¿Se refiere a sus terrenos, sir? Porque supongo que su heredero es muy capaz de ocuparse de eso.

-No, no se trata de la propiedad. El administrador es un buen hombre y se preocupa de mantenerme informado. Con Martin ocurre lo mismo. No tengo necesidad de calentarme la cabeza con las inversiones y esas monsergas. Anthony es un cachorrillo, no puedo pedírselo. Además, temo que sea... Bueno, eso dejaré que lo averigües por ti mismo. Verás, ahí estriba el problema, que no sé lo suficiente, no sé nada de nada.

-¿Sobre qué?

- Sobre lo que está pasando aquí -dijo con un gesto de frustración-. No sé lo que es, pero algo anda mal. Algo tan endemoniado que me da miedo lo que pueda suceder.

8

El pulso de Benedict se aceleró de repente, pero puso mucho cuidado en que no se le notara.

- Oigo cosas. No puedo levantarme a ver de qué se trata, pero amigos no me faltan y vienen a verme. Jenkins y Purdie se ocupan de mantenerme informado sobre lo que ocurre en mis terrenos.

-Pero, ¿de qué se trata?

El anciano apretó los labios, como si le costara trabajo expresarlo con palabras.

-Hay una sensación extraña en la casa, una tensión latente. Algo ha cambiado y sospecho que tiene que ver con la muerte de ese tal Nat Crowder.

-¿Quién era? -preguntó Benedict, confuso.

-Un lugareño. Un hombre sólido, buen proveedor. La clase de hombre con el que da gusto hacer tratos. Era un carpintero regular, pero un contrabandista de primera. Hace poco que murió, pero desde entonces... Bueno, hay algo raro en el aire. Quizá no comprendas el contrabando. Los de fuera raramente lo entienden. Creen que esos hombres sólo son un puñado de criminales. Bueno, supongo que delincuentes sí son, pero aun así, se trata de buenos hombres. Aunque tampoco todos. Los lugareños tienen una idea distinta de ese asunto. Es algo que lleva sucediendo aquí durante generaciones. Los Crowder han sido contrabandistas por lo menos desde los tiempos del bisabuelo de Nat. Pero la gente de Edgecombe lo considera un trabajo honrado. A fin de cuentas, ¿a

quién hacen daño? Si los malditos impuestos no fueran tan elevados, no tendrían que recurrir a eso.

Benedict sabía que era un razonamiento generalizado. En el pasado, las tasas sobre el alcohol y el tabaco eran tan altas que ningún hombre corriente podía permitírselos. Sabía que la gente hablaba de Sam el contrabandista como podían hacerlo de Sam el marino, o Sam el sastre. Incluso el pastor de su iglesia compraba té de contrabando sin cargo de conciencia. En fin, las colonias de América se habían perdido por algo.

-Sin embargo, esto es distinto, ¿no le parece? Ya no es lo mismo pasar licor desde Francia cuando estamos en guerra con ellos. Ahora supone traicionar a tu país.

En cuanto dejó de hablar se Sintió como un hipócrita. Jermyn y él habían utilizado a aquellos hombres para levantar su red Gideon. Sin embargo, el anciano reaccionó con alborozo. Obviamente se preparaba para disfrutar de una buena discusión.

-Como si tuviéramos que renunciar a una copa de brandy porque ese enano loco ande por ahí a sangre y fuego. Además, el contrabando funciona en ambos sentidos. Pasamos algodón inglés a Francia burlando el embargo del emperador a las mercancías inglesas. Y no se cansan de comprarnos. No creo que este mal sabotear su intento de hundir el comercio británico.

-No creo que pueda discutir contra eso -dijo Benedict con una sonrisa.

-Claro que no. Porque merece la pena. Además, lo que digo es que el contrabando se acepta por estos alrededores. A nadie nos gusta que venga el gobierno a decirnos lo que tenemos que hacer. La injerencia de los extraños no es muy bien vista.

- Pero yo soy un extraño y me está pidiendo que meta las narices, ¿no?

- No, tú formas parte de esta familia. Sobre todo si me ocupo de que se sepa que te he dado mi visto bueno, que actúas bajo mi tutela, por así decirlo.

-Al parecer, es usted un hombre influyente y poderoso.

-Soy Chevington, de Chevington Park -dijo el conde, encogiéndose de hombros -La gente nos respeta.

-Pero no acabo de entender lo que usted me pide.

-Te pido que averigües lo que está pasando, que hables con la gente. Pregúntale a Purdle, date una vuelta por el pueblo.

-Este Nat Crowder... ¿Cómo murió?

-No se sabe. Apareció en el fondo del acantilado una mala mañana, con el cuello roto. Nat conocía los acantilados como la palma de su mano.

-Ya. Parece sospechoso. ¿Cree que alguien lo mató?

-Mira, los acantilados son traicioneros y un resbalón lo tiene cualquiera. ¿Quién puede decir lo que sucedió? Pero no deja de inquietarme. Se dice que la muerte de Nat ha dejado a los contrabandistas sin jefe. Sin embargo, continúan operando, por lo que pienso que tienen un nuevo cabecilla. No sé quién es. Nadie quiere saber nada y yo creo que le temen. Y también que son muy pocos los que lo conocen.

-¿Y eso es lo normal por aquí?

-No. Ya te he dicho que, prácticamente, es una institución local. Siempre se ha sabido quiénes eran y quién ejercía la jefatura.

-Dígame una cosa. ¿Por qué quiere saberlo? ¿Qué piensa hacer con esa información, suponiendo que pueda conseguirla?

- Ya te lo he dicho. Los Chevington siempre hemos cuidado de Edgecombe. Lo considero mi responsabilidad.

Benedict lo comprendía perfectamente porque a él le sucedía lo mismo en Lincolnshire, donde estaba la propiedad Rawdon. Aun así, algo le decía que allí había algo más. ¿Por qué le importaba tanto al conde que hubiera luchas internas entre los contrabandistas o que hubieran elegido un cabecilla nuevo?

-Muy bien. Veré qué puedo hacer por usted.

Terminaron los cigarros. Benedict se ocupó de tirar colillas y ceniza por la ventana y después cerrarla. Se despidieron con la promesa cómplice de jugar otra partida.

Encontró a Camilla en un saloncito, más cómodo y modesto que el de la noche anterior. Ella le sonrió.

Benedict se quedó de piedra a plena luz del día, al darse cuenta, y no por primera vez, de lo hermosa que era. Tenía una piel luminosa y rosada, fresca como el rocío. Cada vez que sonreía, su cara irradiaba luz. Sus ojos buscaron la redondez de sus senos tras los recatados adornos de encaje del escote. Benediet sabía que no era difícil mirarla como si fueran un par de recién casados. En realidad, lo primero que sentía al verla era una oleada de ardiente deseo

- ¡Ah! Estabas aquí, querida. Vizcondesa.

-Buenos días, señor Lassiter -respondió Lydia-. Camilla me estaba contando su boda. Una historia conmovedora.

Benedict miró a Camilla en busca de ayuda, pero ella se limitó a repetir la sonrisa.

- Comprendo -dijo él, sin comprometerse.

-Y lo de su pobre madre, ¡qué cosa tan triste!

-Sí.

Se sentó junto a Camilla en el sofá. Procuró sonreírle a Lydia con una mezcla de simpatía y tristeza, mientras trataba de adivinar qué tragedia se le había ocurrido a «su esposa»

-Debo confesarle, que me ha parecido admirable que se quedara junto a ella hasta el fin.

-Gracias. Es lo menos que podía hacer.

- Le he reprochado a Camilla que no se hubiera sincerado conmigo desde el principio. Bueno, ya sé cómo son ustedes los jóvenes. Y claro, con ese malvado tío suyo, comprendo que no confiara en ninguna clase de parientes.

-Eh... sí. Milady, si me excusa. Esperaba persuadir a Camilla para que me acompañara al jardín.

Con unas cuantas galanterías más, consiguieron llegar a la puerta. Por desgracia, en ese momento hacía su aparición el lánguido primo dandy.

-¡Ah, querida prima! Señor Lassiter -dijo en su tono afectado-. Cielos, parece que se han levantado todos antes que yo. Debe ser el aire del campo, tan refrescante él. Personalmente, encuentro bastante dificultoso dormir en el campo con esos horrendos ruidos, los búhos, los gallos... Tanta ave parece contra natura.

-Debe ser muy duro para ti, primo Bertram - dijo Camilla-. Pero, consúltalo con tía Lydia. Benedict y yo nos vamos a pasear por el jardín.

-¡Ay, sí! El ejercicio. Otra tiranía del campo. Parece que la gente sufre un frenesí que la obliga a andar de un lado para otro. Bien, no seré yo quien os prive de vuestras bucólicas diversiones. Pero, ¿sabe una cosa, señor Lassiter? No me quito de encima la extraña sensación de que yo a usted lo conozco. ¿No nos habremos visto antes?

-Lo dudo -se apresuró a intervenir Camilla-. Benedict vive en Bath.

- ¿Toda su vida? -preguntó Bertram, incrédulo.

-Sí -dijo Camilla.

-No -contestó Benedict al mismo tiempo.

Benedict tomó la mano de «su esposa» y se la puso en el brazo mientras le sonreía.

- Vamos, querida. Alguna vez he salido de Bath. Por lo menos, hasta las tierras de la familia.

-Pues claro, niña -dijo Lydia-. Ha debido vivir con su tío.

-¡Ah, claro! Qué tonta.

-Sin embargo, mi vida comenzó en Bath, cuando te conocí.

Benedict oyó que Lydia suspiraba a sus espaldas. Por el contrario, el primo Bertram se había puesto lívido. Se apresuraron a salir de allí antes de que continuaran los interrogatorios.

-Ha debido verte antes -dijo Camilla-. Bertram puede parecer estúpido, pero es muy inteligente. Si te conoce, acabará atando cabos. No habrás trabajado para él, ¿verdad?

Benedict negó con la cabeza

-¿Tampoco le habrás robado nada?

-¿Por qué te empeñas en creer que soy un ladrón? -preguntó él, exasperado.

-Pues no sé. ¿Quizá porque me robaste el coche?

-No te lo robé, me limité a llevarlo a la posada.

-Sin mi permiso.

-Déjalo. No me acuerdo de tu primo, aunque es posible que lo haya conocido hace años. He estado varios fuera del país, de modo...

-¿Quieres decir que tuviste que huir?

-La opinión que tienes de mí resulta muy gratificante. No, no tuve que huir. Estuve sirviendo en el ejército, como acabo de contarle a tu abuelo. Te aconsejo que lo hagas encajar en la historia que le hayas contado a Lydia.

-Esto se complica por momentos -dijo Camilla con un suspiro-. Le acabo de decir que te enrolaste en el ejército cuando pensaste que ya no te amaba. Bueno, ¿por qué me miras así?

Inquieta, Camilla se apartó de él.

-¿Cómo te estoy mirando?

-Como si fueras a estrangularme.

-No seas absurda. Sólo me estaba preguntando qué aire te habría dado para decir una cosa así.

-En fin. Tenía que encontrar una explicación a lo precipitado de nuestra boda y no recuerdo que tú me hayas ofrecido alguna.

Al cabo, llegaron a la puerta. Benedict la abrió y la dejó pasar.

-Acabemos, ¿qué clase de triste pasado tengo? Prometo resignarme, aunque tengo la impresión de que me ha tocado el papel de tonto.

-No, aunque te embaucaron, claro.

-Sí, claro.

-Lo mismo que a mí. Le he dicho a Lydia que nos conocimos en Bath hace años, durante un viaje que hice con los Barrington. Son primos de mi padre y tía Lydia nunca se relaciona con ellos porque son capaces a aburrir hasta a las piedras. Yo tenía diecisiete años en aquella época. Una edad perfecta para enamorarse desesperadamente, ¿no te parece?

-Ideal -rezongó él.

-Eso pensé yo. El caso es que nos conocimos allí y nos enamoramos perdidamente. Pero, verás, no podías pedir mi mano porque tenías que quedarte con tu madre, que estaba tísica.

-¡Dios del cielo!

-De todas maneras, yo era demasiado joven, de modo que nos prometimos esperar, aunque en el fondo de nuestro corazón era como si estuviéramos prometidos. Sólo que entonces, tu tío.

-¡Ah, mi malvado tío!

-Ése. Él no quería que te casaras conmigo, de modo que interceptaba nuestras cartas y se las quedaba. Los dos creímos que el otro se había olvidado, que ya no nos quería puesto que no recibíamos cartas. Ni que decir tiene que eso me destrozó el corazón y desde entonces me he negado a casarme porque ningún hombre podía compararse contigo.

Benedict rió entre dientes. Camilla le hizo una mueca.

-Sólo que, sin que yo lo supiera, tú tampoco te casaste y guardaste en tu corazón la llama de la pasión que sentías por mí.

-¿Y he sido tan botarate que en todos estos años no se me ha ocurrido ir a buscarte a Londres? Es lo más lógico, habría ido a preguntarte por qué no me escribías, si habías dejado de quererme.

-Es evidente que no. Hubieras echado a perder toda la historia.

-O sea, que no sólo soy un fantoche, sino un fantoche romántico.

- ¡No! Eres el hombre más noble que conozco. Sabías que tu renta no era nada del otro mundo, que carecías de título alguno, de modo que sentiste que no eras digno de mí, aunque, por supuesto, a mí no me importaba nada de eso.

-¡Cada vez mejor! Un botarate pegado a las faldas de mi madre y ahora, también pobre y de clase humilde.

-Yo no he dicho que fueras de clase humilde ni tampoco que no tuvieras un penique. Lydia no podría aprobar nuestro matrimonio si nuestra posición social fuera tan distinta. Puede que sea romántica, pero tiene su sentido práctico.

-Cuánto me alivia. Dime una cosa, si hubo un vacío tan grande en nuestras relaciones, ¿cómo nos las arreglamos para casarnos?

-Porque me fui a vivir a Bath el año pasado. Verás, cuando cumplí los veintidós, supe que ya era demasiado mayor como para casarme y que todo el mundo me consideraría una solterona. Pero teniendo mi herencia, podía vivir por mi cuenta, con una dama de compañía. De modo que contraté una que resultó ser una pariente lejana de la hermana de mi padre.

-¿No será otra de esos Barrington?

-No. Drucilla es mucho más amena y sólo estamos emparentadas a través del marido de mi tía. Residíamos en una bonita casa en Bath.

-Supongo que esta parte de la historia es verdad, ¿no?

-Sí.

-Me sorprende que tu abuelo te lo consintiera.

-No le gustó, te lo aseguro. Pero había cumplido la mayoría de edad y todo era perfectamente respetable. Además, como en aquella época estaba en Londres con mi tía Lydia, no pudo hacer nada para detenerme. Me escribió cartas amenazando con hacer que volviera por las malas, pero Lydia y yo nos las arreglamos para tranquilizarlo. Claro, que él continuó escribiendo para decirme que yo suponía un ejemplo terrible para Anthony que quería ir a vivir conmigo y protegerme. ¡Como si hubiera sido decente que mi primo y yo viviéramos en la misma casa sin la compañía de más parientes! De lo contrario, le hubiera suplicado al abuelo que le diera permiso. Anthony se aburre horriblemente en esta casa, hace tiempo que me tiene preocupada.

-Y tú me tienes preocupado a mí. No creo haber conocido una mujer como tú en mi vida.

-Lo más probable es que no -dijo ella juiciosamente.

-Me parece que no distinguirías la verdad aunque la tuvieras ante tus narices. Has dicho tantas mentiras desde que te conozco que ya no sabes por dónde salir.

-Ya te he dicho que es muy complicado, pero fuiste tú quien insistió en que me inventara otra historia para tía Lydia. He intentado ceñirme a la verdad todo lo posible.

-Y encima, te fuiste a vivir sola, ¡como si fueras una viuda o algo por el estilo! Querida muchacha, tener veinticinco años no te convierte en ninguna solterona y, aunque lo fueras, no deberías vivir con una dama de compañía. Cualquiera creería que no tienes familia, cuando lo cierto es que tienes parientes de sobra y que, además, te quieren.

-Pero ésos son los peores. Te agobian hasta asfixiarte.

-Lamento no compartir esa opinión. Comprende que a mí sólo me queda un tío pérfido

Camilla se echó a reír.

-¿De verdad tienes un tío?

-Lo tenía. Pero era un buen hombre al que jamás se le habría ocurrido inmiscuirse en mi vida sentimental.

Benediet se detuvo y le puso las manos en los hombros mientras le sonreía, como si mantuvieran una conversación normal. No del todo. A ella le dio la impresión de que aquélla era una mirada ávida...

-No te apartes -le dijo en voz baja, sin dejar de sonreír del modo más inquietante-. Beryl nos espía desde la vidriera. ¡ No, no mires! Tú mírame a mí.

-¿Por qué?

-Y sonríe, como si te acabara de decir lo preciosa que eres.

Camilla no pudo evitar la sonrisa que le pedía.

-Bien. Así está mejor. Ahora... vamos a hacer una pequeña representación para tu tía.

-¿Para convencerla de que estamos casados?

-Chica lista. Sí. De modo que ni te apartes ni se te ocurra darme una bofetada.

Bajaba la cabeza hacia ella. Camilla sintió que se le cerraba la garganta. Sabía que iba a besarla, sin embargo le preguntó por qué lo hacía.

-Por nada. Voy a besarte como si hubiera estado entre tus piernas.

Camilla ahogó una exclamación. Benedict aprovechó el instante en que abrió la boca para besarla.

Los labios de Benedict eran más tiernos que la noche anterior en el carruaje, pero seguían siendo firmes e insistentes. Se movían sobre los de Camilla, ahondando, obligándola a separarlos. Sintió aquella lengua en sus labios, deslizándose al interior de su boca, moviéndose con suavidad aterciopelada entorno a la suya. Benedict la rodeó con sus brazos, apretándola contra su cuerpo. Camilla temblaba, pero agradeció el punto de apoyo. Se agarró inconsciente mente a su levita, apretándose contra él en el huracán de sensaciones que la envolvió.

Cuando Benedict levantó la cabeza y la miró, Camilla deseó que no la soltara. Era consciente de una palpitación profunda en su vientre, una pulsación que apenas la dejaba respirar.

- ¿No te parece que ya es bastante? - preguntó sin aliento-. ¿Que ya estará convencida?

Una sonrisa sensual curvó los labios de Benedict.

-No. Creo que deberíamos convencerla un poco más.

Esta vez, Camilla se alzó de puntillas para encontrarle. Benedict gimió ante su evidente entrega y la buscó con avidez. La besó honda, profundamente como si fuera a devorarla, pero Camilla, un poco sorprendida, no se asustó sino que se dejó llevar por un torrente de sensaciones deliciosas. Sentía que le abrasaba el cuerpo y que el fuego se acumulaba muy abajo, en su vientre. Nunca se había sentido así, ni siquiera lo había imaginado. Le echó los brazos alrededor del cuello y le devolvió el beso, ahondando en él con su lengua.

Aquellas manos masculinas le acariciaban la espalda, curvándose sobre sus caderas, apretándola contra él. Camilla notó algo duro que pugnaba por abrirse camino. Benedict la levantó, restregando su abdomen contra su cuerpo. Camilla sintió que una humedad ardiente le resbalaba por las piernas, que deseaba sentirle donde más fiero era su fuego. En un mismo instante, se sintió morir de vergüenza y de deseo. Se preguntó si él sabría lo que estaba sintiendo, lo que pensaba. Sería humillante que Benedict se diera cuenta de que tenía tanto poder sobre ella y, no obstante... Camilla podía sentir la necesidad que lo embargaba, que le hacía estremecerse de pies a cabeza. Entonces supo que también ella era dueña de un poder especial.

Benedict apartó los labios de su boca y descargó una lluvia de besos ardientes sobre su cuello. Camilla temblaba, pero echó la cabeza hacia atrás para ofrecerle la garganta suave, blanca y desnuda. Con un gemido inarticulado, Benedict le puso una mano en el pecho. Camilla sintió que una oleada de fuego blanco la traspasaba con aquella caricia íntima y se movió contra él sin tener conciencia de lo que hacía. Suspiraba, se derretía, bajo aquella mano insistente. Entonces, los besos llegaron a la curva superior de sus senos y Camilla enterró los dedos en su pelo. El calor la envolvía como una nube y hacía rato que no podía pensar. Sentía que se deslizaba lejos, flotando en una marea ardiente de deseo, de la que no conocía el fin.

9

- ¡Camilla! ¿Dónde estás?

Era una voz masculina, pero tuvo el efecto de devolverlos a la realidad. Con una exclamación, ella se quedó rígida. Benedict alzó la cabeza, los ojos negros ardían.

-Lo mataré -masculló-. ¿Quién demonios es?

-El primo Harold -dijo ella con voz ahogada, mientras trataba de alisarse el vestido.

- ¡Por todos los infiernos! ¿Cuantos primos tienes?

- Demasiados.

La voz seguía llamándola. Al cabo, apareció un hombre alto a la vuelta de un seto. Vestía de un negro riguroso y llevaba un sombrero de copa baja.

Llevaba el alzacuellos clerical.

- ¡Lo que faltaba! ¿Tu primo es pastor?

-Ajá. Fue su padre quien le consiguió la parroquia de Edgecombe.

Camilla saludó con la mano y se obligó a sonreír. Benedict respiró hondo, dio un tirón de las solapas de su levita y contempló a Camilla de arriba abajo. Con un gesto posesivo, se puso a abrochar la cinta con que se adornaba el cuello y se había soltado durante su abrazo.

Cuando bajaba las manos, le rozó la punta de un pezón. Instantáneamente, Camilla jadeó. Tenía los labios hinchados y rojos. Con sólo mirarla, Benedict volvía a experimentar toda la fuerza del deseo.

-No hay manera de ocultar que nos hemos besado.

- ¡ Benedict!

No hubo tiempo para más. El párroco de Edgecombe llegó a su lado e hizo una reverencia con el sombrero.

- ¡Querida prima!

Sin hacer caso de Benedict, la tomó de las manos.

-Hola, primo Harold -dijo ella, intentando en vano zafarse -. Te presento a mi marido, Benedict Lassiter.

Para alivio de Camilla, Harold le soltó las manos como si le quemaran.

-¿Qué?

-Su marido. ¿Cómo está usted? -dijo Benedict.

-Pero, yo...

-¿No te lo ha dicho tu madre?

-Bueno, sí la verdad es que pensaba que se trataba de otro cuento de hadas de tía Lydia.

- ¡Oh, no! Benedict es muy real.

-Estoy... anonadado -dijo el pastor, mirándola-. Sabes que siempre albergué esperanzas de que...

-¡Ah, primo Harold! -dijo ella con una sonrisa- No finjas que hablabas en serio, todo el mundo sabía que sólo pretendías ser galante. Nosotros dos nunca nos hubiéramos llevado bien. Soy demasiado frívola.

- Sólo porque aún eres joven. Estaba convencido de que acabarías sentando la cabeza...

Sus ojos se quedaron fijos en el escote de Camilla y, tras un instante, se apresuró a apartar la mirada. Tuvo que carraspear para proseguir.

-Pues, eso, que te convertirías en una buena madre y esposa.

-Desde luego, estoy seguro de que lo será - dijo Benedict, tomando la mano de Camilla y dejando claro a quién pertenecía-. ¿Por qué no volvemos a la casa? Ahí podremos atender con más comodidad a nuestra visita.

Camilla accedió. El obvio antagonismo que se había establecido entre los dos hombres la tenía desconcertada.

-Vamos, Harold. Seguro que todo el mundo querrá verte. Me sorprende que la tía Beryl te haya dejado escapar tan pronto.

- Mi madre aún no sabe que he venido. En cuanto Purdle me dijo que estabas en el jardín, he corrido a buscarte. Hubiera debido ir a saludar a mi madre, pero ya lleva varios meses aquí y no es lo mismo. No creo que se moleste.

-No, claro -dijo ella, aunque lo dudaba-. Siempre dice a todo el mundo que eres su hijo más obediente.

-No me extraña. Con Graeme en el ejército y Bertram que sólo piensa en sí mismo, no creo que sea ningún cumplido.

Camilla tuvo el placer de anunciar la visita de Harold cuando volvieron al saloncito y no le fue fácil decidir quién de todos los presentes ponía una expresión más horrorizada.

-Hola, querido hermano -dijo Bertram lánguidamente-. ¿De modo que volvemos a disfrutar del inmenso placer de tu compañía? No sabía que faltara tan poco para la comida.

-¿Tan tarde es ya? -contestó el pastor con una mirada venenosa a su hermano-. Yo tampoco me he dado cuenta. Llevo toda la mañana visitando a los enfermos de la parroquia.

- Ya, naturalmente.

Harold saludó a Anthony con un molesto palmeteo en la espalda y un todavía más molesto «hijo mío». El pastor había decidido ser a la vez padre y guía espiritual del futuro conde y no escatimaba los consejos ni los sermones. Aquella mañana, intentó interrogar a Anthony sobre sus estudios, a lo que el joven respondió con evasivas. Harold prometió someterle a un examen oral más tarde, pero ahora hubiera sido descortés que no saludara a su tía.

- No estoy convencido de que el señor Forbes sea un tutor adecuado para Anthony. La última vez que tuve oportunidad de hablar con tu hijo descubrí que su griego es francamente pobre.

-El señor Forbes es un tutor excelente -dijo Anthony, a pesar de ser el primero que detestaba al tutor.

Harold le dio unas palmaditas en la mano a Lydia, como si él fuera el mayor de los dos.

-Querida vizcondesa, ya sé que los estudios de tu hijo te parecen un tanto confusos, pero has de comprender que son tremendamente importantes para el futuro del chico. ¿Cómo va a reclamar un lugar entre sus pares con una educación rural? No dejo de pensar que hubiera debido ir a Eton, como todos nosotros.

Anthony cerró la boca con un gesto de frustración. Por una vez, coincidía con Harold, por mucho que le doliera

-Quizá debiera comentárselo al conde...

- ¡No! -exclamaron Lydia y Camilla a la vez.

-Le provocarás otro ataque como empieces a discutir con él, primo Harold -razonó Camilla-. Sabes que no soporta que le digas lo que ha de hacer.

-Camilla, te equivocas conmigo. Eso sería una impertinencia imperdonable.

- Ahí sí que tienes razón - intervino Anthony.

Se enzarzaron en una discusión sobre qué consejos valoraba más el anciano conde. Camilla contempló impotente cómo la conversación derivaba por unos derroteros peligrosos. Para su sorpresa, Benedict tomó la palabra.

- Estoy seguro de que el conde valora en su justa medida sus consejos, Harold. Creo que es un hombre muy razonable.

-Sí, por descontado -dijo el pastor-. Aunque puede que sea un tanto descuidado cultivando ciertas virtudes.

-¿En serio? Bueno, debo admitir que hemos estado conversando hace un rato y parecía muy indulgente con la práctica del contrabando.

-¡Contrabando!- explotó Anthony- . ¡Qué demo...! Quiero decir, ¿por qué diantres discutíais sobre el contrabando?

-La verdad, por nada en concreto. Por supuesto, ambos coincidimos en deplorarlo.

-Seguro de que el abuelo nunca ha dicho una cosa tan poco valiente - contestó Anthony, enardecido.

Benedict alzó las cejas y se encogió de hombros.

-Bueno, pero tendrás que reconocer que es un acto ilegal.

-Naturalmente -dijo Harold, con una mirada de reprobación hacia Anthony -. Es cierto que hay demasiada gente, incluso los que deberían ser un ejemplo para sus inferiores, que es demasiado permisiva. Algunos, incluso lo apoyan desvergonzadamente.

-En serio, Harold -dijo Bertram, enfocando el monóculo hacia su hermano-. No nos sermonees. Hablamos de licores, no de asesinato.

-Esa es precisamente la clase de actitud a la que me refiero -dijo el pastor-. El joven Anthony es incluso peor. Verdaderamente, tía Lydia, este chico necesita alguien que vele por él de cerca.

-¡No serás tú!

Anthony se puso en pie como impulsado por un resorte, pero volvió a sentarse a una mirada de Camilla.

-Cualquiera pensaría que, tras la muerte de Nat Crowder, todos se habrían dado cuenta de que el pecado se paga con la muerte -continuó Harold-. ¡Todo lo contrario! Nadie se arrepiente de sus actos, ni siquiera se les pasa por la cabeza.

-¿Nat Crowder? -preguntó Benedict con tono inocente.

-Sí. Un lugareño que apareció muerto hace algunas semanas. Se rumoreaba que era el jefe de los contrabandistas. Ese es el fin que les espera a los hombres como él.

-¿Y cómo era él, a ver? -preguntó Anthony, lívido de ira-. Nat era un buen hombre. Por lo menos, no era un fariseo que sólo se golpea el pecho en público.

-Era un delincuente -replicó Harold.

-¿Lo mataron por ser contrabandista? -intervi no Benedict.

-Lo encontraron en el tondo del acantilado con el cuello roto -explicó Anthony-. No significa que lo mataran.

-Pero es bastante probable -dijo Bertram-. Nadie conocía los acantilados mejor que Nat.

-¿También lo conocía? -preguntó Benedict.

- ¡Oh, sí! Desde pequeños, tenía mi misma edad. Solíamos jugar juntos cuando yo venía de visita. ¿No te acuerdas, Harold?

- Pues claro. Pero sólo porque jugáramos a la gallinita ciega no voy a aprobar lo que hacía.

-A mí me dio un buen disgusto que muriera de una forma tan trágica -dijo Bertram, como si reflexionara en voz alta-. Me refiero a que es un suceso que te hace pensar, ¿no es cierto?

-Sí, deberías reflexionar más menudo en lo que estás haciendo con tu vida -dijo Harold sombrío.

Bertram arqueó ambas cejas con fingido asombro.

-Desde luego, hermano cualquiera diría que me consideras un réprobo.

Harold soltó un bufido de exasperación. Camilla intentó calmar un conflicto que parecía precipitarse desde todas las direcciones. Había que reconocer que el primo Harold era un genio para inspirar la animadversión general.

-Pero, ¿por qué mataron a Nat Crowder? ¿Qué tiene que ver eso con el contrabando?

- Nada - dijo Anthony con acritud-. Lo más probable es que las dos cosas ni siquiera estén relacionadas.

-Quizá responda a una lucha interna por el poder -sugirió Benedict.

-Eso tiene sentido -dijo Camilla-. Una escaramuza para hacerse con la jefatura de la banda.

-Eso no se sabe -dijo Harold.

-Pero, al parecer, todos estaban al tanto de que ese tal Crowder era el cabecilla - puntualizó Benedict.

-Sí. Pero no he oído nada de que alguien haya ocupado su lugar.

-¿Quién iba a contarle al pastor una cosa así? - preguntó Bertram desdeñosamente.

-Te sorprendería la cantidad de rumores que acaban en las puertas de la iglesia. Mis ovejas acostumbran a consultarme sus problemas.

Bertram elevó los ojos al techo.

- ¡Harold, querido!

Era Beryl, que entraba en el salón con los brazos abiertos. Camilla siempre había pensado que Harold era su hijo preferido. Al fin y al cabo, eran iguales, con las mismas inclinaciones de manipular y sermonear a la gente.

- Acabo de saber que te encontrabas aquí. ¿Por qué no me has hecho llegar un recado de inmediato?

-Querida señora, espero que me perdones si te digo que la noticia de la llegada de mi preciosa prima borró cualquier otra idea de mi cabeza. Sólo podía pensar en venir corriendo a verla.

-Eres un chico malo, pero me hago cargo de cómo sois los jóvenes -dijo con una mirada pícara hacia Camilla y su hijo-. Siempre os interesan más los de vuestra edad que nosotras, las pobres madres - añadió con una risa seca y apuntando con un dedo a Camilla.

Y Camilla no salía de su asombro. Aunque nunca le había gustado a Beryl, su tía albergaba la esperanza de que acabara casándose con Harold. La herencia de Camilla tampoco era despreciable, pero no podía creer que aquella mujer tuviera la desfachatez de seguir animando a su hijo. ¿Acaso seguía en sus trece después de la escena que había espiado hacía un momento en el jardín?

-¿De veras? -dijo Benedict-. ¿Qué quiere decir exactamente, señora mía?

Camilla se volvió hacia él. Su voz era como un témpano de hielo cortante, su rostro el de un aristócrata desdeñoso. Incluso Beryl parecía desconcertada ante él. Tras un momento de confusión, Beryl salió como pudo del aprieto.

-Bueno... es sólo un modo de bromear con Harold. Camilla y él han estado muy unidos desde la más tierna infancia.

-¿En serio? Qué extraño que Camilla no me haya hablado de su hijo.

-Vamos, Benedict sabes que te he hablado de todos mis parientes.

-¿Sí? -contestó él sin disimular lo mucho que le hastiaba el tema-. Me temo que lo he olvidado.

Por la expresión de Beryl, Camilla supo que iba a detestar a Benedict tanto como a ella. Con todo, deseó que no abriera la boca, Benedict no parecía estar para juegos de salón. Sin embargo, el señor Thorne escogió aquel momento para hacer una aparición teatral. La frente arrugada, sumido en profundos pensamientos, las manos unidas tras la espalda. Anthony gimió al verlo llegar. Thorne fingió sorprenderse, como si no esperara encontrar a nadie en el saloncito. Entonces su mirada reparó en Lydia.

- ¡Ah, bella Diana! -exclamó, yendo hacia ella y doblándose prácticamente en dos sobre su mano-. He pasado la mañana componiendo un verso y usted ha sido mi inspiración. ¡Oh, cuán afortunado soy de haberla encontrado!

-¿En serio? -dijo Lydia-. ¿A que es bonito?

Anthony se puso en pie y anunció que debía retirarse a estudiar. Lydia lo miró asombrada, Harold con aprobación.

- ¡ Buen chico! Me alegro de comprobar que mis palabras tienen un efecto redentor sobre ti.

-Le he prometido a mi tutor que volvería. Milla, ¿vienes conmigo? El señor Forbes me ha dicho lo mucho que le gustaría saludarte.

Camilla ni delató aquella mentira ni se permitió el lujo de reír ante la expresión frustrada de su primo más joven. Se levantó de inmediato, feliz de que le brindara una excusa para salir de la jaula de las fieras. Se acercó a Benedict sin hacer caso de Anthony, que le guiñaba insistentemente un ojo de espaldas a los demás.

-Benedict, querido. ¿Quieres que te presente al señor Forbes?

Camilla le estaba ofreciendo la oportunidad de salir de allí, pero él le sonrió y declaró que la conversación con Harold estaba siendo un placer. Camilla tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que nadie notara su asombro. Mientras salía con Anthony, oyó que Bertram le preguntaba a su hermano si Benedict no le resultaba conocido.

- ¡No puedo creer que le hayas invitado a venir con nosotros! - cuchicheó Anthony -. ¿No me has visto guiñarte el ojo?

-Claro que sí. Y he visto la cara de bobo que se te pone.

-¡Déjate de estupideces! No quiero que tenga nada que ver con nosotros.

-Ya sé que no te gusta Benedict, pero ni siquiera lo conoces.

-¿Y a ti? ¿Te gusta?

-Por supuesto que no -dijo estupefacta.- Por supuesto. Pero me preocupaba que Beryl le tendiera una trampa. No entiendo por qué no ha aprovechado la oportunidad de escapar de ahí.

-¿Aún no te das cuenta? Porque quiere sonsacarles toda la información posible.

-¿De qué estás hablando? ¿Qué clase de información puede sonsacarle a Lydia y a Beryl?

-Pues toda clase de chismes. Y su objetivo era Harold, no mi madre ni Beryl. ¿No le has oído hacer preguntas sobre los contrabandistas?

-Claro.

-¿Y bien? ¿Todavía no lo entiendes? Eso prueba que es un aduanero. Lo he sabido en cuanto ha saca do el tema a colación.

- ¡Pero si ha sido Harold el que ha empezado!

- ¡ Oh! El primo Harold no podía perder la oportunidad de sermonearnos, pero era tu señor Lassiter quien llevaba la batuta. Menos mal que Harold es un engreído que cree saber de todo y no entiende de nada. La verdad es que no habría podido despistarlo más aunque lo hubiera hecho a propósito.

-¿Y eso que nos importa? La verdad es que prefiero que sea un recaudador de impuestos a un ladrón. Si es un agente de aduanas, al menos sabremos que no corremos peligro.

Anthony, tras lanzarle una mirada extraña, se apresuró a apartar la vista. Camilla se detuvo en seco y le sujetó por el brazo.

- ¡Anthony! ¿Acaso...?

Entonces se dio cuenta de que estaban en mitad del pasillo. Arrastró a su primo hasta su habitación, cerró la puerta y se encaró con él con las manos en las caderas.

-Anthony Lionel Fitzwilliam Elliot -dijo con voz severa pero susurrando-. ¿Acaso tienes algo que ver con los contrabandistas?

Anthony apretó los dientes y se negó a mirarla, lo que era respuesta suficiente.

- ¡ Anthony! No me lo puedo creer. ¿Qué dirá tu madre? ¿Y el abuelo? ¡Se morirá de un ataque si llega a enterarse!

-No es para tanto, el abuelo también compra contrabando.

- No seas ridículo. Comprar licor, incluso simpatizar con los contrabandistas no tiene nada que ver con unirse a ellos. ¿Y si te pillan? Ni siquiera el conde podrá salvarte del presidio, o algo peor. Estamos en guerra, no lo olvides. Anthony, piensa en tu familia, en la desgracia que puede suponer que el futuro conde de Chevington sea sorprendido con las manos en la masa.

-No me pillarán, soy muy cauto.

-No seas niño, no es un juego. Bastaría con que te atraparan una vez. Sería el fin para ti y la ruina para todos nosotros. ¿Por qué lo haces? Es imposible que sea por dinero.

-Claro que no. Todo empezó en broma. Jem estaba metido en eso.

-¿Jem Crowder? ¡Tendría que habérmelo figurado! Vosotros dos siempre andáis metidos en algún desaguisado.

-Necesitaban que alguien les echara una mano y yo dije que podían contar conmigo. ¡Vamos, Camilla! Fue muy divertido -dijo con una expresión infantil-. Pregunté si me volverían a dejar hacerlo. Ya sabes cómo era Nat, un hombre decidido. Me dijo que sí y he estado con ellos desde entonces.

- ¡ Anthony! - exclamó ella, llevándose las manos a la cara.

-No es para tanto, Milla -dijo él, tomándola de las manos-. No soy el único que está metido en un buen lío. ¿Quién finge estar casada?

Camilla se sonrojó. Ella era tan censurable como su primo.

-Sí, me he metido en un buen lío y va ser muy difícil salir de él. Pero al menos, si me pillan, no me colgarán. Si caes en manos de los aduaneros, o del ejército...

-No sucederá. Subes que nunca han descubierto a los «caballeros»-dijo, refiriéndose al mote local de los contrabandistas.

-No, nunca no. Ha sucedido en el pasado y ya sabes lo que les pasó. ¡No podría soportar que te ocurriera algo! La familia...

-Lo sé, lo sé. Milla, sé que no hubiera debido hacerlo, pero Chevington Park es tan aburrido...

-Sé cómo te sientes. Le he dicho al abuelo que debería enviarte a estudiar, aunque comprendo que no te quiera ver en el ejército. Teme perderte, pero habría sido mejor que fueras a Eton y no que Jem te metiera esas absurdas ideas en la cabeza.

- No le eches la culpa a Jem. Es un buen amigo.

-Un buen amigo que te arrastrará a presidio. ¿No te das cuenta de que tienes que dejarlo?

-No te preocupes, hablaré con Jem. Cuando encuentre alguien que me sustituya, lo dejaré.

Camilla suspiró, pero entonces cayó en la cuenta de algo más.

-Anthony... ¿Sabes algo de la muerte de Nat? ¿Fue por el contrabando?

-No. Nadie que yo conozca sabe lo que pasó, ni siquiera Jem.

-Pero hay un cabecilla nuevo, ¿no? ¿Crees que fue él quien mató a Nat?

-No lo sé. Nunca lo he visto. Todo el mundo se pone máscaras o pañuelos, así, si nos pillan, no puede haber delaciones. Claro, a algunos los conozco por la voz o por la figura, pero a otros muchos no. Y no se hacen preguntas, no es recomendable. A pesar de todo, debe haber alguien que dé las órdenes y trace los planes, es la única manera de que funcione y ahora la banda funciona mejor que con Nat. Pero tampoco se sabe quién da las órdenes, a mí me las pasa Jem. Creo que es así como se entera la mayoría, va pasando de unos a otros. Pero...

-¿Qué?

-Que últimamente se habla de hacer juramentos de sangre. Ya sabes, prestar juramento de no dejar la banda y no traicionarla. Hablan de organizar una ceremonia, de comprometerte...

-¿Y crees que ha sido idea del nuevo jefe?

- Sé que no pudo ocurrírsele a quien empezó a comentarlo, es demasiado estúpido. Muchos de los muchachos creen que es una buena idea eso de jurar lealtad.

-Entonces, ¿qué pasaría si quisieras dejarlos?

Anthony apartó la mirada.

-Hablan de que el castigo por romper el juramento sea la muerte.

Camilla se puso blanca.

-¿Te matarán si intentas irte?

Anthony asintió lentamente.

- Pero aún no hemos prestado juramento. Además, ninguno sabe quién soy, excepto Jem y él jamás me delataría. No soy tan estúpido cono piensas, Camilla. Llevo guantes para que nadie se fije en mis manos de aristócrata y cambio mi manera de moverme y de hablar. Imito a Jem. Sabes que tengo facilidad para eso. También me pongo su ropa cuando voy con ellos.

-Hay más cosas que no puedes ocultar, Anthony. Tu constitución física. Jem y tú estáis juntos desde pequeños, seguro que también lo estais cuando salís con la banda. Todo el mundo de los alrededores os conoce. Además, eres demasiado alto para usar los pantalones de Jem. ¿Quién de los aldeanos tiene unos pantalones como los tuyos?

- No lo había pensado, puede que tengas razón-dijo él, un tanto perplejo-. Pero jamás me delatarán.

-Esperemos que no. Pero tampoco es una situación halagüeña.

-No, ya lo sé. Tienes razón, te prometo que lo dejaré. ¡Ah, pero no te puedes imaginar lo divertido que ha sido!

-Estoy segura -dijo ella, con una sonrisa insegura-. Hablaré con el abuelo y procuraré convencerle de que necesitas estar lejos de aquí una buena temporada.

- ¡Un viaje a Londres! - dijo él con ojos chispeantes-. ¡Eso sería colosal!

-Sí, desde luego.

-Pero no se lo dirás a Lassiter, ¿verdad? -preguntó Anthony, poniéndose serio.

-No.

Camilla experimentaba la extraña necesidad de confesárselo todo a Benedict, de compartir con él aquella carga. Pero su primo tenía razón, si era un recaudador o un aduanero, eso lo convertía en la persona menos indicada para conocer las locuras de Anthony.

-De acuerdo, pero tendremos que poner mucho cuidado y mantener el secreto.

-¿De qué secreto hablamos? -preguntó una voz masculina desde la puerta.

Camilla gimió. Al darse la vuelta vio a Benedict que les contemplaba con una expresión interrogante.

10

¿Cuánto tiempo llevaba allí y cuánto había oído? La mente de Camilla funcionaba a toda velocidad tratando de encontrar una salida.

-¿Cómo dices?

-Repito, ¿de qué secreto hablamos?

-¡Ah, eso! -exclamó ella con una risilla-. Una bobería, de verdad... Anthony no quiere que se entere su madre de que piensa comprar un caballo.

-Eso, mamá cree que todavía soy un crío. Tiene miedo de que el caballo sea demasiado... temperamental. Ya sabes cómo son las madres.

-Bueno, Anthony -le reprochó ella-. Eres su único hijo, es natural que se preocupe por ti.

-¡ Ojalá tuviera hermanos!

Benedict los miraba insistentemente. Camilla no sabía si les creía, de lo único que estaba segura era que su intento de disimular no había sido muy convincente. Anthony había estado mejor. Esperaba que con eso bastara. Si de verdad era un agente del gobierno, como Anthony sospechaba, sería desastroso que hubiera oído su conversación.

-Me sorprende verte aquí -continuó ella-. Creía que querías hablar con el primo Harold.

Una nueva sospecha empezó a forjarse en su mente. ¿Y si le había dicho que se quedaba sólo para seguirles y espiar su conversación? Cada vez recelaba más de aquel hombre.

-Sí, hemos hablado. Pero ya es hora de comer, venía a decírtelo. Verás, nuestro... vicario y el señor Thorne se han puesto a discutir de poesía.

Camilla no pudo evitar una risilla sincera al ver la cara compungida que ponía Benedict. Anthony olvidó la desconfianza que sentía hacia él en aras del compañerismo.

-Pobrecito, te comprendo -dijo ella.

-¡Desde luego! -exclamó el primo-. Ese Thorne es capaz de aburrir a una estatua.

-No me explico por qué ha tenido que invitarlo tía Lydia.

- Pero si no le ha invitado. Puede que mamá sea frívola, pero no es ninguna idiota. Dice que ese calavera se presentó en su puerta en el momento en que salía hacia aquí e insistió en acompañarla. Lleva desde que llegó dando la murga con todo el Olimpo y su amor imperecedero. Le dijo que no podía consentir que hiciera sola el viaje sin nadie que la protegiera. Como si Batters, que ha sido su cochero más de quince años, y George no se bastaran para eso. Eso sin mencionar a su doncella y al conductor del otro coche que trajo el equipaje. No hubo manera de hacerle desistir y, una vez aquí, no hubiera sido correcto no invitarlo. ¿Cómo iba a suponer que esa sanguijuela se quedaría todo un mes?

- ¡ Un mes! -repitió Camilla, estupefacta.

-Lo que oyes. Mamá ha tratado de sugerirle diplomáticamente que no era necesario que se quedara tanto tiempo, pero él le responde que no puede tolerar que se enfrente a «esta tragedia familiar» ella sola.

-Me extraña que no lo hayas echado a patadas.

- Mama me lo ha prohibido. Cree que debe estar sin blanca y que insistió en acompañarla para huir de sus acreedores. Le da pena. Dice que ella se ha encontrado en el mismo aprieto cuando se le acaba la renta. No sé, quizá confíe en que Thorne sea capaz de echar a Beryl. Si lo logra, incluso yo le estaría agradecido.

-¿Tú primo y su amigo también llevan tanto tiempo aquí? -preguntó Benedict-. ¡Hay demasiada gente en esta casa!

-Completamente de acuerdo, aunque esos dos aún llevan más tiempo. Sin embargo, y gracias a Dios, ninguno es tan fastidioso como Thorne. Al primo Bertram no le da por largarte sermones, como su madre y su hermano. El otro, el tal Oglesby, sí es bastante raro.

-¿En qué sentido?

Anthony nunca había sentido disposición a analizar sus pensamientos, ahora arrugó la frente.

-Pues no sé, pero tiene algo raro. Además de su ropa, quiero decir. No soporto que un hombre se ponga chalecos color de rosa, ¿y tú? Kitty y Amanda creen que es el joven más guapo del mundo, claro, y coquetean como locas con él. Hay que decir a favor de Oglesby que no les hace el menor caso, lo que prueba que no le falta sentido común al

hombre. Quizá sólo sea que es así de reservado, no sé cuándo fue la última vez que le oí abrir la boca. Con todo, parece fuera de lugar.

-¿Por qué lo dices, Anthony? -preguntó Camilla.

-No sé explicarlo, Milla. Quédate un rato con él y verás a lo que me refiero.

Para no despertar sospechas, Benedict no hizo más preguntas, aunque no renunciaba a averiguar de qué hablaban los dos primos cuando él había llegado. Sabía que querían ocultarle algo, pero dudaba que alguno de ellos fuera la persona que estaba buscando. Quizá un joven aburrido y deseoso de aventuras pudiera mezclarse con los contrabandistas, pero su propia juventud impedía que fuera el cerebro responsable de la destrucción de Gideon. Camilla estaba libre de toda sospecha, de modo que a Benedict no le quedaba otro remedio que seguirles la corriente.

-Bueno, supongo que ya estará lista la comida. ¿Bajamos, querida? -dijo, ofreciéndole el brazo.

-Gracias. ¿Vienes, Anthony?

Anthony se negó en vista de los comensales que le esperaban. Dijo que la señora Blakely se encargaría de enviarle algo de comer y se retiró a sus dominios. Benedict observó su retirada.

- ¿No tiene habitación en esta planta?

-No, sigue usando su antigua habitación de arriba.

-¿Te refieres a las habitaciones de los niños?

Aquello le pareció bastante extraño. ¿Qué muchacho de dieciocho años querría quedarse en unas habitaciones para críos?

-Dice que es más cómodo. El señor Forbes y él utilizan el aula para sus clases y Anthony se siente a sus anchas ahí arriba. Creo que le resulta más fácil evitar a los adultos y hacer lo que le dé la gana.

Sí, aquélla era una explicación más plausible, un adolescente que podía hacer su voluntad sin verse importunado. Pero Benedict también pensaba que el segundo piso debía tener una vista magnífica sobre los terrenos circundantes, una vista que facilitaría ver las señales que se hicieran para avisar de que un barco atracaba en plena noche.

-Quizá deba hacerle una visita para conocernos un poco mejor. Puede que contribuya a aplacar sus recelos, incluso podría invitarle a pasear en caballo.

-Eres muy considerado -dijo ella, sin ocultar su sorpresa-. Me sentiría mejor si pudieras convencerlo de que no piensas aprovecharte de mí. Somos como hermanos, de ahí que quiera protegerme.

-Sí, eso es algo que alguien debería hacer - murmuró él.

-¿Cómo has dicho?

Benedict la miró a los ojos, aquellas palabras se le habían escapado sin pensar. Obviamente, habían provocado su ira.

-Bueno, es la pura verdad. Si fueras mía, jamás te habría permitido viajar por los páramos sola y de noche.

-Entonces, es una suerte que no sea «tuya». Precisamente ésa es la actitud que me hace rechazar el matrimonio. Como si la mujer fuera una posesión, un esclavo sometido a la voluntad del hombre.

- Nadie podría acusarte de doblegarte a la voluntad de otra persona -dijo él con una leve sonrisa-. Pero no me refería a eso. Decía «mía» en el sentido de estar emparentada conmigo, de que dependieras de mí. Ya sé que obediencia o lealtad es lo último que se puede esperar de una mujer.

- Dos cosas diametralmente distintas, señor mío. La obediencia se espera de un niño o de un sirviente. La lealtad sólo puede ser libremente brindada por un adulto pensante y autónomo.

-Pues no son virtudes que haya encontrado en las mujeres.

- Entonces, has escogido mal tus compañías.

- Eso es obvio - dijo él sombríamente.

-Es el problema de casi todos los hombres, eligen a una mujer por su belleza física en vez de por las cualidades que de verdad importan, como la inteligencia, la fidelidad o el valor.

Benedict pensó en la hermosura pálida de Annabeth y el corazón venenoso que tan bien escondía, pero no podía resistirse al impulso de desafiar a Camilla.

-Creo que el encanto es una de las principales virtudes que uno busca en una esposa.

-¿Lo ves? -dijo Camilla, exasperada-. Eres como todos. Vamos a ver, ¿acaso una cara bonita te puede ofrecer una conversación inteligente durante la cena o un debate profundo frente al fuego? Claro que no. ¿Acaso la belleza hace más soportable un carácter agrio o una mente vacía menos aburrida?

-Bueno, pero sería más agradable de contemplar durante el resto de tu vida.

- ¡Ja! Si sólo tiene fachada, a los pocos meses ni siquiera pasarías por casa a verla. Te volverías loco de hastío y preferirías pasar el tiempo en el club.

Benedict tenía un amigo sobre el que había caído un destino exactamente igual y no pudo reprimir una risilla. Enamorado de una belleza rubia y etérea, únicamente pudo estar con ella a solas después de la boda. Entonces, sin carabinas, amigos ni familia, descubrió que la chica tenía poca conversación y menos cerebro. La muchacha en cuestión tenía la misma cara llena de hoyuelos, de dulzura, de alegría de la que él se había enamorado, pero absolutamente nada que decir. La pura verdad era que se pasaba la vida en el club.

-O sea, que conoces matrimonios así, ¿no?

-Sí, alguno que otro.

-Pues admite que lo que digo es correcto. Si un hombre elige a su esposa por su inteligencia, probablemente será más feliz.

- ¿Las pasiones no cuentan?

Al mirarlo, Camilla sintió que se había adentrado en un terreno resbaladizo. En el pasado, su respuesta hubiera sido un rechazo desdeñoso por un apetito tan primitivo como la pasión en cuanto a base para el matrimonio. Pero aún recordaba el beso que Benedict le había dado aquella mañana y no podía mostrarse tan despreciativa. Se dio cuenta de que estaba mirándole los labios. Benedict sonrió como si conociera sus pensamientos.

- Creo que es una base muy frágil para construir sobre ella una vida entera de devoción.

- ¿Frágil?

Se habían detenido. Algo relampagueó en el fondo oscuro de sus ojos cuando levantó una mano para acariciar uno de sus bucles.

- Yo diría que la pasión es una de las cosas capaces de mover el mundo.

A Camilla no se le ocurría ninguna respuesta. En realidad, apenas alcanzaba a respirar.

-Para mí, lo de esta mañana ha sido como un puñetazo - añadió en un tono más suave.

Camilla contuvo la respiración. Iba a besarla, lo malo era que ella lo deseaba. Aquel pensamiento la hizo salir del trance y se apartó de él bruscamente.

-Vamos a llegar tarde -dijo, echando a andar hacia las escaleras.

Benedict se rió detrás de ella.

-Por supuesto, señora. A vuestro servicio.

Estaba sorprendida, y no poco aliviada, de que en un par de días Benedict no hubiera intentado insinuarse. Al menos, eso era lo que se decía a sí misma. La verdad era que no aparecía por su cuarto cuando ella se vestía o tomaba un baño y sólo llegaba cuando Camilla se había dormido. En realidad, ya no pasaba tanto tiempo con ella y cuando le

preguntaba dónde había estado, sus respuestas eran evasivas. Pero Anthony no tardó en emitir un dictamen.

- ¡Husmear, eso es lo que hace! -barbotó furioso-. Va por ahí, metiendo las narices en todas partes y hablando con todo el mundo. Me lo encuentro por cualquier rincón de la casa. A estas alturas, seguro que ha explorado el ala oeste. Ese tipo no trama nada bueno, te lo digo yo.

- ¡Oh, cállate! Pareces una vieja recelosa.

Con todo, Camilla debía admitir que ella también sentía curiosidad por conocer sus andanzas.

-Entonces, ¿qué pretende hablando con todos los criados? Anoche, bajé al refectorio de los sirvientes para que la cocinera me diera algo de comer y uno de ellos dijo que estaba en el cuarto de Purdle, hablando con él.

-¿Que conversaba con Purdie? Pero, Anthony, Purdle jamás le diría nada. Además, ¿qué sabe él?

-Nada que valga la pena, pero me espía. Purdle y Jenkins, los dos.

- ¡ Vamos, Anthony!

- El abuelo se lo ha ordenado. No digo que traten de perjudicarme, no. Pero me están volviendo loco. Tengo que salir de la casa a escondidas si no quiero que alguno de ellos me someta a un interrogatorio.

-Aun así, ninguno contaría los secretos de la familia a un desconocido.

-Es que ahí está el quid de la cuestión, ellos creen que es tu marido con todas las de la ley.

-Da igual, eso no basta para hacer que Purdle diga algo que pueda perjudicarte.

-Eso no hay forma de saberlo. Siempre es la misma cantinela, que es por mi propio bien, que los tengo muy preocupados. ¡A veces desearía ser huérfano!

-No puedes decirlo en serio, aunque te comprendo. De verdad. Tantas personas preocupándose por ti pueden llegar a dejarte sin aire que respirar.

-Exacto. Sabía que me comprenderías -dijo Anthony sonriendo, aunque continuó caminando de un lado para otro-. ¿No puedes hacer algo con él?

-¿Con Benedict? ¿Qué sugieres? ¿Que me libre de él?

-Es lo que más me gustaría, pero ya sé que resulta imposible. Yo me refería a que lo vigilaras, a que le ataras más corto. Se supone que está casado contigo, ¿no puedes convencerlo de que pase más tiempo contigo?

- De acuerdo, de acuerdo. Lo intentaré.

De modo que, la mañana siguiente, Camilla se puso su indumentaria de montar y bajó a buscarlo. Estaba en el salón matinal, en compañía de Oglesby y parecía como si se empeñara en sacarle más de dos palabras seguidas. Camilla sonrió, ella ya lo había intentado sin éxito.

Benedict la recibió con una sonrisa y unos besos en la mejilla que ella no supo decidir si eran una comedia destinada a Oglesby o verdaderamente se alegraba de verla. Benedict le acercó una silla, cosa que ella agradeció. El olor de su colonia masculina la ponía nerviosa.

-Buenos días, señor Oglesby.

- Señora Lassiter -respondió un tanto tieso-. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

-Muy bien, caballero.

En aquel momento, se dio cuenta de que no era sino la pura verdad. Se encontraba metida hasta las cejas en una situación absurda que podía degenerar en un desastre para su reputación y sin embargo se sentía de un humor excelente.

Benedict le preparó un plato de comida del buffet mientras ella trataba en vano de entablar conversación con el parco Oglesby. Aquel hombre no era grosero ni descortés, pero respondía con laconismo y un evidente aire de incomodidad. Camilla no acababa de decidir si era muy tímido o muy estúpido.

-Yo encuentro que el aire del campo es vivificante -terció Benedict, uniéndose a sus esfuerzos-. Un agradable cambio después de la ciudad. ¿Vive usted en una ciudad, señor Oglesby?

- Sí - dijo él, rebullendo en su asiento.

-¿En Londres?

- Efectivamente.

- Claro que por aquí no hay tanto bullicio como en Londres - insistió Benedict.

- No.

-Nosotros residimos en Bath -dijo Camilla.

- Pero yo he vivido algunos años en la capital - dijo Benedict-. Quizá tengamos amistades en común...

-¡Oh! Yo... no lo creo.

- ¿En qué parte de Londres vive usted?

Oglesby parecía más incómodo a cada momento.

- Esto... cerca de St. James Place.

- Eso queda cerca de donde vive el primo Bertram. ¿Fue así como se conocieron?

Oglesby se quedó mirando atónito a Camilla antes de reaccionar.

-¡Ah, sí! Sí, exactamente. Nos encontramos en la calle por casualidad. En el mismo St. James -dijo Oglesby poniéndose en pie con una sonrisa rígida-. Les ruego me perdonen, pero debo marcharme.

Camilla miró descaradamente su plato, aún lleno de comida. Oglesby se dio cuenta y se ruborizó.

- Yo... Mucho me temo que no tengo tanto apetito como suponía. Ahora, si me excusan...

Benedict y Camilla comentaron el nerviosismo del invitado. Benedict lo achacó al desconcierto propio de quien no está acostumbrado a alternar con los nobles y sus lujos. Camilla respondió que eso eran tonterías, que a él no parecía afectarle. Benedict sonrió.

-No. Superé mi timidez hace mucho tiempo. A nosotros, los sinvergüenzas, nos es más fácil sentirnos cómodos en cualquier compañía.

Una vez más, Camilla se preguntó si no se había equivocado con él desde el primer momento. Desde que estaban en la mansión, Benedict no había cometido el menor error en la etiqueta, en sus modales, en la manera de hablar. Cierto que carecía de la elegancia del señor Sedgewick o sus primos, pero tenía el aire de un hombre que actuaba según su criterio, no por ignorancia.

- Purdle opina que no es un caballero «del todo».

-¿Por qué?

-No estoy segura. Se limita a adoptar la cara que pone cuando cierta gente no encaja con sus ideas sobre lo que es apropiado o noble. Es un esnob despiadado.

Entonces reparó en que Purdle no había hecho tales comentarios sobre Benedict. Naturalmente, pensaba que Benedict era su marido, pero Purdle siempre encontraba un modo de expresar sutilmente sus opiniones.

-No te extrañe. Un mayordomo o un ayuda de cámara, saben distinguir a la gente de «Calidad» de la morralla mucho mejor que los propios aristócratas.

-Bueno, el primo Bertram también es bastante esnob, pero me parece raro que lo haya traído aquí. No se conforma con otra cosa que lo mejor, la ropa, sus muebles, sus posesiones.

- Debe ser muy rico.

-Pues no lo creo. Es el heredero de su padre, pero no del abuelo. Anthony heredará el grueso de la fortuna Chevington. El tío William mantiene una posición desahogada, pero no creo que le pase a Bertram una renta generosa. En realidad, es un tacaño. Lo que yo creo es que el primo Bertram, al igual que el señor Thorne, está aquí para huir de los acreedores.

-Es un hombre de cierto talento, tu primo.

- Sí, nadie adivinaría que es hermano de Graeme o de Harold, quienes poseen una mente bastante obtusa.

-¿Graeme Elliot? -preguntó él, asombrado-. ¿Es tu primo?

-Claro. ¿Lo conoces? -preguntó ella a su vez, mirándolo de un modo raro.

-Te hablé de él ayer mismo, el teniente de húsares.

- ¡Ah, sí! Tu compañero de armas. Pero sólo son mis parientes de la rama Elliot, tengo muchos más por parte de padre. Esos son los que tú conoces.

- ¡Ah, ya! Con los que viajabas cuando nos conocimos, ¿no? -dijo él, recordando que había un lacayo con librea junto a la mesa del desayuno-. Dime, amor mío, aquellos días, ¿son también entrañables para ti?

-Los atesoro en mi memoria con tanta alegría como tú.

Benedict sonrió.

-No sabes lo feliz que me haces.

Camilla elevó los ojos al cielo y apartó la mano.

-He pensado que podíamos salir a pasear, así podría enseñarte los terrenos del predio.

-Me encantaría. En realidad, se lo iba a pedir a Anthony, pero tengo entendido que ha salido al amanecer y todavía no ha vuelto.

- Seguro que Anthony encontrará tiempo para enseñarte la heredad, sobre todo si muestras interés por ver las cuevas de los acantilados.

-¿Hay cuevas en los terrenos de la finca?

-Más bien al contrario, no hay terreno sin cuevas. Son de todos los tamaños. Por supuesto, Lydia y el abuelo le tienen absolutamente prohibido que se aventure al interior de ellas. A él y a mí, debo decir.

-Lo que significa, que las habrás explorado todas.

Camilla se rió.

- Sí, efectivamente. Por desgracia, no son nada extraordinario. Anthony y yo buscábamos tesoros, pero nunca los encontramos. Dice que hay formaciones pétreas muy interesantes en lo más profundo de una de ellas, pero yo no he llegado tan lejos.

En cuanto acabaron de desayunar, Benedict subió a cambiarse de ropa. En los establos, el primer picador le echó un vistazo y le hizo subir a un castrado gris, la última adquisición del conde y que ni siquiera él había tenido tiempo de probar. Camilla iba a protestar dudando de sus capacidades hípicas pero cerró la boca cuando vio que parecía haber nacido sobre la silla.

Cabalgaron atravesando el parque hacia los acantilados. Benedict señaló hacia un rimero que sobresalía de las olas cubierto de ruinas.

-Es el Islote de la Fortaleza. Las ruinas son lo que queda del castillo que fue el hogar de los Chevington durante generaciones. Tenía seis torres, la muralla y la fortaleza en sí en el interior. Hace tiempo que está abandonado. Actualmente, recibir en un castillo, no parece ser muy civilizado ni conveniente. Casi todos los sillares se emplearon para levantar Chevington Park. Lo que quedó del castillo, lo quemó mi tatarabuelo tratando de encender una hoguera cuando era un muchacho. Como puedes observar, en mi familia existe una tendencia a meternos en problemas.

Benedict sonrió, pero no apartó su atención de las ruinas.

-Tiene un aspecto muy seguro y, al mismo tiempo, poco práctico. ¿Cómo se metían allí? Me refiero a que el islote parece demasiado pequeño para que hubiera una aldea con sus cultivos y su ganado.

-Eso es lo más hermoso. Sólo es un islote con la marea alta. Durante la bajamar, queda unido a la playa por una lengua de tierra. En realidad, es una península. Con la pleamar, el camino se inunda. Acabaron de construir la mansión durante el reinado de James I, supongo que estaban más que hartos de la humedad y los vientos. Los Chevington prosperaron mucho bajo los Tudor y podían permitirse una residencia más cómoda y lujosa.

Benedict sabía que aquélla podía ser una base perfecta para los contrabandistas.

-Me gustaría ir allí, parece interesante.

-La verdad es que, con la marea baja, lo más sencillo es ir a pie. No está lejos. ¿Quieres ver alguna cueva? Hay una aquí cerca. Anthony es mejor guía, pero haré todo lo que humildemente pueda.

- Estoy seguro de que será más que suficiente.

-¡Oh, buen caballero! Vos me aduláis -dijo ella riendo.

Tuvieron que desmontar para bajar con los caballos a la playa. Abajo, Benedict se detuvo a contemplar el batir de las olas con una expresión melancólica.

-¿Quién era ella? -preguntó Camilla al cabo de un rato.

-¿Quién?

Benedict la miró sin comprender. En aquel momento, su primer amor y todas sus traiciones estaban muy lejos de sus pensamientos.

-La que te rompió el corazón, la muchacha que te hizo pensar tan peyorativamente de las mujeres.

- ¡ Ah! - exclamó él con un gesto indiferente-. Se llamaba Annabeth.

Benedict trató de recordar su rostro, pero se había desdibujado bajo la cara y los bucles de Camilla, que se imponían sobre la imagen de aquella otra belleza cruel y pálida.

-¿Qué sucedió?

Su primera reacción fue cambiar de tema con algún comentario gélido. Jamás había hablado con nadie de aquello, ni siquiera con Sedgewick o su hermana, aunque suponía que ellos habían adivinado la historia. Entonces, con sorpresa, se dio cuenta de que no le importaba contárselo a Camilla.

-Mi tío, el de verdad, era un anciano. Fue un matrimonio sin hijos y, aunque su esposa era más joven, se la consideraba demasiado mayor para tener descendencia. Yo era el heredero. Entonces, milagrosamente, la esposa quedó embarazada. Naturalmente, con su edad, nadie esperaba una gestación sin complicaciones. Conocí a Annabeth poco después y, a instancias suyas, manutuvimos nuestro compromiso en secreto. Yo no entendía por qué, pero era demasiado incauto y feliz como para dejar que eso me preocupara. Para asombro general, el hijo de mi tía nació sin contratiempos. Fue entonces cuando Annabeth me dijo que no podía casarse conmigo. Al insistir en que me diera explicaciones me dijo que ya se había enterado de que mi tío tenía un hijo propio y que yo quedaría sin herencia.

-¿Te abandonó al comprender que te quedabas sin el dinero?

- Ni más ni menos. Por descontado, entonces entendí su empeño en que nuestro compromiso fuera tan secreto. No creo que al principio supiera nada del embarazo de mi tía y después había invertido demasiado tiempo y esfuerzo como para renunciar a mí por las buenas. Apostó fuerte y no ganó. Si mi tía hubiera perdido al niño, Annabeth habría hecho público nuestro compromiso. Al no ser así, aún pudo deshacerse de mí sin escándalos, ya que nadie sabía lo nuestro.

Siguiendo un impulso, Camilla se colgó de su brazo y apoyó la cabeza sobre su hombro.

-Lo siento.

Un extraño temblor se adueñó de él ante la ternura de aquel gesto. El abrazo llegó como algo natural. Sin embargo, cuando Camilla se apartó, Benedict tuvo que hacer un esfuerzo para soltarla. Camilla retrocedió unos pasos.

-Quería decir que lamento lo mal que lo debiste pasar, no que ella rompiera vuestro compromiso. Creo que en eso tuviste mucha suerte y que deberías estarle agradecido.

-¿Ah,sí?

-Pues claro. ¿Y si todo hubiera salido según sus planes? Te habrías casado y no habrías descubierto la verdad sino cuando fuera demasiado tarde. ¿No crees que eso es mucho peor que un corazón roto? Imagínate lo que debe ser vivir con una mujer tan falsa y fría.

Benedict se echó a reír, tras años de rencor y odio contra Annabeth, nunca se le había ocurrido mirarlo desde aquel ángulo. Desde luego, Camilla era única para hacerle cambiar de opinión.

-Tienes toda la razón, soy un hombre con suerte.

Montaron de nuevo en los caballos para llegar a la cueva, donde los dejaron atados en unas aulagas. La boca era baja, pero luego el techo se elevaba hasta perderse de vista en algunos puntos.

-Está demasiado oscuro para ir más lejos de la entrada -dijo ella-. Si vienes con Anthony, tendréis que traer faroles. ¿Qué te pasa, Benedict? ¿Por qué me miras así?

Camilla sintió un nudo en la garganta. Había algo en la expresión de aquellos ojos que le provocaba una insoportable debilidad en las piernas.

-¿Cómo te miro? -dijo él con voz ahogada.

-No sé, como si tuvieras… hambre. Como si pensaras...

-¿Qué?

-No estoy segura...

Camilla apenas podía respirar. Se sentía atrapada en el fuego oscuro de aquellos ojos. Benedict se le acercó y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla.

- Pensaba en ti, en lo hermosa que eres.

A Camilla se le escapó una risilla nerviosa que no le sirvió para recobrar la calma.

- La verdad es que está muy oscuro aquí dentro para que veas nada.

-Puedo ver lo hermosa que eres al sol o en la oscuridad - dijo él sonriendo-. Haces que sea difícil concentrarse.

Camilla podría haberle contestado que a ella le pasaba lo mismo con él, pero carecía de las fuerzas necesarias para pensar siquiera. Sólo podía mirar. Benedict la abrazó despacio, sin apartar los ojos de sus labios, inclinando poco a poco la cabeza. Entonces, contempló los senos bajo el traje de montar. Recordó su suavidad, su sabor y sintió que necesitaba paladearlos de nuevo.

Era consciente de estar comportándose como un idiota. Se encontraban en una cueva que podía ser un escondrijo perfecto para los contrabandistas, pero en vez de investigar, Benedict sólo podía pensar en Camilla. Algo que le ocurría desde el beso en el jardín. Aquellos ojos azules, la suavidad de aquel cuerpo, la suavidad de su lengua, le habían robado el alma.

Y lo peor era que Camilla no era la clase de mujer que pudiera poseer para luego abandonar, no era una trotacalles o una esposa insatisfecha, las únicas mujeres con las que había admitido relacionarse en los últimos años. Camilla era una muchacha soltera de buena familia, virgen sin lugar a dudas. A pesar de que se hubiera metido sola en aquella situación comprometida, su buena conciencia impedía que Benedict se aprovechara. Acostarse con ella supondría comprometerse y eso era una estupidez que había jurado no volver a cometer jamás.

Pero le costaba trabajo recordar sus juramentos. Aquella garganta le atraía con una fuerza irresistible. Se dio cuenta de que, inconscientemente, había empezado a acariciarle las manos. Se dijo que debía apartarse, salir de la caverna y subir a su caballo. Quedarse allí era una locura peligrosa...

- ¡Qué demonios! - murmuró mientras buscaba sus labios.

11

Camilla retrocedió tambaleándose, pero la pared de roca le impidió escapar. Benedict apoyó las manos a ambos lados de su cabeza. Necesitaba apretarse contra ella, restregar su erección contra los lugares más íntimos y suaves de aquel cuerpo. Únicamente un retazo de sentido común le impedía hacerlo. Tomó un rizo negro entre sus dedos y se lo apartó de la cara.

-Tienes un curioso efecto sobre mí -dijo en un murmullo.

-¿Ah, sí? -respondió ella con voz trémula.

Sin pensar en lo que hacía, Camilla le pasó un dedo sobre los labios. Eran firmes y cálidos, con sólo tocarlos se sentía estremecer. Los ojos de Benedict eran más negros que la oscuridad de la cueva y se fue aproximando hasta inflamarla con su aliento.

Puso sus labios donde había estado el bucle un momento antes. Rozó su piel suavemente y sintió cómo la traspasaba un estremecimiento. Camilla contuvo la respiración. Sólo era consciente del calor y la cercanía de su cuerpo, del hormigueo de la piel donde él la besaba, de la extraña flor de fuego que se abría entre sus piernas.

La mano le abarcó un pecho, el pulgar acarició el pezón por encima de la ropa. El órgano diminuto creció bajo sus cuidados, enhiesto y duro, mientras el otro seno pedía a gritos los mismos mimos. Como si Benedict pudiera sentir sus demandas, lo pellizcó suavemente.

Devoraba su cuello a placer, lo recorría voraz e incluso lo mordisqueaba. La sensación de fuego entre las piernas abrasaba a Camilla. Las separó un poco, con la esperanza de aplacarlo. Al notar su movimiento, Benedict metió la rodilla entre ellas y entonces, para consternación de Camilla, le puso ambas manos en las nalgas y la obligó a moverse adelante y atrás, sentándola con firmeza sobre su muslo.

Camilla jadeó cuando una explosión de placer recorrió todo su cuerpo como un latigazo. Benedict la mecía suavemente sobre el acero de su muslo y ella sentía que sus ingles ardían. Gimió sin darse cuenta mientras movía los labios al compás del balanceo, de sus caricias, hasta que algo húmedo resbaló por sus piernas. Benedict dejó escapar un gruñido de satisfacción y la apretó aún más contra su cuerpo, buscando su lengua con un ardor salvaje, anulando sus sentidos.

Camilla no podía pensar, sólo le quedaba dejarse llevar por una sensación de delicia. Tampoco podía contener unos jadeos animales de pasión, pero Benedict los devoraba con sus besos y apretaba la pierna contra las raíces mismas de su deseo. Camilla creyó que iba a desmayarse, pero se aferró a él y le obligó a restregarse con más fuerza. No era suficiente, lo sabía. Ella necesitaba algo más, algo más duro. La misma puerta de su feminidad latía palpitante.

Cuando él dejó de besarla, Camilla apoyó la cabeza contra la roca desnuda. Benedict le abrió los botones del corpiño, buscando tras su camisa los encantadores senos redondos. Benedict gimió mientras se agachaba a besarlos, a lamerlos, consiguiendo al mismo tiempo calmarlos y excitarlos aún más. Camilla enredó los dedos en su pelo.

- Por favor, por favor - gemía en una cadencia sensual, aunque no sabía qué deseaba.

La sensación entre sus piernas era intolerable, deliciosa hasta rozar el dolor. Anhelaba desesperadamente algo que no sabía nombrar. Era como si corriera alocadamente hacia su meta sin llegar a alcanzarla nunca. Frenética, se movió contra su muslo, gimiendo, jadeando, dominada por una fuerza que ni siquiera podía comprender, tan sólo intuir.

Fuera, uno de los caballos piafó mientras una voz masculina murmuraba algo ininteligible. Aquellos sonidos se abrieron paso a través de la nube de deseo que la envolvía. Camilla se envaró. Con un gruñido, Benedict dio un paso atrás, luchando por recuperar el control de sí mismo. De la boca de la cueva les llegó una risa de hombre y el roce de unas botas.

Benedict la tomó de la mano y la arrastró hacia las sombras del fondo. Doblaron un recodo donde la oscuridad se hacía impenetrable y se vieron forzados a detenerse. Camilla se apoyó en la pared, aún estupefacta por la fuerza de las emociones que se habían apoderado de ella.

Benedict la contempló, ni siquiera había hecho ademán de arreglarse la ropa. Tenía la chaquetilla echada hacia atrás, dejando al descubierto los pechos. Incluso en la penumbra podía ver la erección pícara de uno de los pezones, henchido y rojo, brillando húmedo de saliva. Benedict tuvo que tragar para contenerse.

-Debe haber alguien aquí -dijo una voz cuyo desencanto era patente-. Esos caballos han de tener dueño.

Una luz amarillenta tiñó las paredes. Benedict supuso que el hombre y su acompañante traían faroles.

-Sin duda. Quizá sea Camilla. El mozo de los establos ha dicho que salió esta mañana con su esposo. ¡Camilla! ¿Estás ahí? -gritó.

-El primo Bertram -dijo ella en un susurro-. Tendremos que salir.

Benedict asintió, pero, para sus adentros, mandó al primo Bertram al mismísimo infierno. La ayudó a arreglarse, sin poderse resistir a acariciarle una última vez los pechos. Lo único que deseaba era quedarse allí con ella. Para él, era una tortura aún más cruel que la guerra, adecentarse para ir a saludar a aquel pariente tan fatuo como afectado.

-¿Bertram eres tú? -respondió ella.

Rápidamente, se pasó ambas manos por el pelo y se obligó a sonreír. Confiaba en que lo que habían estado haciendo no fuera demasiado obvio para los recién llegados. Rebasó el recodo y saludó con una risa forzada.

-¡Ay, Dios! ¡Qué par de bobos somos! -dijo ella-. Mira que pensar que se trataba de contrabandistas. Por eso nos escondíamos.

Benedict la miró de un modo extraño, pero no dijo nada.

- ¡Contrabandistas! - exclamó Bertram, llevándose la mano al corazón-. ¡Cielos! A Terence y a mí ni siquiera se nos había ocurrido, ¿verdad?

El taciturno señor Oglesby se limitó a sacudir la cabeza. Camilla estaba tan nerviosa que no podía dejar de hablar.

¿Y si el primo Bertram adivinaba lo que estaban haciendo? ¿Sería suficiente la penumbra de la cueva como para ocultar el color encendido de sus mejillas, el estado de su pelo y su ropa? ¿Y si se había olvidado de abrochar algún botón o tenía la falda de montar enredada?

No se atrevía a comprobarlo, lo único que podía hacer era seguir hablando, distraer su atención.

-Decidimos explorar la cueva sobre la marcha. Vosotros venís más preparados.

También su primo le lanzó ahora una mirada extraña.

-Pues sí. El señor Oglesby me expresó su interés por visitar las cavernas de los alrededores y he considerado que era mi deber mostrárselas.

- Y habéis traído el almuerzo - dijo ella, viendo que Oglesby sostenía una cesta-. ¡Encantador!

-Conociendo a la señora Blakely, habrá de sobra para todos, si es que sois tan amables de quedaros con nosotros.

-¡Oh, no! -exclamó ella alegremente-. Sería imperdonable imponeros nuestra presencia, ¿verdad Benedict? Además, no llevo ropas adecuadas para explorar la caverna.

Al cabo de unos minutos, Benedict y ella salieron al exterior con un suspiro de alivio. Camilla fue presa de una risa nerviosa. Benedict la sujetó del brazo y la obligó a subir al caballo, temeroso de que pudieran oírla.

-No puedo evitarlo -se disculpó Camilla como pudo-. Lo más seguro es que ellos también se estén riendo. ¡Imagínate qué cara teníamos! Bertram es demasiado educado como para decir nada, pero debe haber pensado que estamos locos.

-Estoy seguro que tu primo ha visto suficiente mundo para imaginarse lo que hacíamos -respondió él secamente.

Camilla dejó de reír y se ruborizó hasta las orejas.

- ¡Ay, Dios! ¡No podré volver a mirarle a la cara!

-Estamos casados. No hay nada vergonzoso en que nos escapemos de una casa llena de gente para besarnos.

-Excepto que no lo estamos. Además, de todas maneras es embarazoso que se imagine lo que estábamos haciendo.

Entonces, por primera vez, Camilla tomó conciencia del movimiento del caballo bajo su cuerpo. El ardor entre sus piernas, lejos de remitir, volvía a intensificarse. Desesperada, buscó algo que decir.

-¿Te has fijado en la cara del pobre Oglesby? Miraba a todas partes menos a nosotros. Me habría dado pena si no hubiera estado tan ocupada compadeciéndome a mí misma. No me extraña que piense que toda la familia somos unos desvergonzados.

-Sí, estaba azorado. Aunque parece una estatua de madera.

-¡Es verdad! -dijo ella riendo-. No debería decirlo, pero parece un amigo demasiado soso para mi primo. A Bertram le encanta que lo admiren, siempre está dispuesto a ir a una fiesta y animarla. No comprendo cómo se ha hecho amigo de alguien tan aburrido.

-Quizá él le deje hablar a sus anchas.

-Bueno, no encaja con los amigos de Bertram que yo conozco. Son una pandilla de estúpidos vanidosos, más preocupados por el corte de sus chalecos que por lo que ocurre en el mundo. Además, son volubles hasta la necedad.

-Muy interesante. ¿Sabes si tu primo es muy aficionado a explorar las cuevas?

-¿Bertram? -dijo ella con una carcajada-. Me extrañaría. Ni siquiera de pequeño. No, debe haber sido cosa de Oglesby. Con esa cesta de comida, seguro que piensan pasar bastante tiempo ahí dentro.

-¡Hum!

-Es un sitio un poco raro para ir de excursión con cesta y todo. Oscuro y húmedo, sólo hay rocas para sentarse. Sólo se me ocurre una razón para que se les haya ocurrido esconderse ahí.

-¿De verdad? -preguntó él, intrigado.

-Para huir de Beryl, por supuesto.

-Por supuesto. No sé cómo no se me había ocurrido.

Benedict le sonrió y ella volvió a sentirse inundada de deseo. ¿Cómo era posible que tuviera tanto poder sobre ella? Aquellos momentos en la cueva habían sido tan inquietantes como reveladores. ¿Era aquella desazón lo que se perdía con su negativa a casarse? Quizá sólo le ocurriera eso con Benedict. La verdad era que no le había sucedido con nadie más.

Se miró las manos que sujetaban las riendas. ¿Dónde habría dejado los guantes? En el suelo de la caverna, sin duda. Las manos de Benedict eran velludas, con dedos largos. Unas manos elegantes, pero fuertes, que sujetaban las bridas con firmeza. Con sólo pensar en cómo la habían acariciado se le enardecían los pezones.

Se juró a sí misma que jamás le concedería aquel poder sobre ella. Sin embargo, cuando llegaron a los establos, Benedict se excusó y dijo que daría un paseo antes de tomar el té. Camilla se lo agradeció. Había algo en ella que ansiaba seguir en su compañía, pero también necesitaba quedarse a solas y analizar sus sentimientos.

Llegó a su habitación sin que nadie la viera y cerró la puerta. Se tumbó boca abajo en la cama. Sus ideas eran confusas, una mezcolanza salvaje de emociones la invadía. El fuego entre sus piernas aún no se había extinguido. Inconscientemente, deslizó la mano hacia allí y la apretó contra la carne palpitante, cerrando los ojos, recordando las caricias que Benedict le había hecho en la oscuridad.

Camilla gimió y se dio la vuelta. ¿Qué le estaba pasando? Nunca había actuado tan licenciosamente, jamás se le habían pasado por la cabeza aquellas ideas. Tocó la campanilla para llamar a Millie. Tenía que hacer algo, si se quedaba quieta iba a volverse loca.

Se bañó y se lavó el pelo con la ayuda de la doncella. Cuando terminaron, Camilla se sentía mucho más dueña de sí. Aprovechó para ir a ver a su abuelo.

- ¡Por Dios Bendito! ¿Qué te has hecho, criatura? ¡Pareces una monja! -dijo el conde, nada más verla.

-¡Oh, abuelo!

El conde le hizo señas de que se sentara en su cama y la estudió un buen rato. Al final, terminó su inspección con un gruñido.

-Puede que te hayas arreglado el pelo como una solterona, pero aún tengo ojos en la cara para ver que, por dentro, te sientes todo lo contrario.

-¿A qué te refieres?

-No te hagas la tonta conmigo, señorita -dijo él con una risilla pícara-. Es evidente que tu hombre ha traído un poco de fuego a tus ojos.

- ¡ Oh! - exclamó ella, ruborizándose-. ¡ Abuelo!

- Cualquiera puede ver que tenéis chispa, algo que no les ocurre a muchas parejas. No me extraña que te hayas casado con él a la primera oportunidad.

Camilla cambió de postura, impaciente porque su abuelo cambiara de tema. Sin embargo, el anciano era cabezota.

-Me gusta. Has elegido bien, Milla.

- Gracias.

-Ha venido a verme esta mañana, ¿no te lo ha dicho?

-No -dijo ella, empezando a inquietarse.

-Pues sí. El otro día hablamos de hombre a hombre y desde entonces ha pasado a verme un par de veces.

-¿De qué hablasteis?

-De nada que te deba preocupar. Me fío de ese muchacho.

-No te comprendo. ¿Por qué has de fiarte de él? ¿De qué habéis hablado?

-Vamos, vamos. Tranquila... -dijo, dándole unas palmaditas en la mano-. Sólo se está encargando de un asuntillo en mi lugar. Nada serio. Para eso me has traído un marido.

La irritación de Camilla iba en aumento.

-No necesito que mi marido se encargue de mis asuntos. ¿De eso has hablado con él? ¿De mis asuntos, de mis rentas?

-No te enfurruñes, criatura. No hemos tratado de eso en absoluto. Eso es tarea de Marlin.

- ¡ Nadie tiene derecho a hablar de eso con él ¡ Es mi dinero y de nadie más!

Camilla se calló, dándose cuenta de su error. Era natural que su marido se interesara por el estado de sus cuentas. En un matrimonio de verdad, el dinero ya estaría en manos de Benedict, era una de las cosas que ella aborrecía de la maldita institución.

-Ya he hablado con él de eso -dijo, tratando de subsanarlo-. Está de acuerdo en que yo siga manejando mi dinero, junto con Marlin, claro.

-¿Pero qué tontería es ésta?

-Es un marido muy moderno, abuelo. El... piensa que lo mío debe seguir siéndolo para que... pueda legárselo a nuestros hijos algún día. A Benedict no le faltan recursos.

-¡Ah, comprendo! Puede que sea una sabia decisión. Así y todo, no sé qué beneficio puedes esperar de manejar tus propios recaudos. Tu abuela nunca fue capaz de poner orden en su asignación para ropa, y no hablemos de las inversiones.

-Pero yo no soy la abuela. Además, ella sabía mucho de hierbas y tisanas, de cómo cuidar a los enfermos y curarlos. No necesitaba entender de finanzas. Pero yo llevo años trabajando con Marlin.

El conde hizo una mueca de desagrado. Aquél era un tema de discusión frecuente desde el día en que ella cumplió los veintiuno. Camilla sospechaba que el anciano se sentía ofendido de que, bajo su propia administración, sus ganancias hubieran aumentado.

-Bueno, si vosotros lo queréis, así sea. Supongo que no es de mi incumbencia.

A Camilla le faltó poco para bizquear. Jamás hubiera esperado oír algo así de labios de su abuelo que siempre había considerado una obligación gobernar su vida. Entonces, no sin rencor, se dio cuenta de que ella nada tenía que ver con aquel cambio de actitud, sino con que el hombre que se hacía pasar por su marido contaba con su aprobación.

Lo grave era que nadie sabía quién era Benedict. ¿Qué asunto podía haberle encargado el abuelo? Camilla sabía que si Benedict traicionaba al conde, la culpa sería exclusivamente de ella. En cuanto salió de la habitación, decidió buscarlo.

Entró hecha una furia en su dormitorio «conyugal». Benedict estaba allí, sí, pero Camilla se detuvo en seco. Había instalado la tina en mitad de la habitación y el agua le cubría hasta el pecho.

-Lo siento... no sabía que...

Camilla dejó escapar un gritito y se dio la vuelta. Benedict había empezado a levantarse.

- Al fin y al cabo, también es tu habitación. Además, casi he terminado.

-Me voy ahora mismo -dijo ella, sin mover los pies.

-No hace falta. Me llevará un instante secarme. Bien, ya puedes darte la vuelta.

Camilla obedeció, avergonzada y temerosa de lo que podía encontrarse. Benedict llevaba puestos los calzones, el pecho y los músculos de los hombros brillaban con la humedad. Camilla tuvo que carraspear.

-¿Querías decirme algo?

Irritada, se dio cuenta de que él disfrutaba con su azoramiento. Ni siquiera el momento de pasión que habían compartido aquella tarde le conmovía.

-¿De qué has hablado con mi abuelo?

-A qué te refieres, porque hemos hablado de casi todo...

- Hablo de ese «asuntillo» del que te has encargado por él. ¿De qué se trata?

-¿Un asuntillo? Querida, ¿cómo voy a tener algún asunto, grande o pequeño, con tu abuelo? Si apenas hace unos días que lo conozco.

-Me lo ha dicho él mismo. Y no me llames «querida». Nadie nos oye ahora, no hace falta que finjas.

Benedict parecía sorprendido. Sin embargo, una sonrisa sardónica apareció en sus labios al instante.

-No sabía que estuviera fingiendo. Debo haberme acostumbrado tanto a pensar que eres mi querida esposa que me resulta difícil olvidar mi papel.

-No seas absurdo. ¿Qué te ha pedido el abuelo que hagas por él? Te lo advierto, como abuses de su confianza, te juro que...

-¿Qué?

-No lo sé, pero me encargaré de que lo pagues bien caro. Te lo prometo.

-No es mi intención aprovecharme de tu abuelo.

Benedict se sintió culpable al pensar que era eso exactamente lo que estaba haciendo, aprovechar el permiso que le había dado el conde para hablar con los criados y la gente del pueblo y averiguar lo que había pasado con sus agentes.

-Me gusta el abuelo. Es el último de una era que se despide.

-Cree que eres mi marido, sólo por eso confía en ti. Si te queda algo de decencia, no usarás su confianza para hacerle daño.

-Pero, bueno. ¿Qué crees que pretendo?

-No lo sé, no me ha dicho de qué hablasteis.

- Si el conde no te lo ha dicho, debo suponer que no desea que lo sepas. Si te lo digo, entonces sí que habré traicionado su confianza.

-Lo que estás diciendo es que se fía más de ti, un completo desconocido, que de mí -dijo ella sin poder ocultar el temblor de su voz.

En parte era furia, pero también había dolor. Benedict dio un paso hacia ella y extendió la mano como si pretendiera tranquilizarla.

-No, no lo creo. Te quiere con toda su alma.

-No hablamos de amor, sino de confianza.

-Tampoco es que no confíe en ti. Sólo que no quiere cargar ese peso sobre tus hombros, cree que un hombre...

-Lo haría mejor -dijo ella amargamente-. Ya sé que no me considera capaz de manejar mi propia vida. Por eso quería que me casara, para que tuviera un guardián.

-Alguien ha de cuidar de ti, aunque no un guardián.

-¿Cuál es la diferencia?

-¿Acaso nunca has necesitado la ayuda de nadie? ¿Tan autosuficiente te consideras?

-Ayuda, sí. Pero no necesito que alguien piense y actúe por mí.

-Creo que haría falta un hombre muy valiente, o muy estúpido, para eso -dijo él con una sonrisa.

-Al menos ahí tienes razón -dijo ella, los ojos relampagueantes de furia-. Pero la estupidez parece ser común a la mayoría de hombres. Como Harold, siempre diciéndome lo que debería hacer o pensar. ¡Y encima tiene la osadía de creer que yo estaría dispuesta a atarme a él!

-Tu primo Harold es un cretino. Confío en que no pienses que todos somos como él.

-No. Pero cuando empiezan a halagarme con frases bonitas, a compararme con una rosa...

Benedict se echó a reír.

-Al menos la comparación tiene sentido, hermosa pero llena de espinas.

- Muy gracioso. En lo único que se me parece es que quieren cortarme y ponerme en el florero que ellos escojan.

-En mi casa, las rosas crecen salvajes en los jardines. Es como me gustan.

Camilla sintió que se excitaba con aquellas simples palabras. Benedict la miraba de una manera que no hizo nada por aplacarla.

- Me refiero a que no puedes juzgar a todos los hombres por la misma vara de medir.

Benedict le puso las manos en los brazos y las deslizó hacia arriba. Camilla sintió que sus piernas eran cera caliente. Todas las sensaciones ardientes que había tratado de apagar, volvieron con furia renovada. Sin embargo, tuvo la presencia de ánimo suficiente como para apartarse.

-No.

Con un fuego en los ojos, Benedict se dominó para no ir tras ella.

-Tienes razón. Lo siento. Debemos vestirnos para la cena.

No había olvidado las respuestas que buscaba, pero Camilla no se encontraba con fuerzas para insistir. Tenía suerte de haber escapado con tanta facilidad, Benedict era capaz de mucho más. Sin embargo, mientras elegía el vestido que se iba a poner, en absoluto se sentía afortunada. Además, era obvio que Benedict no se sentía tan afectado como ella por lo que había pasado en la cueva. Camilla llamó a su doncella.

Cuando salió, Benedict la esperaba en el pasillo con una expresión de exasperada paciencia. Expresión que se transformó en un deseo miserablemente reprimido al ver los cambios que había hecho en su peinado y en su indumentaria. Camilla se sintió vengada en cierto sentido.

La cena fue tan tediosa como de costumbre, pero a Camilla le costaba trabajo concentrarse, ocupada como estaba en no mirar a Benedict a toda costa. Con sólo ver el modo en que le miraba el escote, se sonrojaba delante de todo el mundo. La tirantez era evidente entre ellos y Camilla presintió que aquella noche iba a ser peligrosa, que, faltando a su palabra, intentaría por todos los medios seducirla.

El aburrimiento continuó con las hijas de Beryl tocando el piano mientras los hombres tomaban brandy y fumaban cigarros. Ni siquiera el hecho de que Beryl se retirara temprano alivió la situación. Benedict se levantó, tomó del brazo a Camilla y subieron las escaleras en pos de su tía. Lydia los miró con una sonrisa cómplice en los labios.

Subieron en silencio y, cuando llegaron a la habitación, encontraron a la doncella esperándola. Benedict rodeó con un brazo uno de los postes del dosel y contempló cómo Millie ayudaba a desvestirla. De repente, con ojos llameantes, masculló algo incomprensible y salió como un oso de la habitación.

Camilla se dijo que era lo mejor, pero aquellos pensamientos no servían para aplacar el desconsuelo que la invadía.

Había creído que podía estar con Camilla y no hacerle el amor, pero había tenido que salir corriendo en el último momento. Cuando la doncella había dejado al descubierto la dulce curva de su espalda, algo muy dentro de él salto en pedazos. Benedict supo que tenía que salir de allí o se lanzaría sobre ella como un animal.

Aún tenía su cara en la cueva grabada a fuego en la memoria. Sólo con recordarla sentía ganas de gemir en voz alta. Su masculinidad estaba tiesa como un palo y la piel le ardía como si se hubiera lanzado de cabeza a una caldera. Lo único que deseaba en el mundo era volver a la habitación, pero sabía que eso sería una locura. No podía desflorar a una mujer que se encontraba bajo su protección. Eso pondría en peligro su secreto, violaría sus principios y constituiría cientos de otros pecados que no podía recordar debido al modo en que le martilleaban las sienes. ¿Por qué tenía que oler tan bien, tener un sabor más dulce que el de la fruta más madura y suculenta?

Había pasado toda la cena atormentado por las más tórridas fantasías lúbricas. Se había imaginado poseyéndola sobre la mesa, delante de todo el mundo, devorándola como había intentado hacer aquella misma tarde. Había soñado con que ella se deslizara bajo la mesa y le desabotonara los pantalones, acariciándole el miembro hasta hacerle temblar, para luego metérselo en la boca y llevarle al delirio. En su mente, se la había sentado sobre el regazo, dejándola que lo montara, la había arrojado al suelo para arrancarle la ropa a zarpazos, penetrándola allí mismo. Había soñado con poseerla en cada mueble del comedor, del salón de música, en todas las posturas imaginables.

La gota que había colmado el vaso fue ver a la doncella desnudarla. Tenía que hacer algo hasta que ella se quedara dormida. Con un poco de suerte, él ya se habría calmado lo suficiente como para que pudiera descansar segura.

Respiró hondo varias veces y, al cabo de unos momentos, se sintió lo bastante dueño de sí como para hacer una visita a las habitaciones del conde. Esperaba que el viejo mayordomo se hubiera ido a la cama. Aún no había hablado con él, lo estaba demorando porque sabía que Jenkins estaba resentido. El conde le mandaba salir siempre que Benedict iba a verlo. Bien, aquél era un momento tan bueno como otro cualquiera.

Unos golpes suaves bastaron para que Jenkins abriera la puerta. El anciano frunció el ceño y asomó la cabeza al pasillo.

- Su Señoría duerme y no se le puede molestar.

-Lo comprendo. Pero es contigo con quien quería hablar.

- ¡Ah!

Jenkins titubeó. Benedict sabía que le habría gustado negarse, pero los años de servicio pesaron más. Tomó una vela, salió al pasillo y cerró la puerta con sumo cuidado. Entonces, indicó por señas que lo acompañara a la habitación contigua, un cuarto estrecho que antes había debido ser un vestidor. Había una puerta que debía dar a la habitación de su amo. El cuarto estaba puntillosamente impoluto. Jenkins le señaló una silla y él se sentó en la cama. Su cara era inexpresiva, pero la rigidez de su postura dejaba claro que habría preferido estar lejos de allí.

Benedict le sonrió.

-Su Gracia te tiene en muy alta estima.

-Gracias, señor.

-Seguro que por eso me ha pedido que hable contigo. ¿No te lo ha dicho?

-Me ha ordenado que hable libremente con usted, señor.

- El conde se encuentra bastante preocupado por esos contrabandistas. Le he dicho que intentaría ayudarle.

Jenkins se debatió un momento entre la desconfianza que le inspiraba aquel advenedizo y la devoción por su señor.

-En efecto, es algo que le preocupa constantemente desde hace varias semanas. El doctor dice que no es nada bueno para él, pero nada de lo que yo diga le tranquiliza. Confía en usted, señor. Me ha dicho que Camilla ha hecho una buena elección. ¿Puede hacer algo por ayudarle?

-Haré todo lo que pueda. Sin embargo, sigo dando palos de ciego. He hablado con varios sirvientes, Purdle incluido. Lo único que he sacado en claro es que parece haber un nuevo cabecilla entre los contrabandistas, pero nadie sabe quién es. ¿A ti te parece que es la verdad?

-Creo que es verdad, señor, aunque no he oído la menor insinuación sobre quién pueda ser. Hay uno o dos que parecen sus hombres de confianza, más cercanos a él que el resto. Uno de ellos suele trasmitir las órdenes, pero esas órdenes han de salir de alguna parte. Es un estúpido al actuar solo.

-¿Conoces a ese hombre?

-Sí, pero me parece dudoso que ni siquiera él conozca al cabecilla. Sólo un imbécil permitiría que este hombre conociera su identidad y el nuevo jefe no tiene un pelo de tonto.

-De todas maneras, tengo que hablar con él. ¿Quién es ese correo?

El mayordomo titubeó un momento, pero acabó encogiéndose de hombros.

-Si el conde dice que debo confiar en usted, confiaré. Se llama Evans, un borrachín de la aldea. Su esposa murió hace tiempo y todos dicen que la pobre mujer tuvo suerte. Sin embargo, creo que conseguirá poco de ese sujeto.

-¿Qué más sabe del cabecilla? Algunos dicen que habla como si fuera de los alrededores.

Esta vez, Jenkins hizo una mueca.

- «Intenta» copiar el acento, que no es lo mismo.

-¿Estás diciendo que no es de la vecindad?

-Eso no lo sé. Lo que digo es que he oído cómo se esfuerza en hablar como los aldeanos, pero a veces se le escapa otro acento o una palabra demasiado elegante. En definitiva, se rumorea que es un noble.

12

Sedgewick había avanzado aquella posibilidad, que fuera alguien a quien Winslow pudiera invitar a lo más íntimo de su casa, su despacho.

-¿Un noble? ¿Estás seguro? -preguntó, esforzándose para que no se le notara su excitación.

-No, no estoy seguro. Sólo digo que lo sospecho.

-¿Hay algo más, aparte de sus deslices hablando?

-Bueno, he oído que uno de los hombres alcanzó a verle la mano en cierta ocasión. Parecía la de un caballero, blanca y sin callos.

-¿Cómo es que sabes tanto? -dijo mirando al mayordomo a los ojos-. Ni siquiera Purdie ha podido decirme tanto.

Jenkins le devolvió la mirada sin pestañear.

-Purdle es un buen hombre, señor Lassiter, pero no es de por aquí. Hace treinta años que vino a trabajar para el conde. Creo que de Sussex. Mi familia, por el contrario, lleva aquí tanto o más que los Chevington -dijo con un chispazo de orgullo en sus ojos azules-. Pudiera ser que yo tenga unos contactos de los que Purdle carece.

- Comprendo.

Ser de fuera suponía un estigma difícil de vencer entre aquella gente.

-Entonces, quizá puedas responder a otra pregunta. ¿Sabes por qué el conde está tan molesto, tan preocupado?

La expresión de Jenkins era perfectamente neutra, como una pared en blanco.

-¿Cómo dice, señor? Me temo que no sé a qué se refiere.

-Yo pienso que sí, y creo que también sabes el por qué. El conde parece anormalmente alterado por estas cuestiones locales, más de lo que un hombre de su posición debería.

-Su Señoría es un amo muy bueno, señor. Le gusta saber lo que ocurre entre su gente.

-Pero eso no provoca la ansiedad que he visto en sus ojos. Creo que Purdle y tú lo sabéis, sólo que él se niega a decírmelo. A pesar de todo, tengo la esperanza de que tu preocupación por el conde supera la lealtad que le debes a tu patrón. Si quiero ayudarle, he de saberlo todo.

Jenkins suspiró y desvió la mirada. Pareció llegar a una decisión, porque volvió a mirar a Benedict.

-Tiene razón. Está muy preocupado, señor. Bueno, se trata del señorito Anthony. Su Señoría teme que se haya unido a los contrabandistas.

Benedict, que esperaba la respuesta del mayordomo inclinado hacia delante, se irguió con un suspiro.

-Lo que yo me temía.

- El muchacho no es malo - se apresuró a declarar Jenkins -. Todo lo contrario, es un joven maravilloso, lleno de vida y de ganas de divertirse. Siempre ha sido así. Sólo que... Bueno, a veces no se para a pensar. Está un poco consentido y se aburre mucho aquí. Compréndalo, Su Señoría no soportaría que se fuera.

-Mejor eso que no permitirle hundir a la familia con sus diabluras.

Jenkins hizo una mueca al oírlo, pero continuó hablando.

- Sí. Yo mismo he tratado de convencer a Su Señoría de que lo deje ir a Oxford ahora que ha cumplido dieciocho, pero no quiere ni oírlo. En cuanto al ejército, que es lo que el señorito desea hacer... Bueno, tampoco soporta ni pensarlo.

-¿Por qué crees que se ha metido en la banda de los contrabandistas?

-Purdie y yo hemos visto cómo se escapaba de la casa por las noches. No es la primera vez que lo hace, ni mucho menos, pero sí ha sido mucho más frecuente en los últimos tiempos. Cada vez que se escapa, a la mañana siguiente, hay una entrega de brandy en la puerta de servicio.

-Por aquí, todo el mundo hace la vista gorda con el contrabando. No me extraña que el muchacho se haya sentido intrigado.

-Quizá, pero, para un Elliot, nada menos que el futuro conde... ¡Sería una vergüenza! A Su Señoría se le rompería el corazón si algo llegara a pasarle a su muchacho, eso sería peor que el propio escándalo y Dios sabe que un escándalo sería terrible.

-Bien, lo que debemos hacer es asegurarnos de que no haya escándalo. Anthony es un joven listo y valiente. Podría convertir su vocación militar frustrada en algo productivo. ¿No podría tratarse del noble que guía a los contrabandistas?

- ¡No! -exclamó Jenkins, la cara roja de ira-. Jamás. Usted no conoce al señorito Anthony como yo, de lo contrario no diría eso. Una cosa es estar dispuesto a cualquier calaverada y otra muy distinta estar dispuesto a matar.

-Los soldados matan. Tú mismo dices que anhela ser soldado.

-En cumplimiento de su deber, por su país, sí, podría matar, supongo. También si se tratara de proteger a su familia o a algún inocente amenazado, pero tiene un buen corazón. Jamás mataría para obtener un beneficio personal, y menos a Nat Crowder. Nat era el hermano de Jem, y Jem y el señorito son amigos desde que eran un par de renacuajos. Sería como matar a un miembro de su propia familia. Pero incluso, si estuviera hablando del vicario, a quien detesta...

Jenkins se interrumpió avergonzado.

-Perdón, señor, No debería haber dicho eso.

-Es perfectamente comprensible. Ya conozco a nuestro santísimo reverendo Harold Elliot.

-Sí, señor.

-Bueno, gracias por todo, Jenkins -dijo Benedict, levantándose.

-Lo que sea para aliviar la preocupación de su Señoría, señor. Si no le importa que se lo pregunte... ¿Le ha dicho a la señorita Camilla algo de esto?

-No. El conde me ordenó guardar silencio.

- Muy bien, señor -dijo Jenkins, aliviado-. Confiaba en que ése fuera el caso. Temo que a la señorita Camilla le dé un ataque si se entera de las andanzas de su primo.

Benedict sospechaba que Camilla era cómplice voluntaria de su primo, pero no dijo nada para no desilusionar al viejo sirviente. Le dio las buenas noches y fue a su habitación.

Todo estaba en silencio cuando entró, una lámpara de aceite ardía sobre la mesilla arrojando una luz débil y difusa. Distinguió la forma de Camilla en la cama y que en el sofá había preparada una manta y una almohada. Sin embargo, no había modo de saber si ella dormía. Unos días antes, aquella mascarada del matrimonio no le había parecido sino una molestia. Ahora, dormir a unos cuantos pasos de su cama era un verdadero suplicio.

Se tumbó en el sofá y cerró los ojos pero no pudo dormir. Imaginaba que iba a la cama, que la destapaba para verla con su camisón blanco enredado en torno a las piernas. Podía ver los círculos oscuros de los pezones a través de la tela, las curvas de sus pechos y sus nalgas. Imaginó que le pasaba la yema del índice por la mejilla, por los labios, por la suavidad de terciopelo de su garganta.

Aplastó la cara contra la almohada para ahogar un gemido, pero no pudo dejar de pensar en ella. Ahora se arrodillaba junto a la cama y se metía un pezón en la boca, con ropa y todo, tironeando de él ligeramente. Cuando se retiraba, la tela mojada se pegaba a la carne, trasparentándose aún más, invitándolo a volver. Se vio deslizando la mano hacia el vértice de sus piernas, acariándolo hasta que estaba caliente y húmedo de

placer. Podía oírla gemir, sentía su empuje contra la mano, sentía su necesidad de más, de mucho más. ¡Estaba volviéndose loco!

Mordió la almohada y se abrazó a sí mismo, negándose a sucumbir al deseo, aunque la noche se extendía como un desierto interminable ante él. Ni si quiera se durmió cuando la luminosidad incierta del amanecer empezó a filtrarse por los cortinajes. Entonces, justo cuando empezaba a descansar su mente, un crujido de la puerta lo despabiló.

Sin ruido, sacó el cuchillo de la bota y fingió que seguía durmiendo. Era Anthony, que se acercaba de puntillas a la cama. Benedict esperó para ver qué hacía allí el vizconde a tan tempranas horas de la mañana. Anthony llamó a su prima, que se despertó parpadeando y de mal humor.

-¿Pero puede saberse qué diantres haces aquí?

- ¡Sst!Despierta, te necesito.

-¿Qué?

Por gestos, Anthony señaló hacia el sofá y la conminó a que lo siguiera fuera. Camilla asintió. Se puso las zapatillas y una pesada bata antes de salir al pasillo, donde Anthony había dejado una vela sobre la consola.

-Muy bien. ¿Qué pasa? -preguntó ella.

-¡Sst! -chistó de nuevo-. Vas a despertar a todo el mundo.

-Bueno, tú me has despertado a mí.

-Lo siento -dijo él con una sonrisa tímida-. No lo haría de no tratarse de una emergencia, Milla.

-¿Dónde está la novedad?

-No, hablo en serio. La vida de un hombre está en juego.

-¿Qué? -exclamó ella, mirando de reojo hacia su habitación.

-No, él no - cuchicheó Anthony con impaciencia.

Recogió la palmatoria y llevó a su prima de la mano por el pasillo.

-¿Pues quién?

-No lo sé.

-Anthony, ¿estás borracho?

- ¡No! - respondió indignado-. No he bebido una sola gota de vino desde la cena. Y he de decir que el señor Lassiter y tú os comportasteis de una manera harto peculiar.

-No seas bobo -le regañó ella, agradeciendo a la penumbra del pasillo que ocultara su sonrojo.

-No era yo el bobo, sino vosotros poniendoos ojitos de cordero toda la noche. Y no creas que fui yo solo el que se fijó. Mamá se despachó a su gusto cuando os retirasteis. Incluso el mentecato de Thorne se dio cuenta, lo que le dio pie para parlotear de cómo florece el amor. ¡Puaj!

Camilla hacía esfuerzos por contener la risa. Anthony la miró ofendido.

- No te parecería tan gracioso de haber tenido que soportar una sesión de esa cosa que llama poesía.

-Pobre Anthony, tienes razón. Perdona. Seguro que te volvió loco de aburrimiento.

Anthony había dejado una bolsa junto a las escaleras que ella reconoció inmediatamente. Era de su abuela y contenía los vendajes y ungüentos que se utilizaban para las emergencias.

-¿Qué haces con eso?

- Ya te he dicho que es la vida de un hombre lo que está en juego. ¿Quieres dejar de hacer preguntas y darte prisa?

La luz gris del amanecer les permitió atravesar el parque hasta los acantilados y después bajar a la playa. Anthony la guió por la estrecha lengua de tierra que llevaba al Islote de la Fortaleza.

-Vamos, aprisa. La marea está subiendo.

Era cierto. Apenas había una banda de arena de dos pasos de ancha que dividía en dos el océano.

- ¡Nos vamos a quedar atrapados en el islote! - exclamó a pesar de seguir adelante.

El agua a ambos lados subía con rapidez. Camilla no tenía ganas de darse un remojón en las heladas aguas del amanecer.

-No seas tonta. He dejado un bote en la fortaleza. Sólo he ido a buscarte a pie porque era más rápido.

Ante ellos se alzaban las ruinas ennegrecidas del antiguo castillo. A sus espaldas, las olas cubrían la sección central del puente de tierra. No miraron hacia atrás, de modo que no vieron la silueta que les vigilaba desde la otra orilla.

La frustración apenas le dejaba respirar. Había perdido un tiempo precioso vistiéndose y eso había hecho que los perdiera de vista unos minutos. Para cuando Benedict llegó a los acantilados, ellos ya casi estaban en el islote. Benedict corrió por la lengua arenosa, pero tuvo que volver atrás al darse cuenta de que sería imposible vencer al mar en aquella carrera.

¿Había sido una excursión planeada o una emergencia? Tenía el presentimiento de que el viejo Jenkins estaba en lo cierto. Anthony era un contrabandista. Lo malo era que todo apuntaba a que Camilla también. Benedict torció los labios. ¿Hasta dónde amaba a su primo? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar por él? ¿Era contrabando lo que se cocía allí u otra cosa... mucho peor?

Con unas emociones sombrías agitándose en su interior, Benedict se dio la vuelta y regresó despacio a la casa.

Anthony guió a su prima entre los montones de cascotes y los salones sin techumbre, hasta lo que habían sido las cocinas de la fortaleza, aunque poco quedaba de ellas excepto una gigantesca chimenea. A esas alturas, Camilla sabía hacia dónde se dirigían. Anthony sorteó unos inmensos bloques de piedra, apartó unos arbustos que creían por el terreno y se deslizó por la abertura. Camilla lo miraba con las manos en las caderas.

- No pienso arrastrarme por las bodegas, ya soy demasiado mayor para eso. ¿Por qué no me dices que tienes ahí abajo?

- No, tienes que verlo con tus propios ojos.

Camilla se agachó y vio que el protón de madera todavía aguantaba. Anthony tiró de una argolla de hierro y la puerta cedió con un gemido de bisagras. Era un secreto que sólo conocían ellos. Camilla la había descubierto durante sus exploraciones de niña y años más tarde, se lo había enseñado a él.

-¿No habrás estado utilizando las bodegas para esconder el brandy de contrabando?

-No, te lo juro. Nunca le enseñaría esto a alguien que no fuera de la familia. Nadie sabe de las bodegas o de esta trampilla, pero me pareció que era un lugar excelente para esconder... Bueno, ahora lo verás. Espera -dijo mientras bajaba los escalones en la oscuridad-. Tengo una luz abajo.

Cuando volvió a aparecer con un farol, Camilla suspiró. Sabía que una mujer de su edad debía mostrarse más digna, pero no podía resistir aquel canto de sirena que la arrastraba hacia el fondo. Anthony le dio la bienvenida con una sonrisa de satisfacción casi infantil. En las bodegas, lo único que había eran unos cuantos barriles podridos.

Anthony desapareció por una puerta lateral. Camilla aún recordaba que habían explorado los pasadizos como Teseo en el Laberinto, con un ovillo de cuerda. Su primo siempre decía que, si llegaban lo suficientemente lejos, hallarían los huesos de los prisioneros de la Edad Media. Afortunadamente, nunca habían ido tan lejos.

-No me digas que has encontrado los pudrideros y las cámaras de torturas que tanto te gustaban - bromeó ella.

-No, aunque lo he intentado. Me temo que nuestros antepasados estaban más interesados en almacenar víveres que prisioneros.

-¡Menudo atajo de aburridos!

-¿A que sí?

-Anthony... ¿adónde vamos?

-Un momento. Ya casi llegamos, no pude llegar más lejos.

-¿Qué quieres decir?

Tras una serie interminable de pasadizos y estancias, llegaron a una desde la que se divisaba una luz dorada al fondo. Camilla se preguntó para qué había dejado su primo una luz encendida allí. La puerta era baja y tenían que agacharse para entrar. Cuando vio lo que había allí, Camilla dio un respingo y se golpeó la cabeza contra el techo.

- ¡ Anthony!

Había un hombre tumbado ante ella y ocupando la mitad de aquella covacha. Yacía sobre una manta y se cubría con otra, aunque sólo las piernas. Una levita enrollada le servía de almohada. Vestía ropa basta y oscura y era de estatura mediana, con la tez pálida y el pelo castaño y ensortijado. Tenía el rostro congestionado, cubierto de sudor, los ojos cerrados y su respiración era débil.

Camilla no estaba preparada para encontrarse con un hombre en las bodegas y tan obviamente enfermo.

-¿Quién es, Anthony? ¿Qué está haciendo aquí?

-No sé quién puede ser. Está aquí porque lo traje yo. Me pareció el lugar más seguro para él. Lo encontré en la playa y no me atrevía a llevarlo a casa. Esto era el único sitio donde podía ponerlo al abrigo de los elementos.

Camilla se agacho junto al enfermo. Durante años había ayudado a su abuela a curar las heridas y los achaques de los sirvientes de la mansión. Con el carácter pusilánime de Lydia, había heredado el puesto a la muerte de su abuela.

Tomó el pulso al desconocido y comprobó que era irregular y que su piel ardía al tacto.

-Este hombre tiene una fiebre muy alta. Hay que llevarlo al médico.

-No. Por lo menos, aún no. Camilla, ¿no puedes hacer nada por él? La abuela siempre decía que era una buena sanadora.

- Sí, pero con resfriados y fiebres de poca importancia. ¿Qué le pasó? ¿Qué es este vendaje? -dijo, señalando al hombro del desconocido.

-No es el único.

Anthony se agachó y le desabotonó la camisa, dejando ver otro vendaje que le cubría las costillas y otro más en el brazo. Camilla se dio cuenta de que había otros cortes en su cuerpo, aunque no lo bastante graves como para necesitar vendas.

-¿Quieres decirme qué le ha pasado?

-Pero si no lo sé. No vayas a pensar que estoy involucrado en esto porque ni siquiera estuve presente. Sólo lo encontré. Estaba desangrándose en la playa, creo que lo apuñalaron. La herida del pecho es como si el puñal hubiera chocado con la costilla y resbalado sobre ella.

-¡Por favor! -exclamó Camilla, conteniendo una arcada.

-¡Vaya, lo siento! A veces me olvido de que eres chica.

- ¡ Muy bien! Muy agradecida.

-Ya sabes a lo que me refiero, siempre has sido muy valiente. Lo encontré cerca de Point, ese sitio donde hay tantas rocas caídas. ¿Lo conoces?

Camilla asintió.

- Se había escondido entre los peñascos. En realidad, fue Bumper quien lo descubrió. Estaba inconsciente y había una pistola a su lado. Olía a pólvora, no hacía mucho que la había disparado. Las puñaladas también eran recientes. Le eché agua en la cara y volvió en sí.

-O sea, que no ha estado así todo el tiempo, ¿eh?

-Ni siquiera tenía fiebre cuando lo encontré, pero había perdido mucha sangre. Se asustó al verme, pero le aseguré que sólo pretendía ayudarle. Me dijo que lo habían atacado, alguien había saltado sobre él desde las rocas. Puso en fuga al atacante, incluso le disparó, aunque no creía que le hubiera acertado. Estuve mirando pero no había más rastros de sangre, por lo que creo que tenía razón.

- Anthony, ¿cómo puedes hablar tan a la ligera de esas cosas?

El muchacho se encogió de hombros. En ese momento, Camilla comprendió que ya no era un niño, se había hecho un hombre cuando ella no estaba mirando, de un día para otro. Se dio cuenta del tremendo error que cometía el abuelo al retenerlo.

-Bueno, no es la primera vez que veo heridas de cuchillo. Una vez, el primo de Jem... Bueno, déjalo. El caso es que tenía que ayudarle y se me ocurrió que éste era el mejor sitio.

- Lo que no entiendo es por qué no lo llevaste a casa o llamaste al médico. Ni siquiera Beryl podría rechazar a un hombre herido. Y los alguaciles deberían saber que lo han asaltado para buscar a quien intentó matarlo. Tendríamos que avisar al juez municipal.

-¿A John Hamersmith? -dijo Anthony con una carcajada desdeñosa-. ¿De verdad lo crees capaz de enfrentarse a un criminal que anduviera suelto por los alrededores? Si siempre va a llorarle al abuelo cuando surge cualquier minucia. Lo más gordo a lo que se ha enfrentado fue cuando Boly Baker le robó la gallina a la señora Runford.

Camilla suspiró. Anthony tenía razón.

-Lo escondí por si al individuo que trató de matarlo se le ocurría acabar la faena. Hasta que no se recupere, lo mejor será que guardemos el secreto.

-¿Y si muere? Y si no se recupera?

-Pues... no sé. Supongo que entonces sí tendríamos que decírselo a John. Pero eso no sucederá, Milla. Tú no permitirás que muera.

-Tu fe en mí me conmueve. Venga, ¿por qué lo trajiste aquí?

- Lo primero, porque sabía que armarías la gorda. Además, entonces no tenía fiebre y podía caminar, supongo que el esfuerzo de venir fue excesivo en su estado. Se desmayó cuando íbamos a medio camino por la barra de arena y tuve que cargarlo. Pero no he podido quedarme con él, ya sabes cómo me vigilan todos en casa. Le dejé un poco de agua, pan y queso y lo curé como puede. Pero hoy me he dado cuenta de que iba a necesitar tu ayuda.

Camilla dejó las preguntas para más tarde y se movió deprisa. Preparó unas gotas de matricaria disueltas en agua y, aunque hubieron de esforzarse, se la hicieron tragar. Después le quitó las vendas y le aplicó un emplasto de hierbas sobre las heridas y volvió a vendarlo.

-¿No ha dicho nada más?

-Muy poco. No confía en mí. No pongas esa cara, Camilla, está en su derecho. Han intentado matarlo. No sabe qué intenciones tengo al ayudarle. Le pregunté su nombre, pero dijo que era mejor que no lo supiera. La verdad es que se lo hubiera dicho a alguien, pero el abuelo está demasiado enfermo y de los demás, mejor ni hablar.

-Te entiendo -dijo ella-. ¿Y si se lo dijéramos a Benedict?

- ¡Ese individuo no es de fiar! Pero si ni si quiera sabemos su apellido. Lo más probable es que haya sido él quien apuñaló a este hombre.

-Benedict no es un asesino.

-¿Cómo puedes estar tan segura?

-Porque lo estoy, es absurdo pensarlo. ¿Crees que un oficial de aduanas iba a ir por ahí apuñalando a la gente?

-Quizá no lo sea, puede que también esté con los contrabandistas. Quizá sea él el nuevo cabecilla, el que mató a Nat.

-¡Es la mayor tontería que he oído en mi vida! Benedict no es ni contrabandista ni asesino. No con siento que digas eso de él.

- ¡Ni que fuera tu marido de verdad! Ojalá no sea él el asesino, porque entonces correrías un grave peligro. En todo caso, no voy a correr el riesgo de entregarle a este pobre hombre.

-Pero, ¿por qué?

-Camilla, ¿es que no te das cuenta? Creo que vi a este hombre la otra noche, cuando ayudaba a descargar el barco.

-¿Cómo sabes que era él?

- Porque lleva un anillo.

Anthony buscó en la pechera de su levita y sacó un trozo de bramante anudado en forma de cadena. Llevaba colgado un anillo de oro en forma de serpiente que se mordía la cola. Unas diminutas esmeraldas brillaban en sus ojos.

- ¡Ay va! Eso es muy caro -dijo ella.

-Sí, yo tampoco creo que sea un campesino.

-¿De verdad lo llevaba en compañía de los contrabandistas?

-En la mano no. Lo hubiera señalado entre todos los demás. Pero una de las veces, mientras se inclinaba para levantar un barrilete, se le salió por el cuello de la camisa y yo lo vi. Se apresuró a esconderlo de nuevo. Por supuesto, no alcancé a ver la serpiente, pero cuando lo encontré, todavía lo llevaba al cuello. Estoy seguro de que es él. Puede que sea un caballero.

-¿Dos caballeros al mismo tiempo en una banda de contrabandistas aldeanos? -dijo ella sarcásticamente-. Me extrañaría.

-Bueno... La verdad es que iba en el barco. Creo que vino con el brandy.

- ¿Te refieres a que viene de Francia?

-Anoche, cuando vine, tenía fiebre. Dormía, pero hablaba en sueños. Dijo... Bueno, no sé lo que dijo, pero seguro que era francés.

- ¡ Anthony! ¿Estás diciendo que este hombre es un espía francés?

13

- No lo sé. Apenas podía creerlo. Cuando habló conmigo no tenía acento. Pero estoy seguro que era francés lo que murmuraba en sueños.

- ¡Hay que entregarlo a los alguaciles!

-Pero, ¿y si no es un espía? ¿Y si me equivoco y no es francés, sino Belga? Además, debe haber muchos ingleses que hablen francés.

-Sí, yo misma. Pero no en sueños. Esas cosas sólo te ocurren con tu lengua madre.

-Aun así. Que sea francés no significa que tenga que ser espía.

-Anthony, estamos en guerra con ellos.

-Puede que estuviera escapando de Bonaparte. Eso explicaría que viniera con los contrabandistas, les pagó para que lo trajeran con la mercancía.

-También les hubiera pagado si fuera espía. Lo que dices no prueba nada. Es horrible, pero no podemos dejarlo suelto por Inglaterra, por mucha compasión que nos inspire.

-No creo que, en su estado, se vaya a escapar a ninguna parte.

Camilla estaba confusa. Parecía inhumano entre garlo a las autoridades, sería como hacer una proclama para avisar a su asesino de dónde se encontraba. Anthony tenía razón, nadie pondría nada de valor en manos de John Hamersmith. ¡Cómo deseaba poder contar con Benedict! Aunque no se paró a pensar por qué confiaba tanto en la opinión de un hombre que apenas conocía.

-De acuerdo -dijo ella-. Ya he hecho todo lo que podía por sus heridas. Pero tendrá que tomar la matricaria regularmente para que le baje la fiebre. ¿Seguro que podrás encargarte de él? Yo no puedo estar fuera todo el día o todos se darán cuenta. Benedict sobre todo.

-Sí. Te llevaré en el bote a la playa y volveré a cuidar de él. Pienso cerrar con llave la puerta de mi habitación y fingir que estoy enfermo. ¿Volverás cuando baje la marea?

-Sí, pero prométeme que vendrás a cuidarlo armado.

- ¡Demonios, Camilla! Si está tan débil que no puede levantar una mano. ¿Qué crees que puede hacerme?

-Lo único que sé es que, aunque no haya hecho nada malo que sepamos, podría ser un espía. Nadie está enterado de esto excepto nosotros dos. Es una situación peligrosa. Si no tienes el suficiente sentido común para ser precavido, no me quedará más remedio que...

- ¡ De acuerdo, de acuerdo! - dijo Anthony, tapándole la boca a su prima-. Te prometo que vendré armado y lo vigilaré como un halcón. A mí tampoco me hace gracia dejar que un espía francés ande suelto por casa. Bueno, volvamos a la playa.

En cuanto llegaron a la casa, Camilla volvió a toda prisa a su habitación. Las esperanzas que tenía de que Benedict no hubiera notado su ausencia se desvanecieron al no encontrarlo allí. Con todo, se vistió y bajó a desayunar. Detestaba verse obligada a mentirle y tenía decidido ponerle al tanto de la situación lo antes posible. Por suerte, Benedict estaba solo en el salón.

-Buenos días, Benedict.

Benedict se puso en pie de un salto. Se volvió hacia ella con un ceño feroz.

-¿Dónde demonios te has metido? Empezaba a preocuparme.

Aquellas palabras la dejaron asombrada. Se había preparado para soportar su curiosidad, no su preocupación.

-Estaba con Anthony.

-Vaya, eso sí que es un alivio -masculló, sarcástico.

Camilla se rió.

-Anthony se desvive por protegerme.

-Ya -dijo acercándole una silla sin miramientos y haciéndole un gesto perentorio para que se sentara.

Camilla contestó a su interrogatorio diciendo que habían salido muy temprano a pasear por la finca, pero no pudo mirarle a los ojos. Ante sus quejas, se vio obligada a recordarle que no era su esposa. Por un momento, Benedict se quedó mudo, pero no tardó en responderle que habían acordado que su actuación sería completamente real.

-De lo contrario, no tardarás en cometer un error.

-¡Ah, yo! Tú no, por supuesto.

Benedict no se dignó a contestarle y siguieron comiendo en silencio hasta que Camilla pensó que iba a perder los nervios. Entonces, Benedict se inclinó hacia ella y le susurró.

-¿No te parece que el camisón es... bueno, un atuendo bastante peculiar para ir a dar un paseo?

Camilla lo miró a los ojos y se sonrojó.

-¿Cómo sabes...?

-Estaba mirando por la ventana por si aparecías. Te he visto volver con Anthony.

Camilla sabía que desde su ventana no se veía el mar, pero tuvo que esforzarse para que no se le notara lo culpable que se sentía. Entonces, tuvo una idea.

-Bueno, es que... ha sido una urgencia. La vieja Gandy, la viuda de uno de los aparceros de mi abuelo. Vive en una casita al otro lado del bosque. Está enferma y se niega a que la vea un médico, aunque Anthony se ha ofrecido a llevárselo. Les tiene miedo, está convencida de que son unos matasanos en el sentido estricto de la palabra. De la única que se fiaba era de mi abuela y sus pociones. La condesa tenía fama de sanadora en muchas millas a la redonda. Sabía mucho de hierbas y se ocupaba de los criados y los aparceros. La vieja Nan cree a pies juntillas que sólo yo he heredado sus fórmulas y la bolsa de medicinas.

-Claro, por eso Anthony la visita al amanecer y vuelve a buscarte, ¿no es cierto?

-No -dijo Camilla, tratando de no responderle como se merecía-. Ha sido un sobrino de Nan quien ha venido a buscarme, sólo que se ha encontrado con Anthony por casualidad.

-Debes querer mucho a tus aparceros para permitir que te saquen de la cama antes del amanecer.

-La fiebre era muy alta, se trataba de una emergencia. La anciana había empezado a delirar y todos estaban muy asustados.

- ¡Ah, ya veo! La rapidez era esencial.

Camilla se dio cuenta de que se había metido en un callejón sin salida. Si tan importante era que llegara deprisa, habría ido a la granja a caballo. Benedict no dijo nada, pero su mirada la estaba poniendo nerviosa.

-Hemos ido andando porque no está lejos. El bosque es muy espeso y no se adelanta mucho más a caballo, entre ensillarlo y todo lo demás.

-Sí, claro.

Para ella era doloroso no poder decirle la verdad, pero más mortificante aún era descubrirse incapaz de mirarlo a los ojos cuando le mentía. Como su primo, deseaba proteger al herido, pero temía estar ayudan do a un enemigo declarado de su país. Aquellos pensamientos debieron reflejarse en su rostro, porque Benedict le preguntó qué le sucedía.

Camilla lo miró para constatar sorprendida que estaba preocupado. No podía pensar en otra cosa que apoyar la cabeza contra su pecho y confesarle toda la historia. Casi podía sentir aquellos brazos en torno a su cuerpo y oír su voz tierna diciéndole que no se preocupara, que él se encargaría de todo.

Camilla suspiró. No podía hacerlo. Cada vez estaba más convencida de que su primo tenía razón, de que Benedict era un agente de aduanas y no el vulgar ladrón que ella creía. La historia de su prometida, sus modales, su manera de hablar, todo en él lo delataba como un caballero. Lo que aún no conseguía explicarse era por qué se había prestado a seguirla en aquella comedia de locos. Quizá necesitaba desesperadamente el dinero.., o quizá estaba comprometido en una misión secreta, como atrapar a los contrabandistas.

El problema era que ella había empezado a creerse su propia charada y pensaba en Benedict como si realmente fuera su marido. No podía poner su destino en manos de un desconocido, pero menos aún el de Anthony. De modo que, a pesar de la preocupación patente con que la miraba, Camilla puso una cara alegre y le respondió que no le pasaba nada en absoluto.

Benedict sabía que mentía. Azuzó al caballo que se lanzó al galope por el camino. Habría sabido que mentía aunque no la hubiera visto salir al amanecer y cruzar al islote. Era evidente su estado de nervios, su miedo a mirarlo a los ojos. ¿Por qué no podía confiar en él?

Sólo el sentido común le había impedido insistir hasta acorralarla. No podía mostrarse demasiado interesado por Anthony ni por lo que ocurría en Chevington Park. No podía arriesgarse a despertar sospechas mostrando a las claras que no la creía. Sin embargo, le dolía que Camilla no acudiera a él. Pero aún, que le considerara como alguien de quien debía guardarse. No importaba que Camilla no supiera quién era en realidad ni el poder que tenía, lo esencial era que no le había pedido ayuda.

En consecuencia, llevaba toda la mañana con un humor de perros. Hubiera preferido ir a echar un vistazo al islote, pero tenía una cita con Sedgewick para informarle de sus averiguaciones y no podía can celarla.

Sedgewick le esperaba en el claro del bosque sentado en una roca. Le sonrió mientras él ataba su caballo. Benedict respondió con un gruñido. Sedgewick arqueó las cejas, pero no hizo comentarios.

-Bueno, ¿qué me cuentas? ¿La comedia sigue en pie?

- Sí.

Benedict se lo quedó mirando. No sabía hasta qué punto habría oído los comadreos de Edgecombe, siendo como era un extraño. Le hervía la sangre al pensar que la reputación de Camilla pudiera quedar en entredicho. Sin embargo, Sedgewick no tardó en echar por tierras sus esperanzas.

-¿Es cierto lo que se rumorea, que la joven dama de Chevington Park se ha casado?

Benedict elevó los ojos al cielo.

-Es un condenado lío. La dama en cuestión tiene una tía con menos cerebro que un mosquito y que decidió adornar la historia original diciéndole a todo el que quisiera prestarle oídos que la señorita Ferrand se había casado. Ergo, yo soy el marido ficticio.

-Extraordinario. Supongo que habrás podido seguir adelante.

-Hasta ahora, pero sólo han sido unos pocos días.

A él mismo le sorprendía que hubieran sido tan pocos. Tenía la sensación de haber vivido siempre con Camilla.

- Si no tenemos éxito, la señorita Ferrand se verá en un grave apuro. Y todo por tus ideas -añadió con un gesto ceñudo.

- No me mires así. ¿Cómo iba a imaginar que su prometido sería ascendido a marido en un abrir y cerrar de ojos?

- Eso lo sé. Pero podías haber pensado que siempre hay algo que sale mal.

-No siempre. No es el primer plan que llevamos a cabo a la perfección tú y yo.

-Bueno, sí -reconoció Benedict con una sonrisa.

-Pareces cansado - dijo Sedgewick con preocupación sincera-. ¿Tan difícil se está poniendo el asunto?

- Tú también lo estarías si te pasaras la noche en vela y el día detrás de...

Benedict se calló. Por muy extraño que fuera, no quería contarle a Sedgewick nada de lo ocurrido aquella mañana. Se daba cuenta de que empezaba a pensar como un auténtico marido y no como un extraño que nada tenía que ver con aquella familia, pero apartó a un lado aquellas ideas y se dijo que eso era lo que haría en su lugar cualquier caballero. Sedgewick lo miraba perplejo.

-¿Detras de quién?

-Nada, déjalo. Creí tener una pista, pero me equivocaba. Sólo era una de las extravagancias de Camilla.

-Entonces, ¿por qué te has pasado la noche en vela? ¿Persiguiendo contrabandistas?

-Es el maldito sofá en el que tengo que dormir.

-¿Insinúas que ni siquiera te han puesto una cama?

-Me han puesto en la habitación de Camilla. Ya te lo he dicho, piensan que estamos casados. Tengo que dormir en el sofá... Jer, como alguna vez le digas una palabra de esto a alguien, te juro que...

Sedgewick retrocedió, levantando las manos y poniendo una cara de horror fingido.

-Te lo juro, mis labios están sellados. ¿Qué te hace pensar que yo me iría de la lengua?

-Ya sé que puedo confiar en ti, pero es un enredo tan enrevesado... Me siento responsable de esa chica, aunque haya sido lo bastante estúpida para dejar que la metieras en esto.

-Mira, Benedict...

-Y el matrimonio no es lo peor. Esa condenada casa está llena de gente, tías, primos, y visitas. Uno de ellos está empeñado en que me conoce.

- ¿Quién?

-El primo de Camilla, Bertram.

-¿Bertram Elliot? ¿Un dandy?

-De primera clase.

-Lo conozco. Es una flor de invernadero, no te dará problemas. Lo único que le preocupa es el corte de sus ropas.

-Sí, y los cotilleos y la vida social. ¿Y si recuerda quién soy?

-Tienes razón, aunque lo más probable es que recuerde quién es tu sastre o en qué fiesta te conoció.

-Desde luego, yo no me acuerdo de él, pero estoy perdido si me reconoce. Además, Bertram tiene un amigo, un hombre más callado que una tumba. Los criados no lo consideran de la buena sociedad.

-Los criados siempre saben esas cosas -dijo Sedgewick-. ¿Y qué hace en el campo con Elliot?

-No sé. Quizá sea un farsante aprovechado y Bertram todavía no lo ha descubierto. O quizá no le importe, aunque no imagino qué puede ver de divertido en él. Oglesby nunca habla. Aunque Bertram lo hace por los dos. Ayer, me acorraló en el salón de música y estuvo diez minutos preguntándome qué opinión me merecía su chaleco, una cosa espantosa a rayas.

- ¡Puaj! -exclamó Sedgewick, estremeciéndose-. ¿Quién más hay?

-Dos hermanas de Bertram. El vizconde de Marbridge, heredero del conde, el primo Anthony. Un poeta que no se separa de las faldas de la vizcondesa, ella es la descerebrada que complicó toda la historia. Y, no faltaba más, la madre de Bertram.

-¿La arpía?

-La misma. Luego está el conde. Sigue en la cama, pero es más inteligente que la mayoría. También hay un tutor del vizconde. Aún no lo conozco, pero seguro que tiene más que suficiente tratando de hacer que Anthony estudie para tratar de echar abajo nuestra red. El peor de todos es un pastor que se deja caer por allí a menudo. Un hermano de Bertram que se llama Harold y cuyo padre le consiguió la vicaría del pueblo. Un sujeto insufrible. Por fortuna, está dispuesto a condenar a los contrabandistas al fuego del averno. Y, por desgracia, está más preocupado por los pecados que por los detalles. Ninguno de los residentes parece un candidato apropiado para espía.

-Era de esperar. Bueno, ¿has descubierto algo más? Ya sé que sólo han sido unos días, pero disponemos de muy poco tiempo. Tenemos que averiguar quién está tratando de destruir Gideon.

-No hace falta que me lo recuerdes. He hablado con el conde. Me ha confesado que se encuentra preocupado por lo que está sucediendo en la zona, sobre todo con la muerte de Nat Crowder.

Benedict le hizo un resumen rápido de quién era Nat y cómo había muerto.

-Es un método sencillo de escalar puestos en una banda de delincuentes, eliminas al jefe y ocupas su lugar -dijo Sedgewick-. Eso explica muchas cosas. Crowder debía ser el contacto de Winslow.

-Pero, con los dos muertos, no queda nadie que sepa algo de la red de espionaje. Los aldeanos son pura y simplemente contrabandistas -dijo Benedict-. Lord Chevington me ha pedido que investigue.

- ¡Cómo! ¿El propio conde te lo ha pedido?

-Sí. Y eso ha hecho que interrogar a los criados sea infinitamente más sencillo. Y también a los aldeanos. Ahora iré a hablar con un par de ellos.

- Pero, ¡es perfecto! ¡Doy gracias a Dios por habernos mandado a la señorita Ferrand! Jamás hubiera soñado que nos podía pasar algo así.

-Sí, para nosotros es un golpe de suerte, pero ¿qué me dices de ellos? Me siento un auténtico cerdo por aprovecharme del conde de esta manera. El confía en mí y yo le utilizo.

Sedgewick frunció el ceño perplejo.

-No saldrá perjudicado, no se trata de hacerle daño. Sólo estás haciendo lo que él mismo te ha pedido.

Benedict pensaba de otra manera. No podía olvidar que Anthony estaba implicado, o así lo parecía.

-Corre el rumor de que el hombre al que buscamos es un caballero -dijo de repente.

-¿Hablas en serio? -preguntó Sedgewick poniéndose pálido-. Eso encaja a la perfección con lo que habíamos deducido, que a Winslow lo mató alguien que conocía. ¿Por qué piensan eso?

- Se dice que habla bien y ha recibido educación. Por lo visto, suele hablar de mala manera, pero hay quien cree que es una imitación. Eso es lo que me ha dicho el mayordomo.

-Ya podemos borrar al amigo de Bertram de la lista. El mismo servicio no lo considera un caballero.

- Quizá lo único que digan es que ambos papeles son falsos. Puede que nuestro hombre no sea ni Oglesby ni un rudo contrabandista, sino alguien entre los dos, alguien que sabe actuar de ambas formas y no resulta del todo creíble en ninguna.

-Un actor. Un profesor de baile, un tutor.

-O un timador profesional.

-Sí. Winslow podría haber vuelto a su casa de algún tugurio con alguien así. Era aficionado a las cartas. Si además estaba un poco borracho, podría haber pensado que su acompañante era un caballero.

-Pero eso son suposiciones -dijo Benedict sus pirando-. No tenemos nada en firme.

-¿No ha habido señales de actividad en la playa?

-No ha pasado el tiempo suficiente desde el último desembarco, tendré que esperar.

La idea de tener que dormir en la misma habitación que Camilla durante varias semanas más era desesperante. Benedict estaba seguro de que no podría soportarlo.

- ¡Maldita sea! -exclamó Jermyn-. No podemos estar tanto tiempo aquí, yo debo ir a Londres. No podemos permitirnos la espera, pero tampoco más muertes.

-Lo sé. Quizá deba olvidarme de esta comedia, puede que no de más de sí. Puedo fingir que unos asuntos urgentes me reclaman en Bath. He estado en la casa el tiempo suficiente como para cumplir los propósitos de Camilla.

Benedict sabía que no quería marcharse. Por infernal que fuera compartir habitación, la idea de no verla más era infinitamente peor. Además, no podía abandonarla sin saber en qué clase de embrollo la había metido el calavera de su primo. Se había comprometido a resolver el misterio y a sacar a Anthony de la banda de contrabandistas, si en verdad andaba metido en ella.

-No, nos concederemos unos cuantos días más. Es preciso que averigüemos lo que ocurre.

-¿Por qué no vuelves a Londres? -dijo Benedict-. Haces más falta que yo y no hay nada que te impida continuar investigando el asesinato de Winslow desde allí. Además, puedes ayudarme recabando cualquier información disponible sobre la gente que hay en la casa. Si nuestra presa es uno de ellos, quizá te enteres de algún rumor que ayude a desenmascararlo. Cualquier cosa, una situación financiera desastrosa, una madre francesa, una querida que le hace chantaje, algo que indique una posibilidad de que se haya vendido al enemigo.

-Es una excelente idea -dijo Sedgewick, sacando lápiz y papel-. ¿Cómo has dicho que se llamaban. Uno era Terence Oglesby.

Lentamente, Benedict enunció la lista de las personas que se encontraban en Chevington Park, sin excluir a nadie. Sedgewick se guardó el papel en un bolsillo interior.

-Muy bien. Pagaré mi cuenta en la posada y saldré para Londres esta misma tarde. Ha sido desesperante estarme de brazos cruzados sin poder hacer nada. Te avisaré en cuanto vuelva. Mientras tanto, vigila tu espalda, no quiero que te pase nada.

Los dos hombres se dieron la mano. Benedict le prometió que no se descuidaría. No le confesó que lo que menos le preocupaba era que lo encontrara el siniestro personaje que trataban de desenmascarar. Lo peor sería sobrevivir unos días más durmiendo tan cerca de Camilla.

14

A pesar de que el conde le había dado su bendición y los aldeanos se mostraban mucho más abiertos, fueron de poca ayuda. El posadero le reprochó no haberle dicho que era el marido de la joven señora. También fue a ver a Evans. Jenkins no se había equivocado, a primeras horas de la tarde, aquel individuo apestaba a alcohol. Donde los demás lugareños se habían mostrado corteses y cooperadores, Evans cruzó los brazos sobre el pecho, se quedó mirándolo con sus ojillos de cerdo e insistió en que «no sabía nada de nada». Fue el único que no manifestó un respeto explícito por el Conde.

Benedict regresó a Chevington Park sintiéndose derrotado. La búsqueda del agente francés no parecía llevar a ninguna parte. Se alegró de no encontrar a Camilla en su habitación porque eso le permitía tomar un buen baño caliente. La cocinera le envió una bandeja de comida y, apenas se hubo secado, se tumbó sobre la cama y quedó dormido.

Así lo encontró Camilla cuando regresó del islote. Le había llevado a Anthony provisiones que había robado de la mesa. El primo Bertram la había sorprendido llenando el bolso, pero no dijo nada. El estado del herido no había cambiado. Camilla le administró otra dosis de su cocción, renovó el emplasto de sus heridas y se apresuró a volver a casa para que nadie la echara en falta.

Cerró la puerta de la habitación con el corazón en la garganta y sin apartar los ojos de él. Yacía boca arriba, con los brazos y piernas abiertos, como un niño confiado. Todavía tenía el pelo mojado del baño y el olor a jabón inundaba el cuarto. Indefenso en su sueño, resultaba aún más atractivo. Aquellos labios cincelados y entreabiertos, las pestañas negras rozando las mejillas, le conferían un aspecto vulnerable. Camilla notó que se le aceleraba el pulso al contemplar los músculos de su cuello y hombros. La sábana le cubría hasta el pecho. Incapaz de dominar su curiosidad, Camilla la apartó despacio y contempló el vello rizado que salpicaba su pecho estrechándose hacia el

ombligo, las aréolas oscuras, los músculos firmes. Pensó que era un ejemplar perfecto de hombre.

No podía controlar sus manos, que parecían moverse por su propia voluntad. La sábana había caído sobre su abdomen, amontonándose justo después del ombligo, hacia donde parecía guiarla aquella senda de vello rizado.

Sabía que debía estar desnudo, que no era decente que un hombre se metiera en la cama de esa manera.

Así no era extraño que inspirara en su mente pensamientos exóticos y prohibidos. Sin embargo, Camilla se convenció de que podía saciar su curiosidad sin que él lo supiera nunca. Claro que eso no tenía importancia, lo fundamental era el respeto a la intimidad, la decencia.

Con la cara ardiendo de vergüenza, luchando contra su propia mano, apartó la sábana y la dejó caer sobre aquellos muslos poderosos.

Tenía la sensación de que le ardían las mejillas. Lo contempló hipnotizada, incapaz de apartar la vista. Ante ella estaba aquel vientre que los músculos ondulaban, los muslos fuertes y velludos. Pero, sobre todo, miraba lo que tenía entre las piernas, el nido de pelo negro que albergaba su órgano masculino, grueso y pesado. Se preguntó si todos los hombres tenían aquel aspecto desnudos.

Camilla tragó saliva. Nunca se lo había imagina do así. No estaba segura de qué esperaba encontrar, pero la realidad era distinta a lo que había pensado, era... mucho más impactante.

Mientras ella miraba, Benedict chasqueó la lengua y rodó a un lado. Sus ojos se vieron atraídos por el contorno de las caderas y los muslos, por la curva de sus nalgas. Sin pensar, pasó los dedos temblorosos por aquella zona y se sobresaltó al comprobar su tacto cálido y áspero, al sentir que una oleada de placer la hacía estremecerse.

No podía apartar la mano. La curvó sobre la nalga, extasiada con su textura. Se preguntó si todo él era tan diferente, tan apetecible. Ignorando su corazón desbocado, los reproches de su conciencia, Camilla deslizó la mano sobre la caja torácica, sobre el vello del pecho, hasta acariciar el pezón diminuto que, para su sorpresa, se irguió.

Allí se detuvo. Recordó que los suyos también se habían enardecido con las caricias de Benedict. Pensativamente, trazó círculos sobre las aréolas, disfrutando complacida de su respuesta. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba sonriendo.

-Pon la mano un poco más abajo y ya verás cómo sonreímos los dos -murmuró él.

Camilla dejó escapar un gritito. Retiró la mano y lo miró a la cara. Benedict la observaba, en sus ojos ardía una llama pecaminosa. Camilla se puso escarlata con la humillación que suponía haber sido descubierta. Ahogando otro grito, se dio la vuelta y corrió hacia la puerta. Benedict la detuvo antes de que lograra alcanzarla.

-No, no te vayas. ¡Por Dios, no puedes irte después de esto!

Camilla gimió y ocultó el rostro tras las manos. Sabía que iba a morirse de vergüenza, que nunca podría sobreponerse.

-¡Suéltame! -gritó con voz ronca, luchando contra él.

-¡Ssst! -musitó él, enterrando la cara en sus cabellos, besándola-. No pasa nada. No te vayas. No huyas de mí.

Benedict respiraba agitadamente, había un temblor en su voz. La besó en el cuello mientras le acariciaba el vientre. Camilla se estremeció, incapaz de disimular la intensidad de su respuesta. No podía creer lo que experimentaba a pesar de la humillación, pero la reacción de su cuerpo era tan primitiva, tan animal, que no parecía sino otra bajeza.

- No me molesta lo que has hecho - le susurró él al oído-. Créeme, ha sido un placer.

Camilla se zafó y corrió para arrojarse de bruces en la cama, donde se hizo un ovillo tratando de esconderse de Benedict. Pero sintió que el colchón se hundía antes de que le pusiera la mano en la espalda, pasándola arriba y abajo de su espina dorsal.

- Venga, no te lo tomes tan a la tremenda.

Benedict se tumbó junto a ella, tranquilizándola con su voz y sus caricias, obrando verdadera magia. Le acarició las nalgas redondas y plenas, el hueco de la espalda para bajar por el muslo contrario. Una y otra vez, la acariciaba mientras musitaba palabras de consuelo sin sentido. Luego vino el vientre, los pechos. Camilla se dio cuenta de que se había relajado sin poder precisar el momento, permitiéndole que accediera a sus senos. Sentía que sus manos la quemaban por encima de la ropa mientras apretaba y excitaba sus pezones hasta convertirlos de dos picachos enhiestos. Las manos se introdujeron por su escote, acariciando la piel desnuda.

Camilla suspiró de placer cuando la pellizcó y tironeó suavemente del pezón. Sus gemidos brotaban irreprimibles. Benedict jugaba con ambos pechos a la vez. Cuando apartó las manos, antes de que ella pudiera protestar, las metió bajo sus faldas. Subieron despacio por sus muslos, rodearon sus nalgas, hundiéndose en la carne suave, hasta que ella empezó a moverse sin darse cuenta. Benedict respondió introduciendo una mano entre sus piernas, donde pudo sentir el volcán de su cuerpo por debajo de la ropa interior, la humedad que le daba la bienvenida.

Camilla gimió, de nuevo avergonzada, pero no podía parar de moverse contra su mano. Sentía aquella parte tan íntima hinchada, ansiaba recibir sus caricias sin ropa que las estorbara.

-Por favor -dijo sin dejar de frotarse-. No, no está bien... No debemos....

-No te preocupes. No voy a hacerte daño, sólo quiero darte placer.

Camilla jadeaba. No comprendía lo que él quería decir, pero estaba más allá de toda protesta.

Benedict le ordenó que se diera la vuelta, diciéndole que quería verla y empezó a desabrocharle los botones. Camilla le dejó hacer mientras aprovechaba para contemplar su cuerpo musculoso, el órgano que ahora se erguía avasallador entre sus piernas. Era mucho más grande que antes y ella sintió que se sonrojaba, pero esta vez era de deseo.

Benedict la desvistió entre caricias y besos esporádicos hasta que la tuvo desnuda ante sí. La miró mucho tiempo, como si quisiera aprender su cuerpo de memoria, mientras que Camilla ardía en deseos de que volviera a tocarla.

Cuando estaba a punto de gritar de frustración, Benedict le puso las manos en los pechos y las movió lentamente, tomándose su tiempo, deslizando los dedos sobre aquella piel sensible. Después pasó a explorar su vientre, el pozo de su ombligo, desde don de trazó una línea ardiente hasta el vello entre sus piernas. Los jadeos de Camilla casi eran sollozos. Tuvo que clavar las uñas en el colchón, arqueándose involuntariamente.

Benedict hundió los dedos entre aquellos pliegues resbaladizos y tiernos, abriéndolos y explorando, sin dejar de mirar su cara, viendo cómo la pasión encendía sus rasgos y nublaba sus ojos. Camilla sentía el cuerpo tenso como la cuerda de un arco. Se sentía inundada de humedad, temblaba de deseo, algo ardiente e insaciable se había apoderado de su vientre y creyó que más allá eran imposibles las sensaciones.

Pero entonces Benedict le acarició el botón de su intimidad con la lengua y Camilla supo que se había equivocado. Con cada lengüetazo el fuego se avivaba, la tensión crecía. Benedict se metió aquel brote tierno en la boca y empezó a chupar. Un gemido desgarrador surgió de la garganta de Camilla. Cada movimiento de su boca la traspasaba como un hierro al rojo, directo al centro henchido de su deseo, donde sus dedos seguían acariciándola.

Camilla se retorció, anhelando que aquella tortura deliciosa explotara en alguna forma de alivio, apretándose contra su cabeza. Benedict alzó la mirada un momento para ver cómo se debatía y le acarició el tierno botón con la mano. Y ella se echó a temblar, atrapada en el umbral de algo con lo que nunca había soñado. Benedict sonrió y aceleró la cadencia Ella gritó y se sintió arrastrada al borde del precipicio, convulsionándose mientras apretaba las piernas, arrebatada en una oleada de fuego.

Al final, con un suspiro, Camilla se relajó y abrió los ojos. Le sonrió tímidamente a Benedict, colmada de una satisfacción como nunca había conocido. El retiró la mano lentamente, haciéndola resbalar sobre sus piernas. Camilla observó su masculinidad henchida y vibrante.

- ¡Oh! Pero, Benedict, ¿tú no...?

-Sí -dijo él sonriendo-. Pero no te preocupes.Prometí que no te deshonraría y no lo haré -dijo besándola con un gran esfuerzo de voluntad-. Esto ha sido únicamente para tu placer.

-Pero...

-Calla. No pasa nada.

Volvió a besarla y esta vez dejó que se le notara la pasión que lo consumía. Con todo, no tardó en se pararse.

-Ahora, cierra los ojos y duerme.

-¿Vas a quedarte a mi lado?

-Me quedaré a tu lado.

Camilla sonrió como ebria, envuelta en el calor del fuego que la había abrasado y le obedeció. Benedict tragó saliva y se apartó tratando de recobrar el control de sí mismo. Aquella pregunta inocente había estado a punto de hacerle perder la cabeza. Sabía que debía estar loco para hacer lo que acababa de hacer. Tendría que pagar el precio. Al menos, no la había desflorado, aunque hubo momentos en que había estado muy cerca.

Con un suspiro entrecortado, cerró los ojos y los cubrió con el brazo. Pensó en su honor, en el de Camilla, en el anciano que estaba postrado en la cama. Pensó en el irresponsable de su primo y en la lealtad inquebrantable de Camilla, en la pasión que lo con sumía y en el modo en que ella se había deshecho de placer bajo sus caricias. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera dormir.

Camilla bordaba lánguidamente, sin hacer caso de la conversación, en un estado casi hipnótico. Se había despertado temprano y benditamente feliz. Renovada. Había pasado mucho tiempo mirando a Benedict. Con sólo pensar en la noche anterior sentía que le ardía todo el cuerpo. A pesar de todo, no se consideraba una participante voluntaria en aquella locura irrefrenable, por lo que se apresuró a buscar la compañía y la protección de los demás. En aquellos momentos, Thorne sufría una de sus habituales inspiraciones poéticas y, obviamente, Lydia era el objeto de su lírica.

- ¡Ah, si tan sólo pudiera pintar su retrato, madame, la representaría como una verdadera Aracne!

-Pero ella tejía, no bordaba, señor Thorne - dijo Camilla con carita de inocente-. Y, si mal no me acuerdo, acabó convertida en araña.

-¡En araña! -exclamó Lydia-. De verdad, señor Thorne, me disgusta que me compare con una araña.

El joven parecía mortificado.

- Me refería a la mujer que fue antes de que la envidia de Minerva cayera sobre ella, por supuesto. Antes me cortaría la lengua que ofenderla, señora.

-Pues no entiendo para qué iba a servir -dijo Lydia.

Camilla tuvo que apretar los dientes. Pero entonces, Benedict entró en el salón y Camilla sintió que todos sus nervios se disparaban. El no había hecho el menor ruido, como de costumbre, pero a pesar de tener la mirada puesta en su labor, Camilla había presentido su presencia. Cuando alzó la cabeza, lo encontró mirándola y ella se sonrojó de inmediato.

Benedict saludó a los presentes y fue directamente hacia ella para sentarse a su lado.

-¿Cómo estás esta mañana, querida? Confío en que hayas dormido bien.

El rubor de sus mejillas se hizo más ardiente. Consciente de su azoramiento, Benedict le propuso ir de excursión al islote, de manera que todos pudieran oírlo. Por un instante, Camilla no comprendió lo que le decía.

-Sí, al Islote de la Fortaleza. Dijiste que algún día iríamos a explorarlo y hoy me parece el momento ideal.

-Pero la marea está alta.

Por eso ella no había cruzado aquella mañana. Con todo, Benedict parecía poseer un sexto sentido para proponer justo lo que ella menos deseaba hacer.

-Bueno, tomaremos un bote. No remo tan mal.

-¡Oh, sí! -exclamó Lydia-. Eso suena perfecto, tan romántico, tan íntimo.

-La verdad es que no me apetece comer entre las ruinas.

-¡Oh, pero piense en el glorioso pasado! -dijo Thorne, horrorizado de que ella despreciara los en cantos del gótico-. ¡Ah, las gestas! ¡Ah, los héroes! ¿Qué ha sido de las mazmorras y de las bellas damiselas en apuros?

-Soy de la opinión que es más bien enojoso ir allá -dijo Camilla-. Además, no hay mazmorras y mucho menos damiselas en apuros.

-No seas tan racional -bromeó Benedict-. Yo nunca he ido y me parece un lugar interesante.

Camilla se dio cuenta de que no podía seguir negándose si no quería despertar recelos. De modo que procuró sonreír y ceder con toda la elegancia posible. Andaba muy corta de paciencia en los últimos tiempos. Aun en el caso de que Benedict descubriera la trampilla de las bodegas y quisiera explorar, no era probable que encontrara al herido.

Armados con una canasta de comida, fueron al embarcadero, donde Camilla se sintió aliviada al ver que el bote de Anthony estaba amarrado. Cumplió con su deber, e hizo de cicerone por las ruinas, explicándole los detalles y la historia de aquellas piedras venerables. Por desgracia, Benedict parecía empeñado en meter las narices en cada hueco y en cada rincón, hasta el punto de que Camilla empezó a escamarse y se preguntó si de veras no sospechaba algo. Era posible que hubiera espiado sus idas y venidas. Si en realidad era un agente de aduanas, quizá sospechara que los contrabandistas podían tener su base en el islote.

-Es curioso, pero a los aldeanos les aterrorizan estas ruinas -dijo ella, observando cuidadosamente su reacción.

-¿Ah, sí? -dijo él, sin mostrar mayor interés-. ¿Y eso porqué?

-La leyenda dice que hay fantasmas. Supongo que es debido a que es un lugar triste y desolado.

- Sí, parece un sitio propicio para fantasmas. ¿De qué clase son?

-Bueno, hay leyendas para todos los gustos - dijo ella-. Algunos dicen que es una mujer que perdió a su hijo y se pasea por las almenas gritando y retorciéndose las manos. Tampoco falta otra mujer vestida de blanco, como en todas partes. Hay luces misteriosas y no sé qué más. Yo jamás he visto nada fuera de lo corriente, pero los aldeanos le tienen pánico.

Camilla no veía que sus palabras hubieran tenido el menor efecto sobre él. Quizá sólo había sido una idea romántica, como había sugerido Lydia. Después de comer, se quedaron sentados en los acantilados que miraban a mar abierto. Benedict le puso el brazo sobre los hombros y ella no pudo evitar un suspiro de placer. De repente, junto con el placer, se le llenaron los ojos de lágrimas. Camilla se preguntó cómo algo tan tierno podía ser a la vez tan amargo.

Por fin tenía que admitirlo, aquel dolor omnipresente era debido a que se había enamorado de él. Era algo que había estado allí durante días, una broma cruel del destino que la había llevado a enamorarse del hombre que fingía ser su marido. Un absurdo.

Entonces, él la besó en los labios y Camilla deseó que aquel beso durara para siempre. Con suavidad, hizo que se tumbara sobre la manta extendida y la cubrió con su cuerpo. Camilla sintió que el contacto con su piel le quemaba, que los fuegos de la noche anterior resurgían con toda su virulencia.

Benedict la besaba al compás de la brisa, por encima de la ropa. Con un gesto tímido, ella le acarició el pecho y sintió que él contenía involuntariamente la respiración.

-Te deseo -musitó él junto a su garganta-. ¡Dios mío! No creo que pueda soportar otra noche como la de ayer.

-No tienes que soportarla.

-¿Qué?

-Quiero decir, que yo tampoco lo deseo -dijo ella, asustada ante su propia temeridad.

Sin embargo, Camilla sabía con la misma certidumbre que se reconocía enamorada de él, que Benedict era su única oportunidad de conocer el amor. Dentro de algunos días, Benedict desaparecería dejándola sola. Al menos, deseaba tener algún recuerdo al que aferrarse.

- Yo también te deseo, Benedict. Quiero que me hagas el amor.

Benedict tragó saliva con dificultad. La brisa le revolvía el pelo.

-No sabes lo que estás diciendo. ¿Y tu reputación, tu futuro...? ¿Qué ocurrirá si te quedas embarazada?

-¿No te parece que eso es asunto mío? En cuanto a mi reputación, ya está arruinada pase lo que pase. Sobre todo si llega a saberse que no estamos casados. Desde el principio planeamos que me quedara viuda, no seré la primera viuda que tenga un hijo.

- No es tan fácil como tú piensas.

-Ni tan difícil como tú lo pones. ¿Incluso con esto tienes que discutir conmigo, Benedict?

Por toda respuesta, la besó ávidamente. Cuando volvió a levantar la cabeza, tenía el rostro congestionado y la voz ronca.

-Este no es el momento ni el lugar. Nos vamos a casa.

En un solo movimiento, se puso en pie y levantó a Camilla. Entonces, por primera vez desde que habían acabado de comer, miraron a su alrededor. El viento se había levantado y arrastraba una masa de nubes oscuras hacia el islote.

-¡Oh no! -exclamó ella-. Una tormenta. De hería haberme fijado más.

-El mar aún no se ha encrespado. Seguro que podemos cruzar, la playa no está lejos.

Camilla no estaba tan segura, pero recogieron a toda prisa y fueron a la playa de piedras donde habían dejado el bote. Benedict lo empujó al agua mientras ella deseaba poder ayudar en algo. Sabía remar, claro, algo natural habiéndose criado a orillas del mar, pero si empuñaba un remo, sólo conseguiría desequilibrar la embarcación con su menor fuerza.

El viento empezó a arrancar espuma de unas olas que crecían por momentos, salpicándoles de vez en cuando. Se empezó a formar un charco en el fondo del bote. Sorprendida al notarse los pies mojados, Camilla miró y ahogó un grito. El bote se estaba llenando de agua. Sin perder un instante, buscó en la canasta algo con lo que achicarla. Encontró un cuenco y se puso manos a la obra.

Pero el fondo continuaba llenándose. Horrorizada, se dio cuenta de que aquello no podía ser de la salpicadura de las olas.

- ¡Benedict! -dijo verdaderamente asustada-. El bote hace agua.

-Ya lo veo. Y bastante, diría yo.

Parecían estar exactamente entre la playa y el islote. Benedict remaba desesperadamente, pero el bote lleno de agua, apenas avanzaba. La tormenta se cernía sobre ellos. Una ola les golpeó con fuerza, rompiendo contra la borda. De repente, el barco se hundió bajo sus pies y se encontraron en el océano.

15

Camilla subió a la superficie escupiendo agua salada, pero lanzó un grito de alivio al ver a Benedict cerca de ella. Sin perder más tiempo, se deshizo de los zapatos, la falda y las enaguas. Benedict dio unas brazadas sobre el mar encrespado hasta ella.

- ¡ Sé nadar perfectamente! No hace falta que me ayudes.

Benedict asintió en silencio y juntos empezaron a bracear hacia la costa. Camilla era una nadadora resistente y no era la primera vez que cruzaba el estrecho a nado, pero nunca lo había intentado con resaca. Las olas eran como muros líquidos que descargaban toda su fuerza contra ellos. Una de ellas la arrastró tan hondo que llegó a pensar que no conseguiría subir. Lo consiguió sin embargo, pero alcanzó la superficie exhausta. Benedict la sujetó mientras recobraba el aliento.

Otra ola monstruosa se acercaba pero, milagrosamente, rompió justo antes de donde ellos se encontraban y los arrastró entre espuma. Camilla se dio cuenta de que los había acercado. Era una ayuda, pero también un peligro porque las olas los empujaban hacia las rocas afiladas de los rompientes. Ahora tenían que nadar contra la corriente y hacia tierra al mismo tiempo.

Los relámpagos reventaron el cielo. Bajo su luz cegadora vieron una escena que les llenó de esperanza, un grupo de criados de la casa se metían en el agua llevando una soga. Nadaron con energías renovadas. La figura más cercana era Anthony, que blandía la cuerda sobre su cabeza mientras el agua le llegaba a la cintura. El primer lanzamiento cayó demasiado lejos. Anthony recogió la cuerda y la lanzó de nuevo.

Esta vez, Benedict la atrapó y se la enrolló al brazo. Con el brazo libre sujetó a Camilla con la misma firmeza que una maroma. Entonces, pudieron ocuparse sólo de mantenerse a flote mientras tiraban de ellos hacia la playa. Los criados los arroparon en mantas. Anthony tomó a Camilla en brazos y echó a andar. Benedict lo detuvo.

-Yo la llevaré.

-Pero si debes estar agotado -protestó el joven, incrédulo.

-No tanto que no pueda cuidar solo de mi esposa.

Anthony arqueó las cejas al oírlo, pero se encogió de hombros y le entregó a Camilla. Ella por su parte, se encontraba demasiado exhausta como para pensar en otra cosa que no fuera el placer de hallarse a salvo.

Cuando llegaron a la habitación, ya habían dispuesto el fuego y un baño caliente. Benedict despidió a Millie con un gesto y la ayudó a desnudarse y meterse en la bendición del agua caliente. Benedict no tardó en acompañarla.

Camilla no protestó, simplemente le dejó sitio y se apoyó de espaldas contra su pecho.

- Creí que te perdía -musitó él.

Camilla suspiró.

- He pasado un miedo atroz - continuó Benedict mientras la besaba-. ¿Sabes? Sólo podía pensar en que iba a morir sin haberte hecho el amor. Me he dado cuenta de lo estúpido que soy.

Le besaba la oreja, mordisqueándole el lóbulo, haciendo que ella comenzara a estremecerse. Se sen tía cansada, como en sueños, pero también viva y ardiente.

-No pienso cometer el mismo error otra vez.

La piel de Camilla era como satén bajo sus dedos y deslizó las manos sobre ella hasta abarcarle los senos. Murmuró algo, pero Camilla no pudo entenderlo. Tampoco importaba. Flotaba perdida en un mundo de sensaciones, el puro placer que le brindaba con manos y labios. Tenía los pezones hinchados, erguidos y sentía un palpitar insistente entre las piernas. Recordó el placer cataclísmico al que la había arrastrado la noche anterior y se le hizo un nudo en la garganta.

Benedict parecía sopesar sus pechos, apretándolos dulcemente. Luego deslizó las manos sobre su vientre hasta alcanzar el centro pulsante entre sus piernas. Camilla empezó a jadear. Apretó la espalda contra él, deleitándose en las sabias caricias de sus dedos.

Cuando pensaba que volvería a estallar, aquellas manos la abandonaron. Entonces supo por instinto lo que él quería y se dio la vuelta.

Empezaron a besarse despacio, pero no tardaron mucho en unir sus lenguas y avivar los fuegos de su pasión. Hacía frío en el dormitorio, pero ellos no lo notaban, sólo se besaban ávidamente, sin medida. Benedict la abrazaba tan fuerte que ella apenas podía respirar pero, aún así, no le parecía lo suficientemente cerca. Quería envolverlo entre sus piernas, sentirlo muy dentro de ella. Un gemido de pura frustración surgió de su garganta.

Benedict se puso en pie como impulsado por aquel sonido e hizo que ella se levantara. Salió de la tina y envolvió a Camilla en una toalla. Ella lo con templó, era tan poderosamente masculino que casi daba miedo. Su miembro viril sobresalía del cuerpo, grande y listo, palpitando de deseo y, aunque pensaba que era demasiado grande y nunca podría abarcar lo, el fuego que ardía entre sus piernas le exigía sentirlo allí.

Benedict la sacó en brazos de la bañera y la depositó en una alfombra frente a la chimenea, los movimientos que hacía con la toalla sólo conseguían excitarla aún más. Camilla le puso las manos en el pecho.

-Benedict...

-¿Qué? -respondió él con una voz que no era suya.

Camilla respondió con los dedos, acariciándolo aún mojado. Benedict la dejó hacer y sólo gemía o contenía el aliento cuando ella descubría algún punto especialmente sensible. Aunque estaba desnudo no tenía frío, su cuerpo era como un horno, rugiendo con el fuego de la pasión.

Camilla exploró aquel pecho, los pezones diminutos, encantada al comprobar que se endurecían con sus caricias. Probó la piel suave del vientre, acercándose deliberadamente a la evidencia palpitante de su deseo. Sin embargo, en el último momento, el valor la abandonó y las manos escaparon hacia las nalgas. Pero era obvio que aquello también resultaba placentero para él.

Camilla lo miró a la cara mientras le acariciaba la espalda y aquellas nalgas firmes. Tenía los ojos cerrados y parecía un hombre al borde del dolor, sólo que la curva sensual de sus labios expresaba el placer exquisito que estaba experimentando.

Un poco más osada, Camilla metió los dedos entre las nalgas y fue recompensada con un gemido involuntario. Benedict abrió los ojos, eran dos llamas negras. Ella acariciaba y apretaba aquel trasero.

-Tócame -ordenó él.

Camilla sabía a qué se refería. También ella lo deseaba, pero le daba miedo. Detuvo las manos un instante sobre sus muslos y luego tomó en ellas su masculinidad. El miembro saltó repentinamente al sentirlas y ella dejó escapar una risa nerviosa. Aún con

miedo, pasó unos dedos titubeantes a lo largo del órgano, intrigada por aquella piel de satén que dulcificaba su dureza. Con una ternura exquisita, le acarició. Benedict dejó escapar un extraño gruñido antes de apretarla contra sí y devorar su boca, invadiéndola con su lengua. Camilla sentía su miembro contra el vientre, el pecho áspero que le aplastaba los senos. Benedict le devolvió las caricias que ella le había hecho en el trasero y se vio sorprendida por el estremecimiento de pura lujuria que la atravesó. Se puso de puntillas, aferrándose a él, sintiendo la humedad que le resbalaba por las piernas. Estaba fuera de control, desesperada. Quería montarle, devorarlo, poseerlo en lo más íntimo. Sabía que la necesidad de él era igualmente desesperada porque podía sentir los temblores que agitaban su cuerpo.

Benedict hizo que se tumbara sobre la alfombra, frente al fuego y empezó a amarla con la boca. Los pezones se convirtieron en su primer objetivo, obligando a que Camilla arqueara la espalda para ofrecérselos. Benedict respondió metiéndose uno en la boca. Chupó, lamió y sorbió, mientras no cesaba de acariciarla con las manos.

Camilla se aferraba con las uñas a la alfombra. Con cada movimiento de su boca sentía un tirón animal en sus entrañas. Apretaba las piernas en un intento de aplacar su ansiedad, pero él hizo que las separara para poder acariciar sus pliegues húmedos. Ella gemía, bombardeada desde todas partes por un placer inconcebible. El acariciaba su carne más tierna, haciendo que su pasión se remontara como fuegos de artificio.

Mientras devoraba el otro pezón, introdujo por sorpresa un dedo en su interior. Ella jadeó, moviendo las nalgas al ritmo de sus caricias, pero justo cuando creía morir, derramarse, Benedict sacó el dedo y apretó la mano entre sus piernas. Camilla se retorcía buscando el contacto, apremiándole a que continuara, pero él se limitó a apretar la mano y esperar.

Dejó sus pezones para bajar besando su cuerpo.

Camilla estaba a punto de echarse a llorar, empujaba en vano contra él, pero Benedict no estaba dispuesto a apresurarse, sólo continuó amándola con los labios y la lengua hasta volverla loca de deseo. Entonces, le pasó las manos bajo las nalgas y se posicionó entre sus piernas. Su miembro palpitaba rozando las puertas de su feminidad.

-Por favor -gimió ella-. Quiero sentirte dentro.

Aquellas palabras estuvieron a punto de hacerle perder el control. Se quedó inmóvil un instante, tratando de dominarse. Entonces, guió el miembro a su interior. Camilla abrió desmesuradamente los ojos mientras él la llenaba. Pensaba que no iba a caber cuando, de repente, hubo una explosión de dolor y él se deslizó en sus entrañas. Camilla contuvo la respiración, le clavó las uñas, jamás había soñado con una sensación tan deliciosa como sentirse llena, completamente llena.

Pero entonces Benedict empezó a moverse y ella se dio cuenta de que aquello no había sido nada comparado con el placer que le esperaba. Entraba y salía de ella a un ritmo que se iba acelerando, abrasándola de pasión, hasta que creyó gritar de frustración y placer. Los embites se hicieron más rápidos, más contundentes, salvajes, tiernos y el delirio que se había apoderado de ella la noche anterior volvió a devorarla.

Quería llorar y reír al mismo tiempo, quería hacerle a Benedict un millón de preguntas, aunque sus pensamientos habían perdido toda forma coherente. Sobre todo, quería decirle «te quiero», pero mantuvo los dientes apretados para no pronunciar aquellas dos palabras. No era tan estúpida como para pensar que a él pudieran agradarle.

Benedict salió de entre los brazos de Camilla. Se habían quedado dormidos frente a la chimenea, pero el fuego se había apagado y la temperatura era gélida. Tomó a Camilla en brazos y la llevó a la cama. Al dejarla, ella sonrió en sueños. Le apartó un bucle de la cara mientras se preguntaba cómo había tardado tanto tiempo en darse cuenta que la quería.

Sabía que aquella bruja de Annabeth lo había dejado resentido contra las mujeres, pero cualquiera con dos dedos de frente se podía dar cuenta de que Camilla no tenía nada que ver con ella. Había sido un ciego testarudo y, de no ser por la tormenta, quizá nunca lo hubiera sabido. Bueno, al menos ahora sabía cuál era su deber. Tenía que sacar al estúpido de su primo del lío en que se hubiera metido y cumplir la misión que lo había llevado allí. Entonces podría ocuparse de la reputación de Camilla. Sin embargo, antes de nada, debía hacerle una visita al conde.

Jenkins anunció su llegada al anciano. El viejo noble levantó los ojos y le sonrió.

-Vaya, ya estás aquí. A juzgar por lo que he oído, se te ve tan mal como antes.

-Sí, señor. Aunque Camilla está agotada.

Mientras asentía, Chevington hizo un ademán imperioso a su ayuda de cámara. Jenkins hizo una reverencia y salió de la habitación.

-Ven aquí y cuéntame qué ha pasado. Me ocultan lo que ocurrre por miedo a que me dé otro ataque. Es enojoso, te lo aseguro. Sólo me han dicho que tuvisteis un accidente en plena tempestad, pero que mi nieta estaba bien. ¿Cómo demonios os dejasteis atrapar por una tormenta?

-Fuimos de excursión al islote. Fue culpa mía que no nos diéramos cuenta de que se avecinaba la tormenta, soy de Lincolnshire.

-Pero hay algo más, ¿no es cierto? Venga, suéltalo. No te preocupes por la apoplejía, me siento mucho mejor últimamente. Si hasta doy una vuelta por la habitación cuando puedo librarme del quisquilloso de Jenkins. Vamos, ¿qué pasó?

- Creo que hubiéramos podido ponernos a salvo si el bote no llega a hacer agua. Desde luego, no se habría hundido poniéndonos en peligro de ahogarnos.

- ¡De ahogaros! ¡Maldición! -exclamó furibundo-. Sabía que me ocultaban algo.

-Por suerte, salimos sin nada más grave que el susto. Pero el bote había sido amañado.

-¿Qué quieres decir? ¿Quién haría una cosa así?

-No lo sé, pero voy a averiguarlo. Creo que alguien le hizo un boquete. Por lo general, los agujeros perfectamente redondos no aparecen solos.

-¡Claro que no!

-Creo que alguien utilizó un taladro y luego puso una pieza de madera un poco más pequeña que el agujero. Sólo hace falta pegarla con miel o azúcar, algo que luego se disuelva en el agua. Tampoco sé cómo calculó el tiempo nuestro amigo, quizá no lo hiciera. Puede que le diera igual que nos ahogáramos a la ida o a la vuelta.

-No puedo creer lo que oigo -masculló Chevignton, estupefacto.

-Es la verdad. No se lo he dicho a Camilla, no quería asustarla. Supongo que pensará que la vía de agua fue un accidente.

El conde lo dudaba, su nieta se había criado junto al mar y sabía lo suficiente sobre botes como para no dejarse engañar.

-Pero, ¿por qué querrían haceros daño? ¿Crees que tiene algo que ver con los contrabandistas?

Benedict suspiró. Confesar el verdadero motivo de su presencia le estaba resultando más difícil de lo que había pensado.

-Puede ser, al menos en parte.

-¿Has averiguado si Anthony está conchabado con ellos?

-Aún no estoy seguro, no he encontrado pruebas consistentes, sólo insinuaciones de los criados y la gente del pueblo. Sin embargo, estoy seguro de que anda metido en algo extraño. Camilla y él fueron el otro día al islote, antes del amanecer, por eso quería ir yo.

-¿Al Islote de la Fortaleza? ¿Pero qué estás diciendo?

-Ya le digo que no sé qué se traen entre manos, sólo que es algo muy secreto. Cuando le pregunté a Camilla dónde había estado, me mintió. Me dijo que había ido a ver a una tal Nan, una anciana que se encontraba enferma.

-Si miente es que ocultan algo, desde luego - dijo el conde-. ¡Demonios, espero que Anthony no la haya metido en uno de sus enredos! Pero no me imagino qué pueden hacer en el islote, sólo quedan ruinas. ¿Y a qué viene tanto secreto? Pueden ir y venir siempre que quieran.

-Lo que yo creo es que esconden algo. Si estuvieran implicados en el contrabando, sir, sería un buen sitio.

- Sí, claro. Pero algo hubieras visto, allí no hay sitio donde ocultar nada. Las cuevas son mucho mejores para eso. Bueno... No me acordaba de las bodegas...

-¿Cómo dice, sir?

-Claro, en el castillo había unas bodegas para almacenamiento de víveres. En la Edad Media guardaban grandes toneles de comida y cerveza, por no mencionar las armas. La leyenda dice que también había mazmorras, pero nunca lo he creído.

-¿Cómo se llega a esas bodegas?

-Pues no estoy seguro, yo no he estado allí nunca. Suponía que el techo se habría hundido. Pero si alguien ha podido descubrirlas, ha sido ese par. Siempre metiéndose en jaleos. ¡Maldito muchacho! Mira que meter a su prima en esto.

- Créame, sir. Haré todo lo que pueda para evitarlo.

- ¡ Cómo se nota que no llevas mucho tiempo casado con ella! Siempre ha hecho lo que le ha dado la real gana y es capaz de cualquier cosa por el tarambanas de su primo.

-Ya me había dado cuenta de eso, sir. Sin embargo, en cuanto descubra en qué andan, me aseguraré de no dejarle alternativa.

-Voy a hablar con Anthony. A mí me lo confesará y será más sencillo hacer que lo deje. He sido demasiado débil, quizá le haya dejado demasiada libertad. Es lo que esa plaga de Beryl lleva años repitiéndome.

-No estoy seguro de que esa eso, sir.

- ¿Ah, no? Y dime, ¿qué te parece a ti?

-Creo que es aburrimiento, sir. Anthony es un muchacho despierto y encuentra que la vida aquí es demasiado... monótona. Déjeme ver lo que puedo hacer. Si consigo solucionarlo sin que la reputación de los Chevington quede dañada, ¿estaría dispuesto a aflojar las riendas del muchacho?

-¿Qué quieres decir? Nunca le he atado corto.

-No, pero lo mantiene confinado en la mansión. Por amor, sin duda alguna. Pero es un joven con mucha energía y necesita descargarla. Todos saben que quería hacer carrera en el ejército. Puede haber cosas peores para un muchacho como él. Allí podría aprender lo que es la disciplina y emplearía su exceso de bríos en algo más positivo.

El anciano palideció visiblemente.

-No puedo arriesgarme. Es el heredero.

-No será el primer heredero que ha hecho la carrera militar. Yo también serví.

- Nadie me ha dicho que tuvieras un título - dijo el conde, levantando una ceja.

-Porque yo tampoco lo he divulgado. De eso quería hablar con usted. Pero antes, prométame que al menos se pensará lo de dejar que Anthony salga de aquí. Me refiero a algo más que un viaje rápido. Si el ejército no le parece aceptable, puede mandarlo a Oxford o considerar la posibilidad de que se venga a vivir con nosotros a Londres.

- ¿No vivías en Bath?

-En el futuro, no. Digamos que le permite quedarse para la temporada social, para que adquiera experiencia. Yo me encargaría de que no se convierta en una presa fácil de cazamaridos y timadores.

-De acuerdo, lo pensaré. Nunca tuve intención de asfixiar al muchacho.

-Lo sé, sir. Sus acciones han sido dictadas por el amor.

-Bien. Desembucha eso otro que tenías que decirme.

Benedict respiró hondo y se aclaró la garganta.

-El caso es que... no he sido completamente sincero con usted. Bueno, yo... Ni me llamo Lassiter ni estoy casado con su nieta.

Se hizo el silencio. Chevington continuaba mirándolo.

-¿Cómo has dicho?

Benedict lo volvió a repetir y entonces, tan rápida y concisamente como pudo, le describió los acontecimientos de la noche en que había conocido a Camilla. Cuando terminó, el anciano estaba rojo de ira.

-Bueno, es exactamente lo que ella haría. Al igual que su primo, se lanza al primer plan descabellado que se le ocurre con tal de cubrirse las espaldas. Lo que me pregunto es quién demonios eres y por qué tuviste que meterte en esto.

-Soy Lord Rawdon.

- ¡Ja! Venga muchacho, inventa algo mejor. Conozco a Lord Rawdon y tiene mi edad, no la tuya. Se llama Sylvester y hemos echado más de una partida con los naipes.

-No lo pongo en duda, a mi tío siempre le gustó el juego. Por suerte para la familia, ganaba más de lo que perdía.

-¿Tu tío?

-Mi padre era su hermano menor. Nadie pensó que heredaría pero, excepto por Sylvester, los Wincross son famosos por la brevedad de sus vidas.

-Yo creía que Sylvester tenía un hijo.

-Sí, lo tenía. Si su intención es pillarme en un desliz, no lo conseguirá, sir. Sé perfectamente de qué hablo. Mi tía concibió un heredero contra todo pronóstico. Mientras yo estaba en la guerra, el chico sucumbió de fiebres pulmonares. De modo que, cuando Sylvester falleció el año pasado, heredé el título.

- Quizá ahora seas tan amable de explicarme por qué un lord iba a acceder a hacerse pasar por marido de mi nieta.

- Sé que suena absurdo.

-Igual que el resto de la historia -respondió el conde.

-Tenía un motivo. Estoy aquí para atrapar a un traidor.

Era obvio que el viejo conde no se esperaba aquello, porque se quedó con la boca abierta.

-¿De qué demonios hablas ahora?

Benedict se vio obligado a explicar la red Gideon y los problemas y asesinatos a los que habían tenido que enfrentarse.

-¿Tratas de insinuar que Anthony está implicado en traiciones a su país? Te advierto que no lo creeré jamás.

-No, sir. Dudo seriamente que su nieto tenga algo que ver con eso. Sin embargo, alguno de los contrabandistas debe estar metido hasta las cejas. Todo apunta hacia el nuevo cabecilla. Admito que tengo la esperanza de utilizar a Anthony para atraparlo, pero mi intención es que su nieto no se vea salpicado. A fin de cuentas, no puedo permitir que el primo de mi esposa vaya a prisión.

-Camilla no es tu esposa.

-Voy a casarme con ella en cuanto todo esto termine.

-Me encantaría ver cómo obligas a casarse a una mujer a la que todo el mundo cree casada.

-Tengo un plan -dijo Benedict sonriendo.

-No me extraña. Ya veo que sois tal para cual. No, ni se te ocurra contármelo. Estoy demasiado mayor para tantos dislates. ¿Sabe Camilla algo de esto?

-No, sir. Cree que yo acepté ayudarla porque prometió pagarme. Era de la opinión de que yo debía ser un ladrón.

Chevington empezó a sonreír.

-¿Y qué te hace pensar que ella acatará tu voluntad? ¿Aceptas apuestas en contra?

-Tiene que aceptar. De lo contrario, su reputación quedará arruinada.

- Yo de ti no utilizaría ese argumento. A Camilla no le hace ninguna gracia que la coaccionen. Y me nos un marido que sólo quiere salvar su reputación.

-¡Eso no es cierto! ¡Yo la quiero!

-¿En serio? Entonces te aconsejo que hagas lo que yo con su abuela.

-¿Qué sir?

- Suplícale.

Camilla despertó y se desperezó voluptuosamente. Benedict aún dormía. Le acarició el pelo. Aquella noche, cuando la llevó a la cama, habían vuelto a hacer el amor. Y había sido aún más maravilloso que la primera vez, si eso fuera posible. El futuro se anunciaba sombrío, pero no quería pensar en eso porque no se arrepentía de nada. Amaba a Benedict, pero no esperaba que le correspondiera. Sin embargo, ahora tenía un deber que cumplir. Había un enfermo que la necesitaba. No podía quedarse en la cama y despertarlo a besos. El desconocido le preocupaba doblemente, sobre todo después de que alguien hubiera amañado el bote para que se ahogaran. Tomó sus precauciones para llegar al islote y luego antes de bajar el pasadizo de las bodegas. Lo último que quería era indicar al asesino dónde lo escondían. Incluso le pareció oír algo a sus espaldas, pero cuando se volvió, sólo había hierba y piedras. Cuando iba a abrir la puerta del cuarto donde estaba su paciente, Anthony se le adelantó.

- ¡Anthony! ¡Casi me matas del susto! ¿Qué haces aquí?

-Te he oído llegar. Camilla, buenas noticias, nuestro hombre se ha despertado. Se le ha pasado la fiebre. Anoche cuando vine, ya no tenía. Se despertó y estuvimos hablando. No es que dijera mucho, sólo me preguntó quién era yo y dónde estaba, esas cosas. Como se encontraba muy débil, no quise presionarle. Pero seguro que esta mañana nos cuenta su historia.

Camilla pasó a ver a su paciente. El pareció presentir que lo observaban porque abrió los ojos. Al tratar de incorporarse, hizo una mueca de dolor. Sin embargo, se relajó al ver a Camilla.

-Usted debe ser la joven de la que me ha hablado mi joven amigo.

-Parece encontrarse usted mucho mejor esta mañana.

-Muchas gracias. Y se lo debo por entero a sus cuidados.

-No malgaste sus fuerzas con cumplidos. Mire, le he traído té caliente y unas gachas que le ayudarán a recuperarse.

-¡Puaj! -comentó Anthony.

-Tú calla. Las gachas es lo que más le conviene a nuestro paciente. Necesita algo caliente y que le llene el estómago.

-A mí me parece delicioso. Sinceramente, podría comerme cualquier cosa - dijo el desconocido sonriendo.

Camilla le devolvió la sonrisa. Parecía un joven agradable, a pesar de la barba que le ensombrecía la cara y las huellas evidentes que había dejado su postración. Como si le leyera el pensamiento, el hombre se pasó la mano por el pelo y volvió a sonreírle como para pedir disculpas.

-Lo siento. Debo parecer un vagabundo.

- Pamplinas. Parece un hombre que ha estado muy enfermo. ¿Podrá sujetar el puchero o quiere que se lo dé yo?

El enfermo quiso hacerlo solo, aunque Camilla se fijó en que aún le temblaban las manos. Cuando comió lo que pudo, apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos.

-Bueno, espero que se sienta mejor -dijo ella, temiendo que pudiera dormirse -. La verdad es que tenemos que hablar.

El hombre abrió los ojos y la miró sin ocultar su recelo. Camilla empezó su interrogatorio paciente, pero también inflexible. El desconocido dijo llamarse James

Woolery y no sabía quién podía haberle atacado, sólo que era fuerte y más alto que él. También dijo estar de paso hacia Dorset. Ahí fue donde Camilla perdió la paciencia.

-¿Venía de Francia? -preguntó ella.

-¿A qué se refiere? -preguntó él, alarmado.

-A que sabemos que se encontraba usted entre los contrabandistas. Que desembarcó hace unas cuantas noches junto con un cargamento de brandy.

-Lo lamento, pero se equivoca.

-¿De verdad? Señor Woollery, estoy segura de que usted se hace cargo de mi posición. Mi primo y yo le hemos auxiliado porque lo mismo haríamos con cualquiera que se encontrase en su estado. Sin embargo, sabemos que vino con los contrabandistas. Vieron su anillo y no es una pieza de las que se olvidan fácilmente.

Woollery se llevó la mano al cordón que llevaba al cuello, pero no dijo nada.

-Como mínimo, está implicado en el contrabando. Pero también parece venir de Francia. En pleno delirio, hablaba usted en francés.

-¿De verdad?

Woollery parecía sorprendido y, al mismo tiempo, extrañamente complacido.

-Pues sí, ya ve.

-No es tan difícil de explicar. Verá usted, mi madre es francesa, de modo que esa lengua es como el inglés para mí.

-Eso puede ser. No obstante, no explica qué hacía usted ayudando a una banda de contrabandistas.

Woollery se pasó una mano por la cara.

- Me doy cuenta de que debe parecer muy extraño, pero le prometo que soy tan inglés como usted y que amo a mi país tanto como el que más. Ni conozco la identidad de mi atacante ni sus motivos para querer matarme. En cuanto al resto... Bien, lo siento pero no soy libre de contárselo.

- ¡ Cómo que no es libre! - exclamó ella.

-¿Qué significa eso? -dijo Anthony-. Woollery, no creo que éste sea un buen momento para sentir escrúpulos. Su vida puede estar en juego. O la nuestra, ya que estamos. Tiene que decírnoslo, ¿qué está pasando?

-Sí -dijo una voz profunda desde el pasadizo -. A mí también me gustaría saberlo. ¿Qué está pasando aquí?

- ¡Benedict!

Camilla se dio la vuelta hacia la puerta y se interpuso entre el herido y el recién llegado.

-¿Qué haces aquí? -preguntó lívida.

-Me parece que eso debería preguntarlo yo - respondió Benedict tranquilamente-. Te he seguido, querida. Me intrigaba lo que podías guardar en estas ruinas abandonadas. Siento llegar tan tarde pero me costó trabajo encontrar la trampilla.

- ¿Qué quieres decir con que te intrigaba? ¿Lo sabías desde el principio?

-Sabía que Anthony y tú estabais tramando algo. Esperaba que confiaras en mí, pero como no ha sido así he decidido tomar cartas en el asunto.

Anthony se puso al lado de su prima y se enfrentó a Benedict en tono beligerante.

-No ha sido culpa de ella, sino mía. Camilla sólo me ha ayudado.

-Eso lo doy por seguro. Y ahora, si me hacéis el favor de apartaros para que pueda ver quién es vuestro protegido...

Benedict dio un rodeo y miró al herido.

-¡Buen Dios!

Camilla giró en redondo. Benedict y el herido parecían haberse quedado de piedra.

-James Woollery...

-Mayor... -exclamó Woollery, luchando por ponerse en pie-. ¡Lord Rawdon!

16

-¿Cómo? -dijo Camilla.

A Woollery le fallaron las fuerzas y se tambaleó.

Benedict se lanzó a sujetarlo.

-Vamos, Anthony. Ayúdame a dejarlo en el suelo. Camilla, trae un poco de agua.

Nadie discutió sus órdenes. Benedict le daba palmaditas en las mejillas al herido.

-¿Os conocéis? -preguntó Camilla.

-Sí -respondió Benedict-. James. ¡James, despierte! Soy yo, Rawdon -insistió mientras le salpicaba agua en el rostro.

-¿Pero cómo? -dijo Anthony-. ¿Sabes lo que le ha pasado?

-No, ¿tú sí? ¿Lo tenéis prisionero aquí?

- ¡No! -exclamó Anthony, ofendido-. ¡Estábamos escondiéndolo para evitar que quien intentó matarlo lo encontrara! ¡Menuda ocurrencia!

-Claro, justo lo que a nuestro Benedict puede ocurrírsele -dijo Camilla amargamente-. Es evidente que Lord Rawdon no se fía de nadie.

- ¡Lord Rawdon! -exclamó con admiración el herido antes de que nadie pudiera reaccionar-. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo se ha enterado?

-Hasta ahora, aún no me he enterado de nada. ¿Qué le ha pasado, teniente Woollery? ¿Por qué se encuentra en este estado?

-Alguien me atacó nada más bajar del barco. Ayudé a descargar y eché a andar hacia el pueblo.

- ¿Hacia Edgecombe?

- Sí. Quería alquilar un caballo, pero me atacaron. No sé quien fue, estaba oscuro y llevaba la cara cubierta, excepto los ojos. Pude librarme de él y a la mañana siguiente me encontró este joven. No sé qué hubiera hecho sin él. Me salvó la vida. Tuvo que cargar conmigo hasta aquí, donde me vendó las heridas.

- Ni sabemos quién le atacó -dijo Anthony -. Pero empezó a subirle la fiebre cuando lo traje, por eso avisé a Camilla. Sabía que ella podía curarle mejor que yo. Y fíjate, sus pócimas lo han conseguido.

Anthony hablaba como un padre orgulloso. Camilla habría podido sacarlo de allí a patadas. Se sentía utilizada, sucia. Ignoró a los demás y se encaró con Benedict.

- Vas a decirme ahora mismo quién eres y qué estás haciendo aquí y qué derecho tienes a hacernos preguntas.

-¿No lo conoce? -preguntó Woollery sin poderlo creer-. Es Lord Rawdon. Era mi mayor en la campaña de la Península. El mayor Wincross antes de que heredara el título.

-Pero, si es el mayor del que siempre está hablando Graeme - exclamó Anthony-¡Oh, señor! No sabe cuánto me alegro de conocerlo.

- ¡Anthony! Hace días que lo conoces -dijo Camilla-. ¿Hablas de nuestro primo Graeme?

-Sí, claro. ¿Quién si no iba a hablar del héroe de San Luis?

Benedict gruñó.

-Será mejor que dejemos eso.

-¿Quién? -preguntó Camilla.

-Sí, sí -insistió Woollery-. Ese es Lord Rawdon. ¿A qué Graeme te refieres? ¿Está en el ejército?

-Sí, en los húsares. Se pasa la vida hablando de cómo Wincross y sus hombres quedaron atrapados tras las líneas enemigas, pero el mayor evitó que los capturaran y consiguió reunirse con su ejército, a pesar de que...

-Caballeros, siento poner fin a esta camaradería militar y volver al tema que nos atañe - zanjó Camilla-. ¿Quiénes son estos dos hombres y qué están haciendo aquí?

- ¡Pero Camilla! -exclamó Anthony, fuera de sí-. Te lo acabamos de decir. Este es James Woollery, teniente y soldado, no un espía enemigo. Y éste es lord Rawdon, el hombre que...

-Sí, vale. Ya sé, el héroe de San no sé cuántos. Lo que quiero saber es qué tienen que ver con los contrabandistas. ¿Y por qué hablaba francés el teniente en pleno delirio de fiebre? ¿Por qué Benedict, aquí presente, estaba fingiendo que...?

Benedict le sonrió con afecto.

-Ya se dará cuenta de que lady Rawdon es una dama que quiere respuestas.

-¿Quién? -preguntó Anthony.

Woollery contemplaba la escena sin comprender nada.

- ¿Podemos decírselo?

-Por supuesto, está hablando con mi esposa. Camilla es la nueva lady Rawdon.

Pero Camilla echaba chispas.

-¿Pero qué dices? ¿Te has vuelto loco?

-Vamos, querida. Tranquila -insistió Benedict sonriendo. Se acercó a ella y la abrazó-. No tenemos que fingir con Woollery. Puedes admitir que conocías mi verdadera identidad, el teniente es uno de mis hombres. Ojalá me hubieras dicho lo que hacías aquí, se habría aclarado todo mucho antes.

-Disculpe señora si le he causado alguna molestia -dijo Woollery-. Como le he dicho, mi madre es francesa. He pasado un tiempo en francia haciéndome pasar por uno de ellos. Bueno, debo seguir pensando en ese idioma.

-¿Lo ves, Milla? Ya te dije que no tenía por qué ser un espía.

-¡Ah, pero lo es! -dijo Benedict-. Sólo que de los nuestros. Winslow, Sedgewick y yo montamos la operación hace tiempo. Winslow era nuestro enlace con los contrabandistas, teníamos el acuerdo de que cruzaran el canal con nuestros hombres.

-Pero lo delató el anillo -dijo Anthony.

- Ya le advertí que ese anillo suyo iba a costarle un disgusto.

-Pero, sir, es mi amuleto de la buena suerte. Lo he llevado desde que era un crío.

-Esta vez, le ha fallado.

-Entonces, ¿qué hace aquí, sir? Pensaba que era porque yo había desaparecido.

-También han desaparecido otros agentes. Alguien trata de destruir nuestra red. No sabemos nada de Keswik, y debía haber vuelto hace tres semanas. Temo lo peor.

Woollery tragó saliva. Benedict asintió.

- A juzgar por lo que le ha pasado a usted, sí. Y eso que le ha faltado bien poco. Sedgewick y yo decidimos que había que venir a ver qué estaba pasando.

-¿De modo que por eso...? -empezó Camilla.

-Sí, cariño -dijo Benedict, mirándola a los ojos-. Aunque quería conocer a mis parientes, tenía otros motivos. Y, claro, comprenderás que hubiera de ocultar mi verdadero nombre.

Camilla no comprendía por qué se empeñaba en seguir fingiendo. Ya era bastante malo que resultara ser lord y héroe de guerra. Ya saldría ella adelante, o eso pensaba. Sin embargo, decirle a otra gente que no era pariente suyo que estaban casados era una invitación al desastre.

- ¿Ha averiguado quién trata de acabar con nosotros? -preguntó el teniente.

- ¡El mismo que mató a Nat Crowder! -exclamó Anthony de repente-. Por eso hacías tantas preguntas. ¡Y yo que pensaba que eras aduanero!

El teniente se echó a reír. Benedict sonrió.

- Ahora comprendo por qué sospechabas de mí, Anthony. Igual que yo sospechaba que estabas introduciendo a mi mujer en la banda de contrabandistas.

-¡Jamás haría una cosa así! -protestó el joven-. Sería demasiado peligroso.

-Te garantizo que también lo es para ti. No sabéis lo preocupado que tenéis a vuestro abuelo.

- Milla, no le habrás dicho...

-No, no le he dicho al abuelo que eras un delincuente -replicó ella-. ¿Y tú, Benedict?

-No, te lo prometo. El conde lo sabía antes de que yo llegara. Y tengo la impresión de que no es una noticia nueva en la comarca. ¿Imaginabas que Chevington, con todos los amigos que posee, no iba a enterarse? Fue él quien me pidió que lo comprobara antes de que a alguien se le ocurriera colgar a su nieto.

-Eso... Bueno, eso no es así -dijo Anthony, abochornado.

-¿Ah, no? ¿Acaso no traficas con mercancías ilegales? ¿Acaso si los oficiales de aduanas te prenden van a dejarte ir con un palmetazo en la mano sólo porque eres el nieto del conde? Eso es lo que tú pensabas, suponiendo que te hayas parado a pensarlo. Pero puedo asegurarte que te habrían colgado con el resto de la banda. Como mucho, en deferencia a tu linaje, te habrían deportado. Hubiera sido un escándalo de todos modos. A tu abuelo le hubiera encanta do que, de colgarte, tu primo Bertram se convirtiera en el futuro conde de Chevington. Eso suponiendo que la apoplejía no acabara antes con él.

-¡Benedict, ya es más que suficiente! - le cortó Camilla-. Creo que Anthony se da cuenta de lo que ha hecho.

-¿De verdad? Puede que ahora se arrepienta, ¿pero qué pasará cuando empiece a pensar que sólo ha sido una travesura más? Te recuerdo, querida, que no has hecho nada para disuadirle.

-No debes echarle la culpa a Camilla, sino a mí. Nada más llegar me hizo prometer que lo dejaría. Y pienso cumplir mi promesa. Le diré a Jem que no puedo ir más con él.

-¡Ah, no! -dijo Benedict-. Nada de eso. No me malentiendas, quiero que lo dejes y ya he hablado con tu abuelo para que te deje un poco más de libertad. Ha prometido meditar si te deja ir a Oxford, aunque tengo entendido que no tienes demasiada vocación por los estudios.

- Si eso significa salir de aquí, me mataría a estudiar.

- Sí, yo también creo que te sentaría bien. Pero has de salir con la banda una última vez y llevarás contigo un ayudante. Esta vez, no serás un contrabandista, sino que estarás trabajando para tu país y yo te acompañaré.

-Puedes contar conmigo -dijo Anthony-. No te arrepentirás.

-Será mejor que no. Pero deberás obedecerme al pie de la letra, nada de calaveradas.

-No señor -dijo el joven, que ya no sabía cómo tratarle.

- Yo también puedo ayudar, señor -intervino Woollery

-Si se siente con fuerzas, teniente.

-¡Benedict, no puedes hablar en serio! -exclamó Camilla-. Esto es peor que las travesuras de Anthony. Al menos los contrabandistas cuidaban de él. No protestes, Anthony y madura de una vez. Todos temen la ira del abuelo y no hubieran consentido que nada te sucediera. Esto es distinto, os enfrentaréis a alguien que ya ha matado más de una vez. ¡Incluso intentó que nos ahogáramos!

Bénedict se la quedó mirando. Debía haber imaginado que no era tan fácil engañarla. Sin embargo, no pudo evitar una sonrisa.

-Es muy peligroso -prosiguió ella-. Si lo acorraláis, seguro que no dudará en mataros.

-No seas aguafiestas, Milla. No me va a pasar nada.

-Yo no estaría tan seguro -dijo Benedict-. No me servirás de nada con esa actitud. Este sujeto es verdaderamente peligroso, necesitamos actuar con la cabeza fría. Pero una cosa que no sabes de mí, querida Camilla, es que yo también soy peligroso. Puedes estar segura de que cuidaré a tu primo.

- ¡Todos os creéis invencibles! Entonces supongo que tendré que acompañaros.

-¿Qué? -dijeron a coro los tres hombres, aunque sólo el teniente estaba verdaderamente sorprendido.

-De ninguna manera -dijo Benedict-. Te lo prohíbo.

-¿Qué tú qué? -dijo ella con una voz peligrosamente suave.

Anthony gimió. Sabía que aquellas palabras eran como agitar un trapo rojo delante de su prima.

-Sé razonable, Milla. Todos sabrían que no eres un hombre.

-No soy mucho más pequeña que Jem.

-No, pero tenéis unas formas distintas.

Camilla se sonrojó. Entre todos, lograron convencerla de que su idea era impracticable. Camilla no se rindió, pero tuvo que reconocer que tenían razón. Luego hubo que decidir cómo iban a hacerse pasar los tres por contrabandistas y les propuso que droga ran a los tres que quisieran sustituir. Anthony apuntó que los Matson, que eran tres y vivían en la misma casa, suponían el golpe más seguro.

-¡Estáis locos! -exclamó ella-. Pues bien, caballeros. Os dejaré con vuestros planes. Tengo mejores cosas que hacer.

- ¡Camilla!

Anthony detuvo a Benedict cuando ella se fue.

-Te arrancará la cabeza si tratas de detenerla, lo sé por experiencia.

-Tienes razón. Ya hablaré con ella más tarde.

Camilla echó a andar por la barra de arena hecha una furia, ignorando el agua que lamía sus pies. Estaba enferma de rabia. ¡Lord Rawdon! No se detuvo a pensar, sólo se sentía traicionada, utilizada. Su vida estaba en ruinas y Benedict era el único culpable.

Una hora después, Benedict la encontró en su habitación, dirigiendo las maniobras de dos lacayos y la doncella que acababan de instalar un catre. Todos los criados evitaron sus ojos cuando entró y desaparecieron apenas abrió los labios.

-¿Qué es esto? -preguntó él.

-Un catre, ¿no los tenéis en el ejército?

-Deja de hacerte la boba. Sabes a lo que me refiero. ¿Qué hace esto aquí?

- ¿No habíamos acordado que tendríamos una discusión de recién casados? Bueno, pues ya es hora. Una buena pelea sería creíble y no nos costaría mucho trabajo, ¿no crees? Para eso he hecho que lo bajen del desván. He tratado de acomodarlo en el vestidor, pero me parecía terriblemente estrecho y oscuro. Creo que aquí está mejor.

- ¡Basta! Sabes de sobra que no necesito un catre para dormir. Mi sitio está en tu cama.

-De eso nada.

- ¡Condenación, Camilla! Deja de actuar así.

-¿Así cómo? ¿Como alguien a quien has engañado? ¿Como una mujer a la que has seducido y traicionado?

-Yo no te he... Bueno, sí. Supongo que te seduje. Tendría que haber esperado. Lo habría hecho de haber sido más fuerte. ¡Maldita sea! Camilla, soy de carne y hueso. Hay un límite para lo que puedo aguantar. Estar tan cerca de ti todo el tiempo, olerte, verte, dormir a tres pasos de ti, ¡me estaba volviendo loco!

Había tanta pasión en su voz que Camilla sintió que un rescoldo ardiente le respondía desde sus entrañas. Tuvo que darle la espalda para que no viera su sonrojo.

-Bien, admito que tengo tanta culpa como tú por lo de ayer. Hasta entonces, te habías portado como un caballero. ¡Pero me mentiste! -exclamó mirándolo llena de ira.

-Yo no te he mentido.

-Tampoco me dijiste la verdad.

-Por Dios, Camilla, ¿qué querías que hiciera? Estaba buscando a un traidor. Vine a esta zona sin conocer a nadie y no podía decir cuál era mi misión.

-Yo tampoco te conocía, pero confié en ti lo suficiente como para meterte en mi casa, para decirle a mi familia que eras mi prometido. Incluso te dejé dormir en mi habitación confiando en que no te aprovecharas.

-Eso no tiene nada que ver, no me refería a la confianza personal. No podía arriesgarme a cometer un error y que lo sufriera mi país.

-¿Creías que yo podía ser una traidora? -dijo ella con una voz de hielo.

-No, claro que no. Nunca pensé que fueras la persona que busco.

- Sólo porque soy una mujer y no crees que las mujeres seamos capaces de hacer una cosa así.

-No, tampoco. Estaba seguro de que no eras capaz de traicionar a tu país, pero no podía correr el riesgo de delatarme y que llegara a oídos de ese individuo.

-Entonces, lo que me consideras es incapaz de guardar un secreto. Ah, ya comprendo.

-¿Intentas decirme que no se lo hubieras dicho a Anthony? Desde luego, te faltó tiempo para confesarle que no estábamos casados.

-Eso ya lo sabía él. No es tan crédulo como su madre.¿O es que acaso sospechabas del pobre Anthony?

-Era un candidato. No sospechaba de él, pero era algo demasiado importante como para permitir que mis sentimientos interfirieran. ¿Crees que disfrutaba engañándote? ¿O mintiéndole a tu abuelo? ¿O con todo lo demás que me he visto obligado a hacer?

-¿Te refieres a seducirme? ¿También formaba parte del plan? Quizá fuera un medio de asegurarte mi lealtad por si acaso descubría quién eras. Bien, lord Rawdon, permite que te diga que no ha funcionado.

Benedict hizo una mueca como si le hubiera abofeteado. Su rostro se llenó de manchas rojas.

- ¡Malditos sean todos los demonios! Dios sabe que no soy tan tonto para pensar que ibas a serme más leal que a tu primo, o a un desconocido que encontraste herido en las minas. ¡A ellos sí les has sabido guardar el secreto! Lo único que puedo prometerte es que no hubo cálculo ni plan alguno cuando te hice el amor. ¡Sólo había lujuria ciega e irracional!

Camilla se puso pálida y guardó silencio. Al final, habló con voz trémula.

-Gracias por tus explicaciones. Debería sentirme afortunada de que, aunque no hubiera ningún sentimiento noble en ti cuando hicimos el amor, tampoco lo tuvieras planeado.

- No lo decía en ese sentido. ¿Crees que me casaría contigo si sólo me moviera la lujuria?

-¿De qué estás hablando? Nadie ha dicho nada de casarse.

-Yo sí. ¿No te has dado cuenta de cómo le insistía al teniente en que eras Lady Rawdon?

-Sí, pero... No entendía por qué te empeñabas en decírselo. No puedes casarte conmigo. ¡Por Dios, qué escándalo!

Camilla entendió en un instante el por qué de su furia. Se había enamorado de él y, sin darse cuenta, había acariciado el sueño de casarse de verdad. Con un hombre corriente habría sido posible. Con un noble, no.

-Tu familia nunca lo consentiría.

-Mi familia no tiene opinión en este asunto -dijo él-. El único que decide con quién me caso soy yo.

-Pero no puedes tener una esposa con un nombre tan manchado como el mío cuando esto se sepa.

-Tu nombre no sufrirá. Es lo que trato de decirte. Si nos casamos, no habrá escándalo.

-No, no funcionará -dijo ella-. Toda mi familia cree que te apellidas Lassiter y que ya estamos casados. ¿Qué crees que sucederá cuando anuncies que eres lord Rawdon y que vamos a contraer matrimonio? Todos saben que hemos dormido en esta habitación. Es imposible que tía Beryl mantenga la boca cerrada. ¿Y el primo Bertram? Claro, por eso te conocía, de Londres. Será un cotilleo valiosísimo para él, algo que puede abrirle las puertas de muchas reuniones.

-No es imposible. Conozco un pastor que nos casará y nada le hará revelar nuestro secreto. Salvé la vida de su hijo en una batalla. No creo que nadie vaya a investigar en los archivos.

-Pero, ¿y tu nombre? ¡Todo el mundo sospechará que había algo turbio en cuanto Beryl les cuente que te hacías llamar Lassiter!

-No en cuanto le explique a tu familia que estaba persiguiendo a un traidor. Cuando todo acabe, Jermyn y yo les explicaremos que lo hacíamos por el rey y por el país. Que nos casamos en secreto, pero que tuve que ocultar mi verdadero nombre para que el traidor no sospechara mi verdadera identidad. Te prometo que, para cuando Jermyn acabe de hablar, Beryl estará convencida de que ayudó a capturar al enemigo y de que sabía desde el principio quién era. ¿No te das cuenta? Tu familia no hablará, o si lo hace dirá lo que nosotros les contemos, que hemos estado casados todo el tiempo.

Camilla se apartó. El le ofrecía exactamente lo que deseaba, pero sólo podía sentir un frío gélido que agarrotaba su cuerpo. No había palabras de amor en sus labios, sólo razonamientos y sentido del decoro. No la amaba, aunque sí la deseaba irrefrenablemente. Por eso, porque era un caballero, estaba dispuesto a casarse con ella. En cuanto el teniente lo había reconocido, supo que debía evitar el escándalo.

-Comprendo -dijo en voz alta.

Se acercó a la ventana y contempló el parque. Nunca había imaginado que algo podía doler tanto. Cuando se dio la vuelta, tenía lágrimas en los ojos.

-No.

-¿Qué has dicho?

-Que no. No puedo casarme contigo.

- ¡Qué!

Benedict sintió que sus entrañas se helaban. Jamás se le había pasado por la cabeza que Camilla pudiera rechazarlo. Creía haber expresado todos sus sentimientos cuando habían hecho el amor.

-¿Tan rabiosa estás por una mentira?

-No es rabia. Desde el principio te dije que detestaba el matrimonio.

Benedict explotó.

- ¡Un cuerno! No es el mejor momento para que te hagas la mujer independiente, Camilla. Piensa en tu familia, en tu futuro. Tienes razón en lo del escándalo, en que habrá cotilleos por todo Londres. Tu familia no es de fiar en ese aspecto, aunque no se dan cuenta de cómo malograrán su propio futuro. Antes te arruinarán la vida.

-No importa, viviré apartada. Por suerte, me gusta el campo.

-Me alegro de saberlo porque yo también prefiero vivir en el campo. En cuanto no sea necesario en Londres, pretendo fijar mi residencia en mi propiedad. Y mi esposa me acompañará.

- ¡Ya te he dicho que no! ¿Acaso no me has entendido?

-No. Por lo visto, tengo mejor entendimiento que tú. Pero seguro que esto sí te lo metes en la mollera, acabarás casándote conmigo. Es tu única salida y no me importa que te guste o te deje de gustar. ¡Te casarás conmigo!

Con aquel último grito, Benedict giró sobre sus talones y salió dando un tremendo portazo al que Camilla sumó un grito de frustración. Mientras se arrojaba a llorar en la cama se le ocurrió que, por lo menos, en la casa nadie dudaría de que habían tenido una trifulca.

17

Como si los portazos y los gritos no hubieran sido suficiente para que todos se enteraran, el comportamiento de los «recién casados» durante los días que siguieron no

dejó lugar a dudas. Toda la casa sabía que dormían en camas separadas y su enfado era patente hasta para los más despistados. Camilla pasaba el tiempo parloteando con Lydia o Bertram, o encerrada en su habitación. Benedict montando a caballo o jugando a las cartas con Anthony y Woollery, a quien habían instalado en la casa. Ante la extrañeza de Camilla, Anthony le había explicado que formaba parte del plan de Benedict. La cara de su primo se iluminaba cada vez que hablaba de él. Camilla apenas podía refrenar el impulso de abofetearlo.

-En serio, Milla. No pareces tú misma. No comprendo por qué no te casas con él.

-¿Te ha pedido él que me dijeras eso? -preguntó ella, entornando los ojos.

- Me ha contado que te ha pedido que te cases con él. Bueno, creo que no habría sido ninguna deshonra que hubieras aceptado. Ahora, los dos os sentís desgraciados.

-Yo no me siento desgraciada.

-Camilla, que ya no soy ningún crío. Incluso el abuelo sabe que algo anda mal, me lo preguntó ayer mismo. Le cae bien Benedict, ya sabes.

- Sí, lo sé. Toda mi familia le adora.

-Escucha, Milla, ¿qué más quieres que haga? No fue culpa suya que mi madre empezara el desaguisado. El tampoco quería hacerse pasar por tu prometido. Sin embargo, antes de que te enfrentes a la deshonra, te ha ofrecido matrimonio. Es un auténtico caballero.

- ¡Eso también pasa en cualquier tribu africana! ¡Todos los hombres sois iguales!

-Bueno, pero no soy yo el único que considera que ha hecho lo correcto. Mamá y Beryl dirían lo mismo si supieran la verdad, claro.

Camilla estaba exasperada. ¿Cómo podía hacerle entender que no quería su caballerosidad ni su código de honor, sino únicamente su amor?

-¿No lo entiendes? No quiero atar a un hombre porque mis errores lo hayan puesto en una situación comprometida. Eso sería una condena, no un matrimonio. Me niego. ¿Cómo te sentirías tú si habiéndote ofrecido a ayudar a una chica acabaras teniéndote que casar con ella para salvar su reputación?

-No me gustaría un pelo.

-¿Lo ves? ¿Cómo quieres que lo haga yo? Puede que él me lo ofrezca por caballerosidad, pero yo no puedo ser tan fría y calculadora como para aceptarlo. Sobre todo después de haber oído al teniente hablar de cómo medio Londres iba tras él y Benedict se negaba a dejarse atrapar.

-Sí, supongo que será duro para él. Pero, Milla, no tienes más remedio que aceptar. Le darás la alegría de su vida a Beryl cuando tu reputación quede hecha una piltrafa.

-Por favor, no me lo recuerdes. No pienso cambiar de opinión.

- ¡Y luego dicen que soy yo el que no piensa!

Camilla se retiró temprano. Había llegado a odiar las noches, el no poder dormir pensando en Benedict, preguntándose si él también estaría pensando en ella. Cuando veía el catre, aún era peor. Hubiera debido insistir en que subiera a las habitaciones de los niños, con el resto de sus hermanos de armas. Con un suspiro, empezó a soltarse el pelo.

Era posible que se pudiera disfrutar de un matrimonio basado en la lujuria, había parejas con menos en común. Por lo menos, si estuvieran casados, no le molestaría continuamente aquel insidioso palpitar entre las piernas. Se preguntaba si él sabía como le afectaba a ella que durmiera en su habitación y si lo seguía haciendo precisamente por eso. Sí que sería típico de él.

La doncella la ayudó a desvestirse y se metió en la cama. Al cabo de un rato, se le ocurrió que Benedict llegaba muy tarde. ¿Dónde podría haberse metido? No había nada que hacer en la casa, todos se habían ido a la cama. Seguro que estaba acechando

emboscado por los campos, en alguna misión secreta con el teniente y el bobalicón de su primo.

Llamaron a su puerta y entró Jenkins con el catalejo de su abuelo bajo el brazo. El mayordomo hizo una reverencia ampulosa.

-Señora Camilla, he estado haciendo guardia desde el ventanal de Su Señoría, como usted me ordenó.

Camilla sabía que no hacía falta ordenárselo, era algo a lo que él se dedicaba gustosamente.

-Bien, ¿has visto a mi marido?

- Sí, señora. El señorito y él han cruzado furtivamente el jardín hace menos de diez minutos. Casi no se los veía porque vestían de negro, pero he alcanzado a ver la cara del señorito cuando se ha quitado el gorro.

-¿Sólo ellos dos?

-Sí, señora.

-Me pregunto por qué no les acompaña el teniente Woollery. Muy bien, avisa a Purdle. Es el único del que nos podemos fiar. Iré a avisar al teniente. Nos vemos abajo dentro de diez minutos.

-¿Va a avisar a un extranjero, señora?

- Su lealtad hacia Benedict es inquebrantable. Lo mismo que hacia mí.

Camilla no estaba segura de que quisiera ayudarla, sobre todo si Benedict se 1o había prohibido, pero aún tenía esperanzas de no haber levantado sospechas de que pensaba seguirles. Se puso unos pantalones viejos de Anthony que había encontrado en el desván, una gorra de lana con la que podía recogerse el pelo y con una chaqueta parecía un muchacho en la oscuridad.

Subió a las habitaciones de los niños y se metió en la habitación del teniente sin darle tiempo a contestar. Lo encontró sentado ante la mesa, con una expresión miserable, una botella, un vaso y una pistola delante de él.

- ¡Lady Rawdon! -exclamó al verla con aquel extraño atuendo-. Lo siento, no esperaba compañía.

-No se moleste, teniente. No me he anunciado, luego no puedo esperar que estuviera preparado. ¿De modo que ya se han ido?

-¿Cómo lo sabe?

-Le recuerdo teniente que ésta es mi casa, mis criados. Suelo enterarme de todo lo que pasa, ya veo que no lo han llevado con ellos.

-No, milady -dijo él, sin ocultar su desengaño-. Lord Rawdon dice que mi hombro aún no ha sanado, pero ya no me duele. Temía que no estuviera en forma para cargar barriles. Además, quería que me quedara haciendo guardia en la casa, por si se les ocurre mandar a alguien para acabar conmigo. Por lo menos, puedo disparar.

-Mejor que mejor, porque necesito su ayuda. Voy a seguirles con algunos hombres. No me gusta el plan de Benedict, tiene demasiados puntos débiles. Me temo que mi marido sea aún más fácil de distinguir entre los contrabandistas que mi primo.

- ¡Pero, milady! No puede meterse de cabeza en medio de una banda de contrabandistas.

-No, eso sería una locura. Sólo quiero seguirles a una distancia segura. Saldremos en su ayuda sólo si es necesario, si empiezan los problemas.

-Pero... ¿y si alguien nos descubre?

-Tendremos que asegurarnos de que nadie lo haga. Vamos, teniente. No tenemos tiempo. ¿Viene o no?

- Estoy seguro de que a lord Rawdon no le va a gustar nada.

-Puede que no. ¿Acaso le gustaría que me dejara ir sola? Esa es la cuestión.

Woollery no tuvo que hacer ningún esfuerzo para imaginarse la que le esperaba en ese caso. Camilla esperó fuera mientras se cambiaba de ropa y luego se reunieron con Jenkins y Purdie en la cocina. Ambos mayordomos habían cambiado sus trajes

almidonados por ropa negra y basta. Camilla se dio cuenta de que el teniente no salía de su asombro.

- ¿Vienen con nosotros?

-Sí. Estos son mis hombres.

Purdle, cuyo cabello menguaba en la misma medida que su vientre crecía, aún podía moverse. Jenkins, naturalmente, era harina de otro costal, pero no podía dejarlo en la estacada.

- Vamos, caballeros.

Camilla llevaba una de las pistolas de su abuelo en el bolsillo de la chaqueta. Jenkins, la otra metida en el cinto. Purdle prefería la solidez de un garrote y un farol. Salieron a la oscuridad cuidando de llevar el fanal abierto sólo hacia un lado. Cuando alcanzaron los acantilados, Jenkins sacó el catalejo.

- Ahí están - anunció al cabo de un momento.

Con unas cuantas indicaciones, Camilla fue capaz de localizar un barco en el mar y dos botes que iban y venían a la costa. Incluso pudo distinguir un par de siluetas oscuras.

-Tendrán que subir de la playa por aquí, señora -dijo Jenkins-. Necesitan una buena senda para las bestias de carga.

-¿Y luego? ¿Por dónde irán?

-Sus suposiciones son tan buenas como las mías, señora. Lo mejor será encontrar un buen escondite y después seguirles.

Camilla sabía que no podían asomarse al acantilado, pues se harían visibles contra el cielo. Buscaron un afloramiento rocoso donde crecían arbustos y podían camuflarse y esperar.

Esperaron hasta que a Camilla empezaron a dolerle los ojos y la espalda. Purdle roncaba suavemente. El teniente, no dejaba de moverse, inquieto. Sospechaba que estaba pensando en la bronca que le esperaba por parte de su superior. Ni le sorprendió que, unos minutos después, empezara a convencerla de las ventajas de volver a casa. Camilla hizo lo que siempre hacía con los hombres propensos a dar sermones, asintió de vez en cuando y hacía sonidos inarticulados que nada querían decir. En realidad, no le escuchaba, pero Woollery no se dio cuenta.

-¿Bueno, milady? ¿No está de acuerdo?

-¿Con qué? -preguntó ella, volviéndose a mirarlo.

-Con que se encontraría mucho más segura en la casa. Creo que es lo que a lord Rawdon le gustaría.

-No. Lord Rawdon está ahí fuera, luego se halla en pleno cumplimiento de su deseo. Si usted quiere regresar, es usted muy libre.

- ¡No pretendía decir eso! ¡No pienso dejarla sola!

-Perfecto. ¡Ah, por ahí viene Jenkins!

El anciano surgió de la oscuridad, arrastrando los pies hacia ellos tan rápido como podía.

-Han acabado de descargar -dijo jadeando por el esfuerzo-. O poco les falta. Han empezado a subir con los ponis. Puede que sea una larga caminata, señora Camilla.

- He traído unas buenas botas.

Todos guardaron silencio, conscientes de los hombres que se acercaban. No pasó mucho tiempo antes de que oyeran el tintineo de los arneses. Los cuatro se agazaparon tras una roca, sin atreverse a respirar mientras la procesión silenciosa pasaba por su lado.

Camilla se asomó con toda clase de precauciones. Había creído que podía reconocer a Benedict y a Anthony en cualquier parte, aun disfrazados. Que un gesto de las manos o la forma del cuerpo los delataría. Sin embargo, a pesar de que los hombres desfilaban a menos de diez pasos de su escondite, no logró reconocer a ninguno. Sólo eran unas

siluetas vagas en la oscuridad, lo único que pudo hacer fue descartar a tres de los más bajos, que no podían ser Benedict o su primo.

Se dio cuenta de que Jenkins usaba su catalejo. Tenía más oportunidades de descubrir a los suyos. Parecía que el desfile no iba a terminar nunca, pero al fin pasó el último caballo. Aguardaron un poco más para asegurarse de que no venía ningún rezagado y salieron de su escondite.

-Volveré a la casa. Sólo sería un estorbo para ustedes -dijo Jenkins en un susurro desengañado-. Tenga el catalejo, señora. Puede que le sea útil.

La vieja pistola de duelo se la entregó a Woollery, que se la guardó en el cinto, al lado contrario de la suya. Los tres que quedaban empezaron a seguir a las reatas. No podían utilizar el farol, siquiera cerrado, por que les hubiera delatado, de modo que la marcha era lenta y trabajosa. Camilla confiaba en no romperse un tobillo. Más de una vez perdieron de vista a los caballos cuando éstos superaban una elevación, pero siempre volvían a divisarlos.

Tenía la sensación de llevar caminando la noche entera, empezaba a dudar de que hubiera entregas antes del día siguiente. Sin embargo, los contrabandistas se apartaron de los acantilados en dirección al bosque de Vaner. Camilla gimió para sus adentros, allí verían menos aún.

Entonces, delante de ellos, vieron un destello de luz. Camilla y los suyos avanzaron con más precauciones. Los contrabandistas habían dispuesto las linternas en torno a un claro, cuyo centro ocupaban las bestias.

Los perseguidores buscaron amparo tras una roca y unos arbustos. Camilla se extrañó al ver que empezaban a descargar los ponis. ¿Dejaban los barriles en el suelo? Le llevó un momento darse cuenta de que debía haber algún tipo de construcción bajo tierra. Casi podía ver la forma de una puerta camuflada. Aquello era mucho mejor e infinitamente más sofisticado que las cuevas.

Los hombres trabajaron con eficiencia pero sin prisas y de repente, comenzaron a marcharse en direcciones opuestas, cada cual con un farol o un caballo. Camilla se agachó al ver que uno se dirigía hacia ellos. Por un momento, pensó que iba a descubrirla, pero se dio cuenta de que el hombre seguía una senda. Rápidamente, Camilla retrocedió entre el boscaje, apartándose del sendero. Podía sentir la presencia de Woollery a sus espaldas, pero no veía a Purdle.

Camilla trataba de seguir la pista de los hombres que se desperdigaban para ver si alguno de ellos se quedaba en el claro. De repente, una silueta alta llamó su atención. Le recordaba a Anthony o a Rawdon. Dos hombres lo seguían. Entonces comprendió lo que le había captado su atención, sus movimientos furtivos. El individuo se detuvo, como si quisiera cerciorarse de que no lo seguían y se introdujo en la espesura. Los otros dos fueron detrás. Pero Camilla no podía quitarse de la cabeza que el sigilo de aquellos movimientos resultaba siniestro. En aquel momento, otros dos siguieron el camino de los tres primeros.

Estos sí podían ser Benedict y Anthony. Camilla se los señaló al teniente. Salieron de sus escondrijos, Purdle se les unió, y se acercaron sorteando los árboles. Woollery los localizó delante de ellos, caminado decididamente sobre una elevación del terreno.

La persecución continuó algunos minutos, a veces los perdían, pero siempre volvían a encontrarlos. Los dos hombres subían una pendiente, ya se encontraban a unos cuantos pasos del muro de piedra bajo que la coronaba. Camilla y los suyos esperaban ocultos en las sombras de un árbol. Pero antes de que la pareja alcanzara la cima, sonaron varios disparos. Los hombres cayeron hacia atrás. Del otro lado del muro, surgieron los tres atacantes.

Con un grito de rabia, Camilla se lanzó cuesta arriba con la pistola en la mano, aunque sabía que se encontraba demasiado lejos como para disparar. El teniente la adelantó y disparó sus pistolas al aire, con la esperanza de ahuyentar a los emboscados.

Era evidente que no había esperanza de utilizar las armas de fuego, los cinco hombres se habían enzarzado en una pelea cuerpo a cuerpo.

Woollery se lanzó a la masa de cuerpos sin detenerse en su carrera y enarbolando la culata de su pistola. Dos hombres se separaron de los demás sin dejar de pelear. El que parecía llevar las de ganar tenía el rostro oculto por una máscara. El que había debajo era Benedict.

Camilla se lanzó sobre la espalda del enmascarado. Acabada de descargar el puño contra el rostro de Benedict, pero tuvo que desistir para que ella no lo tirara. Camilla, sujetándose a él desesperadamente, le clavó los dientes en el cuello. El enmascarado dejó escapar un grito de toro herido y dio un manotazo hacia atrás que la lanzó volando de espaldas. El enmascarado completó su labor girando y golpeándola en el vientre con su brazo. Benedict se puso en pie gritando y el enmascarado echó a correr. Sus dos compinches fueron detrás, a pesar de que uno había probado en la espalda el garrote de Purdle.

Benedict los persiguió. Camilla se sentó, mareada y aturdida hasta que vio a su primo inmóvil.

- ¡ Anthony! -gritó, temiendo lo peor-. ¿Estás bien? ¡Te han disparado?

Anthony se puso en pie, sujetándose el brazo.

- Me lo han destrozado, ¡ maldita sea! -exclamó antes de ver a su prima-. ¡Milla! ¿Qué demonios haces aquí? ¿Qué ropa es ésa?

El teniente se arrodilló junto a él y le examinó la herida.

-Bien. La bala lo ha atravesado limpiamente. Te pondrás bien.

Sacó el cuchillo y empezó a desgarrarle la camisa. Mientras tanto, Camilla se palpaba la cara. Tenía la impresión de que al día siguiente iba a lucir un hermoso morado.

-¿Has llegado a ver quién era, Anthony?

-No. Ni siquiera en plena pelea ha perdido la máscara. Ví a uno de esos tipos, pero debe ser de fuera.

Benedict volvía maldiciendo.

-¡Condenación! Los he perdido -exclamó mientras iba derecho hacia ella-. Camilla, ¿te encuentras bien?

Benedict la abrazó y luego la apartó para mirarla de arriba abajo.

-¿Te ha pegado? ¡Dios, cómo me hubiera gustado ponerle las manos encima! Bueno, ¿qué demonios haces tú aquí? Dijiste que te quedarías en casa.

Camilla, que había estado a punto de derretirse en el abrazo, se apartó de él molesta con su tono enfadado.

-Dije que no me mezclaría con los contrabandistas, no que no fuera a seguiros.

- ¡Podrían haberte matada, pequeña estúpida! Te dije que te quedaras en casa. Woollery, le arrancaré el pellejo por haberla ayudado.

-¡El pellejo! -gritó ella-. Pero si os hemos salvado la vida. Para eso os seguíamos, para brindaros una ayuda que obviamente necesitabais. No es que estuvieras a punto de capturarlo, sino que casi os matan. Ojalá me hubiera quedado en casa. Ojalá hubiera dejado que te mataran.

Entonces, Camilla dio media vuelta y echó a correr hacia la casa.

18

Camilla se despertó al día siguiente con el cuerpo dolorido y la cara hinchada. Un vistazo al espejo le dio una idea del desastre, tenía un ojo morado. Parecía una camorrista de los bajos fondos. Tampoco ayudaba que tuviera los ojos enrojecidos y en la cara, las huellas del llanto.

Benedict había estado llamándola para que abriera la puerta hasta que Beryl salió al pasillo y le dijo en términos inequívocos que se fuera a otra parte. Camilla, que no había dejado de llorar, pasó del llanto al sueño sin transición.

Millie, había salido despavorida al verla. Pero volvió con un pedazo de carne cruda e insistió hasta que Camilla se lo puso sobre la hinchazón.

-¿Pero qué ha hecho señora? ¿Tiene un aspecto tan terrible como el señorito? ¿También iba con él?

-¿Cómo se encuentra Anthony?

- ¡Oh, no se preocupe! El médico vino anoche, a pesar de lo tarde que era. El señor Lassiter le dijo que habían sufrido un accidente mientras escalaban.

Camilla suspiró, la casa iba a ser un hervidero aquel día.

-Me temo que caí y me golpeé contra una roca cuando trataba de ayudarle. Tonta de mí.

Una vez vestida y peinada, su aspecto mejoraba notoriamente. No tenía hambre y tampoco quería tropezarse con Benedict. Necesitaba hablar con alguien, pero no tenía con quien. Se sentía desgraciada, miserable. Como siempre en aquellas ocasiones, fue a ver a su abuelo.

Jenkins lanzó una exclamación al verla que su abuelo no tardó en secundar.

Chevington despidió al mayordomo y le abrió los brazos a su nieta. Ella le abrazó entre sollozos, como cuando era una niña. Había creído que no le quedaban más lágrimas, pero fluyeron al mismo tiempo que el relato de lo que había sucedido la noche anterior.

- ¡Sólo intentaba ayudarle! -gimió- Me odia.

-Estoy seguro de que no. No habría reaccionado tan violentamente si no te quisiera.

- ¡Pues vaya una manera de demostrarlo!

-Para mí está muy claro. Pero, muchas veces, cuando estamos asustados, reaccionamos como unos estúpidos. ¿Te acuerdas de cuando Anthony se perdió en las cuevas siendo pequeño? Tú no dejabas de gritarle cuando Sylsby lo sacó.

- ¡Estaba convencida de que se había matado! ¡ Nunca he estado tan furiosa con él!

- Porque tenías miedo. Créeme, a mí me hubiera gustado darle una buena azotaina. A Rawdon le pasa lo mismo. Que aparecieras y te metieras de cabeza en la pelea le había dado un susto de muerte. Por mi parte, he de decirte que no es una conducta que me parezca decorosa.

-No me pasó nada. Bueno, nada grave y lo hice por ayudarle. Eran tres contra él, a Anthony le habían disparado.

- Sospecho que no debe ser una sensación agradable el que tu esposa te salve - masculló el conde.

- ¡Orgullo masculino! - se burló ella, aunque ya se sentía mejor-. Además, no soy su esp...

Camilla cerró la boca de golpe y miró a su abuelo. El anciano levantó una ceja.

-¿Que no eres su esposa, ibas a decir?

-¿Per cómo...? ¿De qué me estás hablando?

El anciano le apuntó con un dedo admonitorio.

-No te pases de lista conmigo, jovencita. Te conozco desde antes de que supieras andar. Hablo del cuento que tratabas de endosarme desde el día en que entraste aquí contándome que te habías prometido. ¿No te da vergüenza tratar de engañar a tu abuelo?

-Es obvio que no lo he conseguido. ¿Cómo lo adivinaste? ¿Lo sabe ya todo el mundo?

-Lo sé porque me lo dijo Rawdon.

-Pero... ¿por qué?

-Supongo que a él sí le molestaba su conciencia. Fue el día que estuvisteis a punto de ahogaros. Al contrario que a ti, el estar a punto de reunirse con su Hacedor llevando una mentira en su corazón le hizo reaccionar.

-Eso fue antes de que descubriera al teniente Woollery.

-¿A quién? ¡Ah, ya! A ese joven de quien me habló.

- ¿Qué te dijo Benedict?

-¿De Woollery?

-No. Sobre mí, sobre nuestro matrimonio, sobre aquel día.

- No estoy seguro de que lo recuerde exactamente. Me dijo quién era en realidad y se disculpó por haberme mentido. Me dijo cómo esa cabecita hueca de Lydia os había puesto en una situación aún más delicada nada más llegar. Yo le dije que se iba a armar un escándalo de mil demonios y él contestó que no, que de eso se encargaría él, que tenía un plan, pero no quise saberlo. Bueno. Ya no importa. Parece que su promesa de casarse contigo también era falsa. Me tiene muy decepcionado.

- Sabes tan bien como yo que sí intentó casarse conmigo. Fui yo la que se negó. Y también estoy convencida de que ya ha venido a contártelo.

- Pues la verdad es que no, aunque algo me barruntaba. Ha estado de pésimo humor últimamente. ¿Por qué demonios le has rechazado?

-No es que le rechazara exactamente, porque tampoco me pidió que me casara con él, no exactamente. Sólo decidió que quería casarse.

-Y metió la pata, ¿eh? Justo lo que yo pensaba. Los jóvenes de hoy en día no sabéis lo que es la delicadeza ni la persuasión. No sois nada sofisticados.

-No es eso. Le dije que no iba a casarme porque sabía que, en el fondo, el no quería casarse conmigo. Lo hizo porque es demasiado caballero como para comprometerme y luego olvidarse de que existo.

-Ya. Entonces tú no quieres casarte porque es un caballero, ¿eh?

-¡Oh, abuelo! Claro que no.

-Vaya. Creía que preferías esa clase de hombre que no le ofrece matrimonio a la mujer cuyo nombre ha ensuciado.

-El no me ensució nada. Fue culpa mía, no suya. No estoy dispuesta a que pague el resto de su vida por mi error. Me alegro de que sea capaz de ofrecerme matrimonio, pero yo tampoco soy de la clase de mujer que se aprovecha.

-Comprendo. ¿Sabes? A mí me pareció indeciso la noche en que me confesó lo que pensaba hacer.

-No me extraña que tratara de hacerse el simpático contigo.

-¿Le has preguntado por qué quiere casarse? ¿O sólo has dado por sentado que es una cuestión de sentido del honor?

-Pero si no ha hablado de otra cosa. Nada más que de escándalos y de mi reputación y de cómo su plan era lo único que podía salvarme de la vergüenza pública. Ni una sola vez ha utilizado la palabra amor, ni nada parecido. Además, no tengo que preguntárselo. Ya lo sé.

-Qué raro... Conmigo también habló de honor, sí. Pensaba convencerte con ese argumento No creo que el muchacho sepa mucho de mujeres. Pero yo sí le pregunté por qué lo hacía y me dijo que te amaba.

Camilla se lo quedó mirando atónita.

-¿Qué?

-He dicho que te ama, que te quiere. Bueno, ¿cambia eso tu manera de pensar?

- ¡Ay, abuelo! ¿De verdad?

Chevington asintió mientras ella lo abrazaba.

- Eso cambia el mundo entero.

Benedict cabalgaba sumido en un silencio hosco. Woollery, que lo acompañaba, era lo bastante inteligente como para no despegar los labios. Que Camilla no bajara a desayunar ya era bastante malo, pero al recibir la nota de Sedgewick informándole de que había regresado a Edgecombe, Benedict la estrujó con un gruñido.

Había estado a punto de no acudir. Jamás se había sentido tan derrotado. Las brujerías de Annabeth parecían una broma comparadas con el dolor que sentía ahora que sabía que lo había perdido todo con Camilla.

Una vez tuvo tiempo de reflexionar se había dado cuenta de que el que Camilla le siguiera con aquella pandilla de tullidos no significaba otra cosa que le quería. Era obvio que había hecho todo lo posible para protegerlo. Más aún, seguramente les había salvado la vida. Pero en vez de estrecharla entre sus brazos y agradecerle que hubiera arriesgado el cuello por él, en vez de mostrarle toda su gratitud, se había puesto a chillarle como un poseso. Era la reacción ante el miedo que le había invadido al verla lanzarse sobre el enmascarado. No había sido la ira lo que le había hecho gritarle, sino el terror.

Benedict sabía que jamás podría olvidar las amargas palabras de la noche anterior, cuando ella le dijo que ojalá hubiera dejado que aquellos hombres lo mataran. Desde entonces, se había encerrado en su habitación. Había perdido a la única mujer que había amado y tampoco había conseguido descubrir la identidad del traidor. Sólo le quedaban unos cuantos moretones y cicatrices como recuerdo.

Quizá pudiera identificarlo por las marcas, pero aquel villano no iba a moverse de su casa en varios días. Era lo que a él le habría gustado. No le apetecía presentarse ante Jermyn, ni que su amigo adivinara toda la historia con Camilla, aunque suponía que eso sólo era cuestión de tiempo. Hubiera acudido a la cita de todos modos, pero en aquel momento Purdle había anunciado la visita de Harold, y Benedict huyó a la carrera.

Con todo, no había podido escapar por completo de las garras del vicario. Harold le había retenido casi media hora comentando el estado de su cara y lamentándose de que no pudiera quedarse a charlar con él. Incluso Woollery tuvo que acudir a rescatarlo.

El paseo a caballo ayudó a que se despejara su mente y, aunque no se sentía alegre, por lo menos ya no estaba tan huraño. Encontraron a Sedgewick sentado en un banco frente al fuego.

-¡Benedict! Me alegro de... ¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado?

-Un encuentro con el hombre que buscamos, me temo.

-Entonces, ¿sabes quién es? ¿Lo has detenido?

-No, nos llevamos la peor parte. Le dieron a Anthony y a mí me encajó un buen puñetazo.

Benedict le hizo un resumen de la noche y concluyó asumiendo la responsabilidad del fracaso.

-La verdad es que he manejado este asunto como el más novato de los reclutas.

-Me extraña.

-Porque no estabas allí. Nos salvaron el teniente Woollery, aquí presente, Camilla y su mayordomo.

- ¡Dios Bendito, pero si es el teniente! No le re conocía sin el uniforme. Además, ha perdido usted mucho peso.

-Sí, señor. Me alegro de verlo, señor.

-Pero esto debe significar que lo ha conseguido, que no le ha pasado nada.

Entre el teniente y Benedict lo pusieron al corriente de la situación. Jermyn se quedó sentado, pasándose los dedos por los labios.

-En ese caso, quizá mis noticias nos sean de alguna utilidad - dijo al final-. No estoy seguro que sea una pista que nos conduzca a nuestro hombre, pero... Esto es lo que he averiguado sobre los invitados de Chevington Park. El señor Thorne parece ser exactamente lo que es, un joven de recursos modestos que se cree poeta y que está

desesperadamente enamorado de la vizcondesa. Llegó a Londres el año pasado para ver un poco de mundo y «explorar su musa». El pobre viene del campo. Sus padres le pasan una pensión, de lo contrario se habría muerto de hambre. Sin embargo, no parece preocuparse por los aspectos materiales de la vida, vive por sus propios medios y su único crimen conocido es escribir una poesía rematadamente mala.

-¿Y Oglesby?

- ¡Ah El señor Oglesby es más interesante. Su verdadero nombre es Jack Cooper, su padre es contable. No tiene otros medios de subsistencia que su cara y su cuerpo.

-¿A qué se refiere? -preguntó el teniente, perplejo.

-¿Es un prostituto? -preguntó Benedict.

-Bueno, nada tan crudo como eso. Sin embargo, para su sustento, vestido y cobijo parece depender de cierto caballero con el que convive.

-¿Te refieres a que el primo Bertram...?

-Por lo visto, es de esos hombres que prefieren la compañía masculina.

-¡Por favor! -exclamó Benedict riéndose-. Jamás lo hubiera adivinado. O sea que Bertram prefiere el «amor griego», ¿eh? Me gustaría saber lo que Beryl y Harold dirían si se enteraran. No. Pensándolo mejor, no quiero ni imaginarlo. ¡Ah, ya! ¿de modo que para eso iban a la cueva aquel día? No por contrabando ni por espionaje. Bertram y su amante estaban buscando un nidito de amor lejos de sus detestables parientes.

-Es lo más lógico -dijo Sedgewick-. Sin embargo, no me gustó descubrir esto. Bertram puede ser chantajeado por los franceses. Tampoco anda boyante de dinero, sus deudas son astronómicas. Al primo de Camilla le gusta lo mejor de lo mejor.

-¿Crees que ha podido hacerlo por dinero?

-No, renuncié a esa idea -dijo Sedgewick-. Lo cierto es que vive de lo que le da su padre y jamás paga sus deudas. Corre el rumor de que se esconde de sus acreedores en la mansión del conde. Siempre existe la posibilidad del chantaje, por su puesto, pero hay otro...

-¿Otro más?

-Comprobé todos los nombres que me diste. Parece que nuestro reverendo Harold Elliot realiza frecuentes viajes a la capital. Se supone que va a ver tal o cual erudito, a consultar con el obispo, o a visitar algún lugar santo, como Canterbury. La realidad es que nunca va a esos sitios, sino a Londres. Lo sé por Giles Annerwick. ¿Lo recuerdas, Benedict?

- Por supuesto. Iba unos cursos por delante de nosotros en Eton. Todo un juerguista.

-Lo sigue siendo. Bebe como un pez y gasta la mitad de lo que gana en bailarinas de ópera. En fin, no tiene familia, de modo que sólo se hace daño a sí mismo. Sin embargo, es un tipo de fiar. Estaba hablando con él sobre Bertram, tratando de ver lo que sabía. Me dijo que no lo conoce bien, que se mueven en círculos diferentes, que conocía mejor a Harold. Se lo encontró en un antro de juego el año pasado. Giles dijo que le pareció extraño porque tenía entendido que se había hecho pastor, pero supuso que se había equivocado. Desde entonces, lo ha visto en los sitios más pecaminosos y sórdidos. No una, sino varias veces.

-¡Dios mío!

-Lo cual me llevó a hacer una investigación exhaustiva sobre nuestro buen reverendo. Aparece por Londres con regularidad y frecuenta antros de juego y burdeles. Bebe en exceso, juega mucho más aún y comete diversos pecados con una buena listas de mujeres ligeras. En resumen, lleva una vida muy reñida con su profesión y, lo que es más importante para nosotros, muy por encima de sus posibilidades.

-¡Dios mío!

Benedict se puso en pie de un salto, tirando la silla al suelo.

- Interesante, ¿verdad?

- ¡Es desastroso! Harold se encuentra ahora mismo en Chevington Park, ¡con Camilla!

Benedict salió a la carrera de la posada.

Camilla salió de la habitación de su abuelo y bajó a buscar a Benedict. Era como si fuera a estallarle el corazón de puro gozo. Ya no importaba la rabia de la noche anterior ni las mentiras ni las mascaradas, ni siquiera el hecho de que tuviera un ojo morado. Lo único que contaba era que Benedict le había dicho a su abuelo que la quería. Tenía que hablar con él, necesitaba saber si era verdad.

En el salón, encontró a Lydia con su bordado en el regazo y una expresión extraña en la cara.

-Lydia, ¿has visto a...?

-¡Camilla! -dijo el primo Harold a su espalda-. ¡Al fin te encuentro!

Camilla gimió en silencio y se dio la vuelta. Harold se levantaba del secreter frente al que estaba sentado. No le extrañaba que Lydia tuviera aquella cara, debía estar soportando uno de aquellos sermones infectos.

-Hola, Harold. No sabía que estuvieras aquí.

-Eso espero porque llevo más de media hora esperándote.

-¿A mí?

-¿Ya no te acuerdas? Tú y yo teníamos que trabajar esta mañana en la venta benéfica de la iglesia. El miércoles pasado me dijiste que te encantaría ayudar y te sugerí que hoy sería el día más indicado. Bueno, en realidad, primero sugerí ayer, pero tenía una cita y hubimos de dejarlo para hoy.

-Sí, sí, claro. Lo siento mucho, primo Harold. Lo había olvidado. Es terrible que hayas venido para nada.

-¡Oh, no será para nada! Aun podemos trabajar. Dispongo de tiempo de sobra.

-La verdad es que necesito hablar con Benedict.

-Entonces no hay problema. Se ha marchado. Nos cruzamos cuando llegué. Dijo que tenía que atender un asunto urgente en Edgecombe. Estás libre. Es maravilloso cómo las cosas suceden a veces, ¿no?

A Camilla no le cabía duda de que el asunto urgente era huir del primo Harold. Deseó disponer de una excusa similar, pero estaba atrapada.

Harold le acercó una silla y ella se sentó con resignación. No le sorprendió que Lydia recordara repentinamente que tenía algo que hacer en el otro extremo de la casa. Confeccionar las listas de donativos no hubiera sido tan malo de no ser porque había que soportar el incesante sermoneo de Harold sobre temas que sólo le interesaban a él.

Camilla sólo le escuchaba a medias mientras pasaba la lista a limpio. Cuando terminó, hizo un montón con los diversos trozos de papel y los dejó caer en la papelera. Harold la miró horrorizado.

- ¡ Espera! Ahí llevo las notas para mi sermón.

Se agachó y empezó a recopilar las hojas. Camilla se fijó en que llevaba guantes, algo excesivamente formal incluso para él. Harold se quitó el derecho y revolvió en la papelera hasta dar con lo que buscaba.

- ¡Aquí está! Es una cita que le oí al doctor Livermore el otro día. No quería perderla. Un hombre muy instruido el doctor Livermore.

Camilla no dijo nada, tenía la boca seca. Miraba la mano de su primo mientras él alisaba la hoja de papel. Tenía los nudillos pelados y enrojecidos, como alguien que se hubiera visto envuelto en una pelea. Harold la miró y se dio cuenta de que estaba pálida.

- ¡Maldita sea! -exclamó.

Aquello era toda la confirmación que ella necesitaba. De todas maneras, alargó la mano y le quitó el alzacuellos. Harold se puso en pie de un salto, aunque no antes de que ella pudiera ver un semicírculo de marcas rojizas que sus dientes le habían dejado en el cuello la noche anterior.

Harold se dirigió a la puerta, pero Camilla se plantó ante él con los brazos extendidos.

-¡Oh, no!

- ¡Quítate de mi camino, estúpida! No me obligues a hacerte daño.

-Ya me lo has hecho -gritó ella, indignada-. No te dejaré escapar. ¡Eres el traidor que busca Benedict!

-¡Que se vaya al infierno tu Benedict!

Harold salió del salón. Camilla fue tras él gritando y maldiciendo a Benedict por haber escogido aquella mañana para ir al pueblo.

- ¡Anthony! ¡ Purdle! ¡Que alguien me ayude!

Los criados aparecieron a la carrera, pero se quedaron de una piedra al ver a Camilla forcejeando con el vicario.

-¡Ayudarme, estúpidos! ¡No os quedéis ahí quietos!

Harold se libró de ella, pero antes de que pudiera dar tres pasos, la puerta se abrió y Benedict se abalanzó sobre él. Antes de que nadie pudiera reaccionar, Harold le pasó un brazo a Camilla por la cintura y la apretó de espaldas contra sí con tanta fuerza que la dejó sin aliento. Casi en el mismo instante, apareció una pistola en la mano y la apuntó contra su sien. Benedict se detuvo. El teniente que llegaba corriendo tropezó contra él. Camilla dejó de luchar y se hizo un silencio extraño y absoluto.

-Suéltala, Elliot. Ya tienes bastantes problemas-dijo Benedict apretando los puños-. ¿Crees que te servirá de algo matar a la nieta del conde? Tu única esperanza para salir de ésa es su influencia y la mía. Soy Lord Rawdon, no...

- ¡Ya sé quién eres, mentecato! Lo sé desde que llegaste. Te he visto, he oído hablar de ti. ¿tan estúpido me crees como para no investigar a mis enemigos? Sé desde el primer día que tu nombre no es Lassiter y que no estás casado con mi prima. Te he seguido el juego mientras me reía de tus esfuerzos por investigar el contrabando. Y también sé lo que piensas de mí, el bueno del primo Harold, tan pedante y aburrido. Lo he utilizado toda mi vida. Nadie podía imaginar que hiciera nada malo, era demasiado recto, demasiado decente, demasiado aburrido, ¿verdad? Estoy seguro que el fatuo de mi hermano aún recordará las veces que él o Graeme eran castigados por algo que no habían hecho. Incluso ellos estaban demasiado ciegos para ver mi verdadero juego. Soy un personaje cómico, jamás un villano. Ni siquiera Camilla podía creerlo aun cuando lo tenía ante sus propios ojos.

-Harold, sé razonable -dijo Benedict-. Sabemos que eres el traidor, que mataste a Naty a varios de mis hombres y que lo intentaste con el teniente Woollery. No podrás escapar. Jermyn Sedgewick también sabe de ti, si le haces daño a ella sólo empeorarás tu situación. Te prometo que tendrás una muerte lenta si le arrancas un solo pelo de la cabeza.

-Una amenaza difícil de cumplir si estás muerto, Rawdon.

-Pues dispárame -dijo Benedict, dando un paso hacia él-. Adelante. Mátame.

-¡Benedict, no! -gritó Camilla.

Sabía lo que él se proponía. Quería enfurecer a Harold lo suficiente para que le disparara con la única bala de la pistola y asegurarse de que ella no resultaba herida.

En aquel momento, la tía Beryl apareció bajando las escaleras. Sus dos hijas la seguían como dos sombras pálidas.

-¿Qué diantres está pasando aquí?

Benedict soltó una gruesa maldición.

-¿Por qué grita todo el mundo? Tengo una jaqueca terrible -continuó Beryl.

-Será mejor que hable con su hijo -dijo Benedict, señalándole la escena que ella parecía no ver.

-¿Qué ocurre, Harold? ¿Por qué tienes una pistola en la mano? ¡Camilla! ¿Qué haces en brazos de mi hijo? No es una postura decorosa. ¡Compórtate!

-¡Amenaza con matarme! - chilló Camilla-. ¡Por el amor de Dios, tía Beryl! ¿Es que no lo ves?

- Harold, baja esa pistola ahora mismo y ven aquí. ¿Se trata de alguna broma de mal gusto? Te he dicho cientos de veces que no quiero que gastéis bromas en mi casa.

Camilla gimió. Sólo faltaba que apareciera el señor Thorne con sus delirios de poetastro intentando inmortalizar la escena y el primo Bertram comentando que la pistola no le hacía juego con el traje.

- ¡Beryl, quiere matarme!

-Bobadas, niña. Harold, he dicho que bajes la pistola. Esto es absurdo.

-¡No! Yo te diré lo que es absurdo, tratar de mantener un estilo de vida decente con el estipendio lastimoso que recibe un vicario. Es imposible, por supuesto. Por eso aproveche mi oportunidad cuando Billouart me ofreció todo ese dinero por infiltrarme entre los contrabandistas. Jamás me interesó ser el vicario de St. Anne. Bertram se lo llevaba todo, a Graeme se le permitía hacer lo que le viniera en gana y yo, el menor, debía someterme a los dictados de padre y pudrirme en una iglesia.

-¿Ya estamos otra vez con lo mismo? -dijo Beryl en tono hastiado-. Harold, ¿qué sentido tiene eso ahora? Es una buena vida, la que más le conviene a un muchacho erudito como tú.

- ¡Maldita sea! -bramó, temblando visiblemente-. ¡Quiero pasármelo bien! ¡Divertirme! No quiero ser el estirado de Harold y pasarme la vida con la nariz metida entre los libros mientras todo el mundo está de fiesta.

-Claro que no, Harold -dijo Camilla-. No me había dado cuenta. Te pido perdón. Todos pensábamos que preferías...

-¿Quedarme con un libro mohoso y leer las Escrituras antes que salir a jugar?

-¿Y todavía te quejas, hermano?

Todo el mundo se volvió hacia Bertram, que llegaba acompañado de su sombra silenciosa.

-Vaya, vaya. Toda una reunión. ¿Acaso interrumpo?

-Bertram, lárgate. No tengo ganas de oír tus lloriqueos.

-Pero, querido hermano -dijo Bertram acercándose con paso lánguido-. No tengo intención de hacer pucheritos.

Camilla vio que Benedict también se acercaba, aprovechando la distracción.

-¿A qué viene tanto alboroto? ¿Por qué apuntas con una pistola a la prima Camilla? No puede ser su atuendo lo que te ha ofendido, hasta yo he de admitir que siempre se viste con el gusto más exquisito. Algo que no puede decirse del resto de la familia -añadió con una mirada a su madre y sus hermanas.

-Bertram, eres un payaso -dijo Harold-. ¿Quieres hacer el favor de largarte y dejarme acabar esto?

-Pero es que me es imposible -dijo Bertram-. ¿Cómo te crees que quedaríamos ante la gente si fueras por ahí matando a tu familia?

De repente, con una velocidad que nadie habría creído posible, Bertram se lanzó en un movimiento de esgrima y golpeó con su bastón la muñeca de su hermano. La pistola salió volando, se disparó en el aire, y descargó una lluvia de vidrios cuando le acertó a la araña del techo. A la tía Beryl y a sus niñas les dio un ataque de histeria. Camilla se arrojó de bruces al suelo y Benedict cayó sobre Harold.

Todo terminó en pocos segundos. Benedict lo dejó inconsciente de dos puñetazos y le dijo al teniente que lo atara. Luego abrazó a Camilla con tanta fuerza que le era imposible respirar. A pesar de todo se besaron mientras murmuraban frases de cariño.

Al cabo de un rato, Benedict se acercó a Bertram que trataba en vano de calmar a su familia.

-Gracias, Elliot -dijo estrechándole la mano-. Has sido condenadamente listo. Nunca te podré pagar por haber salvado la vida a Camilla.

-De nada, querido, de nada -dijo Bertram, con su habitual languidez aunque un poco trémulo-. La verdad es que siempre me ha gustado mi prima.

Toda la casa se había asomado a las escaleras como si fuera la platea de un teatro. Hasta el conde y Jenkins contemplaba la escena desde la balaustrada. Benedict sacó a Camilla de allí.

-Pero, Benedict. ¿No deberíamos quedarnos hasta que todo se aclare?

-Woollery se encargará de eso. Si no me equivoco, Jermyn se presentará enseguida. Que se ocupen ellos, yo tengo algo más importante que hacer.

-¿Qué? -dijo ella con los ojos muy abiertos.

-Esto.

Benedict se puso de rodillas ante ella.

-Pero, ¿qué haces?

-Lo que me aconsejó tu abuelo, suplicarte.

-¿Te has vuelto loco? ¿Qué tienes que suplicar?

-Que me concedas tu mano en matrimonio. No puedes rechazarme, Camilla, porque no puedo vivir sin ti. Únicamente pienso en ti, en estar contigo, en oír tu risa, en escucharte, en hacerte el amor -dijo mientras la tomaba de la mano-. Por favor, dime que sí.

-Hay algo muy importante que aún no me has dicho. ¿Por qué quieres casarte conmigo?

-¿Cómo que por qué? Acabo de decírtelo, no sé vivir sin ti. Estos últimos días han sido peor que el infierno.

-¿Por qué? ¡Maldita sea!

-¡Porque te quiero, por supuesto! ¿Tú qué te creías?

Camilla sonrió y se arrojó en sus brazos. Cayeron juntos al suelo. Benedict la miró sonriendo.

-¿Esto es un sí, lady Rawdon?

Sonriendo, Camilla asintió.

-Tenía entendido que no creías en el matrimonio

-Por esta vez, creo que haré una excepción.

Benedict cerró la puerta con llave y se inclinó a besarla.

Epílogo

Camilla admiraba el anillo de rubí que llevaba en el dedo. No podía evitar la sonrisa que había en sus labios.

-No sabes cuánto me alegré al saber que este anillo de verdad pertenecía a tu abuela.

- Ya te lo dije. Fuiste tú la que te empeñaste en que lo había robado.

Se le ocurrió, que aquélla era la primera noche que veía desnudarse a su marido legalmente. Se habían casado aquella misma tarde en casa de un vicario que, conforme Benedict había vaticinado, estaba encantado de guardar su secreto.

Hacía una semana que Benedict y Jermyn se habían llevado a Harold a Londres. El día anterior, Benedict se había presentado con su carruaje particular y se había llevado a Camilla a la vicaría de Sussex.

Ahora, ella se recostó sobre las almohadas, contemplando a su esposo, consciente de la excitación que sentía al pensar en la noche que les esperaba.

-¿Sabes una cosa? No estoy segura de que la tía Beryl crea que nos hemos casado de verdad.

-Es lo más probable, aunque ya no importa. Es tamos casados y no tenemos que demostrárselo a nadie. Nuestro vicario jamás revelará que no ha sido legal hasta hoy.

-Pero toda la casa oyó decir a Harold que no lo estábamos.

-Sí, y después nosotros dijimos que mentía. Tus parientes serían unos estúpidos fuera de lo común si creyeran a un traidor antes que a nosotros. Además, si tu reputación se resiente, también se resentirá la de ellos. La única lo bastante loca como para hacerse daño a sí misma con sus calumnias es tu tía Beryl. Pero te puedo garantizar que no abrirá la boca.

-¿Y eso?

-Hablé ayer con ella. Estuvo de acuerdo conmigo en que ésta no será una buena temporada para que ella y sus hijas aparezcan por Londres.

-Opino lo mismo. Hasta el primo Bertram se quedará en el campo mientras el escándalo de Harold penda sobre nuestras cabezas.

-Siempre habrá rumores.

- ¡Rumores, qué optimista! Será de dominio público. Harold es un traidor.

-De acuerdo. Pero no se sabrá -dijo él, sentándose a su lado-. Harold será condenado al exilio. Jamás podrá vivir en Inglaterra o en alguna posesión británica. Sin embargo, no se le juzgará públicamente.

-Pero, ¿por qué?

-Estoy seguro de que Bertram estaría de acuerdo en que no es muy elegante que el primo de tu esposa sea un traidor.

-¡Pero si es culpable! ¿Y la gente que ha muerto? ¿Y los que intentó matar? Entre ellos nosotros.

Benedict le sonrió.

-Nunca dejarás de sorprenderme. ¿Prefieres que tu nombre quede manchado a que Harold escape a la justicia?

-Por supuesto. Traicionó a su país.

-Estoy de acuerdo en que merece todo lo peor que pueda pasarle, pero también debemos ser prácticos. No podemos demostrar que Harold matara a los demás mensajeros, no hay cuerpos, ni armas ni nada. Y Harold, claro, lo niega todo. Ni siquiera podemos probar que fuera él quien atacó al teniente o el que luchó aquella noche con Anthony y conmigo. Ya conoces a tu primo. Hará el papel de hombre santo en la corte y lo negará todo.

- Sí, es lo más seguro.

-Aparte que, si lo juzgáramos por traición, destruiríamos Gideon. Para acusarlo de tratar de destruir nuestra red, tendríamos que declarar sobre su existencia. Nadie en el gobierno quiere eso, es demasiado valiosa. Hemos sufrido pérdidas, pero podemos recuperarnos. La red seguirá trabajando contra Bonaparte y eso es más importante que sentar a un hombre en el banquillo de los acusados.

-Ahora comprendo.

-Sólo podemos acusarlo de intento de asesinato contra tu persona. En tal caso, toda tu familia tendría que declarar ante el juez. Tu abuelo y yo vamos a ejercer toda nuestra influencia para que eso no ocurra. Es mucho más sencillo librarse de Harold. Creo que tendrá tiempo para saborear lo amarga que es la vida lejos de Inglaterra, despojado de su orden clerical y sin la influencia de su familia. Si estos años consideraba que no ganaba lo suficiente, ahora aprenderá lo que es estar sin dinero.

-Sí, pobre Harold -dijo ella, sin asomo de lástima.

-Pero, como parte de nuestro acuerdo por no llevarle a juicio, Harold ha firmado una confesión. Ahora conocemos el alcance exacto de los daños y cómo podemos subsanarlos. Mejor aún, le dije a tía Beryl que esa confesión obra en mi poder. También le expliqué que si alguna vez llega a mis oídos el rumor de que tú y yo no estamos casados, haré público que su hijo es un traidor. Creo que sabe que no podría aparecer de nuevo por los salones de buen tono si eso llega a ocurrir. Me aseguró que esa idea nunca se le había pasado por la cabeza y mucho menos saldrá de su boca.

Camilla se echó a reír.

-Me parecía extraordinario que fueras un héroe, que rescataras a tus hombres y que persiguieras traidores. Sin embargo, para derrotar a tía Beryl hace falta un hombre con verdadero coraje.

-Descarada -dijo él riendo-. ¿Qué voy a hacer contigo?

Camilla le sonrió pícaramente mientras levantaba los brazos y se los ponía bajo la cabeza.

-¡Lord Rawdon, buen caballero! Yo creía que sabríais lo que hacer conmigo,

-Desde luego, lady Rawdon. Se me ocurren varias ideas.

Las bromas se les olvidaron con el primer beso. Camilla le rodeó el cuello con los brazos y se dejó caer sobre las almohadas.

FIN